

**This book is with
tight
Binding**

S.p-232 L.57
Keep Your Card in This Pocket

Books will be issued only on presentation of proper library cards.

Unless labeled otherwise, books may be retained for ~~last~~ weeks. Borrowers finding books marked, defaced or mutilated are expected to report same at library desk; otherwise the last borrower will be held responsible for all imperfections discovered.

The card holder is responsible for all books drawn on this card.

Penalty for over-due books 2c a day plus cost of notices.

Lost cards and change of residence must be reported promptly.



Public Library
Kansas City, Mo.

Keep Your Card in This Pocket

Fray Luis de León

CLASICOS CASTELLANOS

FRAY LUIS DE LEÓN

DE LOS NOMBRES DE CRISTO

I

EDICIÓN Y NOTAS DE FEDERICO DE ONÍS

MADRID
EDICIONES DE «LA LECTURA»
1914

INTRODUCCION

I

“...Duris ut ilex tonsa bipennibus
Nigræ feraci frondis in Algido,
Per damna, per cædes ab ipso
Ducit opes animumque ferro.”

(Horat., *Carm.*, lib. IV, iv.)

La figura de fray Luis de León, no sólo como escritor, sino como hombre, ha logrado una fama resonante y duradera. Pero, si consideramos su vida (1), olvidándonos de los tópicos

(1) Sobre la biografía de fray Luis de León hay dos obras importantes: R. P. Fr. F. Blanco García, *Fray Luis de León. Estudio biográfico del insigne poeta agustino*. Obra póstuma. Madrid, 1904. (V. reseña de A. Morel-Fatio en el *Bulletin Hispanique*, t. VII, pág. 76); y P. Fr. Luis G. Alonso Getino, *Vida y procesos del maestro Fr. Luis de León*, Salamanca, 1907, que aumenta los datos conocidos y rectifica muchas inexactitudes. Pueden consultarse además, aparte de la *Bibliotheca* de N. Antonio y las obras de historiadores de la Orden, como N. Crusenio, F. C. Curtio, T. de

sobre ella acumulados, la encontraremos, en la apariencia, sencilla y casi vulgar (1); vida de quietud y retiro, toda ella interior, turbada tan sólo por los menudos incidentes del medio conventual y universitario; sin que sea bastante á darle relieve excepcional la persecución que le arrastró á grave tropiezo con el Santo Oficio. Era el pan de cada día la acre lucha en el seno de los claustros universitarios, movida por la competencia entre personas é institutos religiosos; no menos que la intervención inquisitorial en la vida intelectual de los hombres de letras, donde, más que en ninguna otra parte, estaba.

Herrera, Lanteri, Vidal, etc., las biografías de Mayans y Siscar, Valencia, 1761, reimpresa en el tomo XXXVII de la Biblioteca de Aut. Españoles; de J. González Tejada, Madrid, 1863; de A. Arango y Escandón, México, 1866, y un artículo más sintético de Ford, en *Public. of the Modern Lang. Assoc. of America*. Tomo VII, 1899.

(1) Nació en Belmonte (Cuenca), casi seguramente en 1528. A los catorce años (1542) fué enviado á estudiar á Salamanca, donde á los pocos meses (Enero 1543) tomó el hábito de San Agustín. Estudió Filosofía en el Convento con el P. Juan de Guevara; desde 1546 á 1551 estudió Teología en la Universidad, siendo discípulo de Domingo de Soto. Hasta 1561 enseñó Teología en su Orden en Salamanca, Soria, Alcalá (donde estudió durante diez y ocho meses), en Valladolid y quizá en Toledo, donde se graduó de bachiller, incorporando el grado en la Universidad de Salamanca el 31 de Octubre de 1558. Tomó los grados de licenciado y maestro en 1560, y en Diciembre de 1561 se posesionó de su primera cátedra, de Santo Tomás, en dicha Universidad, donde fué catedrático hasta su muerte, acaecida el 23 de Agosto de 1591.

llamada dicha institución á ejercitar su misión histórica. ¿Qué ha visto, pues, la posteridad, en la vida sencilla de este escritor ilustre, que elevándola al rango de valor histórico, la salve del torbellino de lo percedero?

Fray Luis de León ha llegado á nosotros como un símbolo de la inocencia perseguida y de la ciencia aherrojada. En su carácter se resumen aquellas virtudes que, en esta lucha eterna por el mejoramiento humano, son patrimonio de aquellos hombres que escogieron la mejor parte; el ideal humano con el cual tuvieron un contacto pasajero prestó para siempre á sus vidas individuales aquella calidad ideal, que las hace eternamente valederas. Así, fray Luis de León ha quedado como ejemplo de un noble espíritu en que se fundían é integraban la sed de justicia hebraica, la serenidad pagana ante los embates exteriores, la caridad cristiana que no resiste al mal sino con el perdón, el generoso anhelo de incorporarse á las corrientes nuevas de la cultura propias del siglo tormentoso en que vivió. Y nos representamos todo este espíritu, recogido en un solo gesto, sobrio y elegante, al reanudar sus lecciones con la célebre frase: *Decíamos ayer...*

La crítica positivista he ejercido sobre la biografía de fray Luis de León, que nos ha sido transmitida, la misma función demoledora que

es consecuencia general de su método de investigación histórica. Resulta del examen de las fuentes documentales, que no corresponden muchos de los actos de su vida á la elevación moral de su figura; que su temperamento era habitualmente muy distinto del que estamos acostumbrados á imaginarnos; que su vida universitaria está plagada de inexactitudes; que no pudo pronunciar la célebre frase evocadora consagrada (1); que algunos de sus supuestos enemigos no merecen la sombra que ha caído sobre su nombre; que el Santo Tribunal no extremó en este caso el celo ni el rigor. En fin, por este camino se ha llegado á la impresión de que nos encontrábamos ante una leyenda más que se desvanecía.

Aceptemos como ciertos los resultados de la crítica positivista, que, en general, están bien fundados documentalmente; pero la crítica contemporánea no puede aceptarlos sino como lo

(1) Fray Luis de León no volvió á ocupar su cátedra después del proceso, pues era cátedra de las que se proveían por cuatrienios; y provista de nuevo durante su prisión, al salir de ella renunció á toda pretensión en favor del actual poseedor. La Universidad, de acuerdo con fray Luis, concedió á éste otra cátedra distinta. Este cambio y el tiempo transcurrido hacen imposible la pronunciación del *Decíamos ayer* en la forma que quería la tradición, y aun inverosímil en ninguna otra. Esto es lo cierto; pero no por ello pierde la frase su valor simbólico. Si N. Crusenio la inventó en 1623, fué una feliz invención; pero es probable que la recogiera de alguna tradición de origen desconocido.

que son: datos sueltos—último residuo del desmenuzamiento y disolución de una personalidad—que es preciso incorporar á una nueva síntesis más comprensiva en que la figura histórica de fray Luis de León vuelva á adquirir unidad y sentido.

El carácter de fray Luis, tal como ha sido fijado por la tradición, responde bien á la expresión del mismo en su poesía—*documento el más fehaciente*, sin duda, para conocer la íntima sensibilidad de un hombre, cuando éste es un verdadero poeta original. No importaría nada que se demostrase, como se ha demostrado, que fray Luis de León era de ordinario inferior á sí mismo; de él, como de cualquier hombre, importan á la historia sólo aquellos momentos de máxima intensidad en que, superándose á sí mismo, afirma su radical originalidad en un acto de creación. Luego, cada día trae su afán, que pasa con el día; pero sobre este pasar de los días y de los afanes quedarán perennes aquellas horas originalmente vividas, en las que ha alcanzado expresión, íntegra y plena, una personalidad. ●

Pero si no nos importa ver comprobado lo que ya sabíamos de antemano, es decir, que fray Luis de León era de ordinario inferior á sí mismo, sí nos importaría saber *cómo* era fray

Luis de León de ordinario: su temperamento, sus hábitos, sus relaciones con el medio, es decir, las condiciones que rodearon y sustentaron aquellas afirmaciones supremas de su personalidad—no con la intención poco piadosa y poco científica de conocer al héroe como pudiera conocerlo su ayuda de cámara, sino de buscar apoyos para mirar y comprender más clara y profundamente la génesis y el sentido de aquel su valor histórico.

Hay una aparente contradicción entre los datos conocidos acerca del temperamento psicológico de fray Luis de León. Aunque nadie le ha atribuído virtudes propias de un santo, ni se ha pensado nunca en beatificarle—seguramente no por motivos de fe—, se ha concedido á su carácter un alto valor moral. Y se ha considerado siempre como nota peculiar de su manera de ser una dulce serenidad y sosiego y armonía interiores, que trascienden de toda su poesía y constituyen el prestigio de su estilo.

La atribución psicológica de esta emoción estética que en nosotros su estilo produce, podrá ser disculpable, pero no deja de ser una interpretación simplista y pueril; siéndolo mucho más todavía la de aquellos que, al encontrarse con sentimientos contrarios en la psicología del escritor, interpretan su estilo y su poesía como una artificiosa falsificación. Huyamos de este

género de interpretaciones que se quedan entre las manos con pedazos incoherentes del alma del escritor, dejándose escapar la unidad de su espíritu, la fuente y raíz común de esas manifestaciones al parecer contradictorias. No se ha pensado en que las más altas manifestaciones artísticas no son ni pueden ser producto de la espontaneidad de una psicología, sino de una lenta, esforzada y difícil labor de depuración de los elementos caóticos de la conciencia individual hasta hacer patente la forma más pura y exaltada de expresión de la originalidad interna. Nada más torturado y trabajoso, nada menos espontáneo en nuestra literatura que el estilo de fray Luis de León, tan límpido y tan sereno; y nada que nos dé, al mismo tiempo, la impresión tan segura de hallarnos en todo momento en posesión de una plenitud psicológica, ante la expresión de un modo personal de sentir el mundo. Fray Luis de León posee en alto grado la dignidad y sinceridad literarias, que consisten precisamente en rehuir la expresión fácil de los falsos movimientos espontáneos del ánimo, producto de reacciones superficiales y pasajeras, pretendiendo en cambio dar siempre la verdad de sí mismo mediante la expresión más intensa y cabal de su íntima sensibilidad.

Pensando todo esto, ni necesitaríamos hacer

es consecuencia general de su método de investigación histórica. Resulta del examen de las fuentes documentales, que no corresponden muchos de los actos de su vida á la elevación moral de su figura; que su temperamento era habitualmente muy distinto del que estamos acostumbrados á imaginarnos; que su vida universitaria está plagada de inexactitudes; que no pudo pronunciar la célebre frase evocadora consagrada (1); que algunos de sus supuestos enemigos no merecen la sombra que ha caído sobre su nombre; que el Santo Tribunal no extremó en este caso el celo ni el rigor. En fin, por este camino se ha llegado á la impresión de que nos encontrábamos ante una leyenda más que se desvanecía.

Aceptemos como ciertos los resultados de la crítica positivista, que, en general, están bien fundados documentalmente; pero la crítica contemporánea no puede aceptarlos sino como lo

(1) Fray Luis de León no volvió á ocupar su cátedra después del proceso, pues era cátedra de las que se proveían por cuatrienios; y provista de nuevo durante su prisión, al salir de ella renunció á toda pretensión en favor del actual poseedor. La Universidad, de acuerdo con fray Luis, concedió á éste otra cátedra distinta. Este cambio y el tiempo transcurrido hacen imposible la pronunciación del *Decíamos ayer* en la forma que quería la tradición, y aun inverosímil en ninguna otra. Esto es lo cierto; pero no por ello pierde la frase su valor simbólico. Si N. Crusenio la inventó en 1623, fué una feliz invención; pero es probable que la recogiera de alguna tradición de origen desconocido.

que son : datos sueltos—último residuo del desmenuzamiento y disolución de una personalidad—que es preciso incorporar á una nueva síntesis más comprensiva en que la figura histórica de fray Luis de León vuelva á adquirir unidad y sentido.

El carácter de fray Luis, tal como ha sido fijado por la tradición, responde bien á la expresión del mismo en su poesía—*documento el más fehaciente*, sin duda, para conocer la íntima sensibilidad de un hombre, cuando éste es un verdadero poeta original. No importaría nada que se demostrase, como se ha demostrado, que fray Luis de León era de ordinario inferior á sí mismo; de él, como de cualquier hombre, importan á la historia sólo aquellos momentos de máxima intensidad en que, superándose á sí mismo, afirma su radical originalidad en un acto de creación. Luego, cada día trae su afán, que pasa con el día; pero sobre este pasar de los días y de los afanes quedarán perennes aquellas horas originalmente vividas, en las que ha alcanzado expresión, íntegra y plena, una personalidad.

Pero si no nos importa ver comprobado lo que ya sabíamos de antemano, es decir, que fray Luis de León era de ordinario inferior á sí mismo, sí nos importaría saber *cómo* era fray

Luis de León de ordinario: su temperamento, sus hábitos, sus relaciones con el medio, es decir, las condiciones que rodearon y sustentaron aquellas afirmaciones supremas de su personalidad—no con la intención poco piadosa y poco científica de conocer al héroe como pudiera conocerlo su ayuda de cámara, sino de buscar apoyos para mirar y comprender más clara y profundamente la génesis y el sentido de aquel su valor histórico.

Hay una aparente contradicción entre los datos conocidos acerca del temperamento psicológico de fray Luis de León. Aunque nadie le ha atribuído virtudes propias de un santo, ni se ha pensado nunca en beatificarle—seguramente no por motivos de fe—, se ha concedido á su carácter un alto valor moral. Y se ha considerado siempre como nota peculiar de su manera de ser una dulce serenidad y sosiego y armonía interiores, que trascienden de toda su poesía y constituyen el prestigio de su estilo.

La atribución psicológica de esta emoción estética que en nosotros su estilo produce, podrá ser disculpable, pero no deja de ser una interpretación simplista y pueril; siéndolo mucho más todavía la de aquellos que, al encontrarse con sentimientos contrarios en la psicología del escritor, interpretan su estilo y su poesía como una artificiosa falsificación. Huyamos de este

género de interpretaciones que se quedan entre las manos con pedazos incoherentes del alma del escritor, dejándose escapar la unidad de su espíritu, la fuente y raíz común de esas manifestaciones al parecer contradictorias. No se ha pensado en que las más altas manifestaciones artísticas no son ni pueden ser producto de la espontaneidad de una psicología, sino de una lenta, esforzada y difícil labor de depuración de los elementos caóticos de la conciencia individual hasta hacer patente la forma más pura y exaltada de expresión de la originalidad interna. Nada más torturado y trabajoso, nada menos espontáneo en nuestra literatura que el estilo de fray Luis de León, tan límpido y tan sereno; y nada que nos dé, al mismo tiempo, la impresión tan segura de hallarnos en todo momento en posesión de una plenitud psicológica, ante la expresión de un modo personal de sentir el mundo. Fray Luis de León posee en alto grado la dignidad y sinceridad literarias, que consisten precisamente en rehuir la expresión fácil de los falsos movimientos espontáneos del ánimo, producto de reacciones superficiales y pasajeras, pretendiendo en cambio dar siempre la verdad de sí mismo mediante la expresión más intensa y cabal de su íntima sensibilidad.

Pensando todo esto, ni necesitaríamos hacer

investigaciones fuera de su obra literaria para cerciorarnos de que su espontaneidad era muy otra, ni sentiríamos por ello el menor asombro ó desengaño; sentiríamos simplemente la impresión, algo desconcertante, de encontrar confusos, disgregados, caóticos, los elementos todos que en la admirable síntesis estética habíamos encontrado limpios, armónicos y plenamente significativos: la cantera bruta de toda esta arquitectura, la raigambre oscura de toda esta floración.

Sería importante establecer, con precisión y detalle, la relación entre todos estos elementos biográficos que conocemos y los elementos estéticos de su obra literaria; pero no es posible, en este momento de vulgarización, otra cosa que dejar indicados los rasgos dominantes del temperamento de nuestro autor tal como se manifiesta en los actos conocidos de su vida, y presentarlos de modo que quede resuelta toda aparente contradicción.

El hombre cuya poesía logra dar la impresión tan intensa de equilibrio y de serenidad, no era un espíritu naturalmente equilibrado y sereno. No sólo su espíritu, sino también su cuerpo, se nos ofrecen como teatro de una constante y dolorosa lucha: ni los humores del uno ni las pasiones del otro llegaron nunca á convivir en

paz, como ocurre normalmente en los temperamentos sanos, y, por lo tanto, fuertes, serenos, alegres y constantes. La armonía y la unidad en el espíritu de fray Luis se lograban sólo mediante un esfuerzo supremo, que no podía ser muy duradero; su alma atormentada volvía pronto á sufrir el embate de sentimientos y pasiones contradictorias, y, sobre todo, el dolor de no sentirse dueño de sí mismo. Así, que lo substantivo de su espíritu, el rasgo permanente y definitivo, no es otro que la lucha misma, la crisis constante, y en medio de ella una sola y suprema aspiración: la paz interior. Diríamos con menos palabras que la vida de fray Luis de León significa algo tan humano como la lucha por la paz.

Era, pues, nuestro poeta hombre delicado y enfermizo, aquejado de melancolía y pasiones de corazón, como se decía entonces, enfermedad en que "son increíbles las tristezas y los celos y las imágenes de temor que se ofrecen á los ojos del que padece" y aunque "sea de muchas diferencias, pero en todas es común y general el hacer tristeza y temor; que todos los melancólicos se demuestran ceñudos y tristes y no pueden muchas veces dar de su tristeza razón y casi todos los mismos temen y se recelan de lo que no merece ser recelado" (1).

(1) *Expos. del Libro de Job*, cap. VI.

Con esta sensibilidad enferma marchó fray Luis á lo largo del camino de su vida, viviéndola en los centros adonde le llevó su vocación: el convento y la universidad; donde, si pudo satisfacer muchas de las necesidades de su espíritu, encontró también un ambiente muy inadecuado á su temperamento impresionable y ardoroso; porque son aquéllos pequeños mundos en que las grandes luchas humanas se empequeñecen, convirtiéndose en roce deprimente de personalismos, perdiendo cuanto la lucha puede tener y tiene de grande y sano y purificador: precisamente porque en ellos no es la lucha lo substantivo, sino la paz, la comunión en un ideal. Este ambiente fué el que contribuyó á desarrollar el aspecto de su vida, que nos le presenta como agrio y violento; el aire que respiraba ponía cada día veneno en su alma sensitiva; la lucha sorda y mezquina, á que no podía sentirse ajeno, hubo de levantar en él frecuentemente ciegas oleadas de pasión. Las oposiciones á cátedras, las disputas escolásticas, la competencia entre las Ordenes religiosas, las reuniones de claustro, la emulación intelectual, las diferencias doctrinales, las antipatías personales; todo esto eran motivos y ocasiones de rozamientos y de choques entre los miembros de la Universidad, en los que fray Luis de León

tenía que tomar la parte principal que á hombre de tal capacidad correspondía (1).

La Universidad en su tiempo manifestaba ya claros los síntomas de debilidad y flaqueza que muy pronto habían de convertirla en sombra de lo que fué; y uno de ellos era este hecho de que los grandes hombres que aún había en su seno, empequeñecidos en aquel ambiente, se nos ofrezcan entregados á ruines luchas estériles, incapaces de levantarlas al nivel en que extrauniversitariamente se movían. Pero aun después de la muerte de Victoria y de Cano y de Soto, no estaba aún tan muerta la Universidad, para que en esta generación de sus discípulos no estuviesen vivas doctrinas y cuestiones, que los dividían, y que aún respondían á problemas reales de la cultura contemporánea. Se ha hablado algo de la existencia de dos escuelas en que estaba dividida la Universidad de Salamanca en esta época: de una parte los es-

(1) Hizo varias oposiciones con diverso resultado é intervino en otras poniendo su influencia á favor de sus amigos y hermanos de religión, encontrándose á menudo con los dominicos. Véase la historia detallada de estas oposiciones y pleitos en la obra citada del P. Getino. Las cátedras que desempeñó fray Luis fueron las catedrillas de Santo Tomás y Durando, antes del proceso, y después un partido de Teología y las cátedras de propiedad de Filosofía moral y de Sagrada Escritura.

criturarios, de otra los escolásticos, que defendían puntos de vista diferentes acerca de los métodos de interpretación bíblica. Si se usa de esta distinción en un sentido vago y no bien definido, es cierto, en primer lugar, que, formando núcleo ó no, había un número de profesores de una orientación más moderna y otros de una más tradicional. Los primeros estaban en minoría frente á los segundos. A los primeros pertenecía el Brocense, enemigo además de los escolásticos, y que, sin embargo, no apareció sumado al grupo de los escriturarios cuando cayeron juntos en el mismo ataque. Es cierto, más concretamente, que los profesores Martínez Cantalapiedra, Gaspar de Grajal y fray Luis de León sostuvieron en cátedra, en disputas y en juntas criterio análogo en cuestiones referentes á la Vulgata y á las interpretaciones rabínicas de la Escritura, siendo combatidos por la mayoría de sus compañeros teólogos, á los que se sumó con más fanatismo que ninguno el profesor de griego León de Castro. Y es cierto, en fin, que estas discrepancias tuvieron como consecuencia el proceso inquisitorial que aquellos tres profesores sufrieron.

El contenido doctrinal de esta lucha no nos importa ahora; no se trata de saber quién tenía razón, sino simplemente de conocer el medio en que se desenvolvió la vida de fray Luis de

León. Los episodios de su vida universitaria son tantos y tan nimios, que es difícil extraerlos aquí; no valdría la pena tampoco, porque nos basta con conocer lo que ya he indicado suficientemente: el carácter y tono general de la vida universitaria de entonces y la participación constante de fray Luis en ella como uno de los elementos más batalladores.

Dentro de la Universidad la lucha no hubiera tenido fin; hubiera seguido, como siguió, con resultados fluctuantes, sin que lograra ninguna de las partes un triunfo definitivo. Pero tratándose como se trataba de cuestiones teológicas, la lucha estaba llamada á dirimirse en otro campo más peligroso: la Inquisición. Y á él fué llevada, no con toda la prisa que muchos hubieran deseado; porque la Inquisición, más prudente de lo que suele pensarse, no se dejaba llevar tan fácilmente por las excitaciones ajenas. Fueron acumulándose poco á poco los cargos y acusaciones; el ambiente universitario acentuaba su hostilidad; había estudiantes que pedían se les armase para sumarse al *bando de Jesucristo* y dar cuenta de aquellos *maestrillos*; la intemperancia de palabra en los disputantes cada vez se hizo mayor, y por fin fueron procesados y puestos en prisión Grajal y Martínez, no tardando en serlo también nuestro fray Luis de

León (1). Se encontraba éste desde luego complicado en el proceso de sus dos compañeros, sin que faltasen acusaciones que sólo á él se referían, y que más tarde, en el curso del proceso, menudearon y tomaron cuerpo considerablemente, haciéndose pronto independiente del de aquéllos.

Importa, para ver claro en este proceso, distinguir en él dos aspectos: uno que se refiere á la conducta de la Inquisición misma; otro á la de los profesores, estudiantes y demás personas que en él intervinieron de cerca ó de lejos, y que podríamos en conjunto considerarlo como expresión del ambiente difuso que á estos hombres rodeaba. Se ha solido dar más importancia al primero, ó se han mezclado los dos indistintamente. Y sin embargo, para encontrar á través de estas figuras el sentido histórico que los modernos han buscado en ellas, es decir, la valoración del influjo de la Inquisición sobre

(1) Grajal y Martínez fueron presos respectivamente el 1 y el 6 de Marzo de 1572; fray Luis de León, el 27 del mismo mes, siendo absuelto y puesto en libertad el 7 de Diciembre de 1576. El Proceso fué publicado en la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, por D. M. Salvá y D. P. Sáinz de Baranda, tomos X y XI, Madrid, 1847-48. Para la interpretación que de él se ha hecho, véanse, además de las obras ya citadas, las de C. A. Wilkens, *Fray Luis de León. Eine Biographie aus der Geschichte der spanischen Inquisition und Kirche im 16. Jahrhundert*, Halle, 1866; y Reusch, *Luis de León und die spanische Inquisition*, Bonn, 1873.

la época, es necesario mantener claramente aquella distinción. Porque sería radicalmente distinto el sentido de dicha valoración, según que pensemos el Santo Oficio como un poder externo, que ejercía un influjo opresor sobre un ambiente hostil, ó simplemente como un órgano que recogía y regularizaba aspiraciones y actividades que surgían espontáneas del ambiente. Y no sólo se deduce de nuestro proceso que era este último el caso, sino que se deduce más: que la Inquisición venía á ser muy á menudo quien liberaba á los pensadores de las coacciones del ambiente, convirtiéndose en una garantía de libertad, al menos dentro de la ortodoxia.

Este era el caso de fray Luis de León, cuya ortodoxia, cuya inquebrantable fe católica, no se puede poner en duda; y si la presión del ambiente le llevó á las cárceles de la Inquisición, fué para salir de ellas rehabilitado mediante una sentencia que equivalía á una absolución. Si fuese posible aquí analizar los folios del proceso, poniendo á un lado la serie de acusaciones que los testigos—teólogos ilustres, profesores, estudiantes, frailes de su Orden—acumularon sobre él, y á otro lado lo que de ellas aceptó el alto Tribunal como base de su acusación y su sentencia, veríamos palmariamente la desproporción entre la hostilidad de

la Inquisición y la del ambiente. En fin de cuentas, resultó fray Luis culpable de lo único que realmente podía reputarse como culpa, conforme al criterio de la Iglesia española en aquella época: la imprudencia de tratar en público cuestiones como las de la autenticidad de la Vulgata y de traducir en lengua vulgar libros bíblicos; extremos peligrosos, por ser puntos de contacto posible con el luteranismo.

Fray Luis de León entró en la cárcel haciendo profesión de fe católica y de sumisión al Santo Tribunal que iba á juzgar de su inocencia, y con la misma fe y la misma sumisión salió de allí casi cinco años después. En esta larga prisión sufrió amarguras increíbles, enfermó muchas veces, atormentado interiormente siempre; y sin embargo, no discute en ningún momento la legitimidad del Tribunal que iba á juzgar de su fe; no por miedo, seguramente—que á través de todo el proceso se muestra fray Luis más que nunca valeroso—. Era el mismo Tribunal á quien él había recurrido alguna vez para escrúpulos de ortodoxia, aun tratándose de su gran amigo Arias Montano; con él había amenazado á León de Castro. No se queja de la Inquisición, que velaba por algo que le importaba más que todo: la pureza de la fe y de las costumbres; se queja sólo de la injusticia de su caso, del falso celo religioso de sus

acusadores, de la envidia y la mentira enemigas; no se queja de la Inquisición, sino del ambiente.

Pudo salir de aquélla, pero no podía salir de éste; y volvió á encontrar en la Universidad los pleitos, las oposiciones, las disputas, y al fin, un segundo proceso de mucha menos importancia que el primero y que apenas tuvo influjo sobre su vida (1).

Los últimos años de ella son algo más apacibles y tranquilos; rehuye las luchas universitarias; encuentra en la amistad de los discípulos de Santa Teresa el consuelo de la comunicación de su ardor religioso con el de la Santa Madre, á quien no conoció ni vió en la tierra, pero frecuentaba ahora en sus hijas y en sus libros; comenta serena y melancólicamente las amarguras de Job.

En toda esta parte exterior de la biografía de fray Luis de León, que he expuesto someramente, es donde se muestra á menudo aquel aspecto luchador y pasional de su temperamento, que parece contradecir las notas de dulzura, serenidad y sosiego que le atribuía la tradición. ¿Cómo este hombre, cuya vida es una lucha pe-

(1) Fué publicado íntegro, con prólogo y notas, por el P. Fr. F. Blanco García, en *La Ciudad de Dios*, vol. XLI, 1896.

renne interior y exterior, puede ser un símbolo de la paz y de la ecuanimidad?

No hay duda en que estas dos modalidades espirituales se justifican y sustentan mutuamente, y que sólo en su integración poseeremos el verdadero sentido de la vida de nuestro poeta. Su sensibilidad exquisita le hacía reaccionar ante las impresiones externas en rápidos impulsos de amor ó de odio, de admiración ó de desdén, de ira ó de apacibilidad; y al mismo tiempo y por lo mismo era capaz de establecer contactos intensos con la muchedumbre de las cosas. Así fué como aquella sensibilidad, tan rica y trabajada, pudo producir los delicados frutos de su poesía. Sólo de este substratum de luchas y contradicciones, de dudas y congojas, pudo surgir con nuevo aliento humano aquel sentimiento que circula por la poesía de León, buscando siempre el sentido de la armonía del universo, "el pío universal de todas las cosas".

Porque en la exposición precedente hemos podido ver tan sólo aquellas horas de la vida exterior de fray Luis, que pudieron recoger, fríamente, los documentos oficiales; pero hay otras horas—¡tantas horas!—de vida interior, que sólo pudo recoger en sus alas la alada poesía.

Aquel mismo hombre, que durante el día ha-

bía disputado acremente en un claustro sobre una cuestión nimia ó en unas conclusiones sobre una sutileza teológica, al llegar la noche se quedaba solo consigo mismo: en aquella hora en que “como las tinieblas encubren el suelo á los ojos, así las cosas de él embarazan menos el corazón, y el silencio de todo pone sosiego y paz en el pensamiento; y como no hay quien llame á la puerta de los sentidos, sosiega el alma retirada en sí misma, y desembarazada de las cosas de fuera, éntrase dentro de sí, y puesta allí, conversa solamente consigo y reconocese..., y subiendo sobre sí misma, desprecia lo que estimaba de día...; y en medio de la oscuridad de la noche le amanece la luz” (1). Entonces el alma se reconocía, hablaba consigo misma, se superaba. ¡Cuántas veces, asomado á la ventana de su celda, en el convento de San Agustín, de Salamanca, que se elevaba sobre una cima, alejándose del suelo, sentiría fray Luis, contemplando los resplandores eternos en las noches serenas, aquel dulcísimo sosiego interior, que en él hemos aprendido nosotros á sentir! Entonces “los deseos y las afecciones turbadas que confusamente movían ruido en nuestros pechos de día, se van quietando poco á poco, y, como adormeciéndose, se reposan,

(1) *Expos. del Libro de Job*, cap. IV.

tomando cada una su asiento; y reduciéndose á su lugar propio, se ponen sin sentir en su sujeción y concierto. Y así como ellas se humillan y callan, así lo principal y lo que es señor en el alma, que es la razón, se levanta y recobra su derecho y su fuerza, y como alentada con esta vista celestial y hermosa, concibe pensamientos altos y dignos de sí, y como en una cierta manera se recuerda de su primer origen y al fin pone todo lo que es vil y bajo en su parte y huella sobre ello. Y así, puesta ella en su trono como emperatriz, y reducidas á sus lugares todas las demás, queda todo el hombre ordenado y pacífico" (1). ¿No se comprende ahora, acordándonos de lo que sabemos de su vida, todo el sentido íntimo de cada una de estas frases serenas? Ahora sabemos mejor que no son sólo palabras aquellas en que le pesa haber vivido entregado al sueño, entre sombras y engaños, siguiendo bienes fingidos, falsa vida de vanos temores y esperanzas vanas.

Otras veces era en casa del ciego Salinas—su gran amigo, con quien departía de cosas de arte—donde la armonía musical, como antes la armonía celeste, despertaba su alma del olvido en que estaba sumida, y conociéndose, tornaba á cobrar el tino y la memoria de su primer

(1) *Nombres de Cristo*, PRÍNCIPE DE PAZ.

origen. Otras veces era en *La Flecha*, remanso de quietud y de hermosura, donde va, roto casi el navío, huyendo del mar tempestuoso de las ambiciones de poder y de fama, tras de las que había corrido desalentado, con ansias vivas y mortal cuidado; va á buscar reposo, un sueño no rompido, un día puro, libre y alegre; va á vivir consigo mismo, libre de amor, de celo, de odio, de esperanzas, de recelo. Allí se acuerda de su luengo error, de su grave mal pasado; bajo el techo pajizo donde el cuidado enemigo no hizo nunca morada, ni se esconde envidia en rostro amigo ni voz perjura en testigo mortal; en la alta sierra, cuyo sosiego apura el pecho mancillado del veneno que bebió mal seguro, borra de la memoria cuanto dejó en ella impreso el vivir loco; y ansía poder levantar al puro sol las manos puras sin que se las aplomen odio y saña.

Sería inútil seguir... La vida interior de fray Luis de León, que vemos á plena luz en el espejo de su obra literaria, no es algo contradictorio, ajeno, á la vida exterior que conocemos; no podía serlo. Su vida interior es su verdadera vida: la integración de los dos aspectos que se han aparecido á muchos como irreconciliables; en ella la propensión á la lucha y el anhelo de paz se dan la mano, se engendran mutuamente, y el uno sin el otro carecerían de sentido. Y

como ésta es una realidad profundamente humana, una vida individual, como la de fray Luis de León, en que se ha manifestado con caracteres extremados, atraerá siempre el interés de los hombres. Y la poesía que ha manado de esta fuente psicológica, logrando la expresión hermosa de este confuso sentimiento humano, tendrá siempre virtud para despertar en cada corazón un latido de emoción hermana.

La empresa literaria que figura al frente de las obras de fray Luis, contiene aquellas palabras de Horacio: *ab ipso ferro*, que él tradujo diciendo: "del mismo hierro que es cortada cobra vigor y fuerzas renovada." Él también, como la encina desmochada, del mal que le asaltó en la vida sacó su bien: el dolor purificó su alma elevándola á Dios, la persecución le valió la fama y la simpatía de la posteridad, el ocio obligado de la prisión fué tiempo propicio para su producción literaria, y ya hemos visto cómo su flaqueza y su debilidad son los cimientos sobre los que se asienta su grandeza (1).

FEDERICO DE ONÍS.

(1) Para no hacer excesivamente desproporcionado el tamaño de este tomo ni excesivamente reducido el estudio del autor que debía precederle íntegro, dispondremos de algún espacio en el tomo segundo para completarlo, estudiando someramente su obra después de haber estudiado su biografía.

LA EDICION

La primera edición de los NOMBRES DE CRISTO fué impresa en Salamanca, por Juan Fernández, el año 1583 (1). Consta de dos libros, que contienen los mismos nombres que las demás ediciones, excepto el de PASTOR.

(1) La portada dice así: "De los | Nombres | de Christo | en dos libros, | por el maestro | Fray Luys de Leon. | [Estampilla que representa un arbol podado y un hacha al pie, con una leyenda en torno que dice: AB IPSO FERRO] Con Priuilegio. | En Salamanca, Por Juan Fernandez. | MDLXXXIII."—La censura dice así: "Por orden de los Señores del Consejo de su Magestad vi y examiné vn libro intitulado, *De los nombres de Christo*, que compuso el muy Reuerendo padre Maestro Fray Luys de León, de la orden de S. Agustín. Y me parece que no sólo no tiene cosa que sea contra la fe, y buenas costumbres, mas que como digno de tal author está lleno de erudición y doctrina, y será de mucha consolación para los deuotos Christianos, y assí que se le deue dar licencia, para que salga á luz, y todos gozen dél. Fecha en nuestro Collegio de la Compañía de Jesús desta corte a 20 de Abril 1583. *El doctor Ramirez*."—La suma del priuilegio dice así: "Sv Magestad concede al Maestro Fray Luys de León por su priuilegio, que por espacio de diez años, él, o quien su poder ouiere, y no otro alguno, imprima los libros intitulados, *De los nombres de Christo*, y *La perfecta casada*, so las penas contenidas en el dicho priuilegio. En 5 de Junio 1583."

La segunda edición se imprimió en Salamanca, por los herederos de Matías Gast, en 1585. Consta de tres libros; añade en el primero el nombre de PASTOR; el tercero contiene los mismos nombres que todas las ediciones posteriores, excepto el de CORDERO. Aparte de estas variaciones de contenido, hay correcciones y adiciones de detalle. Esta segunda edición fué reimpresa en Barcelona, 1587, en casa de Pedro Malo.

La tercera edición se imprimió en Salamanca, por Guillermo Foquel, en 1587. Es la más importante, porque, aunque el contenido es idéntico al de la segunda, ofrece numerosas correcciones de detalle debidas á la mano de fray Luis de León.

La cuarta edición fué impresa en Salamanca, por Juan Fernández, en 1595, cuatro años después de la muerte de fray Luis de León. Añade el nombre de CORDERO, que el autor dejó escrito á su muerte (1).

(1) Después del tercer libro, al fol. 249, empieza el nombre de CORDERO con encabezamiento propio, que dice: "De los nombres de Christo por el Maestro Fray Luys de Leon, en que de nuevo va añadido el nombre de Cordero." La Suma del privilegio, fecha 2 Febrero 1595, autoriza al Prior y Convento de San Agustín, de la ciudad de Salamanca, para que "imprima vn quaderno de adiciones del nombre de Cordero." La censura dice: "Por mandado del Consejo Real, vi un quaderno de diez y siete hojas compuesto por el padre Maestro F. Luys de Leon, de la orden de S. Augustin, cathedratico de Scriptura en la

La quinta edición se imprimió en Salamanca, en casa de Antonia Ramírez viuda, el año 1603. Reproduce la cuarta con nuevas erratas.

A estas cinco ediciones acompaña *La Perfecta Casada*, con foliación propia.

De las ediciones modernas importa citar la impresa en Valencia, por Benito Monfort, el año 1770 (1); y la contenida en la edición de las obras hecha por el P. Antolín Merino, 1804-1816 (2). La reimpresión de esta edición hecha en 1885, empeora notablemente el texto.

La edición publicada por la *Biblioteca de Autores Españoles* carece de valor. Desconoce las dos modernas que acabo de citar; sigue la quinta de las antiguas, que es la más defectuo-

vniversidad de Salamanca, añadido agora de mano al libro de los nombres de Christo que hasta aqui andaua impresso hecho por el sobredicho autor, en que se trata del nombre que Christo tiene de Cordero, y no halle en el dicho quaderno cosa que sea contra nuestra sancta Fe ni contra la doctrina de los sanctos, antes toda la doctrina es muy sana y muy buena, sacada de la sagrada Scriptura, y de los principios de buena Theologia digna de la gran erudición del autor y de su singular ingenio, y ansi conuiene que salga á luz, para cumplimiento y perfection del libro y prouecho de los que le leyeren, firmelo de mi nombre a 15 de Deziembre deste año 1594.—*F. Geronymo de Almonacis*."

(1) "emendada por el cotejo de las cinco primeras: con una prefación sobre la necesidad de buenos libros para la instrucción del pueblo, por un Doctor de Valencia."

(2) Obras del M. Fr. Luis de León de la Orden de San Agustín, reconocidas y cotejadas con varios manuscritos auténticos, por el P. M. Fr. Antolín Merino, de la misma Orden.—Madrid, Viuda de Ibarra, 1804-1816, 6 vols.

sa; moderniza la ortografía y el lenguaje arbitrariamente; abunda en errores de transcripción, y, en fin, introduce correcciones voluntarias injustificadas sin indicación expresa.

La presente edición reproduce la tercera, de Salamanca, 1587; anoto al pie las variantes de las dos anteriores, excepto cuando son puramente ortográficas. Para el nombre de **CORDERO** sigo el texto de la cuarta edición.

La ortografía adoptada pretende reflejar la pronunciación de la época. Modernizo la puntuación, la acentuación, el uso de las mayúsculas, la separación y unión de las palabras. Introduzco la división en capítulos, cuyos títulos faltan en el original.

He preferido publicar en conjunto, como apéndice, mejor que disgregado en notas, el opúsculo del B. Alonso de Orozco, *De nueve nombres de Cristo*, conforme á la edición que de él hizo el P. Muñón en *La Ciudad de Dios*, 1888, tomos XVI y XVII (1).

(1) Las citas, en las notas, van, generalmente, en forma abreviada. Para las obras castellanas de fray Luis de León cito, cuando no se expresa otra, de la edición de Madrid, 1885; para las latinas de la edición de Salamanca, 1891-1895. Las abreviaturas más frecuentes son: *Riv.* = Biblioteca de Autores Españoles, editada por Rivadeneyra. *Co-varrubias* = Tesoro de la lengua castellana, 1611. Cuervo, *Dicc.* = R. J. Cuervo, Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana; y otras que suplirá el buen sentido del lector.

DE LOS NOMBRES DE CRISTO

DEL MAESTRO
FRAY LUY S DE LEON

EL LIBRO PRIMERO
DE LOS NOMBRES DE CRISTO

A DON PEDRO PORTOCARRERO, DEL CONSEJO DE 5
SU Magestad y del de la Sancta y General
Inquisición.

De las calamidades de nuestros tiempos, qué,
como vemos, son muchas y muy graves, una es,
y no la menor de todas, muy illustre señor, el aver 10
venido los hombres á disposición que les sea pon-

5 Véanse las noticias biográficas de D. Pedro Portocarrero recogidas por Morel-Fatio en el *Bulletin Hispanique*, III, 1901, pág. 80.—Aunque Garma, *Theatro universal de España*, dice que D. Pedro fué tres veces rector de la Universidad de Salamanca, lo fué sólo dos veces: la primera, en 1556-57, y la segunda, en 1566-67, según J. Onís. *Relación nominal de los Rectores de esta Universidad*, Salamanca, 1878. Tal origen universitario debió tener la amistad profunda y constante que le profesó Fr. Luis de León, atestiguada por el hecho de haberle dedicado algunas

coña lo que les solía ser medicina y remedio; que es también claro indicio de que se les acerca su fin y de que el mundo está vezino á la muerte, pues la halla en la vida. Notoria cosa es que las

5 Escripturas que llamamos sagradas las inspiró Dios á los profetas que las escribieron para que nos fuessen, en los trabajos desta vida, consuelo, y en las tinieblas y errores della, clara y fiel luz; y para que en las llagas que hazen en nuestras

10 almas la passión y el peccado, allí, como en officina general, tuviésemos para cada una proprio y saludable remedio. Y porque las escribió para este fin, que es universal, también es manifesto que pretendió que el uso dellas fuesse común

15 á todos, y assí quanto es de su parte lo hizo; porque las compuso con palabras llaníssimas y en lengua que era vulgar á aquellos á quien las dió primero. Y después, quando de aquéllos, juntamente con el verdadero conoscimiento de Jesu-

20 cristo, se comunicó y traspasó también este tesoro á las gentes, hizo que se pusiessen en muchas

de sus mejores obras y por la manifestación expresa de este afecto y estimación en las dedicatorias y en el texto de las poesías á él dedicadas. Aparte de los *Nombres de Cristo*, dedicó Fr. Luis de León á Portocarrero su *In Abdiam prophetam Explanatio* (tomo III de sus obras latinas, Salamanca, 1892) y la colección manuscrita de sus poesías, entre las cuales se dirigen á él especialmente *Virtud, hija del cielo, La cana y alta cumbre, y No siempre es poderosa*.

17 La 1.^a ed. á quien primero las dió.

lenguas, y casi en todas aquellas que entonces eran más generales y más comunes, porque fuesen gozadas comúnmente de todos. Y así fué que en los primeros tiempos de la Iglesia, y en no pocos años después, era gran culpa en cualquier de los fieles no ocuparse mucho en el estudio y lición de los libros divinos. Y los eclesiásticos y los que llamamos seglares, así los doctos como los que carecían de letras, por esta causa trataban tanto deste conocimiento, que el cuidado de los vulgares despertava el estudio de los que por su officio son maestros, quiero dezir, de los perlados y obispos; los cuales de ordinario en sus iglesias, casi todos los días, declaravan las

3-7 Aparte del ejemplo del mismo Jesucristo y de los Apóstoles, y del testimonio expreso del valor del conocimiento de la Sagrada Escritura contenido en muchos lugares del Nuevo Testamento (II Tim., 3, 16-17; Rom., 15, 4; I Tim., 1, 4, etc.), los Santos Padres recomiendan y ordenan constantemente su lectura. Así S. Juan Crisóstomo, en la homilía tercera sobre Lázaro, dice á los fieles: "Yo os exhorto siempre y no cesaré jamás de exhortaros á que no os contentéis con oír las instrucciones que aquí se dan, sino que leáis también frecuentemente la Escritura Santa cuando estáis en vuestras casas." S. Jerónimo (*In Is., Prol.*) dice que "la ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Cristo". Ejemplos como éstos son frecuentísimos en los Padres. Las Constituciones llamadas apostólicas mandan á los padres y á las madres que enseñen á sus hijos las Escrituras y que se las pongan en las manos desde su tierna edad.

13 *perlado*, 'prelado'. Metátesis frecuentísima en la lengua antigua. Fr. Luis de León usa indistintamente *prelado* y *perlado*. (Carta dedicatoria de las obras de Santa Teresa, *Riv.*, LXII, pág. 56.)

sanctas Escripturas al pueblo, para que la lición particular que cada uno tenía dellas en su casa, alumbrada con la luz de aquella doctrina pública y como regida con la boz del maestro, careciesse
5 de error y fuesse causa de más señalado provecho. El cual á la verdad fué tan grande quanto aquel gobierno era bueno; y respondió el fructo á la sementera, como lo saben los que tienen alguna noticia de la historia de aquellos tiempos.
10 Pero, como dezía, esto, que de suyo es tan bueno y que fué tan útil en aquel tiempo, la condición triste de nuestros siglos y la experiencia de nuestra grande desventura nos enseñan que nos es ocasión agora de muchos daños. Y assí, los que
15 gobiernan la Iglesia, con maduro consejo, y como

14 *Las ed. 1.^a y 2.^a de daños muchos y graves.*

14 Ya S. Pedro (Ep. II, cap. 3, v. 16) indica los peligros que entraña la lectura de las Escrituras.—Según Fr. Bartolomé de Carranza, arzobispo de Toledo, asistente al Concilio de Trento, no estaba “vedada la Sagrada Escritura en lenguas vulgares entre ningunas partes. En España había Biblias trasladadas en vulgar, por mandado de reyes católicos, en tiempo que se consentían vivir entre cristianos los moros y judíos con sus leyes. Después que los judíos fueron echados de España, hallaron los jueces de la religión que algunos de los conversos instruían á sus hijos en el judaísmo... por aquellas biblias vulgares. Por esta causa tan justa se vedaron las biblias vulgares en España; pero siempre se tuvo miramiento á los colegios y monasterios y á las personas nobles que estaban fuera de sospecha y se les daba licencia para que la tuviesen y leyesen. Después de las heregias de Alemania se entendió que una de las astucias que tuvieron los ministros, que he dicho, del demonio, fué escribir sus falsas doctrinas en len-

forçados de la misma necesidad, han puesto una cierta y devida tassa en este negocio, ordenando que los libros de la Sagrada Escrip- 5 tura no anden en lenguas vulgares de manera que los ignorantes los puedan leer; y como á gente animal y tosca, que, ó no conocen estas riquezas, ó si las conocen, no usan bien dellas, se las han quitado al vulgo de entre las manos.

Y si alguno se maravilla, como á la verdad es cosa que haze maravillar, que en gentes que pro- 10 fessavan una misma religión aya podido acontecer que lo que antes les aprovechava les dañe

guas vulgares... y trasladaron en ellas la Santa Escritura... Y así entienden la Escritura como á cada uno se le antoja. Viendo los católicos este daño... en las partes donde no era el pueblo tan obediente como fuera menester, hicieron nueva traslación de la Escritura en vulgar y escribieron contra los libros que estaban ya divulgados, pues no los podían vedar. En otras partes, que eran más obedientes, vedaron todos los libros de los hereges y sus traslaciones, pero dejaron las que estaban hechas por hombres píos y católicos... En España, que estaba y está limpia de esta cizaña... proveyeron en vedar generalmente todas traslaciones vulgares de la Escritura, por quitar la ocasión á los extrangeros de tratar de sus diferencias con personas simples y sin letras. Y también porque tenían y tienen experiencia de casos particulares y errores que comenzaban á nacer en España y hallaban que la raíz era haber leído algunas partes de la Escritura sin las entender. Esto es historia verdadera de lo que ha pasado..." (V. el *Prólogo sobre la necesidad de buenos libros para la instrucción del pueblo*, atribuído á D. Vicente Blasco, que precede á la ed. de los *Nombres de Cristo*, Valencia, 1770, en el cual se hace una historia más detallada de este asunto. Véase además la cuarta de las reglas sobre libros prohibidos publicadas por Pío IV en 1564.)

agora, y mayormente en cosas tan substanciales, y si dessea penetrar á la origen de aqueste mal, conociendo sus fuentes, digo que, á lo que yo alcanço, las causas desto son dos: ignorancia y
5 sobervia, y más sobervia que ignorancia; en los cuales males ha venido á dar poco á poco el pueblo cristiano, descayendo de su primera virtud. La ignorancia ha estado de parte de aquellos á quien incumbe el saber y el declarar estos libros,
10 y la sobervia, de parte de los mismos y de los demás todos, aunque en diferente manera; porque en éstos, la sobervia y el pundonor de su presunción, y el título de maestros que se arrogavan sin merecerlo, les cegava los ojos para que
15 ni conociessen sus faltas ni se persuadiessen á que les estava bien poner estudio y cuydado en aprender lo que no sabían y se prometían saber; y á los otros, aqueste humor mismo, no sólo les quitava la voluntad de ser enseñados en estos
20 libros y letras, mas les persuadía también que ellos las podían saber y entender por sí mismos. Y assí, presumiendo el pueblo de ser maestro, y no pudiendo, como convenía, serlo los que lo eran ó devían de ser, convertíase la luz en tinie-
25 blas, y leer las Escripturas el vulgo le era ocasión de concebir muchos y muy perniciosos erro-

17 *prometerse*, en la acepción, frequentísima en la lengua de los clásicos, de 'asegurar, dar fe de lo que se dice, estar seguro'.

res, que brotavan y se ivan descubriendo por horas.

Mas si como los prelados ecclesiásticos pudieron quitar á los indoctos las Escripturas, pudieron también ponerlas y assentarlas en el desseo 5 y en el entendimiento y en la noticia de los que las han de enseñar, fuera menos de llorar aquesta miseria; porque estando éstos, que son como cielos, llenos y ricos con la virtud de aqueste tesoro, derivárase dellos necessariamente gran 10 bien en los menores, que son el suelo sobre quien ellos influyen. Pero en muchos es esto tan al revés, que no sólo no saben aquestas letras, pero desprecian ó, á lo menos, muestranpreciarse poco y no juzgar bien de los que las saben. Y con 15 un pequeño gusto de ciertas cuestiones contentos é hinchados, tienen título de maestros teólogos y no tienen la teología; de la cual, como se entiende, el principio son las cuestiones de la escuela, y el crecimiento la doctrina que escriben 20 los sanctos, y el colmo y perfección y lo más alto

1 La 1.^a y la 2.^a ed. errores, los cuales brotavan.

13 *pero* y *mas*, precediendo una negación son sinónimos de *sino*. V. Hanssen, *Gramática*, § 682; Bello-Cervo, § 1281; Meyer-Lübke, III, 593, 597.

17 La 1.^a ed. y hinchados.

17 Las universidades daban en la facultad de teología y en la de artes el título superior de *maestro*, que equivalía al de *doctor* en las facultades de leyes, cánones ó medicina.

de ella las letras sagradas; á cuyo entendimiento todo lo de antes, como á fin necessario, se ordena.

Mas dexando éstos y tornando á los comunes del vulgo, á este daño de que por su culpa y sobervia se hizieron inútiles para la lición de la
5 Escriptura divina, háseles seguido otro daño, no sé si diga peor: que se han entregado sin rienda á la lición de mil libros, no solamente vanos, sino señaladamente dañosos; los cuales, como por arte
10 del demonio, como faltaron los buenos, en nuestra edad, más que en otra, han crecido. Y nos ha acontecido lo que acontece á la tierra, que cuando no produze trigo da espinas. Y digo que este segundo daño en parte vence al primero, por-
15 que en aquél pierden los hombres un grande instrumento para ser buenos, mas en éste le tienen para ser malos; allí quítasele á la virtud algún gobierno, aquí dase cevo á los vicios. Porque si, como alega sant Pablo, *las malas conversacio-*
20 *nes corrompen las buenas costumbres*, el libro torpe y dañado, que conversa con el que le lee á todas horas y á todos tiempos, ¿qué no hará?, ó ¿cómo será possible que no críe viciosa y mala

14 La 1.^a ed. vence el.

19 I Cor., 15, 33. La frase es de Menandro, según hace notar el B. A. de Orozco en su *Epistolario cristiano*, en cuya *Dedicatoria* desenvuelve estas mismas ideas de Fr. Luis acerca de la lectura de obras devotas y mundanas, con notable semejanza. La cita de Menandro está ya indicada por S. Jerónimo.

sangre el que se mantiene de malezas y de pon-
çoñas? Y á la verdad, si queremos mirar en ello
con atención y ser justos juezes, no podemos
dexar de juzgar sino que destos libros perdidos
y desconcertados, y de su lición, nasce gran parte 5
de los reveses y perdición que se descubren con-
tinuamente en nuestras costumbres. Y de un sa-
bor de gentilidad y de infidelidad que los zelosos
del servicio de Dios sienten en ellas (que no sé
yo si en edad alguna del pueblo cristiano se ha 10
sentido mayor), á mi juyzio el principio y la rayz
y la causa toda son estos libros. Y es caso de gran
compassión que muchas personas simples y puras
se pierden en este mal passo, antes que se ad-
viertan dél, y como sin saber de dónde ó de qué, 15
se hallan emponçoñadas y quiebran simple y las-
timosamente en esta roca encubierta. Porque mu-
chos destos malos escriptos ordinariamente andan
en las manos de mugeres donzellas y moças, y no
se recatan dello sus padres; por donde las más 20
vezes les sale vano y sin fruto todo el demás
recato que tienen.

Por lo qual, como quiera que siempre aya sido
provechoso y loable el escribir sanas doctrinas
que despierten las almas ó las encaminen á la 25

16 La 1.^a ed. emponçoñados.

21 La 1.^a y 2.^a ed. sin effecto.

virtud, en este tiempo es assí necessario, que á mi
 juyzio todos los buenos ingenios en quien puso
 Dios partes y facultad para semejante negocio
 tienen obligación á occuparse en él, componiendo
 5 en nuestra lengua, para el uso común de todos.
 algunas cosas que, ó como nascidas de las sagra-
 das letras, ó como allegadas y conformes á ellas,
 suplan por ellas, quanto es possible, con el común
 menester de los hombres, y juntamente les quiten
 10 de las manos, succediendo en su lugar dellos, los
 libros dañosos y de vanidad.

Y aunque es verdad que algunas personas doc-
 tas y muy religiosas han trabajado en aquesto
 bien felizmente, en muchas escripturas que nos
 15 han dado, llenas de utilidad y pureza, mas no por
 esso los demás que pueden emplearse en lo mis-

1 *assí* 'tan, de tal modo'. Uso general en los *Nombres de Cristo*, así como en los demás autores del tiempo.

3 *partes* 'buenas prendas, cualidades'. Comp. Lope, *Las burlas veras*, ed. Rosenberg, v. 979; "y que, aun siendo burla, tenga—partes para ser amado". *Guzmán de Alfarache*, Riv., 192 a: "Las partes y faiciones de mi padre ya las dije." Quevedo, *Buscón*, ed. Castro, pág. 175.

10 *su lugar dellos*. Esta doble indicación del posesivo, al parecer pleonástica, resolvía en la lengua antigua la vaguedad del pronombre posesivo *su* respecto al género y número del poseedor.

12 Recuértese que antes de Fr. Luis de León habían escrito obras religiosas en romance para uso de todos el B. Juan de Avila, Fr. Luis de Granada, Santa Teresa, el B. Alonso de Orozco, Fr. Hernando de Talavera, Alejo Venegas, Francisco de Osuna, Alonso de Madrid, el Tostado, Pedro Ciruelo y otros muchos.

mo se deven tener por desobligados ni deven por
esso alañar de las manos la pluma; pues en caso
que todos los que pueden escribir escriviessen,
todo ello sería mucho menos, no sólo de lo que
se puede escribir en semejantes materias, sino de
aquello que, conforme á nuestra necesidad, es
menester que se escriba, assí por ser los gustos
de los hombres y sus inclinaciones tan differen-
tes, como por ser tantas ya y tan recebidas las
escripturas malas, contra quien se ordenan las
buenas. Y lo que en las baterías y cercos de los
lugares fuertes se haze en la guerra, que los tien-
tan por todas las partes y con todos los ingenios
que nos enseña la facultad militar, esso mismo
es necessario que hagan todos los buenos y doctos
ingenios agora, sin que uno se descuyde con otro,

2 *alañar* 'lanzar ó echar fuera de sí, alejar'; más adelante, "alança de nosotros la muerte". Comp. León, *Job*, 108. "Y por eso dice *alanzados*... que es decir, apartados muy lejos de mí, como se aparta mucho de uno aquello que se arroja con fuerza...; porque no se desecha ni alanza propiamente si no es lo disconveniente y contrario." Juan de París, *Farsa* (publ. en *Sieben spanische dramatische Eklogen*, ed. Kohler, pág. 345): "¿Es, padre, possible venirme buscando—la que me alancó de sí muy penoso?—*Covarrubias* dice que sólo se usa esta voz en la frase *alañar el demonio* "echar los malos espíritus de un hombre", y añade "pero *alañar* es echar fuera como *lançar* echar adentro" (s. v. *Lança*). En los *Nombres de Cristo* abundan los ejemplos de esta distinción, mantenida normalmente en la lengua de Fr. Luis de León.

3 *La 1.^a ed.* escriviessen.

5 *La 1.^a ed.* escribir.

en un mal uso tan torreado y fortificado como es este de que vamos hablando.

Yo assí lo juzgo y juzgué siempre. Y aunque me conozco por el menor de todos los que en esto
5 que digo pueden servir á la Iglesia, siempre la dessee servir en ello como pudiesse; y por mi poca salud y muchas ocupaciones no lo he hecho hasta agora. Mas ya que la vida passada, occu-
pada y trabajosa, me fué estorvo para que no
10 pusiesse este mi desseo y juyzio en execución, no me parece que devo perder la ocasión deste ocio,

7 Fray Luis de León era de temperamento débil y enfermizo. "Y los treinta años que soy fraile, perseverando siempre en mi religión y en estudios y ejercicios loables, y que ninguno de cuantos hay en ella tan ocupados y trabajados como yo en estudios y tan delicado y lleno de enfermedades, ha vivido más regularmente que yo he vivido." *Proceso*, X, 386. Declara en otro sitio "que ha vivido todo este tiempo con buen ejemplo y en la observancia regular cuanto sus continuas enfermedades y estudio lo han sufrido". *Proceso*, XI, 267. Los inquisidores lo atestiguan también: "E atento ques hombre enfermo y delicado..." *Proceso*, X, 180. Suplica al tribunal dé licencia para que se "avise á Ana de Espinosa, monja en el monasterio de Madrigal, que envíe una caja de unos polvos que ella solía hacer y enviarme para mis melancolías y pasiones de corazón, que ella sola los sabe hacer y nunca tuve dellos más necesidad que agora". *Proceso*, X, 179.

11 Alude á su proceso y prisión en las cárceles de Valladolid. Véase la *Introducción*. Parecidas apreciaciones acerca de los beneficios de la adversidad y la desgracia se repiten en otros lugares de las obras de Fr. Luis. La *Exposición del libro de Job* tiene, en general, un sabor de íntima autobiografía; véanse especialmente las págs. 28-29 y 33-36. V. además la dedicatoria de la *Expositio in Psalmos* (Obras lat., I, 111).

en que la injuria y mala voluntad de algunas personas me han puesto; porque, aunque son muchos los trabajos que me tienen cercado, pero el favor largo del cielo, que Dios, padre verdadero de los agraviados, sin merecerlo me da, y el testimonio ⁵ de la consciencia, en medio de todos ellos, han serenado mi ánima con tanta paz, que, no sólo en la emienda de mis costumbres, sino también en el negocio y conocimiento de la verdad, veo agora y puedo hazer lo que antes no hazía. Y ¹⁰ hame convertido este trabajo el Señor en mi luz y salud, y con las manos de los que me pretendían dañar ha sacado mi bien. A cuya excelente y divina merced en alguna manera no respondería yo con el agradescimiento devido, si agora que ¹⁵ puedo, en la forma que puedo y según la flaqueza de mi ingenio y mis fuerças, no pusiesse cuydado en aquesto que, á lo que yo juzgo, es tan necessario para el bien de sus fieles.

Pues á este propósito me vinieron á la memo- ²⁰ ria unos razonamientos que en los años passados tres amigos míos y de mi orden, los dos dellos hombres de grandes letras é ingenio, tuvieron entre sí, por cierta ocasión, acerca de los nombres con que es llamado Jesucristo en la Sagrada ²⁵ Escripura; los cuales me refirió á mí poco des-

3 *pero*, usado como adverbio demostrativo, contrapuesto á *aunque*, normal en la lengua del siglo xvi. V. Bello-Cuervo, *Gramática*, §§ 1260, 1261. Nota, pág. 132.

pués el uno dellos, y yo por su cualidad no los quise olvidar. Y desseando yo agora escribir alguna cosa que fuesse útil al pueblo de Cristo, hame parecido que començar por sus nombres, para principio, es el más feliz y de mejor anuncio, y para utilidad de los lectores, la cosa de más provecho, y para mi gusto particular, la materia más dulce y más apazible de todas; porque assí como Cristo nuestro señor es como fuente, ó por mejor dezir, como oceano, que comprehende en sí todo lo provechoso y lo dulce que se reparte en los hombres, assí el tratar dél, y como si dixéssomos, el desembolver aqueste tesoro, es conocimiento dulce y provechoso más que otro ninguno.

Y por orden de buena razón se presupone á los demás tratados y conocimientos aqueste conocimiento, porque es el fundamento de todos ellos y es como el blanco adonde el cristiano endereça todos sus pensamientos y obras; y assí, lo primero á que devemos dar assiento en el ánima es á su desseo, y por la misma razón, á su conocimiento, de quien nace y con quien se enciende y acrecienta el desseo. Y la propria y verdadera sabiduría del hombre es saber mucho de Cristo, y á la verdad es la más alta y más divina sabiduría de todas; porque entenderle á él es entender todos los tesoros de la sabiduría de Dios, que, como dize sant Pa-

2 La 1.^a ed. escrevir.

27 Col. 2, 3.

blo, están en él encerrados; y es entender el infinito amor que Dios tiene á los hombres y la magestad de su grandeza y el abismo de sus consejos sin suelo, y de su fuerza invencible el poder inmenso, con las demás grandezas y perfecciones que moran en Dios, y se descubren y resplandecen, más que en ninguna parte, en el misterio de Cristo. Las cuales perfecciones todas, ó gran parte dellas, se entenderán si entendiéremos la fuerza y la significación de los nombres que el Espíritu Sancto le da en la divina Escritura; porque son estos nombres como unas cifras breves, en que Dios maravillosamente encerró todo lo que acerca desto el humano entendimiento puede entender y le conviene que entienda. 15

Pues lo que en ello se platicó entonces, recorriendo yo la memoria dello después, casi en la misma forma como á mí me fué referido y lo más conforme que ha sido possible al hecho de la verdad ó á su semejança, aviéndolo puesto por escrito, lo embío agora á v. m., á cuyo servicio se endereçan todas mis cosas. 20

INTRODUCCION

Era por el mes de junio, á las bueltas de la fiesta de sant Juan, al tiempo que en Salamanca comienzan á cessar los estudios, cuando Marcello, el uno de los que digo (que así le quiero llamar con nombre fingido, por ciertos respetos que tengo, y lo mismo haré á los demás), después de una carrera tan larga como es la de un año en la vida que allí se vive, se retiró, como á puerto sabroso, á la soledad de una granja que, como v. m. sabe, 15

2 *A vueltas de* 'alrededor de, cerca de'. Fija luego el día del suceso, que fué el de S. Pedro, cinco días después de S. Juan. El artículo en esta frase, *a las vueltas de*, se usa rarísima vez.

5 *La 1.ª ed.* así lo.

15 Hoy no existe el edificio antiguo del convento de S. Agustín, de Salamanca, destruido por los franceses en 1812; ocupa hoy su solar la calle llamada de Oliva. La granja que este monasterio tenía, á legua y media de distancia, río arriba, á la vera del camino de Salamanca á Madrid, se llama *La Flecha*. (V. Villar y Macías, *Hist. de Salamanca*, I, 453, etc.) Su poseedor actual, el Marqués de Puerto Seguro, ha tenido el loable propósito de restituir esta granja—rincón sagrado de la geografía poética española—al estado en que aparece descrita en las obras de

tiene mi monasterio en la ribera de Tormes; y fuéronse con él, por hazerle compañía y por el mismo respecto, los otros dos. Adonde aviendo estado algunos días, aconteció que una mañana, 5 que era la del día dedicado al apóstol san Pedro, después de aver dado al culto divino lo que se le debía, todos tres juntos se salieron de la casa á la huerta que se haze delante della.

Es la huerta grande, y estava entonces bien po-

Fr. Luis. Así se ha hecho según la sabia dirección del literato salmantino D. Luis Maldonado. Una impresión moderna del paisaje de la Flecha puede leerse en la obra *Paisajes*, de M. de Unamuno.

1 Los nombres de río no llevaban artículo en el castellano antiguo. *Guzmán de Alfarache*, Riv., 198, a: "aquellas avenidas (que no suelen ser mayores las de Tajo)". Quedo, *Buscón*, 94: "pasado Torote", 96: "subir toda el agua de Tajo á Toledo".

8 *hazerse*, 'extenderse, hallarse, estar situado'. Comp. *Quijote*, I, cap. 18: "retirémonos á aquel altillo que allí se hace."

9 Copio aquí, aunque es tan conocida, la descripción del mismo sitio contenida en la poesía *¡Qué descansada vida*:

"Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto,
que, con la primavera,
de bella flor cubierto,
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
de ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa,
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura;
y luego sosegada
el paso entre los árboles torciendo,

blada de árboles, aunque puestos sin orden; mas
esso mismo hacía deleyte en la vista, y sobre
todo, la hora y la sazón. Pues entrados en ella,
primero, y por un espacio pequeño, se anduvieron
passeando y gozando del frescor, y después se 5
sentaron juntos, á la sombra de unas parras y
junto á la corriente de una pequeña fuente, en
ciertos assientos. Nasce la fuente de la cuesta
que tiene la casa á las espaldas, y entrava en la
huerta por aquella parte, y corriendo y estrope- 10
çando, parecía reyrse. Tenían también delante de
los ojos y cerca dellos una alta y hermosa alame-
da. Y más adelante, y no muy lexos, se veyá el
río Tormes, que aun en aquel tiempo, hinchendo
bien sus riberas, iba torciendo el passo por aque- 15

el suelo de pasada
de verdura vistiendo
y con diversas flores va esparciendo.
El aire el huerto orea
y ofrece mil olores al sentido;
los árboles menea
con un manso ruido
que del oro y del cetro pone olvido."

4 *espacio* de tiempo. Confunde más en este caso el uso anticuado de *por*. Comp. *Nombres de Cristo*, passim. *Quijote*, II, cap. 22, se detuvieron como media hora, al cabo del cual espacio volvieron á...

10 *estropear* 'tropezar'. Para *Covarrubias* es vocablo bárbaro. Se encuentra en el *Poema de Mio Cid*, v. 2415; en el *Diccionario* de Nebrija, en la *Colección de Autos*, ed. Rouanet, I, 271, etc. Es vocablo muy dilecto de Fray Luis de León, en cuya lengua abundan formas arcaicas y populares. *Perfecta casada*, ed. Wallace, págs. 1 y 7. *Job*, 91, 93, 120.

lla vega. El día era sossegado y puríssimo, y la hora, muy fresca. Assí que, assentándose, y callando por un pequeño tiempo, después de sentados, Sabino (que assí me plaze llamar al que
5 de los tres era el más moço), mirando hazia Marcello y sonriéndose, començó á dezir assí:

—Algunos ay á quien la vista del campo los enmudece, y deve ser condición de espíritus de entendimiento profundo; mas yo, como los pã-
10 xaros, en viendo lo verde, desseo ó cantar ó hablar.

—Bien entiendo por qué lo dezís—respondió al punto Marcello—, y no es alteza de entendimiento, como days á entender por lisongearme
15 ó por consolarme, sino cualidad de edad y humores diferentes, que nos predominan, y se despiertan con esta vista, en vos de sangre, y en mí de melancolía. Mas sepamos—dize—de Juliano —(que éste será el nombre del otro tercero)—si es
20 páxaro también ó si es de otro metal.

—No soy siempre de uno mismo—respondió Juliano—, aunque agora al humor de Sabino me inclino algo más. Y pues él no puede agora razonar consigo mismo mirando la belleza del campo
25 y la grandeza del cielo, bien será que nos diga su gusto acerca de lo que podremos hablar.

Entonces Sabino, sacando del seno un papel escripto y no muy grande:

—Aquí—dize—está mi desseo y mi esperança

Marcello, que reconoció luego el papel, porque estava escripto de su mano, dixo, buelto á Sabino y riéndose:

—No os atormentará mucho el desseo á lo menos, Sabino, pues tan en la mano tenéys la es- 5
perança; ni aun deven ser ni lo uno ni lo otro muy ricos, pues se encierran en tan pequeño papel.

—Si fueren pobres—dixo Sabino—menos causa tendréys para no satisfacerme en una cosa tan pobre. 10

—¿En qué manera — respondió Marcello — ó qué parte soy yo para satisfacer á vuestro desseo, ó qué desseo es el que dezís?

Entonces Sabino, desplegando el papel, leyó el título, que dezía: DE LOS NOMBRES DE CRISTO; 15
y no leyó más. Y dixo luego:

—Por cierto caso hallé oy este papel, que es de Marcello, adonde, como parece, tiene apuntados algunos de los nombres con que Cristo es llamado en la Sagrada Escrip- 20
tura, y los lugares della adonde es llamado assí. Y como le vi, me puso codicia de oyrle algo sobre aqueste argumento, y por esso dixé que mi desseo estava en este papel; y está en él mi esperança también, porque como parece dél, este es argumento en que Mar- 25
cello ha puesto su estudio y cuydado, y argumen-

21 como 'así como, así que, cuando', *Nombres de Cristo*, passim.

25 parecer 'aparecer, verse'.—Comp. *Job*: "este ejemplo excelente, que tal es el de Job, como por su escritura

to que le deve tener en la lengua; y assí, no podrá dezirnos agora lo que suele dezir cuando se escusa si le obligamos á hablar, que le tomamos desapercibido. Por manera que, pues le falta esta escusa, 5 y el tiempo es nuestro, y el día sancto, y la sazón tan á propósito de pláticas semejantes, no nos será difficultoso el rendir á Marcello, si vos, Juliano, me favorecéys.

—En ninguna cosa me hallaréys más á vuestro 10 lado, Sabino—respondió Juliano.

Y dichas y respondidas muchas cosas en este propósito, porque Marcello se escusava mucho, ó á lo menos pedía que tomasse Juliano su parte y dicesse también, y quedando assentado que á 15 su tiempo, cuando pareciesse, ó si pareciesse ser menester, Juliano haría su officio, Marcello, buuelto á Sabino, dixo assí:

—Pues el papel ha sido el despertador desta plática, bien será que él mismo nos sea la guía 20 en ella. Id leyendo, Sabino, en él, y de lo que en él estuviere, y conforme á su orden, assí iremos diziendo, si no os parece otra cosa.

—Antes nos parece lo mismo—respondieron como á una Sabino y Juliano.

25 Y luego Sabino, poniendo los ojos en el escripto, con clara y moderada boz leyó assí:

parece". S. Juan de la Cruz, ed. Gerardo de S. Juan de la Cruz, I, 28: "adonde me esperaba—quien yo bien me sabía—en parte donde nadie parecía".

DE LOS NOMBRES EN GENERAL

Los nombres que en la Escritura se dan á Cristo son muchos, assí como son muchas sus virtudes y officios; pero los principales son diez, en los cuales se encierran y como reducidos se recogen los demás; y los diez son éstos. 5

—Primero que vengamos á esso—dixo Marcello alargando la mano hazia Sabino, para que se detuviesse—convendrá que digamos algunas cosas que se presuponen á ello, y convendrá que 10 tomemos el salto, como dicen, de más atrás, y que guiando el agua de su primer nascimiento, tratemos qué cosa es esto que llamamos nombre, y qué officio tiene, y por qué fin se introduxo, y en qué manera se suele poner; y aun antes de todo 15 esto ay otro principio.

—¿Qué otro principio—dixo Juliano—ay que sea primero que el ser de lo que se trata, y la declaración dello breve, que la Escuela llama *diffinición*?

20

4-6 La 1.^a ed. nueve.

12 de 'desde'.

—Que como los que quieren hazerse á la vela —respondió Marcello—y meterse en la mar, antes que desplieguen los lienços, bueltos al favor del cielo, le piden viaje seguro, assí agora en el
5 principio de una semejante jornada, yo por mí, ó por mejor dezir, todos para mí, pidamos á esse mismo de quien avemos de hablar sentidos y palabras cuales convienen para hablar dél. Porque si las cosas menores, no sólo acabarlas no pode-
10 mos bien, mas ni emprenderlas tampoco, sin que Dios particularmente nos favorezca, ¿quién podrá dezir de Cristo y de cosas tan altas como son las que encierran los nombres de Cristo, si no fuere alentado con la fuerça de su espíritu? Por
15 lo cual desconfiando de nosotros mismos, y confessando la insufficiencia de nuestro saber, y como derrocando por el suelo los coraçones, supliquemos con humildad á aquesta divina luz que nos amanezca; quiero dezir, que embíe en mi
20 alma los rayos de su resplandor y la alumbre, para que en esto que quiere dezir dél, sienta lo que es digno dél, y para que lo que en esta manera sintiere, lo publique por la lengua en la forma que deve. Porque, Señor, sin ti, ¿quién podrá
25 hablar como es justo de ti? ó ¿quién no se perderá, en el immenso oceano de tus excellencias metido, si tú mismo no le guías al puerto? Luze, pues,

¡o solo verdadero sol! en mi alma, y luze con tan grande abundancia de luz, que con el rayo della juntamente y mi voluntad encendida te ame, y mi entendimiento esclarecido te vea, y enriquecida mi boca te hable y pregone, si no como eres del todo, á lo menos como puedes de nosotros ser entendido, y sólo á fin de que tú seas glorioso y ensalçado en todo tiempo y de todos.

Y dicho esto, calló; y los otros dos quedaron suspensos y attentos mirándole; y luego torró á començar en aquesta manera:

—El nombre, si avemos de dezirlo en pocas palabras, es una palabra breve, que se sustituye por aquello de quien se dize, y se toma por ello mismo. O nombre es aquello mismo que se nombra, no en el ser real y verdadero que ello tiene, sino en el ser que le da nuestra boca y entendimiento.

Porque se ha de entender que la perfección de todas las cosas, y señaladamente de aquellas que son capaces de entendimiento y razón, consiste en que cada una dellas tenga en sí á todas las otras, y en que siendo una, sea todas cuanto le fuere possible; porque en esto se avezina á Dios,

3 y, en lo antiguo solía alguna vez anteponerse también al primero de los miembros enlazados por ella. (V. Bello-Cuervo, *Gramática*, § 1285.) Comp. *Job*, 221: "Que hice que así encubres y desvías—tus ojos de mi rostro, y como aleve—me huyes y las noches y los días."

que en sí lo contiene todo. Y cuanto más en esto creciere, tanto se allegará más á él, haziéndosele semejante. La cual semejança es, si conviene dezirlo assí, el pío general de todas las cosas, y el fin y como el blanco adonde embían sus deseos todas las criaturas. Consiste, pues, la perfección de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todos en mí, y yo en todos los otros, y teniendo yo su ser de todos ellos, y todos y cada uno dellos teniendo el ser mío, se abraçe y eslavone toda aquesta máquina del universo, y se reduzga á unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas, se mezclen, y permaneciendo muchas, no lo sean; y para que estendiéndose y como desplegándose delante los ojos la variedad y diversidad, vença y reyne y ponga su silla la unidad sobre todo. Lo cual es avezinarse la criatura á Dios, de quien mana, que en tres personas es una essencia, y en infinito número de excellencias no comprehensibles, una sola perfecta y senzilla excellencia.

Pues siendo nuestra perfección aquesta que

4 *pío*. La ed. de Rivadeneyra dice *principio*, siguiendo la 5.^a edición, que es la única que parece conocer. La 1.^a edición dice también *principio* en el texto, pero corrige *pío* en la fe de erratas. Las demás ediciones siguen a verdadera lección *pío*, manera poética de expresar el ser. Luis de León la idea platónica del deseo, aspiración, tendencia á la unidad.

digo, y desseando cada uno naturalmente su perfección, y no siendo escassa la naturaleza en proveer á nuestros necessarios desseos, proveyó en esto, como en todo lo demás, con admirable artificio; y fué que, porque no era possible que las 5 cosas, assí como son materiales y toscas, estuviessen todas unas en otras, les dió á cada una dellas, demás del ser real que tienen en sí, otro ser del todo semejante á este mismo, pero más delicado que él, y que nace en cierta manera dél. 10 con el cual estuviessen y viviessen cada una dellas en los entendimientos de sus vezinos, y cada una en todas, y todas en cada una. Y ordenó también que de los entendimientos por semejante manera saliessen con la palabra á las bocas. Y 15 dispuso que las que en su ser material piden cada una dellas su proprio lugar, en aquel espiritual ser pudiessen estar muchas, sin embaraçarse, en un mismo lugar en compañía juntas; y aun, lo que es más maravilloso, una misma en un mismo 20 tiempo en muchos lugares.

De lo cual puede ser como exemplo lo que en el espejo acontece. Que si juntamos muchos espejos y los ponemos delante los ojos, la imagen del rostro, que es una, reluze una misma y 25 en un mismo tiempo en cada uno dellos, y de

7 En la 1.^a ed. falta les.

26 La 1.^a ed. dellos, y todas ellas sin confundirse.

ellos todas aquellas imágenes, sin confundirse, se tornan juntamente á los ojos, y de los ojos al alma de aquel que en los espejos se mira. Por manera que, en conclusión de lo dicho, todas las cosas
5 viven y tienen ser, en nuestro entendimiento, cuando las entendemos, y cuando las nombramos, en nuestras bocas y lenguas. Y lo que ellas son en sí mismas, essa misma razón de ser tienen en nosotros, si nuestras bocas y entendimientos son
10 verdaderos.

Digo “essa misma” en razón de semejança, aunque en cualidad de modo differente, conforme á lo dicho. Porque el ser que tienen en sí es ser de tomo y de cuerpo, y ser estable y que assí per-
15 manece; pero en el entendimiento que las entiendo házense á la condición dél, y son espirituales y delicadas; y para dezirlo en una palabra, en sí son la verdad, mas en el entendimiento y en la boca son imágenes de la verdad, esto es, de sí
20 mismas, é imágenes que sustituyen y tienen la vez de sus mismas cosas para el effecto y fin que está dicho; y finalmente, en sí son ellas mismas, y en nuestra boca y entendimiento sus nombres. Y assí queda claro lo que al principio diximos,
25 que el nombre es como imagen de la cosa de quien se dize, ó la misma cosa disfrazada en otra manera, que sustituye por ella y se toma por

ella para el fin y propósito de perfección y comunidad que diximos.

Y desto mismo se conoce también que ay dos maneras ó dos diferencias de nombres, unos que están en el alma y otros que suenan en la boca. 5 Los primeros son el ser que tienen las cosas en el entendimiento del que las entiende; y los otros, el ser que tienen en la boca del que como las entiende las declara y saca á luz con palabras. Entre los cuales ay esta conformidad, que los 10 unos y los otros son imágenes, y como ya digo muchas vezes, sustitutos de aquellos cuyos nombres son. Mas ay también esta desconformidad, que los unos son imágenes por naturaleza, y los otros por arte. Quiero dezir, que la imagen y 15 figura, que está en el alma, sustituye por aquellas cosas cuya figura es, por la semejança natural que tiene con ellas; mas las palabras, porque nosotros, que fabricamos las bozes, señalamos para cada cosa la suya, por esso sustituyen por 20 ellas. Y cuando dezimos “nombres”, ordinariamente entendemos estos postreros, aunque aquellos primeros son los nombres principalmente. Y assí nosotros hablaremos de aquéllos, teniendo los ojos en éstos. 25

Y aviendo dicho Marcello esto, y queriendo proseguir su razón, díxole Juliano:

—Paréceme que avéys guiado el agua muy desde su fuente, y como conviene que se guíe en todo aquello que se dize, para que sea perfectamente entendido. Y si he estado bien atento, de tres
5 cosas que en el principio nos propusistes, avéys ya dicho las dos, que son, lo que es el nombre, y el officio para cuyo fin se ordenó. Resta dezir lo tercero, que es la forma que se ha de guardar y aquello á que se ha de tener respecto cuando
10 se pone.

—Antes de esso—respondió Marcello—añadiremos esta palabra á lo dicho, y es, que como de las cosas que entendemos, unas vezes formamos en el entendimiento una imagen, que es
15 imagen de muchos, quiero dezir, que es imagen de aquello en que muchas cosas que en lo demás son diferentes convienen entre sí y se parecen; y otras vezes la imagen que figuramos es retrato de una cosa sola, y assí proprio retrato della,
20 que no dize con otra; por la misma manera ay unas palabras ó nombres que se applican á muchos, y se llaman nombres comunes, y otros que son propios de solo uno, y éstos son aquellos de quien hablamos agora. En los cuales, cuando
25 de intento se ponen, la razón y naturaleza dellos pide que se guarde esta regla: que, pues han de ser propios, tengan significación de alguna particular propiedad, y de algo de lo que

es proprio á aquello de quien se dizen; y que se tomen y como nazcan y manen de algún minero suyo y particular. Porque si el nombre, como avemos dicho, sustituye por lo nombrado, y si su fin es hazer que lo ausente que significa, en 5 él nos sea presente, y cercano y junto lo que nos es alexado, mucho conviene que en el sonido, en la figura ó verdaderamente en la origen y significación de aquello de donde nasce, se avezine y asemeje á cuyo es, quanto es possible avezinarse 10 á una cosa de tomo y de ser, el sonido de una palabra.

No se guarda esto siempre en las lenguas; es grande verdad. Pero si queremos dezir la verdad, en la primera lengua de todas casi siempre se 15 guarda. Dios, á lo menos, assí lo guardó en los nombres que puso, como en la Escripura se vee. Porque, si no es esto, ¿qué es lo que se dize en el *Génesi*, que Adam, inspirado por Dios, puso á cada cosa su nombre, y que lo que él las 20 nombró, esse es el nombre de cada una? Esto es dezir que á cada una les venía como nascido aquel nombre, y que era assí suyo por alguna razón particular y secreta, que si se pusiera á otra cosa no le viniera ni cuadrara tan bien. 21 Pero, como dezía, esta semejança y conformidad se atiende en tres cosas: en la figura, en el so-

19 Gen, 2, 19.

nido, y señaladamente en la origen de su derivación y significación. Y digamos de cada una, començando por aquesta postrera.

Atiéndese, pues, aquesta semejança en la origen y significación de aquello de donde nasce;
5 que es dezir que quando el nombre que se pone á alguna cosa se deduze y deriva de alguna otra palabra y nombre, aquello de donde se deduze ha de tener significación de alguna cosa que se
10 avezine á algo de aquello que es proprio al nombrado; para que el nombre, saliendo de allí, luego que sonare, ponga en el sentido del que le oyere la imagen de aquella particular propiedad. esto es, para que el nombre contenga en su significación algo de lo mismo que la cosa nombrada
15 contiene en su essencia. Como, por razón de exemplo, se vee en nuestra lengua en el nombre con que se llaman en ella los que tienen la vara de justicia en alguna ciudad, que los llamamos
20 *corregidores*, que es nombre que nasce y se toma de lo que es corregir, porque el corregir lo malo es su officio dellos ó parte de su officio muy propria. Y assí, quien lo oye, en oyéndolo, entiende lo que ay ó aver deve en el que tiene este
25 nombre. Y también á los que entrevienen en los

11 La 1.^a ed. allí, en sonando, ponga.

12 La 1.^a ed. le oye.

16 Como... tratándolo. falta en la 1.^a ed.

casamientos los llamamos en castellano *casamenteros*, que viene de lo que es hazer mención ó mentar, porque son los que hazen mención del casar, entreveniendo en ello y hablando dello y tratándolo. Lo cual en la Sagrada Escripura ⁵ se guarda siempre en todos aquellos nombres que, ó Dios puso á alguno, ó por su inspiración se pusieron á otros. Y esto en tanta manera, que no solamente ajusta Dios los nombres que pone con lo proprio que las cosas nombradas tienen ¹⁰ en sí, mas también todas las vezes que dió á alguno y le añadió alguna cualidad señalada, demás de las que de suyo tenía, le ha puesto también algún nuevo nombre que se conformasse con ella; como se vee en el nombre que de nuevo ¹⁵ puso á Abraham, y en el de Sarra, su muger,

¹ *casamentero*, tipo social, cuya función, sin ser un oficio especial, estaba muy extendida. Comp. *Quijote*, II, cap. LX: "mi señor tiene muy buena mano para casamentero". Llegó á ser oficio equívoco y duramente criticado por escritores satíricos y moralistas. *Coloquio de los perros* pág. 273: "...yo busco maridó que me ampare, me mande y me honre... Si vuestra merced gustare de aceptar la prenda que se le ofrece, aquí estoy moliente y corrientte... sin andar en venta, que es lo mismo andar en lenguas de casamenteros, y no hay ninguno tan bueno para concertar el todo como las mismas partes". (V. la nota de Amezcua en su edición.)

¹⁶ Gen., 17, 5. Dios cambió el nombre *Abram*, que significa 'padre excelso ó elevado' por *Abraham*, que significa 'padre de una multitud excelsa'.

¹⁶ Gen., 17, 15. Dios cambió el nombre *Sarai*, que significa 'princesa ó señora mía', por *Sara*, que significa sola-

se vee también, y en el de Jacob, su nieto, á quien llamó Israel, y en el de Josué, el capitán que puso á los judíos en la possession de su tierra, y así en otros muchos.

5 —No ha muchas horas—dixo entonces Sabino—que oymos acerca de esso un exemplo bien señalado; y aun oyéndole yo, se me ofreció una pequeña duda acerca dél.

—¿Qué exemplo es esse?—respondió Mar-
10 cello.

—El nombre de Pedro—dixo Sabino—, que le puso Cristo, como agora nos fué leydo en la missa.

—Es verdad—dixo Marcello—, y es bien claro
15 exemplo; mas ¿qué duda tenéys en él?

—La causa por qué Cristo le puso—respondió Sabino—es mi duda; porque me parece que deve contener en sí algún misterio grande.

mente 'princesa', porque lo sería de todo el mundo por medio de Isaac y de Cristo.

1 Gen., 32, 28. Dios cambió el nombre á *Jacob* por el de *Israel*, que significa 'hombre que ve á Dios' y 'príncipe de Dios' ó 'grande'.

2 Núm. 13, 17. El primitivo nombre de *Josué*, que significa 'salud ó salvador', fué Oseas.

11 Joh., 1, 42. Matth., 16, 18.—León, *Cantar de los Cantares*, 12: "es manera usada en la Sagrada Escritura y en otras lenguas, en la cosa de que uno es loado ó vituperado, ponerle nombre de ella, para mostrar que la posee en sumo grado y no así como quiera. Como aparece claro acerca de S. Mateo, donde Cristo á Simón, el principal apóstol, para demostración de su firmeza y constancia, le puso por nombre *cephas*, que quiere decir *piedra*."

—Sin duda—dixo Marcello—, muy grande; porque dar Cristo á sant Pedro aqueste nuevo y público nombre, fué cierta señal que en lo secreto del alma le infundía á él, más que á ninguno de sus compañeros, un don de firmeza no vencible. 5

—Esso mismo—replicó luego Sabino— es lo que se me haze dudoso; porque ¿cómo tuvo más firmeza que los demás apóstoles, ni infundida ni suya, el que solo entre todos negó á Cristo por tan ligera ocasión? Si no es firmeza prometer 10 osadamente, y no cumplir flacamente después.

—No es assí—respondió Marcello—, ni se puede dudar en manera alguna de que fué este glorioso príncipe, en este don de firmeza de amor y fe para con Cristo, muy aventajado entre todos. 15 Y es claro argumento de esto aquel zelo y apresuramiento que siempre tuvo para adelantarse en todo lo que parecía tocar ó á la honra ó al descanso de su Maestro. Y no sólo después que recibió el fuego del Spíritu Sancto, sino antes también, 20 cuando Cristo, preguntándole tres vezes si le amava más que los otros, y respondiendo él que le amava, le dió á pacer sus ovejas, testificó Cristo con el hecho que su respuesta era verdadera y que se tenía por amado dél con firmís- 25

20 Act., 1, 2.

21 Joh., 21, 15-17.

simo y fortíssimo amor. Y si negó en algún tiempo, bien es de creer que cualquiera de sus compañeros, en la misma pregunta y ocasión de temer, hizieran lo mismo si se les ofreciera; y por no avérseles ofrecido, no por eso fueron más fuertes. Y si quiso Dios que se le ofreciese á solo sant Pedro, fué con grande razón. Lo uno para que confiasse menos de sí de allí adelante el que hasta entonces, de la fuerza de amor que en sí mismo sentía, tomava ocasión para ser confiado. Y lo otro, para que quien avía de ser pastor y como padre de todos los fieles, con la experiencia de su propia flaqueza, se condoliesse de las que después viesse en sus súbditos y supiesse llevarlas. Y últimamente, para que con el lloro amargo que hizo por esta culpa mereciesse mayor acrecentamiento de fortaleza. Y assí fué que después se le dió firmeza para sí y para otros muchos en él; quiero dezir, para todos los que le son successores en su silla apostólica, en la cual siempre ha permanecido firme y entera y permanecerá hasta el fin la verdadera doctrina y confesión de la fe.

Mas, tornando á lo que decía, quede esto por cierto, que todos los nombres que se ponen por orden de Dios traen consigo significación de algún particular secreto que la cosa nombrada en

sí tiene, y que en esta significación se assemejan á ella; que es la primera de las tres cosas en que, como diximos, esta semejança se atiende. Y sea la segunda lo que toca al sonido; esto es, que sea el nombre que se pone de tal cualidad, que 5 cuando se pronunciare suene como suele sonar aquello que significa, ó cuando habla, si es cosa que habla, ó en algún otro accidente que le acontezca. Y la tercera es la figura, que es la que tienen las letras con que los nombres se 10 escriben, assí en el número como en la disposición de sí mismas, y la que cuando las pronunciamos suelen poner en nosotros. Y destas dos maneras postreras, en la lengua original de los libros divinos y en esos mismos libros ay infinitos exem- 15 plos; porque del sonido, casi no ay palabra de las que significan alguna cosa, que ó se haga con boz ó que embíe són alguno de sí, que pronunciada bien, no nos ponga en los oydos ó el mismo sonido ó algún otro muy semejante dél. 20

Pues lo que toca á la figura, bien considerado, es cosa maravillosa los secretos y los misterios que ay acerca desto en las letras divinas. Porque en ellas, en algunos nombres se añaden letras, para significar acrecentamiento de buena dicha 25 en aquello que significan; y en otros se quitan algunas de las devidas, para hazer demonstración de calamidad y pobreza. Algunos, si lo que sig-

nifican por algún accidente, siendo varón, se ha afeminado y enmollecido, ellos también toman letras de las que en aquella lengua son, como si dixésemos, afeminadas y mugeriles. Otros, al
5 revés, significando cosas femininas de suyo, para dar á entender algún accidente viril, toman letras viriles. En otros mudan las letras su propia figura, y las abiertas se cierran, y las cerradas se abren y mudan el sitio, y se trasponen y dis-
10 fraçan con visajes y gestos diferentes, y, como dicen del camaleón, se hazen á todos los accidentes de aquellos cuyos son los nombres que constituyen. Y no pongo exemplos de aquesto, porque son cosas menudas, y á los que tienen noticia de
15 aquella lengua, como vos, Juliano y Sabino, la tenéys, notorias mucho; y señaladamente porque pertenecen propriamente á los ojos, y assí, para dichas y oydas son cosas oscuras.

Pero, si os parece, valga por todos la figura y
20 cualidad de letras con que se escribe en aquella lengua el nombre proprio de Dios, que los

2 *enmollecer* 'ablandar'. Comp León, *Job*, 4. "El que ablanda sus palabras y las enmollece más que aceite."

21 El nombre propio de Dios en el Antiguo Testamento es *Jéhorah*. Para evitar su pronunciación le llamaban el "nombre inefable" ó el "nombre por excelencia, único, glorioso y terrible, oculto y misterioso, nombre de la substancia, nombre propio", etc. Para conocer la antigüedad de esta prohibición, la crítica acerca de la pronunciación que debe darse á dicha voz y demás cuestiones á ella pertinentes, véase Vigouroux, *Dictionnaire de la Bible*. Los

hebreos llaman *ineffable*, porque no tenían por lícito el traerle comúnmente en la boca, y los griegos le llaman *nombre de cuatro letras*, porque son tantas las letras de que se compone. Porque, si miramos al sonido con que se pronuncia, todo 5 él es vocal, así como lo es aquel á quien significa, que todo es ser y vida y espíritu, sin ninguna mezcla de composición ó de materia; y si attendemos á la condición de las letras hebreas con que se escribe, tienen esta condición, que cada 10 una dellas se puede poner en lugar de las otras, y muchas veces en aquella lengua se ponen; y así, en virtud cada una dellas es todas y todas son cada una, que es como imagen de la sencillez que ay en Dios, por una parte, y de la 15 infinita muchedumbre de perfecciones que por otra tiene, porque todo es una gran perfección, y aquella una es todas sus perfecciones. Tanto, que si hablamos con propiedad, la perfecta sabiduría de Dios no se diferencia de su justicia infi- 20 nita; ni su justicia, de su grandeza; ni su gran-

griegos le llamaron, en efecto, *tetragrammaton*, ó sea 'nombre de cuatro letras'; porque éste es el número de letras de que está formado en hebreo. En caldeo solía escribirse en forma abreviada, que es á la que se refiere Fr. Luis más adelante. (Cfr. Vigouroux.) Para las cuestiones filológicas que desenvuelv Fr. Luis, véase Siegfried und Stade, *Hebräisches Wörterbuch zum alten Testamente*.

15 La 1.^a y 2.^a ed. sencillez.

deza, de su misericordia; y el poder y el saber y el amar, en él todo es uno. Y en cada uno destos sus bienes, por más que le desviemos y alexemos del otro, están todos juntos, y por cual-
s quiera parte que le miremos, es todo y no parte. Y conforme á esta razón es, como avemos dicho, la condición de las letras que componen su nombre.

Y no sólo en la condición de las letras, sino
10 aún, lo que parece maravilloso, en la figura y disposición también le retrata este nombre en una cierta manera.

Y diziendo esto Marcello, é inclinándose hazia la tierra, en la arena, con una vara delgada y pe-
15 queña, formó unas letras como éstas יי; y dixo luego:

—Porque en las letras caldaycas este sancto nombre siempre se figura assí. Lo cual, como veys, es imagen del número de las divinas per-
20 sonas y de la igualdad dellas y de la unidad que tienen las mismas en una essencia, como estas letras son de una figura y de un nombre. Pero aquesto dexémoslo assí.

Y iva Marcello á dezir otra cosa; mas atraves-
25 sándose Juliano, dixo desta manera:

—Antes que passéys, Marcello, adelante, nos avéys de dezir cómo se compadece con lo que

hasta agora avéys dicho, que tenga Dios nombre propio; y desde el principio desseava pedirlos, y dexélo por no romperos el hilo. Mas agora, antes que salgáys dél, nos dezid: si el nombre es imagen que sustituye por cuyo es, ¿qué nombre ⁵ de boz ó qué concepto de entendimiento puede llegar á ser imagen de Dios? Y si no puede llegar, ¿en qué manera diremos que es su nombre propio? Y aún ay en esto otra grande dificultad: que si el fin de los nombres es, que por ¹⁰ medio dellos las cosas cuyos son estén en nosotros, como dixistes, escusada cosa fué darle á Dios nombre, el cual está tan presente á todas las cosas, y tan lançado, como si dixésemos, en sus entrañas, y tan infundido y tan íntimo como está ¹⁵ su ser dellas mismas.

—Abierto aviades la puerta, Juliano—respondió Marcello—, para razones grandes y profundas, si no la cerrara lo mucho que ay que dezir en lo que Sabino ha propuesto. Y assí, no os responderé ²⁰ más de lo que basta para que esos vuestros ñudos queden desatados y sueltos. Y comenzando de lo postrero, digo que es grande verdad

4 La lengua antigua colocaba el pronombre personal átono según reglas casi inversas á las actuales, anteponiéndolo al imperativo y al infinitivo, y posponiéndolo al indicativo y perfecto.

5 *cuyo*, callando el antecedente á que se refiere, no se usa en la lengua actual. Para comprender bien la frase hay que sobreentender *aquel cuyo es*, ó sea, *aquel de quien es*.

que Dios está presente en nosotros, y tan vezino y tan dentro de nuestro ser como él mismo de sí; porque en él y por él, no sólo nos movemos y respiramos, sino también vivimos y tenemos ser, 5 como lo confiesa y predica sant Pablo. Pero así nos está presente, que en esta vida nunca nos es presente.

Quiero dezir, que está presente y junto con nuestro ser, pero muy lexos de nuestra vista y 10 del conoscimiento claro que nuestro entendimiento apetece. Por lo cual convino, ó por mejor dezir, fué necessario, que entre tanto que andamos peregrinos dél en estas tierras de lágrimas, ya que no se nos manifiesta ni se junta con nuestra 15 alma su cara, tuviésemos, en lugar della, en la boca algún nombre y palabra, y en el entendimiento alguna figura suya, como quiera que ella sea imperfecta y oscura, y como sant Pablo llama, enigmática. Porque, cuando bolare des- 20 ta cárcel de tierra, en que agora nuestra alma presa trabaja y affana como metida en tinieblas, y saliere á lo claro y á lo puro de aquella luz, él mismo, que se junta con nuestro ser agora, se juntará con nuestro entendimiento entonces, y él 25 por sí y sin medio de otra tercera imagen, estará

5 Act., 17, 28.

6 *assí*. V. pág. 12.

14 *La 1.^a ed.* no nos es manifiesta.

19 I Cor., 13, 12.

junto á la vista del alma; y no será entonces su nombre otro que él mismo, en la forma y manera que fuere visto; y cada uno le nombrará con todo lo que viere y conociere dél, esto es, con el mismo él, así y de la misma manera como le conociere. 5 Y por esto dize sant Juan en el libro del *Apocalipsi*, que Dios á los suyos en aquella felicidad, demás de que les enxugará las lágrimas y les borrarà de la memoria los duelos passados, les dará á cada uno una pedrezilla menuda, y en 10 ella un nombre escripto, el cual sólo el que le recibe le conoce. Que no es otra cosa sino el tanto de sí y de su essencia que comunicará Dios con la vista y entendimiento de cada uno de los bienaventurados; que con ser uno en todos, con cada 15 uno será en diferente grado, y por una forma de sentimiento cierta y singular para cada uno. Y finalmente, este nombre secreto que dize sant Juan y el nombre con que entonces nombraremos á Dios, será todo aquello que entonces en nuestra 20 alma será Dios, el cual, como dize sant Pablo, *será en todos todas las cosas*. Así, que en el cielo, donde veremos, no tendremos necesidad para con Dios de otro nombre más que del mismo Dios; mas en esta obscuridad, adonde, con te- 25

6 Apoc., 7, 17.

10 Apoc., 2, 17.

22 I Cor., 15, 28.

25 La 1.^a ed. adonde, aun con.

nerle en casa, no le echamos de ver, esnos forçado ponerle algún nombre. Y no se le pusimos nosotros, sino él por su grande piedad se le puso luego que vió la causa y la necesidad.

5 En lo cual es cosa digna de considerar el amaestramiento secreto del Espíritu Sancto, que siguió el sancto Moysés acerca desto, en el libro de la creación de las cosas. Porque tratando allí la historia de la creación, y aviendo escripto todas
10 las obras della, y aviendo nombrado en ellas á Dios muchas vezes, hasta que uvo criado al hombre y Moysés lo escribió, nunca le nombró con este su nombre; como dando á entender que antes de aquel punto no avía necesidad de que Dios
15 tuviesse nombre, y que nascido el hombre, que le podía entender y no le podría ver en esta vida, era necessario que se nombrasse. Y como Dios tenía ordenado de hazerse hombre después, luego que salió á luz el hombre quiso humanarse
20 nombrándose.

Y á lo otro, Juliano, que propusistes, que siendo Dios un abismo de ser y de perfección infinita, y aviendo de ser el nombre imagen de lo que nombra, cómo se podía entender que una palabra lini-
25 tada alcançasse á ser imagen de lo que no tiene limitación; algunos dizen que este nombre, como nombre que se le puso Dios á sí mismo, declara

todo aquello que Dios entiende de sí, que es el concepto y verbo divino, que dentro de sí engendra entendiéndose; y que esta palabra que nos dixo y que suena en nuestros oydos es señal que nos explica aquella palabra eterna é incomprehen- 5 sible que nasce y vive en su seno; assí como nosotros con las palabras de la boca declaramos todo lo secreto del corazón. Pero como quiera que aquesto sea, quando dezimos que Dios tiene nombres propios ó que aquéste es nombre propio 10 de Dios, no queremos dezir que es cabal nombre ó nombre que abraça y que nos declara todo aquello que ay en él. Porque uno es el ser propio, y otro es el ser igual ó cabal. Para que sea propio basta que declare, de las cosas que son 15 propias á aquella de quien se dize, alguna dellas; mas si no las declara todas entera y cabalmente, no será igual. Y assí á Dios, si nosotros le ponemos nombre, nunca le pondremos un nombre entero y que le iguale, como tampoco le podemos 20 entender como quien él es entera y perfectamente, porque lo que dize la boca es señal de lo que se entiende en el alma. Y assí, no es possible que llegue la palabra adonde el entendimiento no llega. 25

Y para que ya nos vamos acercando á lo

5 En la 1.^a ed. falta é.

26 vamos 'vayamos', como vays 'vayáis', formas contraídas corrientes en el siglo xvi.

proprio de nuestro propósito y á lo que Sabino leyo del papel, esta es la causa por qué á Cristo nuestro señor se le dan muchos nombres; conviene á saber, su mucha grandeza y los tesoros de
5 sus perfecciones riquísimas, y juntamente la muchedumbre de sus officios y de los demás bienes que nascen dél y se derraman sobre nosotros; los cuales, assí como no pueden ser abraçados con una vista del alma, assí mucho menos pueden
10 ser nombrados con una palabra sola. Y como el que infunde agua en algún vaso de cuello largo y estrecho, la embía poco á poco y no toda de golpe, assí el Spíritu Sancto, que conosce la estrechez y angostura de nuestro entendimiento,
15 no nos representa assí toda junta aquella grandeza, sino como en partes nos la offrece, diziendonos unas vezes algo della debaxo de un nombre, y debaxo de otro nombre otra cosa otras vezes. Y assí vienen á ser casi innumerables los
20 nombres que la Escriptura divina da á Cristo, porque le llama León y Cordero y Puerta y Camino y Pastor y Sacerdote y Sacrificio y Esposo y Vid y Pimpollo y Rey de Dios y Cara suya y Piedra y Luzero y Oriente y Padre y Príncipe
25 de paz y Salud y Vida y Verdad; y assí otros nombres sin cuento. Pero de aquestos muchos

escogió solos diez el papel, como más sustanciales; porque, como en él se dize, los demás todos se reduzen ó pueden reduzir á éstos en cierta manera.

Mas conviene, antes que pasemos delante, que 5
advirtamos primero que, assí como Cristo es Dios, assí también tiene nombres que por su divinidad le convienen, unos propios de su persona y otros comunes á toda la Trinidad; pero no habla con estos nombres nuestro papel, ni nos- 10
otros agora tocaremos en ellos, porque aquellos propriamente pertenecen á los nombres de Dios. Los nombres de Cristo que dezimos agora son aquellos solos que convienen á Cristo en cuanto hombre, conforme á los ricos tesoros de bien que 15
encierra en sí su naturaleza humana, y conforme á las obras que en ella y por ella Dios ha obrado y siempre obra en nosotros. Y con esto, Sabino, si no se os offrece otra cosa, proseguid adelante.

Y Sabino leyó luego:

20

1 La 1.^a y 2.^a ed. nueve.

5 La 1.^a y 2.^a ed. adelante.

PIMPOLLO

El primer nombre puesto en castellano se dirá bien PIMPOLLO, que en la lengua original es cemah, y el texto latino de la Sagrada Escritura unas 5 veces lo traslada diciendo germen y otras disiendo oriens. Así le llamó el Spíritu Sancto en el capítulo cuarto del profeta Esaías: En aquel día el PIMPOLLO del Señor será en grande alteza, y el fruto de la tierra muy ensalçado.—Y por Jeremías en el capítulo treinta y tres: Y haré 10 que nazca á David, PIMPOLLO de justicia, y haré justicia y razón sobre la tierra.—Y por Zacarías en el capítulo tercero, consolando al pueblo judayco, rezién salido del captiverio de Babilonia: Yo haré, dize, venir á mi siervo el PIM- 15 POLLO.—Y en el capítulo sexto: Veys un varón cuyo nombre es PIMPOLLO.

3 "pimpollo, como se llama propiamente el ramo nuevo nacido del árbol viejo". León, *Job*, 248.

7 Esai., 4, 2.

10 Hier., 33, 15.

15 Zach., 3, 8.

16 Zach., 6, 12.

Y llegando aquí Sabino, cessó. Y Marcello:

—Sea éste—dixo—el primer nombre, pues la orden del papel nos lo da. Y no carece de razón que sea éste el primero, porque en él, como veremos después, se toca en cierta manera la cualidad y orden del nascimiento de Cristo y de su nueva y maravillosa generación, que en buena orden, cuando de alguno se habla, es lo primero que se suele dezir.

10 Pero antes que digamos qué es ser PIMPOLLO, y qué es lo que significa este nombre, y la razón por que Cristo es así nombrado, conviene que veamos si es verdad que es aqueste nombre de Cristo y si es verdad que le nombra así la divina
15 Escripura, que será ver si los lugares della agora alegados hablan propriamente de Cristo; porque algunos, ó infiel ó ignorantemente, nos lo quieren negar.

Pues viniendo al primero, cosa clara es que
20 habla de Cristo, así porque el texto caldayco, que es de grandísima autoridad y antigüedad, en aquel mismo lugar adonde nosotros leemos: *En aquel día será el PIMPOLLO del Señor*, dize él: *En aquel día será el Messías del Señor*, como
25 también porque no se puede entender aquel lugar de otra alguna manera. Porque lo que algunos dizen del príncipe Zorobabel y del estado feliz de que gozó debaxo de su gobierno el pueblo ju-

dayco, dando á entender que fué éste el PIMPOLLO del Señor, de quien Esaías dize: *En aquel día el PIMPOLLO del Señor será en grande alteza*, es hablar sin mirar lo que dicen; porque quien leyere lo que las letras sagradas, en los libros de Neemías y Esdras, cuentan del estado de aquel pueblo en aquella sazón, verá mucho trabajo, mucha pobreza, mucha contradicción y ninguna señalada felicidad, ni en lo temporal ni en los bienes del alma, que á la verdad es la felicidad de que Esaías entiende cuando en el lugar alegado dize: *En aquel día será el PIMPOLLO del Señor en grandeza y en gloria*. 5 10

Y cuando la edad de Zorobabel y el estado de los judíos en ella uviera sido feliz, cierto es que no lo fué con el extremo que el profeta aquí muestra; porque, ¿qué palabra ay aquí que no haga significación de un bien divino y rarísimo? Dize, *del Señor*, que es palabra que á todo lo que en aquella lengua se añade lo suele subir de quilates. Dize, *gloria*, y *grandeza*, y *magnificencia*, que es todo lo que encareciendo se puede dezir. Y porque salgamos enteramente de duda, alarga, como si dixésemos, el dedo el profeta, 20

2-3 quien habla Esaías, es hablar. Así en la 1.^a ed. *Falta en ella* En... alteza.

11 Esai., 4, 2.

14-17 Y... muestra *falta en la 1.^a ed.*

y señala el tiempo y el día mismo del Señor, y dize de aquesta manera: *En aquel día*. Mas ¿qué día? Sin duda ninguno otro sino aquel mismo de quien luego antes de aquesto dezía: *En aquel*
 5 *día quitará al redropelo el Señor á las hijas de Sión el chapin que cruxe en los pies, y los gar-*

4 Esai., 3, 17-25.—*al redropelo* 'á contrapelo'. Covarrubias trae *arredropelo*, *redropelo* y *rodopelo*. Comp. "Boto a Dios, si no quereys—partir comigo sin duelo,—yo os quite al rodopelo—los habitos que traeys (*Sieben span. dram. Eklogen*, ed. Kohler, pág. 304).—*chapin* 'calzado de las mujeres con tres ó cuatro corchos, y algunas ay que llevan treze por dozena...' (Covarrubias). Comp. *Corvacho*, 125: "chapines de un xeme poco menos en alto"—*garvin*, "alias cofia de rred de seda" (Oviedo, *Libro de la cámara real del Principe Don Juan*, pág. 25).—*lunetas* 'adorno en figura de media luna que usaban las mujeres en la cabeza' (*Dicc. Ac.*). *Corvacho*, 124: "argenteria mucha colgada de lunetas"—*collares* de oro é de medio partido é de finas piedras acompañado (*Corvacho*, 132). Las ed. 3.^a, 4.^a y 5.^a dicen *collocures*; la 1.^a y 2.^a *collares*.—*axorcus* 'argollas para las muñecas, brazos ó garganta de los pies', *Corvacho*, 124: *axorcas* de alambiar engastonadas en oro. *Quijote*, I, cap. 40.—*reboço*, igual que *rebociño*. (V. *Dicc. Ac.*)—*argolla* "círculo de hierro ó de oro que trayan al cuello, y oy día se traen los de hierro los esclavos...; los de oro, la gente noble por honra y adorno...; pocos años ha que las señoras los usaban en España con el nombre de argollas, hechos de trozos, con mucha pedrería..." (Covarrubias).—*apretadores*. (V. Covarrubias y *Dicc. Ac.*)—*garcillos* 'anillos ó arillos de las orejas' (Covarrubias).—*cotonta* 'tela hecha de hilo de algodón' (Covarrubias).—*almalafas* 'manto que cubre á las mujeres quando salen á la calle, largo como sábana, mas no tan ancho, y á las orillas tienen unas fajas de seda blanca ó de otro color tejidas en la misma, y, revuelta al cuerpo, la vienen á prender delante de los pechos con gruesas sortijas de plata y de oro'. Era traje usado por los moros y moriscos de ambos sexos. (V. Eguilaz,

vines de la cabeça, las lunetas y los collares, las axorcas y los reboços, las botillas y los calçados altos, las argollas, los apretadores, los çarcillos, las sortijas, las cotonías, las almalafas, las escarcelas, los boiantes y los espejos; y les trocará el ámbar en hediondez, y la cintura rica en handrajo, y el enriçado en calva pelada, y el precioso vestido en cilicio, y la tez curada en cuero tostado; y tus valientes morirán á cuchillo.

Pues en aquel día mismo, cuando Dios puso por el suelo toda la alteza de Jerusalén, con las armas de los romanos, que assolaron la ciudad y pusieron á cuchillo sus ciudadanos y los llevaron captivos; en esse mismo tiempo el fructo y el PIMPOLLO del Señor, descubriéndose y saliendo á luz, subirá á gloria y honra grandíssima. Porque

Notas al Quijote Homenaje á M. Pelayo, II, pág. 121. V. Rodríguez Marín, Quijote, III, 113. Comp. Quijote, I, cap. 37, II, caps. 41 y 48.)—escarcela, 'bolsa que colgaba del cinto' (Covarrubias). Comp. Oviedo, Libro de la cámara real: "se usauan entonces unas bolsas, llamadas escarcelas" (para la moneda). Según el Dicc. Ac. 'adorno mujeril, especie de cofia'.—bolante, 'un género de velo tan delgado que cualquier viento le vuela' (Covarrubias).—enriçado, de enriçar ó rizar el cabello (Covarrubias).—curada 'cuidada, sana, limpia, tersa'. Comp. León, Job, 63: las cabras tienen los pelos "muy limpios, compuestos y lucios, porque se untan con la resina que de los árboles se derrite y se curan y hermosean con ella, la cual suele hacer lucir los pelos y cabellos".—Para la interpretación de todas las voces que aparecen en esta cita, según la arqueología bíblica, puede consultarse el Dictionnaire de la Bible, de Vigouroux.

en la destruyción que hizieron de Jerusalén los caldeos (si alguno por caso quisiesse dezir que habla aquí della el profeta), no se puede dezir con verdad que creció el fruto del Señor ni
5 que fructificó gloriosamente la tierra al mismo tiempo que la ciudad se perdió. Pues es notorio que en aquella calamidad no uvo alguna parte ó alguna mezcla de felicidad señalada, ni en los que fueron captivos á Babilonia ni en los que
10 el vencedor caldeo dexó en Judea y en Jerusalén para que labrasen la tierra; porque los unos fueron á servidumbre miserable, y los otros quedaron en miedo y en desamparo, como en el libro de Jeremías se lee.

15 Mas al revés, con aquesta otra cayda del pueblo judayco se juntó, como es notorio, la claridad del nombre de Cristo; y cayendo Jerusalén, comenzó á levantarse la Iglesia. Y aquel á quien poco antes los miserables avían condenado y muerto con
20 affrentosa muerte, y cuyo nombre avían procurado escurecer y hundir, comenzó entonces á embiar rayos de sí por el mundo y á mostrarse vivo y señor, y tan poderoso, que castigando á sus matadores con açote gravíssimo, y quitando lue-
25 go el gobierno de la tierra al demonio, y deshaziendo poco á poco su silla, que es el culto de los

ídolos, en que la gentilidad le servía, como cuando el sol vence las nuves y las deshaze, assi ei solo y claríssimo relumbró por toda la redondez.

Y lo que he dicho deste lugar, se vee claramente también en el segundo de Jeremías, de sus 5 mismas palabras. Porque dezirle á David y prometerle que le nacería ó fructo ó PIMPOLLO de justicia, era propria señal de que el fructo avía de ser Jesucristo; mayormente añadiendo lo que luego se sigue, y es, que este fructo haría justicia 10 y razón sobre la tierra: que es la obra propria suya de Cristo, y uno de los principales fines para que se ordenó su venida, y obra que él solo, y ninguno otro, enteramente la hizo. Por donde las más vezes que se haze memoria dél en las Es- 15 cripturas divinas, luego en los mismos lugares se le atribuye esta obra, como obra sola dél y como su propio blassón. Assí se vee en el psalmo setenta y uno que dize: *Señor, da tu vara al Rey, y el exercicio de justicia al hijo del Rey, para que 20 juzgue á tu pueblo conforme á justicia y á los pobres según fuero. Los montes altos conservarán paz con el vulgo, y los collados les guardarán ley. Dará su derecho á los pobres del pueblo, y será amparo de los pobrezitos, y hundirá al violento 25 oppressor.*

5 Hier., 33, 15.

19 Ps. 71, 2-4.

Pues en el tercero lugar de Zacarías, los mismos hebreos lo confiesan, y el texto caldeo que he dicho abiertamente le entiende y le declara de Cristo. Y así mesmo entendemos el
5 cuarto testimonio, que es del mismo profeta. Y no nos impide lo que algunos tienen por inconveniente, y por donde se mueven á declararle en diferente manera, que es dezir luego que este
10 PIMPOLLO fructificará después ó debaxo de sí, y que edificará el templo de Dios; pareciéndoles que esto señala abiertamente á Zorobabel, que edificó el templo y fructificó después de sí por muchos siglos á Cristo, verdaderísimo fruto. Así que esto no impide, antes favorece y esfuer-
15 ça más nuestro intento. Porque el fructificar debaxo de sí, ó como dize el original en su rigor, acerca de sí, es tan propio de Cristo, que de ninguno lo es más. ¿Por ventura no dize él de sí mismo: *Yo soy vid y vosotros sarmientos?*
20 Y en el psalmo que agora decía, en el cual todo lo que se dize son propiedades de Cristo, ¿no se dize también: *Y en sus días fructificarán los justos?* O si queremos confessar la verdad, ¿quién jamás en los hombres perdidos en-

1 Zach., 3, 8.

5 Zach., 6, 12.

8 La 1.^a y 2.^a ed. manera, por lo que dize luego.17 La 1.^a y 2.^a ed. a. de sí, así es p.

19 Joh., 15, 5.

22 Ps. 71, 7.

gendró hombres sanctos y justos, ó qué fructo jamás se vió que fuesse más fructuoso que Cristo? Pues esto mismo sin duda es lo que aquí nos dize el profeta; el cual, porque le puso á Cristo nombre de fructo, y porque dixo, señalándole 5 como á singular fructo: *Veys aquí un varón que es fructo su nombre*; porque no se pensasse que se acabava su fructo en él, y que era fructo para sí y no árbol para dar de sí fruta, añadió luego diziendo: *Y fructificará acerca de sí*; como si 10 con más palabras dixera: Y es fructo que dará mucho fructo, porque á la redonda dél, esto es, en él y de él, por todo quanto se estiende la tierra, nascerán nobles y divinos frutos sin cuento; y aqueste PIMPOLLO enriquecerá el mundo con 15 pimpollos no vistos.

De manera que este es uno de los nombres de Cristo, y, según nuestra orden, el primero dellos, sin que en ello pueda aver duda ni pleyto. Y son como vezinos y deudos suyos otros algunos nom- 20 bres que también se ponen á Cristo en la Sancta Escripura; los cuales, aunque en el sonido son diferentes, pero bien mirados, todos se reduzen á un intento mismo y convienen en una misma razón. Porque si en el capítulo treinta y cuatro 25 de Ezequiel es llamado *planta nombrada*, y si

Estás en el capítulo onze le llama unas veces *rama*, y otra *flor*, y en el capítulo cincuenta y tres, *tallo* y *rayz*, todo es dezirnos lo que el nombre de PIMPOLLO ó de fructo nos dize. Lo cual
 5 será bien que declaremos ya, pues lo primero, que pertenece á que Cristo se llama assí, está suficientemente probado, si no se os offrece otra cosa.

—Ninguna—dixo al punto Juliano—, antes ha
 10 rato ya que el nombre y esperança deste fructo ha despertado en nuestro gusto golosina dél.

—Merecedor es de cualquier golosina y desseo —respondió Marcello—; porque es dulcísimo fructo, y no menos provechoso que dulce, si ya
 15 no le menoscava la pobreza de mi lengua é ingenio. Pero idme respondiendo, Sabino; que lo quiero aver agora con vos. Esta hermosura de cielo y mundo que vemos, y la otra mayor que entendemos, y que nos esconde el mundo invisi-
 20 ble, ¿fué siempre como es agora, ó hízose ella á si misma, ó Dios la sacó á luz y la hizo?

—Averiguado es—dixo Sabino—que Dios crió el mundo, con todo lo que ay en él, sin presuponer para ello alguna materia, sino sólo con la

1 Esai., 11, 1-4.

2 La 1.^a y 2.^a ed. otras.

3 Esai., 53, 2.

17 *aver* 'tener, obtener, adquirir'. Comp. *Quijote*, I, cap. I: "llevó á casa todos cuantos pudo haber". I, cap. 34: "viendo que no podía haber á Lotario", 'coger'.

fuerça de su infinito poder; con que hizo, donde no avía ninguna cosa, salir á luz esta beldad que dezís. Mas, ¿qué duda ay en esto?

—Ninguna ay—replicó prosiguiendo Marcello—; mas dezídme más adelante: ¿nació esto 5 de Dios, no advirtiendo Dios en ello, sino como por alguna natural consecuencia, ó hízolo Dios porque quiso y fué su voluntad libre de hazerlo?

—También es averiguado—respondió luego Sabino—que lo hizo con propósito y libertad. 10

—Bien dezís—dixo Marcello—; y pues conocéys esso, también conoceréys que pretendió Dios en ello algún grande fin.

—Sin duda, grande—respondió Sabino—, porque siempre que se obra con juyzio y libertad es 15 á fin de algo que se pretende.

—¿Pretendería dessa manera—dixo Marcello—, Dios en esta su obra algún interés y acrescentamiento suyo?

—En ninguna manera—respondió Sabino. 20

—¿Por qué?—dixo Marcello.

Y Sabino respondió:

—Porque Dios, que tiene en sí todo el bien, en ninguna cosa que haga fuera de sí puede querer ni esperar para sí algún acrescentamiento ó me- 25 joría.

—Por manera—dixo Marcello—que Dios, por-

que es bien infinito y perfecto, en hazer el mundo no pretendió recibir bien alguno dél, y pretendió algún fin, como está dicho. Luego si no pretendió recibir, sin ninguna duda pretendió dar; y si no
5 lo crió para añadirse á sí algo, criólo sin ninguna duda para comunicarse él á sí y para repartir en sus criaturas sus bienes. Y cierto este solo es fin digno de la grandeza de Dios, y propio de quien por su naturaleza es la misma bondad;
10 porque á lo bueno su propria inclinación le lleva al bien hazer, y cuanto es más bueno uno, tanto se inclina más á esto. Pero si el intento de Dios en la creación y edificio del mundo fué hazer bien á lo que criava, repartiendo en ello sus bie-
15 nes, ¿qué bienes ó qué comunicación dellos fué aquella á quien como á blanco endereçó Dios todo el officio desta obra suya?

—No otros—respondió Sabino—sino esos mismos que dió á las criaturas, así á cada una
20 en particular como á todas juntas en general.

—Bien dezís—dixo Marcello—, aunque no avéys respondido á lo que os pregunto.

—¿En qué manera?—respondió.

—Porque—dixo Marcello—como aquessos bie-
25 nes tengan sus grados, y como sean unos de otros de diferentes quilates, lo que pregunto es: ¿á qué bien ó á qué grado de bien entre todos endereçó Dios todo su intento principalmente?

—¿Qué grados—respondió Sabino—son esos?

—Muchos son—dixo Marcello—en sus partes, mas la Escuela los suele reduzir á tres géneros: á naturaleza y á gracia y á unión personal. A la naturaleza pertenecen los bienes con que se nasce, á la gracia pertenescen aquellos que después de nascidos nos añade Dios; el bien de la unión personal es aver juntado Dios en Jesucristo su persona con nuestra naturaleza. Entre los cuales bienes es muy grande la diferencia que ay. 10

Porque lo primero, aunque todo el bien que vive y luze en la criatura es bien que puso en ella Dios, pero puso en ella Dios unos bienes para que le fuesen propios y naturales, que es todo aquello en que consiste su ser y lo que dello se sigue; y éstos dezimos que son bienes de naturaleza, porque los plantó Dios en ella y se nasce con ellos, como es el ser y la vida y el entendimiento y lo demás semejante. Otros bienes no los plantó Dios en lo natural de la criatura ni en la virtud de sus naturales principios para que dellos nasciessen, sino sobrepúsolos él por sí solo á lo natural, y ansí no son bienes fixos ni arraygados en la naturaleza, como los primeros, sino movedizos bienes, como son la gracia y la caridad 25

4-9 A... naturaleza falta en la 1.^a ed.

10 bienes falta en la 1.^a ed.

23 La 1.^a ed. no son bienes no fixos.

y los demas dones de Dios; y aquéstos llamamos bienes sobrenaturales de gracia. Lo segundo, d²ado, como es verdad, que todo este bien comunicado es una semejança de Dios, porque es hechura de Dios, y Dios no puede hazer cosa que no le remede, porque en cuanto haze se tiene por dechado á sí mismo; mas aunque esto es assí, todavia es muy grande la diferencia que ay en la manera del remedarle. Porque en lo natural
10 remedan las criaturas el ser de Dios, mas en los bienes de gracia remedan el ser y la condición y el estilo, y, como si dixésemos, la bivienda y bienandança suya; y assí, se avezinan y juntan más á Dios por esta parte las criaturas que la
15 tienen, cuanto es mayor esta semejança que la semejança primera; pero en la unión personal no remedan ni se parecen á Dios las criaturas, sino vienen á ser el mismo Dios, porque se juntan con él en una misma persona.

20 Aquí Juliano, atravessándose, dixo:

—¿Las criaturas todas se juntan en una persona con Dios?

Respondió Marcello riendo:

—Hasta agora no tratava del número, sino trataba del cómo; quiero dezir, que no contava quié-
25 nes y cuántas criaturas se juntan con Dios en

2 La 1.^a ed. Y lo.

19 La 1.^a ed. juntan á Dios más por.

estas maneras, sino contava la manera cómo se juntan y le remedan, que es ó por naturaleza ó por gracia ó por unión de persona; que cuanto al número de los que se le ayuntan, clara cosa es que en los bienes de naturaleza todas las criaturas 5 se avezinan á Dios; y solas, y no todas, las que tienen entendimiento en los bienes de gracia; y en la unión personal sola la humanidad de nuestro redemptor Jesucristo. Pero aunque con sola aquesta humana naturaleza se haga la unión per- 10 sonal propriamente, en cierta manera también, en juntarse Dios con ella, es visto juntarse con todas las criaturas, por causa de ser el hombre como un medio entre lo spiritual y lo corporal, que contiene y abraça en sí lo uno y lo otro. Y 15 por ser, como dixerón antiguamente, un menor mundo ó un mundo abreviado.

—Esperando estoy—dixo Sabino entonces—á qué fin se ordena aqueste vuestro discurso.

—Bien cerca estamos ya dello—respondió Mar- 20 cello—; porque, pregúntoos: si el fin por que crió Dios todas las cosas fué solamente por comunicarse con ellas, y si esta dádiva y comunicación acontece en diferentes maneras, como avemos ya visto; y si unas de estas maneras son más per- 25

16 *Microcosmos*. Platón, *Tim.*, IV, *Phileb.*, 30; Aristóteles, *De an.* III, 8; Plutarco, *De Stoic. rep.*, 44. Véase Eisler, *Wörterbuch des philosophischen Begriffe*.

fectas que otras, ¿no os parece que pide la misma razón que un tan grande artífice, y en una obra tan grande, tuviese por fin de toda ella hazer en ella la mayor y más perfecta comunicación de sí
5 que pudiese?

—Assí parece—dixo Sabino.

—Y la mayor—dixo siguiendo Marcello—assí de las hechas como de las que se pueden hazer, es la unión personal que se hizo entre el Verbo
10 divino y la naturaleza humana de Cristo, que fué hazerse con el hombre una misma persona.

—No ay duda—respondió Sabino—sino que es la mayor.

—Luego—añadió Marcello—necessariamente
15 se sigue que Dios, á fin de hazer esta unión bien-aventurada y maravillosa, crió todo cuanto se parece y se esconde; que es dezir que el fin para que fué fabricada toda la variedad y belleza del mundo fué por sacar á luz este compuesto de
20 Dios y hombre, ó por mejor dezir, este juntamente Dios y hombre, que es Jesucristo.

9 se falta en la 1.^a ed.

16 *parecerse* 'verse, descubrirse'. Comp. León, *Cantares*, 64: "las ovejas vienen tan juntas en su manada, que á quien las mira algo apartado le parecen ser todas una cosa blanca, como sábana tendida, que no se parece entre ellas más espacio que el que hay de los pies de la una á los pies de la otra." *Quijote*, ed. R. Marín, t. III, pág. 48. "Los luengos y rubios cabellos... toda en torno la escondieron debajo de ellos, que si no eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecía."

—Necessariamente se sigue—respondió Sabino.

—Pues—dixo entonces Marcello—esto es ser Cristo fructo; y darle la Escripura este nombre á él es darnos á entender á nosotros que Cristo es el fin de las cosas, y aquel para cuyo nacimiento feliz fueron todas criadas y endereçadas. 5 Porque assí como en el árbol la rayz no se hizo para sí, ni menos el tronco, que nasce y se sustenta sobre ella, sino lo uno y lo otro juntamente con las ramas y la flor y la hoja y todo lo demás 10 que el árbol produze, se ordena y endereça para el fructo que dél sale, que es el fin y como remate suyo; assí por la misma manera estos cielos estendidos que vemos, y las estrellas que en ellos dan resplandor, y entre todas ellas esta 15 fuente de claridad y de luz, que todo lo alumbra, redonda y bellíssima; la tierra pintada con flores y las aguas pobladas de peces; los animales y los hombres, y este universo todo, cuán grande y cuán hermoso es, lo hizo Dios para fin de hazer 20 hombre á su Hijo, y para producir á luz este único y divino fructo, que es Cristo, que con verdad le podemos llamar el parto común y general de todas las cosas.

Y assí como el fructo, para cuyo nascimiento 25 se hizo en el árbol la firmeza del tronco y la hermosura de la flor, y el verdor y frescor de las hojas, nascido contiene en sí y en su virtud todo

aquello que para él se ordenava en el árbol, ó por mejor dezir, al árbol todo contiene; assí también Cristo, para cuyo nascimiento crió primero Dios las rayzes firmes y hondas de los elementos, y levantó sobre ellas después esta grandeza del mundo con tanta variedad, como si dixésemos, de ramas y hojas, lo contiene todo en sí y lo abarca y se resume en él, y como dize sant Pablo, se recapitula todo lo no criado y criado, lo humano y lo divino, lo natural y lo gracioso. Y como de ser Cristo llamado fructo por excellencia, entendemos que todo lo criado se ordenó para él; assí también desto mismo ordenado, podemos, rastreando, entender el valor inestimable que ay en el fructo para quien tan grandes cosas se ordenan. Y de la grandeza y hermosura y calidad de los medios argüyremos la excellencia sin medida del fin.

Porque si cualquiera que entra en algún palacio ó casa real rica y sumptuosa, y vee primero la fortaleza y firmeza del muro ancho y torreado, y las muchas órdenes de las ventanas labradas, y las galerías y los chapiteles que deslumbran la vista, y luego la entrada alta y adornada con ricas labores, y después los zaguanes y patios grandes y diferentes, y las columnas de mármol y las

7 La 1.^a ed. hojas, que lo.

8 Col., I, 16.

largas salas y las recámaras ricas, y la diversidad y muchedumbre y orden de los aposentos, her-
moseados todos con peregrinas y escogidas pin-
turas y con el jaspe y el pórfiro y el marfil y el
oro que luze por los suelos y paredes y techos; 5
y vee juntamente con esto la muchedumbre de
los que sirven en él, y la disposición y rico ade-
reço de sus personas, y el orden que cada uno
guarda en su ministerio y servicio, y el concierto
que todos conservan entre sí; y oye también 10
los menestriles y dulçura de música; y mira la
hermosura y regalo de los lechos, y la riqueza
de los aparadores, que no tienen precio; luego
conoce que es incomparablemente mejor y mayor
aquel para cuyo servicio todo aquello se ordena; 15

1 *recámara* "el aposento que está más adentro de la quadra donde duerme el señor, y dicese recámara ó este aposento ó otro donde el camarero le tiene sus vestidos y joyas" (*Covarrubias*).

11 *menestriles* ó ministriles eran llamados los que tocaban instrumentos músicos, especialmente de boca; también se aplicaba el nombre á los instrumentos mismos. V. Oviedo, *Libro de la cámara real del príncipe Don Juan*, pág. 182, el cap. titulado *Menistriles é diuersos músicos...* "Thenía el Príncipe muy gentiles menistriles, altos de sacabuches, é cheremías, é cornetas, é trompetas bastardas..." D. de Valera, *Epístolas*, pág. 53: "y el nueuo Marqués caualga... é con él todos los grandes... é los menestriles é tronpetas..."

13 *aparador* 'la credencia ó mesa donde están las vassillas para el servicio, y las mesmas pieças de oro é plata se llaman todas juntas aparador. Y assí dezimos. El Rey de Francia dió al Gran Capitán un aparador de oro y plata' (*Covarrubias*).

así devemos nosotros también entender que si es hermosa y admirable esta vista de la tierra y del cielo, es sin ningún término muy más hermoso y maravilloso aquel por cuyo fin se crió.

Y que si es grandísima, como sin ninguna duda lo es, la magestad deste templo universal, que llamamos mundo nosotros, Cristo, para cuyo nascimiento se ordenó desde su principio, y á cuyo servicio se sujetará todo después, y á quien agora sirve y obedece y obedecerá para siempre, es incomparablemente grandísimo, gloriosísimo, perfectísimo, más mucho de lo que ninguno puede ni encarecer ni entender. Y finalmente, que es tal, cual inspirado y alentado por el Espíritu Sancto sant Pablo dize, escribiendo á los colossenses: *Es imagen de Dios invisible, y el engendrado primero que todas las criaturas. Porque para él se fabricaron todas, así en el cielo como en la tierra, las visibles y las invisibles; así digamos los tronos como las dominaciones, como los principados y potentados, todo por él y para él fué criado; y él es el adelantado entre todos, y todas las cosas tienen ser por él. Y él también del cuerpo de la Iglesia es la cabeça, y él mismo es el principio y el primogénito de los muertos, para que en todo tenga las primerías. Porque le plugo al Pa-*

16 Col., 1, 15-19.

26 las primerías. Scío traduce 'el primado'. Primerías contrapuesto á postrimerías en Evangelios é epístolas, con

*dre y tuvo por bien que se aposentasse en él todo
to summo y cumplido.* Por manera que Cristo
es llamado *fructo* porque es el fruto del mundo,
esto es, porque es el fruto para cuya producción
se ordenó y fabricó todo el mundo. Y assí Esaías, 5
desseando su nascimiento, y sabiendo que los
cielos y la naturaleza toda bivia y tenía ser prin-
cipalmente para este parto, á toda ella se le pide
diziendo: *Derramad rocío, cielos, desde vues-
tras alturas, y vos, nuves, lloviendo embiadnos al* 10
Justo, y la tierra se abra, y produzga y brote al
Salvador.

Y no solamente por aquesta razón que ave-
mos dicho Cristo se llama *fructo*, sino también
porque todo aquello que es verdadero fruto en 15
los hombres, digo fruto que merezca parecer an-
te Dios y ponerse en el cielo, no sólo nasce en ellos
por virtud deste fruto, que es Jesucristo, sino
en cierta manera también es el mismo Jesús. Por-
que la justicia y sanctidad que derrama en los 20
ánimos de sus fieles, assí ella como los demás
bienes y sanctas obras que nascen della, y que
nasciendo della después la acrecientan, no son
sino como una imagen y retrato bivo de Jesu-

sus exposiciones en romance, ed. J. Collijn y E. Staaff,
pág. 77: "é las postremerías de aquel hombre son peores
que las primerías".

4 porque es el fruto *falta en la 1.ª y 2.ª ed.*

9 Esai., 45, 8.

cristo, y tan bivo, que es llamado Cristo en las letras sagradas, como parece en los lugares adonde nos amonesta sant Pablo que nos vistamos de Jesucristo, porque el bivar justa y sanctamente
5 es imagen de Cristo. Y assí por esto, como por el espíritu suyo, que comunica Cristo é infunde en los buenos, cada uno dellos se llama Cristo, y todos ellos juntos, en la forma ya dicha, hazen un mismo Cristo. Assí lo testificó sant Pablo, dizien-
10 do: *Todos los que en Cristo os avéys baptizado, os avéys vestido de Jesucristo; que allí no ay judío ni gentil, ni libre ni esclavo, ni hembra ni varón, porque todos soys uno en Jesucristo.* Y en otra parte: *Hijuelos míos, que os engendro otra*
15 *vcz, hasta que Cristo se forme en vosotros.* Y amonestando á los romanos á las buenas obras, les dize y escribe: *Desechemos, pues, las obras oscuras, y vistamos armas de luz, y como quicn anda de día, andemos vestidos y honestos. No*
20 *en combites y embriaguezes, no en desordenado sueño y en deshonestas torpezas, ni menos en competencias e invidias; sino vestíos del Señor Jesucristo.* Y que todos estos Cristos son un

2 Rom., 13, 14.

9 La 1.^a y 2.^a ed. testifica.

10 Gal., 3, 27-28.

14 Gal., 4, 19.

17 Rom., 13, 12-14.

18 La 1.^a y 2.^a ed. luz, como.

19 La 1.^a y 2.^a ed. y andemos.

Cristo solo, dízelo él mismo á los corintios por estas palabras: *Como un cuerpo tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, con ser muchos, son un cuerpo, así también Cristo.* Donde, como advierte sant Agustín, no dixo, ⁵ concluyendo la semejança, así es Cristo y sus miembros, sino *así es Cristo*; para nos enseñar que Cristo, nuestra cabeça, está en sus miembros, y que los miembros y la cabeça son un solo Cristo, como por aventura diremos más lar- ¹⁰ gamente después. Y lo que dezimos agora, y lo que de todo lo dicho resulta, es conocer cuán mercedamente Cristo se llama *fructo*; pues todo el fructo bueno y de valor que mora y fructifica en los hombres es Cristo y de Cristo, en cuanto ¹⁵ nasce dél y en cuanto le parece y remeda, así como es dicho. Y pues avemos platicado ya lo que basta acerca de aquesto, proseguid, Sabino, en vuestro papel.

—Deteneos—dixo Juliano, alargando contra ²⁰ Sabino la mano—, que si olvidado no estoy, os falta, Marcello, por descubrir lo que al principio nos propusistes, de lo que toca á la nueva y ma-

² I Cor., 12, 12.

⁵ *De peccatorum meritis et remissione et de baptismo parvulorum ad Marcellinum libri tres.* Lib. I, cap. 31, § 60. (Corp. script. eccles. lat. ed. Acad. Vindobonensis. Vol. LX, pág. 61.)

¹⁰ *por aventura* 'por ventura, quizá, probablemente', forma arcaica, rara ya en Fr. Luis de León.

ravillosa concepción de Cristo, que, como dixistes, este nombre significa.

—Es verdad, é hizistes muy bien, Juliano, en ayudar mi memoria—respondió al punto Marcello—, y lo que pedís es aquesto. Este nombre, que unas vezes llamamos PIMPOLLO y otras vezes llamamos *fructo*, en la palabra original no es fructo como quiera, sino es propriamente el fructo que nasce de suyo sin cultura ni industria. En lo cual, al propósito de Jesucristo, á quien agora se applica, se nos demuestran dos cosas. La una, que no uvo ni saber ni valor ni merescimiento ni industria en el mundo, que mereciesse de Dios que se hiziesse hombre, esto es, que produxesse este fructo; la otra, que en el vientre puríssimo y sanctíssimo de donde aqueste fructo nació, anduvo solamente la virtud y obra de Dios, sin ayuntarse varón.

Mostró, como oyó esto, moverse de su asiento un poco Juliano, y como acostándose hazia Marcello y mirándole con alegre rostro, le dixo:

—Agora me plaze más el averos, Marcello, acordado lo que olvidávades, porque me deleyta mucho entender que el artículo de la limpieza y entereza virginal de nuestra común madre y se-

20 *acostarse* 'inclinarse hacia un lado ó costado; apoyarse sobre él'. Comp. Palma, *Divina retribución sobre la caída de España*, Biblióf. esp., pág. 4: "el rrey don Johan estaua en el campo e muy doliente, acostado a un cauallero..." *Celestina*, ed. Cejador, I, 26.

ñora está significado en las letras y profecías antiguas. Y la razón lo pedía. Porque adonde se dixerón y escrivieron, tantos años antes que fuesen, otras cosas menores, no era possible que se callasse un misterio tan grande. Y si se os offrecen algunos otros lugares que pertenezcan á esto, que sí offrecerán, mucho holgaría que los dixésedes, si no recebís pesadumbre.

—Ninguna cosa—respondió Marcello—me puede ser menos pesada que dezir algo que pertenezca al loor de mi única abogada y señora, que aunque lo es generalmente de todos, mas atrevome yo á llamarla mía en particular, porque desde mi niñez me offrecí todo á su amparo. Y no os engañáys nada, Juliano, en pensar que los libros y letras del Testamento Viejo no passaron callando por una estrañeza tan nueva, y señaladamente tocando á personas tan importantes. Porque ciertamente en muchas partes la dizen con palabras para la fe muy claras, aunque algo obscuras para los coraçones á quien la infidelidad ciega, conforme á como se dizen otras muchas

7 Redacción descuidada, con elipsis de los pronombres *que si se os ofrecerán*.

9 Este sentimiento hacia la Virgen María está atestado en la poesía de Fr. Luis de León *Virgen que es sol más pura*.

10 La 1.^a y 2.^a ed. que toque al.

15 La 1.^a ed. engañéys.

16 no falta en la 1.^a ed.

22 La 1.^a ed. dizen en ellos otras.

cosas de las que pertenecen á Cristo, que, como sant Pablo dize, es misterio escondido; el qual quiso Dios dezirle y esconderle por justísimos fines, y uno dellos fué para castigar assí con la
5 ceguedad y con la ignorancia de cosas tan necesarias á aquel pueblo ingrato por sus enormes peccados.

Pues viniendo á lo que pedís, claríssimo testimonio es, á mi juyzio, para aqueste propósito
10 aquello de Esaías, que poco antes dezíamos: *Derramad, cielos, rocío, y lluevan las nuves al Justo*. Adonde, aunque, como veys, va hablando del nascimiento de Cristo como de una planta que nasce en el campo, empero no haze mención ni
15 de arado ni de açada ni de agricultura, sino solamente de cielo y de nuves y de tierra, á los cuales atribuye todo su nascimiento. Y á la verdad, el que cotejare aquestas palabras que aquí dize Esaías con las que acerca de aquesta misma ra-
20 zón dixo á la benditíssima Virgen el arcángel Gabriel, verá que son casi las mismas, sin aver entre ellas más diferencia de que lo que dixo el arcángel con palabras propias, porque tratava de negocio presente, Esaías lo significó con palabras
25 figuradas y metafóricas, conforme al estilo de los profetas. Allí dixo el ángel: *El Spiritu Sanc-*

2 Col., 1, 26.

10 Esai., 45, 8.

19 Luc., 1, 35.

to vendrá sobre ti; aquí dize Esaías: *Embarréys, ciclos, vuestro rocío*. Allí dize que la virtud del alto le hará sombra; aquí pide que se estien-
dan las nuves. Allí: *Y lo que nacerá de ti sancto, será llamado Hijo de Dios*; aquí: *Abraze la tie- 5*
rra y produzga al Salvador. Y sácanos de toda duda lo que luego añade, diziendo: *Y la justicia florecerá juntamente, y yo el Señor le crié*. Por-
que no dize, *y yo el Señor la crié*, conviene saber, á la justicia, de quien dixo que avía de florecer 10
juntamente; sino *yo le crié*, conviene á saber, al Salvador, esto es, á Jesús, porque Jesús es el nombre que el original allí pone. Y dize, *yo le crié*, y atribúyese á sí la creación y nascimiento desta bienaventurada salud, y préciase della como 15
de hecho singular y admirable; y dize: *Yo, yo*; como si dicesse: Yo solo, y no otro conmigo.

Y también no es poco eficaz para la prueba desta misma verdad la manera como habla de Cristo en el capítulo cuarto de su escriptura 20
aqueste mismo profeta, quando usando de la misma figura de plantas y fructos y cosas del campo, no señala para su nascimiento otras causas más de á Dios y á la tierra, que es á la Virgen y al Espíritu Sancto. Porque, como ya vimos, di- 25
ze: *En aquel día será el PIMPOLLO de Dios mag-*

13 La 1.^a y 2.^a ed. pone allí.

23 La 1.^a ed. señala otras causas para su nascimiento dél más.

26 Esai., 4, 2.

nífico y glorioso, y el fructo de la tierra subirá á grandíssima altura. Pero entre otros, para este propósito, ay un lugar singular en el psalmo ciento y nueve, aunque algo oscuro según la
5 letra latina, mas según la original manifiesto y muy claro, en tanto grado, que los doctores antiguos que florecieron antes de la venida de Jesucristo conocieron de allí, y así lo escribieron, que la madre del Messías avía de concebir virgen,
10 por virtud de Dios y sin obra de varón. Porque buuelto el lugar que digo á la letra, dize desta manera: *En resplandores de sanctidad del vientre, y del aurora contigo el rocío de tu nacimiento*. En las cuales palabras, y no por una
15 dellas, sino casi por todas, se dize y se descubre aqueste misterio que digo. Porque lo primero, cierto es que habla en este psalmo con Cristo el profeta. Y lo segundo, también es manifiesto que habla en este verso de su concepción y nascimien-
20 to, y las palabras *vientre y nacimiento*, que, según la propiedad original también se puede llamar *generación*, lo demuestran abiertamente.

Mas que Dios solo, sin ministerio de hombre, aya sido el hazedor de aquesta divina y nueva
25 obra en el virginal y puríssimo vientre de nuestra señora, lo primero se vee en aquellas palabras: *en resplandores de sanctidad*. Que es como dezir

que avía de ser concebido Cristo, no en ardores deshonestos de carne y de sangre, sino en resplandores sanctos del cielo; no con torpeza de sensualidad, sino con hermosura de sanctidad y de espíritu. Y demás desto, lo que luego se sigue de *aurora* y de *rocío*, por galana manera declara lo mismo. Porque es una comparación encubierta, que si la descubrimos sonará assí: En el vientre, conviene á saber, de tu madre, serás engendrado, como en la aurora; esto es, como lo que en aquella sazón de tiempo se engendra en el campo con sólo el rocío, que entonces descende del cielo, y no con riego ni con sudor humano. Y últimamente, para dezirlo del todo, añadió: *contigo el rocío de tu nascimiento*. Que porque avía comparado al aurora el vientre de la madre, y porque en el aurora cae el rocío con que se fecunda la tierra, prosiguiendo en su semejança, á la virtud de la generación llamóla rocío también.

Y á la verdad, assí es llamada en las divinas letras en otros muchos lugares esta virtud vivífica y generativa con que engendró Dios al principio el cuerpo de Cristo, y con que después de muerto le reengendró y resuscitó, y con que en la común resurrección tornará á la vida nuestros cuerpos deshechos, como en el capítulo veynte y

21 La 1.^a y 2.^a ed. lugares rocío esta.

26 como... vee, falta en la 1.^a ed.

seys de Esaías se vee. Pues dize á Cristo David, que este rocío y virtud que formó su cuerpo y le dió vida en las virginales entrañas, no se la prestó otro, ni la puso en aquel sancto vientre alguno
5 que viniese de fuera, sino que él mismo la tuvo de su cosecha y la truxo consigo. Porque cierto es que el Verbo divino, que se hizo hombre en el sagrado vientre de la sancta Virgen, él mismo formó allí el cuerpo y la naturaleza de hombre
10 de que se vistió. Y assí, para que entendiésemos esto, David dize bien que tuvo Cristo consigo el rocío de su nascimiento. Y aun assí como dezimos nascimiento en este lugar, podemos también dezir niñez, que aunque viene á dezir lo mismo
15 que nascimiento, todavía es palabra que señala más el ser nuevo y corporal que tomó Cristo en la Virgen; en el cual fué niño primero, y después mancebo, y después perfecto varón; porque en el otro nascimiento eterno que tiene de Dios, siem-
20 pre nació Dios eterno y perfecto é igual con su Padre.

Muchas otras cosas pudiera alegar á propósito de aquesta verdad; mas porque no falte tiempo para lo demás que nos resta, baste por todas, y
25 con ésta concluyo, la que en el capítulo cincuenta y tres dize de Cristo Esaías: *Subirá creciendo*

1 Esai., 26, 19.

11 La 1.^a y 2.^a ed. muy bien.

26 Esai., 53, 2.

como PIMPOLLO delante de Dios, y como rays ó arbolico nacido en tierra seca. Porque si va á dezir la verdad, para dezirlo como suele hazer el profeta con palabras figuradas y oscuras, no pudo dezirlo con palabras que fuesen más claras que éstas. Llama á Cristo *arbolico*, y porque le llama assí, siguiendo el mismo hilo y figura, á su sanctísima madre llámala *tierra*, conforme á razón; y, aviéndola llamado assí, para dezir que concibió sin varón, no avía una palabra que mejor ni con más significación lo dicesse, que era dezir que fué *tierra seca*. Pero, si os parece, Juliano, prosiga ya Sabino adelante.

—Prosiga—respondió Juliano.

Y Sabino leyó:

2 La 1.^a y 2.^a ed. arbolito.

2-3 Giro frecuente. Comp. *Quijote*, I, cap. 11. Y “aun si va a decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como...”; cap. 30: “que en verdad, si va á decirla, que *entrambas* me parecen bien.”

FAZES DE DIOS

También es llamado Cristo FAZES DE DIOS, como parece en el psalmo ochenta y ocho, que dize: La misericordia y la verdad precederán tus FAZES. Y dízelo, porque con Cristo nació la ver- 5 dad y la justicia y la misericordia, como lo testifica Esaiás, diciendo: Y la justicia nacerá con él juntamente. Y también el mismo David, cuando en el psalmo ochenta y cuatro, que es todo del advenimiento de Cristo, dize: La misericordia 10 y la verdad se encontraron. La justicia y la paz se dieron paz. La verdad nació de la tierra y la justicia miró desde el cielo. El Señor por su parte fué liberal, y la tierra por la suya respondió con buen fruto. La justicia va delante dél y 15

1 *Fazes ó cara de Dios. Para Covarrubias ya era anticuado el uso en plural, como en la frase: "Cayeronse las fazes de vergüenza."* Fr. Luis de León traduce así más propiamente la palabra original hebraica, que no se usaba más que en plural.

4 Ps., 88, 15.

7 Esai., 45, 8.

10 Ps., 84, 11-14.

12 *se dieron paz* 'se besaron'. Así traduce Scío y eso significaba *dar paz*. Comp. Granada, *De la Oración*, 1587, 23: "Y dióle paz en el rostro." Quevedo, *Buscón*, ed. Castro, 90.

pone en el camino sus pisadas.—*Item, dásele á Cristo este mismo nombre en el psalmo noventa y cuatro, á donde David, combidando á los hombres para el recebimiento de la buena nueva del*
 5 *Evangelio, les dice: Ganemos por la mano á su FAZ en confesión y loor.—Y más claro en el psalmo setenta y nueve: Conviértenos, dize, Dios de nuestra salud; muéstranos tus FAZES, y seremos salvos.—Y assimismo Esaías en el capitulo*
 10 *sesenta y cuatro le da este nombre, diziendo: Descendiste, y delante de tus FAZES se derretieron los montes. Porque claramente habla allí de la venida de Cristo, como en él se parece.*

—Demás destos lugares que ha leydo Sabino
 15 —dixo entonces Marcello—, ay otro muy señalado, que no le puso el papel, y merece ser referido. Pero antes que diga dél quiero dezir que en el psalmo setenta y nueve, aquellas palabras que se acaban agora de leer: *Conviértenos, Dios de*
 20 *nuestra salud*, se repiten en él tres vezes, en el principio y en el medio y en el fin del psalmo, lo cual no carece de misterio, y á mi parecer se hizo por una de dos razones. De las cuales la una es, para hazernos saber que hasta acabar

5 Ps., 94, 2—*ganar por la mano* 'adelantarse á otro' (*Convarrubias*). Scío traduce: "antecojamos su rostro con alabanza."

7 Ps., 79, 4.

11 Esai., 64, 1.

21 Ps., 79, 4, 8 y 20.

Dios y perficionar del todo al hombre, pone en él sus manos tres veces: una criándole del polvo y llevándole del no ser al ser que le dió en el parayso; otra reparándole después de estragado, haziéndose él para este fin hombre también; y la 5 tercera resuscitándole después de muerto, para no morir ni mudarse jamás. En señal de lo cual, en el libro del *Génesi*, en la historia de la creación del hombre, se repite tres veces esta palabra *criar*. Porque dize desta manera: *Y crió Dios al hom-* 10 *bre á su imagen y semejança, á la imagen de Dios le crió; criólos hembra y varón.*

Y la segunda razón, y lo que por más cierto tengo, es que en este psalmo de que hablamos pide el profeta á Dios en tres lugares que con- 15 vierta su pueblo á sí y le descubra sus FAZES, que es á Cristo, como avemos ya dicho; porque son tres veces las que señaladamente el Verbo divino se mostró y mostrará al mundo, y señaladamente á los del pueblo judayco, para darles 20 luz y salud. Porque lo primero se les mostró en el monte, adonde les dió ley y les notificó su amor y voluntad; y cercado y como vestido de fuego y de otras señales visibles, les habló sensiblemente, de manera que le oyó hablar todo el 25 pueblo; y comenzó á humanarse con ellos enton-

10-12 Gén., 1, 27; Gén., 5, 1-2.—Porque... varón, falta en la 1.^a y 2.^a ed.

15 La 3.^a ed. lugaras.

20 La 1.^a ed. dalles.

ces, como quien tenía determinado de hazerse hombre de ellos y entre ellos después, como lo hizo. Y este fué el aparecimiento segundo, cuando nació rodeado de nuestra carne y conversó con nosotros, y biviendo y muriendo negoció nuestro bien. El tercero será cuando en el fin de los siglos tornará á venir otra vez para entera salud de su Iglesia. Y aun, si yo no me engaño, estas tres venidas del Verbo, una en aparencias y bozes sensibles, otras dos hecho ya verdadero hombre, significó y señaló el mismo Verbo en la çarça, cuando Moysén le pidió señas de quién era, y él, para dárse las, le dixo assí: *El que seré, seré, seré*; repitiendo esta palabra de tiempo futuro tres vezes, y como diziéndoles: Yo soy el que prometí á vuestros padres venir agora para libraros de Egipto, y nacer después entre vosotros para redemiros del peccado, y tornar últimamente en la misma forma de hombre para destruyr la muerte y perficionaros del todo. Soy el que seré vuestra guía en el desierto, y el que seré vuestra salud hecho hombre, y el que seré vuestra entera gloria hecho juez.

Aquí Juliano, atravessándose, dixo:

—No dize el texto *seré*, sino *soy*, de tiempo presente; porque, aunque la palabra original en

11 La 1.^a ed. mesmo.

12 Coexisten en los *Nombres de Cristo* y en el uso general del siglo xvi las formas *Moysén* y *Moysés*.

13 Ex., 3, 14.

el sonido sea *seré*, mas en la significación es *soy*, según la propiedad de aquella lengua.

—Es verdad—respondió Marcello—que en aquella lengua las palabras apropiadas al tiempo futuro se ponen algunas veces por el presente, y en aquel lugar podemos muy bien entender que se pusieron así, como lo entendieron primero sant Jerónimo y los intérpretes griegos. Pero lo que digo agora es, que sin sacar de sus términos á aquellas palabras, sino tomándolas en su primer sonido y significación, nos declaran el misterio que he dicho. Y es misterio que para el propósito de lo que entonces Moysés quería saber, convenía mucho que se dicesse. Porque, yo os pregunto, Juliano, ¿no es cosa cierta que comunicó Dios con Abraham este secreto, que se avía de hazer hombre y nascer de su linaje dél?

—Cosa cierta es—respondió—y así lo testifica él mismo en el Evangelio diziendo: *Abraham desseo ver mi día, vióle y gozóse.*

—Pues ¿no es cierto también—prosiguió Marcello—que este mismo misterio lo tuvo Dios escondido hasta que lo obró, no sólo de los demonios, sino aun de muchos de los ángeles?

—Así se entiende—respondió Juliano—de lo que escribe sant Pablo.

8 Las ed. 1.^a y 2.^a primero los setenta intérpretes y despues dellos sant Jerónimo.

19 Joh., 8, 56.

26 Col., 1. 26.

—Por manera—dixo Marcello—que era caso secreto aquéste, y cosa que passava entre Dios y Abraham y algunos de sus successores, conviene saber, los successores principales y las cabeças
5 del linaje, con los cuales, de uno en otro y como de mano en mano, se avía comunicado este hecho y promessa de Dios.

—Assí—respondió Juliano—parece.

—Pues siendo assí—añadió Marcello—y sien-
10 do también manifesto que Moysén, en el lugar de que hablamos, quando dixo á Dios: *Yo, Señor, iné, como me lo mandas, á los hijos de Israel, y les diré: El Dios de vuestros padres me embía á vosotros. Mas si me preguntaren ¿cómo se llama*
15 *esse Dios? ¿qué les responderé?* Assí que siendo manifesto que Moysén por estas palabras que he referido pidió á Dios alguna seña cierta de sí, por la cual, assí el mismo Moysén como los principales del pueblo de Israel, á quien avía de ir
20 con aquella embaxada, quedassen saneados que era su verdadero Dios el que le avía aparecido y le embiava, y no algún otro espíritu falso y engañoso; por manera que pidiendo Moysén á Dios una seña como ésta, y dándosela Dios en
25 aquellas palabras, diziéndole: *Diles, el que seré, seré, me embía á vosotros:* la razón misma

11 Ex., 3, 13.

18 La 1.^a ed. mesmo.

26 La 1.^a ed. embia, vosotros.

nos obliga á entender que lo que Dios dize por estas palabras era cosa secreta y encubierta á cualquier otro espíritu; y seña que sólo Dios y aquellos á quien se avía de dezir la sabían; y que era como la tésera militar, ó lo que en la 5 guerra dezimos dar nombre, que está secreto entre solos el capitán y los soldados que hazen cuerpo de guarda. Y por la misma razón se concluye que lo que dixo Dios á Moysén en estas palabras es el misterio que he dicho; porque este solo 10 misterio era el que sabían solamente Dios y Abraham y sus successores, y el que solamente entre ellos estava secreto. Que lo demás que entienden algunos aver significado y declarado Dios de sí á Moysén en este lugar, que es su perfección 15 infinita, y ser él el mismo ser por essencia, notorio era, no solamente á los ángeles, pero también á los demonios; y aun á los hombres sabios y doctos es manifesto que Dios es ser por essencia y que es ser infinito, porque es cosa que con la 20 luz natural se conosce. Y assí, cualquier otro espíritu que quisiera engañar á Moysén y vendér-

2 Las ed. 1.^a y 2.^a es cosa.

5 *tésera*, latín *tessera*, era una pieza de figura cúbica ó una tableta para escribir en ella, que tenía entre los romanos varios usos, y, entre ellos, el de contraseña de la milicia para entenderse secretamente en la guerra.—“En la milicia, *dar el nombre*, es asegurarse de los enemigos en la noche. Preguntando ¡quién vive!, han de responder el nombre que se ha dado.” *Covarrubias*. Comp. Salazar, *Cartas*, Bibl. esp., pág. 16.

sele por su Dios verdadero, lo pudiera, mintiendo, dezir de sí mismo; y no tuviera Moysén, con oyr esta seña, ni para salir de duda bastante razón, ni cierta señal para sacar della á los príncipes de su pueblo á quien iba.

Mas el lugar que dixes al principio, del qual el papel se olvidó, es lo que en el capítulo sexto del libro de los *Números* mandó Dios al sacerdote que dicesse sobre el pueblo quando le bendixesse, que es esto: *Descubra Dios sus FAZES á ti y aya piedad de ti. Buelva Dios sus FAZES á ti y déte paz.* Porque no podemos dudar sino que Cristo y su nascimiento entre nosotros son estas FAZES que el sacerdote pedía en este lugar á Dios que descubriesse á su pueblo, como Teodoro y como sant Cirillo lo affirman, doctores sanctos y antiguos. Y demás de su testimonio, que es de grande autoridad, se convence lo mismo de que en el psalmo sesenta y seys, en el qual, según todos lo confessan, David pide á Dios que embie al mundo á Jesucristo, comienza el profeta con las palabras de aquesta bendición y casi la señala con el dedo y la declara, y no le falta sino dezir á Dios claramente: La bendición que por orden tuya echa sobre el pueblo el sacerdote, esso, Señor, es lo que te supplico y te pido, que

10 Num., 6, 25-26.

15-16 Select. Sac. Script. quaest. in Num., cap. 6.—Ciril. Alex. in Johann. Evang. lib. IX, cap. 40.

nos descubras ya á tu Hijo y Salvador nuestro, conforme á como la boz pública de tu pueblo lo pide. Porque dize desta manera: *Dios aya piedad de nosotros y nos bendiga. Descubra sobre nosotros sus FAZES y aya piedad de nosotros.* 5

Y en el libro del *Ecclesiástico*, después de aver el Sabio pedido á Dios con muchas y muy ardientes palabras la salud de su pueblo, y el quebrantamiento de la soberbia y peccado, y la libertad de los humildes opressos, y el allegamiento 10 de los buenos esparzidos, y su vengança y honra, y su desseado juyzio, con la manifestación de su ensalçamiento sobre todas las naciones del mundo, que es puntualmente pedirle á Dios la primera y la segunda venida de Cristo, concluye 15 al fin y dize: *Conforme á la bendición de Aarón, assí, Señor, haz con tu pueblo; y enderéçanos por el camino de tu justicia.* Y sabida cosa es que el camino de la justicia de Dios es Jesucristo, assí como él mismo lo dize: *Yo soy el camino y la 20 verdad y la vida.* Y pues sant Pablo dize, escribiendo á los de Efeso: *Bendito sea el Padre y Dios de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendezido con toda bendición spirital y sobre-celestial en Jesucristo;* viene maravillosamente 25 muy bien que en la bendición que se dava al pue-

3 Ps., 66, 2.

16 Eccli., 39, 19.

20 Joh., 14, 6.

22 Eph., 1, 3.

blo antes que Cristo viniesse, no se demandasse ni desseasse de Dios otra cosa sino á solo Cristo, fuente y origen de toda feliz bendición; y viene muy bien que consuenen y se respondan assí estas
5 dos Escripturas, nueva y antigua. Assí que las FAZES DE DIOS que se piden en aqueste lugar son Cristo sin duda.

Y concierta con esto ver que se piden dos veces, para mostrar que son dos sus venidas. En lo
10 cual es digno de considerar lo justo y lo propio de las palabras que el Spíritu Sancto da á cada cosa. Porque en la primera venida dize, *descubrir*, diciendo: *Descubra sus FAZES Dios*; porque en ella començó Cristo á ser visible en el mundo.
15 Mas en la segunda dize, *bolver*, diciendo: *Buelva Dios sus FAZES*; porque entonces bolverá otra vez á ser visto. En la primera, según otra letra. dize, *luzir*; porque la obra de aquella venida fué desterrar del mundo la noche de error, y como
20 dixo sant Juan, resplandecer en las tinieblas la luz. Y assí Cristo por esta causa es llamado luz y sol de justicia. Mas en la segunda dize, *ensalçar*; porque el que vino antes humilde, vendrá entonces alto y glorioso, y vendrá, no á dar ya nueva
25 doctrina, sino á repartir el castigo y la gloria. Y aun en la primera dize: *Aya piedad de vosotros*; conociendo y como señalando que se avían de

8 Las ed. 1.^a y 2.^a concierta bien.

20 Joh., 1, 5.

aver ingrata y cruelmente con Cristo, y que avian de merecer por su ceguedad é ingratitud ser por él consumidos; y por essa causa le pide que se apiade dellos y que no los consuma. Mas en la segunda dize que Dios les dé paz, esto es, que 5 dé fin á su tan luengo trabajo, y que los guíe á puerto de descanso después de tan fiera tormenta, y que los meta en el abrigo y sossiego de su Iglesia, y en la paz de spíritu que ay en ella, y en todas sus spirituales riquezas. O dize lo pri- 10 mero porque entonces vino Cristo solamente á perdonar lo peccado y á buscar lo perdido, como él mismo lo dize; y lo segundo, porque ha de venir después á dar paz y reposo al trabajo sancto y á remunerar lo bien hecho. 15

Mas pues Cristo tiene este nombre, es de ver agora por qué le tiene. En lo cual conviene advertir que aunque Cristo se llama y es *cara de Dios* por donde quiera que le miremos; porque, según que es hombre, se nombra assí, y según 20 que es Dios y en quanto es el Verbo, es también propria y perfectamente imagen y figura del Padre, como sant Pablo le llama en diversos lugares; pero lo que tratamos agora es lo que toca á el ser de hombre, y lo que buscamos es el título 25

1 *haberse* 'portarse'.

13 Matth., 18, 11.

23 Hebr., 1, 3.

24 *La 1.^a ed.* al.

por donde la naturaleza humana de Cristo merece ser llamada sus FAZES. Y para dezirlo en una palabra, dezimos que Cristo hombre es FAZES y *cara de Dios*, porque como cada uno se conosce en la

5 cara, assí Dios se nos representa en él y se nos demuestra quién es claríssima y perfectíssimamente. Lo cual en tanto es verdad, que por ninguna de las criaturas por sí, ni por la universalidad dellas juntas, los rayos de las divinas condi-

10 ciones y bienes reluzen y passan á nuestros ojos ni mayores ni más claros ni en mayor abundancia que por el ánima de Cristo y por su cuerpo y por todas sus inclinaciones, hechos y dichos, con todo lo demás que pertenece á su officio.

15 Y comencemos por el cuerpo, que es lo primero y más descubierto; en el cual, aunque no le vemos, mas por la relación que tenemos dél, y entretanto que viene aquel bienaventurado día en que por su bondad infinita esperamos

20 verle amigo para nosotros y alegre; assí que, dado que no le veamos, pero pongamos agora con la fe los ojos en aquel rostro divino y en aquellas figuras dél, figuradas con el dedo del Spíritu Sancto, y miremos el semblante hermoso y la

25 postura grave y suave, y aquellos ojos y boca, aquésta nadando siempre en dulçura, y aquéllos muy más claros y resplandescientes que el sol; y miremos toda la compostura del cuerpo, su estado, su movimiento, sus miembros concebidos

en la misma pureza y dotados de inestimable belleza... Mas ¿para qué voy menoscabando este bien con mis pobres palabras, pues tengo las del mismo Espíritu que le formó en el vientre de la sacratísima Virgen, que nos le pintan en el libro 5 de los *Cantares*, por la boca de la enamorada pastora, diciendo: *Blanco y colorado, trahe bandera entre los millares. Su cabeça, oro de Tíbar; sus cabellos, enriscados y negros; sus ojos, como los de las palomas, junto á los arroyos de las aguas,* 10 *bañadas en leche; sus mejillas, como heras de plantas olorosas de los olores de confección; sus labios, violetas, que destilan preciosa mirra; sus manos, rollos de oro llenos de tarsis; su vientre,*

5 Las ed. 1.^a y 2.^a pinta.

7 Cant., 5, 10-16.

7 "Traer bandera, en la propiedad hebrea, es señalarse alguno y adelantarse en aquello de que se trata; como es señalado el alférez, que la lleva entre todos los de su escuadrón." León, *Expos. del Cantar de los Cantares*, 33.

9 enriscados. En la *Expos. del Cantar de los Cantares* traduce Fr. Luis de León *crespos*. Enriscados se ajusta más á la letra, porque "la palabra hebrea quiere decir cerro ó promontorio de tierra levantado en alto, y de ahí se viene á decir de los cabellos crespos que torciendo las puntas hacia arriba se levantan en alto, que sería como si dijésemos en castellano *enrizados*". *Expos. del Cantar de los Cantares*, 92.

14 La 5.^a ed., á la cual sigue la de Rivadeneyra, corrige el texto, diciendo: *rollos llenos de oro de Tarsis*, creyendo sin duda que el original y la traducción se refieren á este lugar geográfico; pero en la *Expos. del Cantar de los Cantares*, 95, explica Fr. Luis el sentido del pasaje, diciendo que "la piedra *tarsis*, que se llama así de la provincia adonde se halla, es un poco como entre rosa y blanca".

bien como el marfil adornado de safiros; sus piernas, columnas de mármol fundadas sobre basas de oro fino; el su semblante, como el del Líbano, erguido como los cedros; su paladar, dul-
5 *çuras; y todo él, desseos.*

Pues pongamos los ojos en aquesta acabada
beldad y contemplémosla bien, y conoceremos
que todo lo que puede caber de Dios en un cuer-
po, y cuanto le es possible participar dél, y re-
10 traerle y figurarle y assemejársele, todo esso, con
ventajas grandíssimas, entre todos los otros cuer-
pos resplandesce en aquéste; y veremos que en
su género y condición es como un retrato bivo
y perfecto. Porque lo que en el cuerpo es color
15 (que quiero, para mayor evidencia, cotejar por
menudo cada una cosa con otra, y señalar en este
retrato suyo, que formó Dios de hecho, aviéndole
pintado muchos años antes con las palabras, cuán
enteramente responde todo con su verdad; aun-
20 que por no ser largo, diré poco de cada cosa, ó
no la diré, sino tocarla he solamente); por ma-
nera que el color en el cuerpo, el cual resulta de
la mezcla de las cualidades y humores que ay en
él, y que es lo primero que se viene á los ojos,
25 responde á la liga, ó si lo podemos dezir assí, á
la mezcla y texido que hazen entre sí las perfec-

21 *tocarla he* 'la tocaré'. Aún es posible en los *Nombres de Cristo*, como todavía en Cervantes, intercalar el pronombre entre los dos elementos que constituyen el futuro y el condicional.

ciones de Dios. Pues assí como se dize de aquel color que se tiñe de colorado y de blanco, assí toda aquesta mezcla secreta se colora de senzillo y amoroso. Porque lo que luego se nos offrece á los ojos, quando los alçamos á Dios, es una verdad 5 pura y una perfección simple y senzilla que ama.

Y assimismo la cabeça en el cuerpo dize con lo que en Dios es la alteza de su saber. Aquélla, pues, es de oro de Tíbar, y aquésta son tesoros de sabiduría. Los cabellos que de la cabeça nascen, 10 se dizen ser enriscados y negros; los pensamientos y consejos que proceden de aquel saber, son ensalçados y oscuros. Los ojos de la providencia de Dios y los ojos de aqueste cuerpo son unos: que éstos miran, como palomas bañadas en le- 15 che, las aguas; aquéllos atienden y proveen á la universidad de las cosas con suavidad y dulçura grandíssima, dando á cada una su sustento, y como digamos, su leche. Pues ¿qué diré de las mejillas, que aquí son heras olorosas de plantas, y 20 en Dios son su justicia y su misericordia, que se descubren y se le echan más de ver, como si dixésemos, en el uno y en el otro lado del rostro, y que esparzen su olor por todas las cosas? Que, como es escripto, *todos los caminos del Señor* 25 *son misericordia y verdad*. Y la boca y los labios, que son en Dios los avisos que nos da y las es-

cripturas sanctas donde nos habla, assí como en este cuerpo son violetas y mirra, assí en Dios tienen mucho de encendido y de amargo, con que encienden á la virtud, y amargan y amortiguan
5 el vicio. Y ni más ni menos, lo que en Dios son las manos, que son el poderío suyo para obrar y las obras hechas por él, son semejantes á las deste cuerpo, hechas como rollos de oro rematados en tarsis; esto es, son perfectas y her-
10 mosas y todas muy buenas, como la Escripura lo dice: *Vió Dios todo lo que hiziera, y todo era muy bueno*. Pues para las entrañas de Dios y para la fecundidad de su virtud, que es como el vientre donde todo se engendra, ¿qué imagen será
15 mejor que este vientre blanco y como hecho de marfil y adornado de safiros? Y las piernas del mismo, que son hermosas y firmes como mármoles sobre basas de oro, clara pintura sin duda son de la firmeza divina, no mudable, que es como
20 aquello en que Dios estriba. Es también su semblante como el del Líbano, que es como la altura de la naturaleza divina, llena de magestad y belleza. Y finalmente, es dulçuras su paladar, y desseos todo él, para que entendamos del todo
25 cuán merescidamente este cuerpo es llamado *imagen* y *FAZES* y *cara de Dios*; el cual es dulcíssimo y amabilíssimo por todas partes, así como es es-

cripto: *Gustad y ved cuán dulce es el Señor; y: Cuán grande es, Señor, la muchedumbre de tu dulçura, que escondiste para los que te aman.*

Pues si en el cuerpo de Cristo se descubre y reluze tanto la figura divina, ¿cuánto más ex-⁵ pressa imagen suya será su sanctíssima ánima, la cual verdaderamente, assí por la perfección de su naturaleza como por los tesoros de sobrenaturales riquezas que Dios en ella ayuntó, se assemeja á Dios y le retrata más vezina y acabadamente¹⁰ que otra criatura ninguna? Y después del mundo original, que es el Verbo, el mayor mundo y el más vezino al original es aquesta divina alma, y el mundo visible, comparado con ella, es pobreza y pequeñez; porque Dios sabe y tiene presente¹⁵ delante los ojos de su conoscimiento todo lo que es y puede ser, y el alma de Cristo vee con los suyos todo lo que fué, es y será. En el saber de Dios están las ideas y las razones de todo, y en esta alma el conoscimiento de todas las artes y²⁰ sciencias; Dios es fuente de todo el ser, y el alma de Cristo de todo el buen ser, quiero dezir, de todos los bienes de gracia y justicia, con que lo que es se haze justo y bueno y perfecto; porque de la gracia que ay en él, mana toda la nuestra. Y²⁵ no sólo es gracioso en los ojos de Dios para sí, sino para nosotros también; porque tiene justicia,

1 Ps., 33, 9.

2 Ps., 30, 20.

con que parece en el acatamiento de Dios, amable sobre todas las criaturas; y tiene justicia poderosa para hazerlas amables á todas, infundiendo en sus vasos de cada una algún efecto de
5 aquella su grande virtud, como es escripto: *De cuya abundancia recibimos todos gracia por gracia*; esto es, de una gracia otra gracia, de aquella gracia que es fuente, otra gracia que es como su arroyo; y de aquel dechado de gracia que está en
10 él, un traslado de gracia ó una otra gracia trasladada que mora en los justos.

Y finalmente, Dios cría y sustenta al universo todo, y le guía y endereça á su bien; y el alma de Cristo recría y repara y defiende, y continua
15 mente va alentando é inspirando para lo bueno y lo justo, cuanto es de su parte, á todo el género humano. Dios se ama á sí y se conoce infinitamente, y ella le ama y le conoce con un conocimiento y amor en cierta manera infinito. Dios
20 es sapientíssimo, y ella, de inmenso saber; Dios poderoso, y ella, sobre toda fuerza natural poderosa. Y como si pusiésemos muchos espejos en diversas distancias delante de un rostro hermoso, la figura y faciones dél en el espejo que le
25 estuviese más cerca se demostraría mejor; assí esta alma sanctíssima, como está junta, y si lo avemos de dezir assí, apegadíssima por unión

personal al Verbo divino, recibe sus resplandores en sí y se figura dellos más vivamente que otro ninguno.

Pero vamos más adelante, y pues avemos dicho del cuerpo de Cristo y de su alma por sí, digamos de lo que resulta de todo junto, y busquemos en sus inclinaciones y condición y costumbres aquestas FAZES é imagen de Dios. El dize de sí que es manso y humilde, y nos combida á que aprendamos á serlo dél. Y mucho antes el profeta 10
ta Esaías, viéndolo en spíritu, nos le pintó con las mismas condiciones, diziendo: *No dará voces ni será aceptador de personas, y su boz no sonará fuera. A la caña quebrantada no quebrará, ni sabrá hazer mal, ni aun á una poca de estopa, que 15*
echa humo. No será azedo ni reboltoso. Y no se ha de entender que es Cristo manso y humilde por virtud de la gracia que tiene solamente; sino assí como por inclinación natural son bien inclinados los hombres, unos á una virtud y otros á 20
otra, assí también la humanidad de Cristo, de su natural compostura; es de condición llena de llaneza y mansedumbre.

Pues con ser Cristo, assí por la gracia que tenía, como por la misma disposición de su naturaleza, un dechado de perfecta humildad, por otra parte tiene tanta alteza y grandeza de ánimo, que

8 Matth., 11, 29.

12 Esai., 42, 2-4.

cabe en él, sin desvanecerle, el ser rey de los hombres y señor de los ángeles, y cabeça y gobernador de todas las cosas, y el ser adorado de todas ellas, y el estar á la diestra de Dios unido
5 con él y hecho una persona con él. Pues ¿qué es esto, sino ser FAZES del mismo Dios? El cual, con ser tan manso como la enormidad de nuestros pecados y la grandeza de los perdones suyos, y no sólo de los perdones, sino de las maneras que
10 ha usado para nos perdonar, lo testifican y enseñan, es también tan alto y tan grande como lo pide el nombre de Dios, y como lo dize Job por galana manera: *Alturas de cielos, ¿qué farás?; hon-*

13 Job, 11, 8-9.

13 *farás* 'harás'. Fr. Luis de León, al traducir la Biblia, arcaíza el lenguaje para darle mayor solemnidad. Abundan los ejemplos de *f* latina conservada en sus traducciones del *Libro de Job* y del *Cantar de los Cantares*, al lado de otros muchos arcaísmos, enteramente desaparecidos en el siglo XVI. Fr. Luis razona este criterio en el Prólogo á su traducción de los *Cantares*: "procuré conformarme cuanto pude con el original hebreo... y pretendí que respondiese esta interpretación con el original, no sólo en las sentencias y palabras, sino aun en el concierto y aire de ellas, imitando sus figuras y maneras de hablar, cuanto es posible á nuestra lengua... De donde podrá ser que algunos no se contenten tanto, y les parezca que en algunas partes la razón queda corta y dicha muy á la vizcaína y muy á lo viejo, y que no hace correa el hilo del decir, pudiéndolo hacer muy fácilmente con mudar algunas palabras y añadir otras; lo cual yo no hice por lo que he dicho y porque entiendo ser diferente el oficio del que traslada, mayormente escrituras de tanto peso, del que las explica y declara. El que traslada ha de ser fiel y cabal, y si fuere posible, contar las palabras, para dar otras tantas y no más ni menos, de la misma cualidad y condición y variedad de significacio-

duras de abismo. ¿cómo le entenderás?; longura más que tierra medida suya, y anchura allende del mar. Y juntamente con esta inmensidad de grandeza y celsitud, podemos dezir que se humilla tanto y se allana con sus criaturas, que tiene cuenta 5 con los paxaricos y provee á las hormigas y pinta las flores, y descende hasta lo más baxo del centro y hasta los más viles gusanos. Y lo que es más claro argumento de su llana bondad, mantiene y acaricia á los peccadores, y los alumbrá 10 con esta luz hermosa que vemos; y estando altísimo en sí, se abaxa con sus criaturas, y como dize el psalmo, estando en el cielo, está también en la tierra.

Pues ¿qué diré del amor que nos tiene Dios, 15 y de la caridad para con nosotros que arde en el alma de Cristo? ¿De lo que Dios haze por los hombres y de lo que la humanidad de Cristo ha padescido por ellos? ¿Cómo los podré comparar entre sí, ó qué podré dezir, cotejándolos, que 20

nes que las originales tienen, sin limitarlas á su propio sentir y parecer; para que los que leyeren la traducción puedan entender toda la variedad de sentidos á que da ocasión el original, si se leyese; y queden libres para escoger de ellos el que mejor les pareciere." Sirva esta nota para que el lector se explique las particularidades de estilo que se ofrecen en los pasajes bíblicos que á cada paso aparecen traducidos en esta obra.

4 *celsitud*, como en latín *celsitudo*, 'altura, elevación'. *Quijote*, II, cap. 30.

13 Ps., 101, 20.

más verdadero sea, que es llamar á esto FAZES e imagen de aquello? Cristo nos amó hasta darnos su vida, y Dios induzido de nuestro amor, porque no puede darnos la suya, danos la de su hijo Cristo. Porque no padezcamos infierno y porque gozemos nosotros del cielo, padece prisiones y açotes y affrentosa y dolorosa muerte; y Dios por el mismo fin, ya que no era possible padescerla en su misma naturaleza, buscó y halló orden para padescerla por su misma persona. Y aquella voluntad ardiente y encendida que la naturaleza humana de Cristo tuvo de morir por los hombres, no fué sino como una llama que se prendió del fuego de amor y desseo, que ardían en la voluntad de Dios, de hazerse hombre para morir por ellos.

No tiene fin este cuento; y quanto más desplego las velas, tanto hallo mayor camino que andar, y se me descubren nuevos mares quanto más navego; y quanto más considero estas FAZES, tanto por más partes se me descubren en ellas el ser y las perfecciones de Dios. Mas conviéneme ya recoger; y hazerlo he con dezir solamente que assí como Dios es trino y uno, trino en personas y uno en essencia, assí Cristo y sus fieles, por representar en esto también á Dios, son en personas muchos y diferentes; mas, como ya comenzamos á dezir y diremos más largamente después, en espíritu y en una unidad secreta, que se explica mal con palabras y que se entiende

bien por los que la gustan, son uno mismo. Y dado que las cualidades de gracia y de justicia y de los demás dones divinos que están en los justos, sean en razón semejantes y divididos y diferentes en número; pero el espíritu que bive ⁵ en todos ellos, ó por mejor dezir, el que los haze bivar vida justa, y el que los alienta y menea, y el que despierta y pone en obra las mismas cualidades y dones que he dicho, es en todos uno y solo y el mismo de Cristo. Y así bive en los su- ¹⁰ yos él, y ellos viven por él, y todos en él, y son uno mismo multiplicado en personas y en cualidad y substancia de espíritu simple y senzillo, conforme á lo que pidió á su Padre, diciendo: *Para que sean todos una cosa, así como somos* ¹⁵ *una cosa nosotros.*

Dízese también Cristo FAZES DE DIOS, porque, como por la cara se conoce uno, así Dios por medio de Cristo quiere ser conocido. Y el que sin este medio le conoce, no le conoce; y por ²⁰ esto dize él de sí mismo, que manifestó el nombre de su Padre á los hombres. Y es llamado *puerta* y *entrada* por la misma razón; porque él solo nos guía y encamina y haze entrar en el conocimiento de Dios y en su amor verdadero. Y ²⁵

¹⁵ Joh., 17, 21.

²¹ Joh., 17, 6.

²²⁻²³ Joh., 10, 9.

baste aver dicho hasta aquí de lo que toca á este nombre.

Y dicho esto, Marcello calló; y Sabino prosiguió luego:

CAMINO

Llámanse también CAMINO Cristo en la Sagrada Escritura. Él mismo se llama así en Sant Juan, en el capítulo catorce. Yo, dije, soy CAMINO, verdad y vida.—Y puede pertenecer á esto mismo lo 5. que dije Esaías en el capítulo treynta y cinco: Avrá entonces senda y CAMINO, y será llamado CAMINO sancto, y será para vosotros CAMINO derecho.—Y no es ageno dello lo del psalmo quinze: Heziste que me sean manifestos los CAMINOS de 10 vida.—Y mucho menos lo del psalmo scssenta y ocho: Para que conozcan en la tierra tu CAMINO; y declara luego qué CAMINO: En todas las gentes tu salud, que es el nombre de Jesús.

—No será necessario—dixo Marcello luego 15 que Sabino uvo leydo esto—provar que CAMINO es nombre de Cristo, pues él mismo se le pone. Mas es necessario ver y entender la razón por

4 Joh., 14, 6.

7 Esai., 35, 8.

10 Ps., 15, 10.

12 Corresponde al Ps., 66, 2.

qué se le pone, y lo que nos quiso enseñar á nosotros llamándose á sí CAMINO nuestro. Y aunque esto en parte está ya dicho, por el parentesco que este nombre tiene con el que acabamos de dezir
5 agora, porque ser FAZES y ser CAMINO en una cierta razón es lo mismo; mas porque, demás de aquello, encierra este nombre otras muchas consideraciones en sí, será conveniente que particularmente digamos dél.

- 10 Pues para esto, lo primero se deve advertir que *camino* en la Sagrada Escripura se toma en diversas maneras. Que algunas vezes *camino* en ellas significa la condición y el ingenio de cada uno, y su inclinación y manera de proceder, y lo
15 que suelen llamar *estilo* en romance, ó lo que llaman *humor* agora. Conforme á esto es lo de David en el psalmo, quando hablando de Dios dize: *Manifestó á Moysés sus caminos*. Porque los caminos de Dios que llama allí, son aquello
20 que el mesmo psalmo dize luego, que es lo que Dios manifestó de su condición en el *Exodo*, quando se le demostró en el monte y en la peña, y poniéndole la mano en los ojos, pasó por delante dél, y en pasando le dixo: *Yo soy amador*
25 *entrañable y compassivo mucho y muy suffrido*,

7 En la 1.^a ed. falta este nombre.

11 La 1.^a ed. que este nombre camino.

18 Ps., 102, 7.

24 Ex., 34, 6-7.

largo en misericordia y verdadero, y que castigo hasta lo cuarto y uso de piedad hasta lo mil. Assí que estas buenas condiciones de Dios y estas entrañas tuyas son allí sus caminos.

Camino se llama en otra manera la profesión de vivir que escoge cada uno para sí mismo, y su intento y aquello que pretende ó en la vida ó en algún negocio particular, y lo que se pone como por blanco. Y en esta significación dize el psalmo: Descubre tu camino al Señor, y él lo hará. Que es dezirnos David que pongamos nuestros intentos y pretensiones en los ojos y en las manos de Dios, poniendo en su providencia confiadamente el cuydado dellos, y que con esto quedemos seguros dél, que los tomará á su cargo y les dará buen successo. Y si los ponemos en sus manos, cosa devida es que sean cuales ellas son, esto es, que sean de cualidad que se pueda encargar dellos Dios, que es justicia y bondad. Assí que, de una vez y por unas mismas palabras, nos avisa allí de dos cosas el psalmo: una, que no pretendamos negocios ni prosigamos intentos en que no se pueda pedir la ayuda de Dios; otra, que después de assí apurados y justificados, no los

10 Ps., 36, 5.

14 La 1.^a ed. en esto estemos. La 2.^a ed. estemos.

15 La 1.^a ed. que los tornará á sí y les dará buen cobro.

18 La 1.^a ed. cualidad de quien Dios, que es justicia y bondad, se pueda encargar.

24 apurados, 'purificados'.

femos de nuestras fuerças, sino que los echemos en las suyas y nos remitamos á él con esperança segura.

La obra que cada uno haze, también es llamada
5 *camino* suyo. En los *Proverbios* dize la Sabiduría de sí: *El Señor me crió en el principio de sus caminos*; esto es, soy la primera cosa que procedió de Dios. Y del elefante se dize en el libro de Job que es *el principio de los caminos de Dios*;
10 porque entre las obras que hizo Dios quando crió los animales, es obra muy aventajada. Y en el *Deuteronomio* dize Moysén que *son justis los caminos de Dios*; queriendo dezir que sus obras son sanctas y justas. Y el justo dessea y pide en
15 el psalmo que sus caminos, esto es, sus passos y obras se enderecen siempre á cùmplir lo que Dios le manda que haga.

Dízese más *camino* el precepto y la ley. Assí lo usa David: *Guardé los caminos del Señor y*
20 *no hize cosa mala contra mi Dios*. Y más claro en otro lugar: *Corrí por el camino de tus mandamientos, cuando ensanchaste mi corazón*. Por manera que este nombre *camino*, demás de lo que significa con propiedad, que es aquello por

6 Prov., 8, 22.

9 Job, 40, 14.

12 Deut., 32, 4.

15 Ps., 118, 5.

19 Ps., 17, 22.

21 Ps., 118, 32.

donde se va á algún lugar sin error, passa su significación á otras cuatro cosas por semejança: á la inclinación, á la profesión, á las obras de cada uno, á la ley y preceptos; porque cada una destas cosas encamina al hombre á algún parade- 5 ro, y el hombre por ellas, como por camino, se endereça á algún fin. Que cierto es que la ley guía y las obras conducen y la profesión ordena y la inclinación lleva cada cual á su cosa.

Esto assí presupuesto, veamos por qué razón 10 de estas Cristo es dicho CAMINO, ó veamos si por todas ellas lo es, como lo es, sin duda, por todas. Porque quanto á la propiedad del vocablo, assí como aquel camino (y señaló Marcello con el dedo, porque se parecía de allí) es el de la corte, 15 porque lleva á la corte y á la morada del rey á todos los que endereçan sus passos por él; assí Cristo es el CAMINO del cielo, porque si no es poniendo las pisadas en él y siguiendo su huella, ninguno va al cielo. Y no sólo digo que avemos 20 de poner los pies donde él puso los suyos, y que nuestras obras, que son nuestros passos, han de seguir á las obras que él hizo; sino que (lo que

4 *La 1.^a ed. y a.*

11 *La 1.^a ed. dicho Cristo camino.*

14 La calzada antigua de Salamanca á Madrid pasa inmediatamente detrás de las casas de *La Flecha* y delante de la huerta, siguiendo la falda del monte.

15 *se parecía de allí*, 'se veía ó descubría desde allí'. V. 66, 16.

es proprio al camino) nuestras obras han de ir andando sobre él, porque si salen dél, van perdidas. Que cierto es que el passo y la obra que en Cristo no estriba y cuyo fundamento no es él, 5 no se adelanta ni se allega hazia el cielo. Muchos de los que bivieron sin Cristo, abraçaron la pobreza y amaron la castidad y siguieron la justicia, modestia y templança; por manera que quien no lo mirara de cerca juzgara que ivan por don- 10 de Cristo fué y que se parecían á él en los passos; mas, como no estribavan en él, no siguieron camino ni llegaron al cielo. La oveja perdida, que fueron los hombres, el pastor que la halló, como se dize en Sant Lucas, no la truxo al rebaño 15 por sus pies della ni guiándola delante de sí, sino sobre sí y sobre sus hombros. Porque si no es sobre él, no podemos andar, digo, no será de provecho para ir al cielo lo que sobre otro suelo anduviéremos.

20 ¿No avéys visto algunas madres, Sabino, que teniendo con sus dos manos las dos de sus niños, hazen que sobre sus pies dellas pongan ellos sus pies, y assí los van allegando á sí y los abraçan, y son juntamente su suelo y su guía? ¡O piedad la de Dios! Esta misma forma guardáys, 25 Señor, con nuestra flaqueza y niñez. Vos nos days la mano de vuestro favor; vos hazéys que

pongamos en vuestros bien guiados passos los nuestros; vos hazéys que subamos; vos que nos adelantemos; vos sustentáys nuestras pisadas siempre en vos mismo, hasta que avezinados á vos en la manera de vezindad que os contenta, 5 con ñudo estrecho nos ayuntáys en el cielo.

Y porque, Juliano, los caminos son en diferentes maneras, que unos son llanos y abiertos, y otros estrechos y de cuesta, y unos más largos, y otros que son como sendas de atajo; Cristo, verdadero CAMINO y universal, cuanto es de su parte, contiene todas estas diferencias en sí; que tiene llanezas abiertas y sin dificultad de estropieços, por donde caminan descansadamente los flacos; y tiene sendas más estrechas y altas, 15 para los que son de más fuerça; y tiene rodeos para unos, porque assí les conviene, y ni más ni menos por donde atajen y abrevien los que se quisieren apressurar. Mas veamos lo que escribe deste nuestro CAMINO Esaías: *Y avrá allí senda y 20 CAMINO, y será llamado CAMINO sancto. No caminará por él persona no limpia, y será derecho este CAMINO para vosotros; los ignorantes en él no se perderán. No avrá león en él, ni bestia fiera, ni subirá por él ninguna mala alimaña. Caminarle 25 han los librados, y los redemidos por el Señor bolverán, y vendrán á Sión con loores y gozo sobre*

20 Esai., 35, 8-10.

sus cabeças sin fin. Ellos asirán del gozo y del alegría, y el dolor y el gemido huyrá dellos.

Lo que dize *senda*, la palabra original significa todo aquello que es passo por donde se va de una
5 cosa á otra; pero no como quiera passo, sino passo algo más levantado que lo demás del suelo que le está vezino, y passo llano, ó porque está enlo-
sado ó porque está limpio de piedras y libre de
estropieços. Y conforme á esto, unas vezes signi-
10 fica esta palabra las gradas de piedra por donde se sube, y otras la calçada empedrada y levantada del suelo, y otras la senda que se vee ir
limpia en la cuesta, dando bueltas desde la rayz á la cumbre. Y todo ello dize con Cristo muy
15 bien; porque es calçada y sendero y escalón llano y firme. Que es dezir que tiene dos qualidades este CAMINO, la una de alteza y la otra de desembaraço; las cuales son proprias assí á lo
que llamamos gradas como á lo que dezimos sen-
20 dero ó calçada. Porque es verdad que todos los que caminan por Cristo van altos y van sin estropieços. Van altos, lo uno porque suben; suben, digo, porque su caminar es propriamente subir; porque la virtud cristiana siempre es mejora-
25 miento y adelantamiento del alma. Y assí, los que andan y se exercitan en ella forçosamente crecen, y el andar mismo es hazerse de continuo ma-

15 La 1.^a ed. es escalón y calçada y sendero y escalón.

yores; al revés de los que siguen la vereda del vicio, que siempre decienden, porque el ser vicioso es deshazerse y venir á menos de lo que es; y cuanto va más, tanto más se menoscaba y disminuye, y viene por sus passos contados, primero á ser bruto, y después á menos que bruto, y finalmente á ser casi nada. Los hijos de Israel, cuyos passos desde Egipto hasta Judea fueron imagen de aquesto, siempre fueron subiendo por razón del sitio y disposición de la tierra. Y en el templo antiguo, que también fué figura, por ninguna parte se podía entrar sin subir. Y así el Sabio, aunque por semejança de resplandor y de luz, dize lo mismo assí de los que caminan por Cristo como de los que no quieren seguirle. De los unos dize: *La senda de los justos, como luz que resplandesce y cresce y va adelante hasta que sube á ser día perfecto.* De los otros, en un particular que los comprehende: *Desciende, dize, á la muerte su casa y á los abismos sus sendas.* Pues esto es lo uno; lo otro, van altos porque van siempre lexos del suelo, que es lo más baxo. Y van lexos dél, porque lo que el suelo ama ellos lo aborrecen, lo que sigue huyen, y lo que estima desprecian. Y lo último, van assí, porque huellan sobre lo que el juyzio de los

2 Las ed. 1.^a y 2.^a siempre abaxan.

16 Prov., 4, 18.

20 Prov., 2, 18.

hombres tiene puesto en la cumbre: las riquezas, los deleytes, las honras. Y esto, quanto á la primera cualidad de la alteza.

Y lo mismo se vee en la segunda, de llaneza y
5 de carecer de estropieços. Porque el que endereça sus passos conforme á Cristo, no se encuentra con nadie; á todos les da ventaja, no se oppone á sus pretensiones, no les contramina sus designos; suffre sus iras, sus injurias, sus vio-
10 lencias; y si le maltratan y despojan los otros, no se tiene por despojado, sino por desembaraçado y más suelto para seguir su viaje. Como al revés, hallan los que otro camino llevan, á cada passo, innumerables estorvos; porque pretenden
15 otros lo que ellos pretenden, y caminan todos á un fin, y á fin en que los unos á los otros se estorvan; y assí, se offenden cada momento y estropieçan entre sí mismos, y caen, y paran, y buelven atrás, desesperados de llegar adonde
20 ivan. Mas en Cristo, como avemos dicho, no se halla estropieço; porque es como CAMINO real, en que todos los que quieren, caben sin embaraçarse.

6 *encontrarse* 'ponerse en contra'.

7 *En la 1.ª ed. falta les.*

8 *contraminar* se dice "quando de ambas partes se hazen minas debaxo de tierra y se vienen a encontrar" (*Covarrubias*). De esta acción en la milicia para combatir viene su sentido metafórico muy usual. León, *Job*, 86: "el saber de Dios solamente pudo contraminarle [al demonio] su aviso y desbaratarle su pensamiento." *Lazarillo*, cap. 1.º

8 *designo* 'designio'. *Quijote*, II, cap. 7.

Y no solamente es Cristo grada y calçada y sendero por estas dos cualidades dichas, que son comunes á todas estas tres cosas, sino también por lo propio de cada una dellas comunican su nombre con él; porque es grada para la entrada 5 del templo del cielo, y sendero que guía sin error á lo alto del monte adonde la virtud haze vida, y calçada enxuta y firme en quien nunca ó el passo engaña ó desliza ó tituba el pie. Que los otros caminos más verdaderamente son deslizaderos ó 10 despeñaderos, que cuando menos se piensa, ó están cortados, ó debaxo de los pies se sumen ellos, y echa en vazío el pie el miserable que caminava seguro. Y assí, Salomón dize: *El camino de los malos, barranco y abertura honda.* ¡Cuántos en 15 las riquezas y por las riquezas que buscaron y hallaron perdieron la vida! ¡Cuántos caminando á la honra hallaron su affrenta! Pues del deleyte ¿qué podemos dezir, sino que su remate es dolor? Pues no desliza assí ni hunde los passos el que 20 nuestro CAMINO sigue, porque los pone en piedra firme de contino. Y por esso dize David: *Está la ley de Dios en su corazón; no padecerán engaño sus passos.* Y Salomón: *El camino de los malos, como valladar de garças; la senda del jus-* 25 *to, sin cosa que le offenda.* Pero añade Esaías:

9 *titubar* coexiste con *titubear*.

22 Ps., 36, 31.

24 Prov., 15, 19.

Senda y CAMINO, y *será llamado sancto*. En el original la palabra *camino* se repite tres veces, en esta manera: *Y será CAMINO, y CAMINO y CAMINO llamado sancto*; porque Cristo es CAMINO para
 5 todo género de gente. Y todos ellos, los que caminan en él, se reduzen á tres: á principiantes, que llaman, en la virtud, á aprovechados en ella, á los que nombran perfectos. De los cuales tres órdenes se compone todo lo escogido de la Igle-
 10 sia, assí como su imagen, el templo antiguo, se componía de tres partes: portal y palacio y sagrario; y como los aposentos que estavan apegados á él y le cercavan á la redonda por los dos lados y por las espaldas, se repartían en tres di-
 15 fferencias: que unas eran pieças baxas, y otros entresuelos, y otros sobrados. Es pues Cristo tres vezes CAMINO; porque es calçada allanada y abierta para los imperfectos, y CAMINO para los que tienen mas fuerça, y CAMINO sancto para los
 20 que son ya perfectos en él. Dize más: *No passará por él persona no limpia*; porque, aunque en la Iglesia de Cristo y en su cuerpo místico ay muchas no limpias, mas los que passan por él todos son limpios, quiero dezir que el andar en él siempre
 25 es limpieza; porque los passos que no son limpios, no son passos hechos sobre aqueste CAMINO. Y son limpios también todos los que passan por

él; no todos los que comienzan en él, sino todos los que comienzan y demedian y pasan hasta llegar al fin; porque el no ser limpio es parar ó bolver atrás ó salir del CAMINO. Y así, el que no parare, sino passare, como dicho es, forçosamen- 5 te ha de ser limpio. Y parece aún más claro de lo que se sigue: *Y será CAMINO cierto para vosotros*. Adonde el original dize puntualmente: *Y él les andará el CAMINO, ó él á ellos les es el CAMINO que andan*. Por manera que Cristo es el 10 CAMINO nuestro y el que anda también el CAMINO; porque anda él andando nosotros, ó por mejor dezir, andamos nosotros porque anda él y porque su movimiento nos mueve. Y así, él mismo es el CAMINO que andamos y el que anda con 15 nosotros y el que nos incita para que andemos. Pues cierto es que Cristo no hará compañía á lo que no fuere limpieza. Así que no camina aquí lo suzio ni se adelanta lo que es peccador, porque ninguno camina aquí si Cristo no cami- 20 na con él. Y desto mismo nasce lo que viene luego: *Ni los ignorantes se perderán en él*. Porque ¿quién se perderá con tal guía? Mas ¡qué bien dize, *los ignorantes!* Porque los sabios, confiados de sí y que presumen valerse y abrir ca- 25 mino por sí, fácilmente se pierden; antes de ne-

2 demediar 'llegar á la mitad'. Comp. *Lazarillo*, cap. 3.º: "hasta que el día demediase." Además, *Job*, 99; *Cantares*, 11, etc.

cessidad se pierden si confían en sí. Mayormente que si Cristo es él mismo guía y CAMINO, bien se convence que es CAMINO claro y sin bueltas, y que nadie lo pierde si no lo quiere perder de propósito. *Esta es la voluntad de mi Padre*, dize él mismo, *que no pierda ninguno de los que me dió, sino que los trayga á vida en el día postrero.*

Y sin duda, Juliano, no ay cosa más clara á los ojos de la razón ni más libre de engaño que el CAMINO de Dios. Bien lo dize David: *Los mandamientos del Señor* (que son sus caminos) *lucidos y que dan luz á los ojos; los juysios suyos, verdaderos y que se abonan á sí mismos.* Pero ya que el CAMINO carece de error, ¿házenlo por ventura peligroso las fieras ó saltan en él? Quien lo allana y endereça, esse también lo assegura; y assí, añade el Profeta: *No avrá león en él, ni andará por él bestia fiera.* Y no dize *andará*, sino *subirá*; porque si, ó la fiereza de la pasión, ó el demonio león enemigo, acomete á los que caminan aquí, si ellos perseveran en el camino, nunca los sobrepuja ni viene á ser superior suyo, antes queda siempre caydo y baxo. Pues si éstos no, ¿quién andará? *Y andarán*, dize, *en él los redemidos.* Porque primero es ser redemidos que

4 La 1.^a ed. le... le.

5 Joh., 6, 39.

10 Ps., 18, 9-10.

14 La 1.^a ed. házenle.

16 La 1.^a ed. le... le

caminantes; primero es que Cristo, por su gracia y por la justicia que pone en ellos, los libre de la culpa, á quien servían captivos, y les desate las prisiones con que estaban atados, y después es que comiencen á andar. Que no somos rede- 5 midos por aver caminado primero ni por los buenos passos que dimos, ni venimos á la justicia por nuestros pies. *No por las obras justas que hemos, dize, sino según su misericordia nos hizo salvos.* Assí que no nasce nuestra redempción de 10 nuestro camino y merescimiento, sino redemidos una vez, podemos caminar y merescer después, alentados con la virtud de aquel bien.

Y es en tanto verdad que solos los redemidos y libertados caminan aquí y que primero que ca- 15 minen son libres, que ni los que son libres y justos caminan ni se adelantan, sino con solos aquellos passos que dan como justos y libres; porque la redempción y la justicia, y el espíritu que la haze, encerrado en el nuestro, y el mo- 20 vimiento suyo y las obras que deste movimiento y conforme á este movimiento hazemos, son para en este CAMINO los pies. Pues han de ser redemidos; mas ¿por quién redemidos? La palabra original lo descubre, porque significa aquello á quien 25 otro alguno por vía de parentesco y de deudo lo

8 Tít., 3, 5.

16 caminen. Así la 1.^a ed. Las demás ed. incluso la 3.^a caminan, pero en esta última corregido en las Erratas.

rescata, y como solemos dezir, lo saca por el tanto. De manera que, si no caminan aquí sino aquellos á quien redime su deudo y por vía de deudo, clara cosa será que solamente caminan
5 los redemidos por Cristo, el cual es deudo nuestro por parte de la naturaleza nuestra, de que se vistió; y nos redime por serlo. Porque como hombre padeció por los hombres, y como hermano y cabeça dellos pagó, según todo derecho, lo que
10 ellos devían, y nos rescató para sí, como cosa que le pertenecíamos por sangre y linage, como se dirá en su lugar.

Añale: *Y los redemidos por el Señor volverán á andar por él.* Esto toca propriamente á los
15 del pueblo judayco, que en el fin de los tiempos se han de reduzir á la Iglesia; y reducidos, comenzarán á caminar por este nuestro CAMINO con passos largos, confessándole por Messías. Porque dize: tornarán á este CAMINO; en el cual
20 anduvieron verdaderamente primero cuando sirvieron a Dios en la fe de su venida, que esperavan, y le agralaron; y después se salieron dél, y no lo quisieron conocer cuando lo vieron; y

1 León, *Joh.* 299. "Y convino que lo fuese, para redimirnos, y para. por el tanto de su preciosa sangre restituirnos á la libertad de la vida y librarnos de la muerte á que nos pretendía sujetar el demonio"

22 La 1.^a ed. agradaban.

23 La 1.^a ed. le... le

assí agora no andan en él, mas está profetizado que han de tornar. Y por esso dize que bolverán otra vez al CAMINO los que el Señor redimió. Y tiene cada una destas palabras su particular razón, que demuestra ser assí lo que digo. Porque 5 lo primero, en el original, en lugar de lo que dezimos *Señor*, está el nombre de Dios proprio, el cual tiene particular significación de una entrañable piedad y misericordia. Y lo segundo, lo que dezimos *redcmidos*, al pie de la letra suena 10 redempciones ó rescates, en manera que dize que los rescates ó redempciones del piadosísimo tornarán á bolver. Y llama rescates ó redempciones á los deste linaje, porque no los rescató una sola vez de sus enemigos, sino muchas vezes y en mu- 15 chas maneras, como las sagradas letras lo dicen.

Y llámase en este particular misericordiosísimo á sí mismo; lo uno, porque aunque lo es siempre con todos, mas es cosa que admira el extremo de regalo y de amor con que trató Dios 20 á aquel pueblo, desmereciéndolo él. Lo otro, porque teniéndole tan desechado agora y tan apartado de sí, y desechado y apartado con tan justa razón, como á infiel y homicida; y pareciendo que no se acuerda ya dél, por aver pa- 25 ssado tantos siglos que le dura el enojo; después de tanto olvido y de tan luengo desecho, querer tornarle á su gracia, y de hecho tornarle, señal manifesta es de que su amor para con él es en-

assí tierno y vencido, ni título ninguno de amistad assí puesto en fineza, que le iguale ó le llegue. Porque antes que le amemos nos ama; y offendiéndole y despreciándole locamente, nos busca; 5 y no puede tanto la ceguedad de mi vista ni mi obstinada dureza, que no pueda más la blandura ardiente de su misericordia dulcíssima. Madruga, durmiendo nosotros descuydados del peligro que nos amenaza. Madruga, digo, antes que amanezca 10 ca se levanta, ó por dezir verdad, no duerme ni reposa, sino asido siempre á la aldava de nuestro corazón, de continuo y á todas horas le hiere y le dize, como en los *Cantares* se escribe: *Abre-me, hermana mía, amiga mía, esposa mía, ábre-me; que la cabeça traygo llena de rocío, y las guedejas de mis cabellos llenas de las gotas de la noche. No duermes, dize David, ni se adormesce el que guarda á Israel.*

Que en la verdad, assí como en la divinidad es 20 amor, conforme á sant Juan: *Dios es caridad*; assí en la humanidad, que de nosotros tomó, es amor y blandura. Y como el sol, que de suyo es fuente de luz, todo cuanto haze perpetuamente es luzir, embiando, sin nunca cessar, rayos de 25 claridad de sí mismo; assí Cristo, como fuente

7 de arte 'de modo' (*Nombres de Cristo*, passim).

23 La 1.^a ed. malos: y enemigos, y alentados.

cluye diciendo: *Y vendrán á Sión con loores y alegría no perecedera en sus cabeças; asirán del gozo y asirán del plazer, y huyrá dellos el gemido y dolor.*

Y por esta manera es llamado CAMINO Cristo, 5 según aquello que con propiedad significa, y no menos lo es según aquellas cosas que por semejança son llamadas assí. Porque si el camino de cada uno son, como dezíamos, las inclinaciones que tiene, y aquello á que le lleva su juyzio y su 10 gusto, Cristo con gran verdad es CAMINO de Dios; porque es, como poco antes diximos, imagen viva suya y retrato verdadero de sus inclinaciones y condiciones todas; ó por dezirlo mejor, es como una execución y un poner por la obra todo aquello 15 que á Dios le aplaze y agrada más. Y si es camino el fin y el propósito que se pone cada uno á sí mismo para endereçar sus obras, CAMINO es sin duda Cristo de Dios; pues, como dezíamos oy al principio, después de sí mismo, Cristo es el fin principal á quien Dios mira en todo cuanto produze 20

Y finalmente ¿cómo no será Cristo CAMINO, si se llama camino todo lo que es ley y regla y mandamiento que ordena y endereça la vida, pues es él solo la ley? Porque no solamente dize lo 25 que avemos de obrar, mas obra lo que nos dize que obremos, y nos da fuerças para que obremos

1 Esai., 35, 10.

2 y 3 La 1.^a ed. asirán el.

lo que nos dize. Y assí, no manda solamente á la razón, sino haze en la voluntad ley de lo que manda, y se lança en ella; y lançado allí, es su bien y su ley. Mas no digamos agora de esto, 5 porque tiene su proprio lugar, adonde después lo diremos.

Y dicho esto, calló Marcello, y Sabino abrió su papel y dixo:

3 *lançar*. V. 13, 2.

PASTOR

Llámase también Cristo PASTOR. El mismo dice en Sant Juan: Yo soy buen PASTOR.—Y en la epístola á los hebreos dice sant Pablo de Dios: Que resucitó á Jesús, PASTOR grande de ovejas — 5 Y sant Pedro dice dél mismo: Cuando apareciere el príncipe de los PASTORES.—Y por los profetas llamado de la misma manera: por Esaiás en el capítulo cuarenta, por Ezequiel en el capítulo treynta y quatro, por Zacarías en el capítulo onze. 10

Y Marcello dixo luego:

—Lo que dixe en el nombre passado puedo también dezir en este, que es escusado provar que es nombre de Cristo, pues él mismo se le

1 El capítulo referente á este Nombre falta integramente en la 1.^a edición, pasando del anterior al nombre de MONTE.

3 Joh., 10, 11.

5 Hebr., 13, 20.

6 I Pet., 5, 4.

8 Esai., 40, 11.

9 Ezech., 34, 23.

10 Zach., 11, 16.

pone. Mas, como esto es fácil, assí es negocio de mucha consideración el traer á luz todas las causas por que se pone este nombre. Porque en esto que llamamos PASTOR se pueden considerar
5 muchas cosas; unas que miran propriamente á su officio, y otras que pertenecen á las condiciones de su persona y su vida. Porque lo primero, la vida pastoril es vida sossegada y apartada de los ruidos de las ciudades y de los vicios y de-
10 leytes dellas. Es inocente assí por esto como por parte del tracto y grangería en que se emplea. Tiene sus deleytes, y tanto mayores quanto nascen de cosas más senzillas y más puras y más naturales: de la vista del cielo libre, de la pureza
15 del ayre, de la figura del campo, del verdor de las yervas, y de la belleza de las rosas y de las flores. Las aves con su canto y las aguas con su frescura le deleytan y sirven. Y assí, por esta razón es bivienda muy natural y muy antigua
20 entre los hombres, que luego en los primeros dellos uvo pastores; y es muy usada por los mejo-

1 como 'así como', *passim*.

19 bivienda 'género de vida, manera de vivir'. *Nombres de Cristo*, *passim*. *Lasarullo*, cap. 3.º: "Pues estando yo en tal estado, *passando* la vida que digo, quiso mi mala fortuna... que en aquella trabajada y vergonçosa biuienda no durasse."

21 Alaba la vida del pastor por la calidad de los que fueron pastores, como Virgilio, *Egloga II*, traducida por Fr. Luis: "...la espesura—del bosque moro Apolo: ¿qué huyes ciego?—y Paris en el bosque halló ventura." Y en la

res hombres que ha avido, que Jacob y los doze patriarcas la siguieron, y David fué pastor; y es muy alabada de todos, que, como sabéys, no ay poeta, Sabino, que no la cante y alabe.

—Cuando ninguno la loara—dixo Sabino en- 5
tonces—basta, para quedar muy loada, lo que dize della el poeta latino, que en todo lo que dixo venció á los demás, y en aquello parece que vence á sí mismo; tanto son escogidos y elegantes los versos con que lo dize. Mas, porque, Mar- 10
cello, dezís de lo que es ser pastor, y del caso que de los pastores la poseía haze, mucho es de maravillar con qué juyzio los poetas, siempre que quisieron dezir algunos accidentes de amor, los pusieron en los pastores, y usaron más que de 15
otros de sus personas para representar aquesta pasión en ellas; que assí lo hizo Teócrito y Virgilio, y ¿quién no lo hizo, pues el mismo Spíritu Sancto, en el libro de los *Cantares*, tomó dos personas de pastores para, por sus figuras dellos y 20

Egloga X: “ni juzgues que el ganado no te es dino—pues fué del bello Adoni apacentado—por prados y riberas el ganado.”

6 La 2.^a ed. alabada.

7 Virgilio, á quien Fr. Luis suele llamar simplemente *el poeta*, así como á Horacio *el lírico*. Además de las citas de Virgilio que van en la nota 21 de la pág. 128, se refiere aquí, en general, á las *Bucólicas* ó *Eglogas* (traducidas todas por el mismo Fr. Luis). La vida rústica, en general, es alabada por Virgilio en otros lugares de sus obras, especialmente en las *Geórgicas*. Comp. L. de León, *In Ecclesiastem Expositio*, ob. lat., I, 395-96.

por su boca, hazer representación del increíble amor que nos tiene? Y parece, por otra parte, que son personas no convenientes para esta representación los pastores, porque son toscos y rústicos; y no parece que se conforman ni que caben las finezas que ay en el amor, y lo muy agudo y proprio dél, con lo tosco y villano.

—Verdad es, Sabino—respondió Marcello—, que usan los poetas de lo pastoril para dezir del amor; mas no tenéys razón en pensar que para dezir dél ay personas más á propósito que los pastores, ni en quien se represente mejor. Porque puede ser que en las ciudades se sepa mejor hablar, pero la fineza del sentir es del campo y de la soledad.

Y á la verdad, los poetas antiguos, y quanto más antiguos tanto con mayor cuydado, atendieron mucho á huyr de lo lascivo y artificioso, de que está lleno el amor que en las ciudades se cría, que tiene poco de verdad, y mucho de arte y de torpeza. Mas el pastoril, como tienen los pastores los ánimos senzillos y no contaminados con vicios, es puro y ordenado á buen fin; y como gozan del sossiego y libertad de negocios que les ofrece la vida sola del campo, no aviendo en él cosa que los divierta, es muy bivo y agudo. Y

26 *divertir* 'desviar, apartar'. Comp. Santa Teresa, *Moradas*, 47; Calderón, *El Mágico prodigioso*, jorn. II, v. 499; Quevedo, *Buscón*, 109, etc.

ayúdales á ello también la vista desembaraçada, de que contino gozan, del cielo y de la tierra y de los demás elementos; que es ella en sí una imagen clara, ó por mejor dezir, una como escuela de amor puro y verdadero. Porque los de- 5 muestra á todos amistados entre sí y puestos en orden, y abraçados, como si dixésemos, unos con otros, y concertados con armonía grandísima, y respondiéndose á vezes y comunicándose sus virtudes, y passándose unos en otros y ayun- 10 tándose y mezclándose todos, y con su mezcla y ayuntamiento sacando de contino á luz y produziendo los frutos que hermosean el ayre y la tierra. Assí, que los pastores son en esto aventajados á los otros hombres. Y assí, sea esta la se- 15 gunda cosa que señalamos en la condición del pastor: que es muy dispuesto al bien querer. .

Y sea la tercera lo que toca á su officio, que aunque es officio de governar y regir, pero es muy differente de los otros gobiernos. Porque lo 20 uno, su gobierno no consiste en dar leyes ni en poner mandamientos, sino en apascentar y alimentar á los que gobierna. Y lo segundo, no guarda una regla generalmente con todos y en todos los tiempos, sino en cada tiempo y en cada occa- 25 sión ordena su gobierno conforme al caso particular del que rige. Lo tercero, no es gobierno el

2 *contino* 'continuamente'.

6 *demonstrar* 'mostrar', *passim*.

suyo que se reparte y exercita por muchos ministros, sino él solo administra todo lo que á su grey le conviene; que él la apasta y la abreva y la baña y la tresquila y la cura y la castiga y
5 la reposa, y la recrea y haze música, y la ampara y defiende. Y últimamente, es proprio de su officio recoger lo esparzido y traer á un rebaño á muchos, que de suyo cada uno dellos caminara por sí. Por donde las sagradas letras, de lo es-
10 parzido y descarriado y perdido dicen siempre que son como ovejas que no tienen pastor, como en Sant Mateo se vee y en el libro de los *Reyes* y en otros lugares. De manera que la vida del pastor es inocente y sossegada y deleytosa, y la
15 condición de su estado es inclinada al amor, y su exercicio es gobernar dando pasto y acomodando su gobierno á las condiciones particulares de cada uno, y siendo él solo para los que gobierna todo lo que les es necessario, y endereçando siempre
20 su obra á esto, que es hazer rebaño y grey.

Veamos, pues, agora si Cristo tiene esto, y las ventajas con que lo tiene, y assí veremos cuán merescidamente es llamado PASTOR. Bive en los campos Cristo, y goza del cielo libre, y ama la
25 soledad y el sossiego, y en el silencio de todo aquello que pone en alboroto la vida, tiene pues-

3 La 2.^a ed. le es conveniente.

12 Matth., 9, 36.

12 III Reg., 17.

to él su deleyte. Porque, assí como lo que se comprehende en el campo es lo más puro de lo visible, y es lo senzillo y como el original de todo lo que dello se compone y se mezcla; assí aquella región de vida adonde bive aqueste nuestro glorioso bien, es la pura verdad y la senzillez de la luz de Dios y el original expreso de todo lo que tiene ser, y las rayzes firmes de donde nascen y adonde estriban todas las criaturas. Y si lo avemos de dezir assí, aquellos son los elementos puros 10 y los campos de flor eterna vestidos, y los mineros de las aguas bivas, y los montes verdaderamente preñados de mil bienes altísimos, y los sembríos y repuestos valles, y los bosques de la frescura, adonde, esentos de toda injuria, gloriosamente florecen la haya y la oliva y el lináloe, 15 con todos los demás árboles del encienso, en que reposan exércitos de aves en gloria y en música dulcísima que jamás ensordece. Con la cual región si comparamos aqueste nuestro miserable destierro, es comparar el desassossiego con la paz, 20 y el desconcierto y la turbación y el bullicio y disgusto de la más inquieta ciudad con la misma pu-

11 *minero* 'manantial', *passim*. *Job*, II, 265: "llaman así sus mineros secretos, y como si dijésemos, sus manantiales, que siempre están vertiendo agua."

14 *repuesto* 'apartado, retirado, escondido'. L de León, *Job*, II, 267: "habla de estas cosas como de algunas ricas alhajas repuestas y guardadas en sus almacenes para á su tiempo usar de ellas."

reza y quietud y dulçura. Que aquí se afana y allí se descansa; aquí se imagina y allí se vee; aquí las sombras de las cosas nos atemorizan y assombran, allí la verdad assossiega y deleyta; esto es 5 tinieblas, bullicio, alboroto; aquéllo es luz puríssima en sossiego eterno.

Bien y con razón le conjura á este PASTOR la esposa pastora que le demuestre aqueste lugar de su pasto. *Demuéstrame, dize, ¡o querido de*
10 *mi alma! adónde apascientas y adónde reposas en*

3 *assombrar* significa directamente 'dar sombra'. *Quijote*, II, cap. 39. Significa luego 'espantarse de la sombra, vicio de las bestias cortas de vista' (*Covarrubias*); y, en general, 'espantar, atemorizar'. L. de León, *Job*, 38: "Usó bien de la palabra *asombrar*, que dice espanto y pavor, porque cuando acontece se pone temeroso todo, y no sólo el semblante del cielo tiene un oscuro triste, mas también las nubes que le enraman están como teñidas de herrumbre y el aire se colora de entre pardo y amarillo y todo lo que por su medio se mira parece también amarillo, y así hace horror en una cierta manera." *Job*, 100: "por las turbaciones y espantos que añade agora, significa las melancolías que le turbaban y asombraban el corazón."

6 Todo este párrafo es una glosa en prosa del mismo tema desenvuelto en la poesía *Cuando contemplo el cielo*: "...¿Quién es el que esto mira | y precia la bajeza de la tierra | y no gime y suspira | por romper lo que encierra | el alma y destos bienes la destierra? | Aquí vive el contento, | aquí reina la paz, aquí asentado | en rico y alto asiento | está el amor sagrado | de honra y de deleites rodeado. | Inmensa hermosura | aquí se muestra toda; y resplandece | clarísima luz pura | que jamás anochece; | eterna primavera aquí florece. | Oh campos verdaderos! | Oh prados con verdad frescos y amenos! | riquísimos mineros! | Oh deleitosos senos! | repuestos valles de mil bienes llenos!"

9 Cant., 1, 6.

el medio día. Que es con razón medio día aquel lugar que pregunta, adonde está la luz no contaminada en su colmo, y adonde, en summo silencio de todo lo bullicioso, sólo se oye la boz dulce de Cristo, que, cercado de su glorioso rebaño, 5 suena en sus oydos dél sin ruido y con incomparable deleyte, en que traspasadas las almas sanctas y como enagenadas de sí, sólo biven en su PASTOR. Assí que es PASTOR Cristo por la región donde bive, y también lo es por la manera 10 de vivienda que ama, que es el sossiego de la soledad, como lo demuestra en los suyos, á los cuales llama siempre á la soledad y retiramiento del campo. Dixo á Abraham: *Sal de tu tierra y de tu parentela, y haré de ti grandes gentes.* A Elías, 15 para mostrársele, le hizo penetrar el desierto. Los hijos de los profetas bivían en la soledad del Jordán. De su pueblo dize él mismo por el Profeta, que le sacará al campo y le retirará á la

1 En la poesía *Alma región luciente*, que contiene concentradas muchas de las ideas glosadas en este nombre de PASTOR, se expresa ésta así: "Y de su esfera cuando | la cumbre toca altísimo subido | el sol, él sesteando | de su ható ceñido | con dulce son deleita el santo oído. | Toca el rabel sonoro | y el inmortal dulzor el alma pasa, | con que envilece el oro | y ardiendo se traspasa | y lanza en aquel bien libre de tasa."

11 *bivienda*. V. 128, 19.

14 Gén., 12, 1.

15 III, Reg., 19, 4.

17 IV, Reg., 6, 2.

18 Oseae, 2, 14.

soledad y allí le enseñará. Y en forma de esposo ; qué otra cosa pide á su esposa sino aquesta salida? *Levántate, dize, amiga mía, y apresúrate y ven; que ya se passó el invierno, passóse la lluvia,*
 5 *fuésse; ya han parecido en nuestra tierra las flores, y el tiempo del podar es venido. La bos de la tortolilla se oye, y brota ya la higuera sus higos, y la uva menuda uva da olor. Levántate, hermosa*
mía, y ven. Que quiere que les sea agradable á los
 10 suyos aquello mismo que él ama; y assí como él por ser PASTOR ama el campo, ansí los suyos, porque han de ser sus ovejas, han de amar el campo también; que las ovejas tienen su pasto y su sustento en el campo.

15 Porque á la verdad, Juliano, los que han de ser apascentados por Dios han de desechar los sustentos del mundo, y salir de sus tinieblas y lazos á la libertad clara de la verdad, y á la soledad poco seguida de la virtud, y al
 20 desembaraço de todo lo que pone en alboroto la vida; porque allí nasce el pasto que mantiene en felicidad eterna nuestra alma y que no se agosta

3 Cant., 2, 10-13.

8 Así en todas las ediciones. En la *Exposición del Cantar de los Cantares* hace mejor sentido traduciendo: *las viñas de pequeñas uvas dan olor.*

21 Como en la poesía: "Alma región luciente, | prado de bienandanza que ni al hielo | ni con el rayo ardiente | falleces, fértil suelo | productor eterno de consuelo... | á dulces pastos mueve, | sin honda ni cayado, | el buen Pastor en ti su hato amado. | El va, y en pos dichosas |

jamás. Que adonde bive y se goza el PASTOR, allí han de residir sus ovejas, según que alguna dellas dezía: *Nuestra conversación es en los cielos.* Y como dize el mismo PASTOR: *Las sus ovejas reconocen su voz y le siguen.*

5

Mas si es PASTOR Cristo por el lugar de su vida, ¿cuánto con más razón lo será por el ingenio de su condición, por las amorosas entrañas que tiene, á cuya grandeza no ay lengua ni encarescimiento que allegue? Porque demás de que todas 10 sus obras son amor, que en nacer nos amó y biviendo nos ama, y por nuestro amor padesció muerte, y todo lo que en la vida hizo y todo lo que en el morir padesció y quanto glorioso agora y assentado á la diestra del Padre nego- 15 cia y entiende, lo ordena todo con amor para nuestro provecho; assí que, demás de que todo su obrar es amar, la affición y la terneza de entrañas, y la solitud y cuydado amoroso, y el encendimiento é intensión de voluntad, con 20 que siempre haze essas mismas obras de amor que por nosotros obró, excede todo quanto se puede imaginar y dezir. No ay madre assí solícita, ni esposa assí blanda, ni corazón de amor

le siguen sus ovejas, do las pace | con inmortales rosas, | con flor que siempre nace, | y quanto más se goza más renace."

3 Phil., 3, 20.

4 Joh., 10, 4.

23 assí 'tan'. V. 12, 1.

assí tierno y vencido, ni título ninguno de amistad assí puesto en fineza, que le iguale ó le llegue. Porque antes que le amemos nos ama; y offendiéndole y despreciándole locamente, nos busca; 5 y no puede tanto la ceguedad de mi vista ni mi obstinada dureza, que no pueda más la blandura ardiente de su misericordia dulcísima. Madruga, durmiendo nosotros descuydados del peligro que nos amenaza. Madruga, digo, antes que amanezca 10 se levanta, ó por dezir verdad, no duerme ni reposa, sino asido siempre á la aldava de nuestro corazón, de continuo y á todas horas le hiere y le dize, como en los *Cantares* se escribe: *Abre-me, hermana mía, amiga mía, esposa mía, ábre-me; que la cabeça traygo llena de rocío, y las 15 guedejas de mis cabellos llenas de las gotas de la noche. No duermie, dize David, ni se adormesce el que guarda á Israel.*

Que en la verdad, assí como en la divinidad es 20 amor, conforme á sant Juan: *Dios es caridad*; assí en la humanidad, que de nosotros tomó, es amor y blandura. Y como el sol, que de suyo es fuente de luz, todo cuanto haze perpetuamente es luzir, embiando, sin nunca cessar, rayos de 25 claridad de sí mismo; assí Cristo, como fuente

7 La 2.^a ed. dulce.

13 Cant., 5, 2.

17 Ps., 120, 4.

20 I Joh., 4, 8.

biva de amor, que nunca se agota, mana de continuo en amor, y en su rostro y en su figura siempre está bulliendo este fuego, y por todo su traje y persona traspasan y se nos vienen á los ojos sus llamas, y todo es rayos de amor cuanto dél ⁵ se parece. Que por esta causa, cuando se demostró primero á Moysén, no le demostró sino unas llamas de fuego que se emprendía en una çarça; como haziendo allí figura de nosotros y de sí mismo, de las espinas de la aspereza nuestra y ¹⁰ de los ardores bivos y amorosos de sus entrañas, y como mostrando en la apariencia visible el fiero encendimiento que le abrasava lo secreto del pecho con amor de su pueblo. Y lo mismo se vee en la figura dél, que sant Juan en el principio de sus ¹⁵ revelaciones nos pone, á do dize que vió una imagen de hombre cuyo rostro luzía como el sol, y cuyos ojos eran como llamas de fuego, y sus pies como oriámbar encendido en ardiente fornaza, y que le centelleavan siete estrellas en la ²⁰ mano derecha, y que se ceñía por junto á los pechos con cinto de oro, y que le cercavan en derredor siete antorchas encendidas en sus cande-

4 *venirse á los ojos* 'saltar á la vista, presentarse, ver', *passim*.

6 *parecerse* 'verse'. V. 66, 16.

6 Ex., 3, 2.

8 *emprender*, 'prender, arder'.

15 Apoc., 1, 13-16.

19 *oriámbar*, Scío traduce 'latón fino' lat. *a urichalco* —fornaza 'horno pequeño'.

leros. Que es dezir de Cristo que espirava llamas de amor, que se le descubrían por todas partes, y que le encendían la cara y le salían por los ojos y le ponían fuego á los piés y le luzían por las
5 manos y le rodeavan en torno resplandesciendo. Y que como el oro, que es señal de la caridad en la Sagrada Escritura, le ceñía las vestiduras, junto á los pechos; assí el amor de sus vestiduras, que en las mismas letras significan los fieles que se
10 allegan á Cristo, le rodeava el corazón.

Mas dexemos esto, que es llano, y passemos al officio del pastor y á lo proprio que le pertenesce. Porque si es del officio del pastor gobernar apacentando, como agora dezía, sólo Cristo es PAS-
15 TOR verdadero, porque él solo es, entre todos cuantos governaron jamás, el que pudo usar y el que usa deste género de gobierno. Y assí, en el psalmo, David, hablando deste PASTOR, juntó como una misma cosa el apacentar y el regir. Porque
20 dize: *El Señor me rige, no me faltará nada, en lugar de pastos abundantes me pone*. Porque el proprio gobernar de Cristo, como por ventura después diremos, es darnos su gracia y la fuerza efficaz de su espíritu; la cual assí nos rige, que
25 nos alimenta, ó por dezir la verdad, su regir principal es darnos alimento y sustento. Porque la gracia de Cristo es vida del alma y salud de

2 La 2.^a ed. por todas partes se le descubrían.

20 Ps., 22, 2.

la voluntad y fuerças de todo lo flaco que ay en nosotros, y reparo de lo que gastan los vicios, y antídoto eficaz contra su veneno y ponçoña, y restaurativo saludable, y finalmente, mantenimiento que cría en nosotros immortalidad res- 5 plandesciente y gloriosa. Y assí, todos los dichosos que por este PASTOR se gobiernan en todo lo que, movidos dél, ó hazen ó padescen, crescen y se adelantan y adquieren vigor nuevo, y todo les es virtuoso y xugoso y sabrosíssimo pasto. 10 Que esto es lo que él mismo dize en Sant Juan: *El que por mí entrare, entrará y saldrá, y siempre hallará pastos.* Porque el entrar y el salir, según la propiedad de la Sagrada Escripura, comprehende toda la vida y las differencias de lo que 15 en ella se obra.

Por donde dize que en el entrar y en el salir, esto es, en la vida y en la muerte, en el tiempo próspero y en el turbio y adverso, en la salud y en la flaqueza, en la guerra y en la paz, hallarán 20 sabor los suyos á quien él guía, y no solamente sabor, sino mantenimiento de vida y pastos substanciales y saludables. Conforme á lo cual es también lo que Esaías profetiza de las ovejas deste PASTOR, quando dize: *Sobre los caminos serán 25 apascentados, y en todos los llanos, pastos para ellos; no tendrán hambre ni sed, ni las fatigará*

11 Joh., 10, 9.

25 Esai., 49, 9-10.

el bochorno ni el sol. Porque el piadoso dellos los rige y los lleva á las fuentes del agua. Que, como veys, en dezir que serán apascentados sobre los caminos, dize que les son pasto los passos que dan
5 y los caminos que andan; y que los caminos que en los malos son barrancos y estropieços y muerte, como ellos lo dizen, que anduvieron caminos dificultosos y ásperos, en las ovejas deste PASTOR son apastamiento y alivio. Y dize que assí en
10 los altos ásperos como en los lugares llanos y hondos, esto es, como dezía, en todo lo que en la vida succede, tienen sus cevos y pastos seguros de hambre y defendidos del sol. Y esto ¿por qué? Porque, dize, el que se apiadó dellos, esse
15 mismo es el que los rige; que es dezir que porque los rige Cristo, que es el que sólo con obra y con verdad se condolió de los hombres: como señalando lo que dezimos, que su regir es dar gobierno y sustento, y guiar siempre á los suyos á las
20 fuentes del agua, que es en la Escripura á la gracia del Espíritu, que refresca y cría y engruesa y sustenta.

Y también el Sabio miró á esto á do dize que
la ley de la sabiduría es fuente de vida. Adonde,
25 como parece, juntó la ley y la fuente; lo uno. porque poner Cristo á sus ovejas ley, es criar en ellas fuerças y salud para ella por medio de la

7 Sap., 5, 7.

23 Prov., 13, 14.

gracia, assí como he dicho. Y lo otro, porque
esso mismo que nos manda es aquello de que se
ceva nuestro descanso y nuestra verdadera vida.
Porque todo lo que nos manda es que bivamos
en descanso y que gozemos de paz y que seamos 5
ricos y alegres y que consigamos la verdadera
nobleza. Porque no plantó Dios sin causa en nos-
otros los desseos destos bienes, ni condenó lo que
él mismo plantó; sino que la ceguedad de nuestra
miseria, movida del desseo, y no conociendo el 10
bien á que se endereça el desseo, y engañada
de otras cosas que tienen apparencia de aquello
que se dessea, por apetecer la vida sigue la muer-
te, y en lugar de las riquezas y de la honra va des-
alentada empos de la affrenta y de la pobreza. 15
Y assí, Cristo nos pone leyes que nos guíen sin
error á aquello verdadero que nuestro desseo
apetesce.

De manera que sus leyes dan vida, y lo que
nos manda es nuestro puro sustento, y apascién- 20
tanos con salud y con deleyte y con honra y des-
canso, con essas mismas reglas que nos pone con
que bivamos. Que, como dize el Profeta: *Acerca
de ti está la fuente de la vida, y en tu lumbre ve-
remos la lumbre.* Porque la vida y el ver, que es 25
el ser verdadero, y las obras que á tal ser le con-
vienen, nascen y manan, como de fuente, de la

lumbre de Cristo, esto es, de las leyes suyas, así las de gracia, que nos da, como las de mandamientos, que nos escribe. Que es también la causa de aquella querella contra nosotros suya tan justa y tan sentida, que pone por Jeremías, diciendo:
5 *Dexáronme á mí, fuente de agua viva, y caváronse cisternas quebradas, en que el agua no para.* Porque guiándonos él al verdadero pasto y al bien, escogemos nosotros por nuestras manos lo
10 que nos lleva á la muerte; y siendo fuente él, buscamos nosotros pozos; y siendo manantial su corriente, escogemos cisternas rotas, adonde el agua no se detiene. Y á la verdad, así como aquello que Cristo nos manda es lo mismo que nos sus-
15 tenta la vida; así lo que nosotros por nuestro error escogemos, y los caminos que seguimos, guiados de nuestros antojos, no se pueden nombrar mejor que como el Profeta los nombra.

Lo primero, cisternas cavadas en tierra con
20 increíble trabajo nuestro, esto es, bienes buscados entre la vileza del polvo con diligencia infinita: que si consideramos lo que suda elavariento en su pozo, y las ansias con que anhela el ambicioso á su bien, y lo que cuesta de dolor al
25 lascivo el deleyte, no ay trabajo ni miseria que con la suya se iguale. Y lo segundo, nombra las cisternas secas y rotas, grandes en apariencia y

que combidan á sí á los que de lexos las veen y les prometen agua que satisfaga á su sed; mas en la verdad son hoyos hondos y oscuros y yer-
mos de aquel mismo bien que prometen, ó por
mejor dezir, llenos de lo que le contradize y re- 5
pugna, porque en lugar de agua dan cieno. Y la
riqueza del avaro le hace pobre; y al ambicioso
su desseo de honra le trae á ser apocado y vil
siervo; y el deleyte deshonesto á quien lo ama le
atormenta y enferma. 10

Mas si Cristo es PASTOR porque rige apastando
y porque sus mandamientos son mantenimientos
de vida, también lo será porque en su regir no
mide á sus ganados por un mismo rasero, sino
atiende á lo particular de cada uno que rige. Por- 15
que rige apascentando, y el pasto se mide según
la hambre y necesidad de cada uno que pasce.
Por donde, entre las propriiedades del buen PAS-
TOR, pone Cristo en el Evangelio, que llama por
su nombre á cada una de sus ovejas; que es dezir 20
que conoce lo particular de cada una dellas, y la
rige y llama al bien en la forma particular que
más le conviene, no á todas por una forma, sino
á cada cual por la suya. Que de una manera
pasce Cristo á los flacos, y de otra á los crescidos 25
en fuerça; de una á los perfectos, y de otra á los
que aprovechan; y tiene con cada uno su estilo,

y es. negocio maravilloso el secreto tracto que tiene con sus ovejas, y sus diferentes y admirables maneras. Que así como en el tiempo que bivió con nosotros, en las curas y beneficios que
5 hizo no guardó con todos una misma forma de hazer, sino á unos curó con su sola palabra, á otros con su palabra y presencia, á otros tocó con la mano, á otros no los sanava luego después de tocados, sino cuando ivan su camino y ya dél
10 apartados les embiava salud; á unos que se la pedían y á otros que le miravan callando; así en este tracto occulto y en esta medicina secreta que en sus ovejas contino haze, es estraño milagro ver la variedad de que usa y cómo se haze y se
15 mide á las figuras y condiciones de todos. Por lo cual llama bien sant Pedro *multiforme* á su gracia; porque se transforma con cada uno en diferentes figuras.

Y no es cosa que tiene una figura sola ó un
20 rostro. Antes como al pan que en el templo antiguo se ponía ante Dios, que fué clara imagen de Cristo, le llama pan de fazes la Escriptura divina; assí el gobierno de Cristo y el sustento que da á los suyos es de muchas fazes y es pan. Pan por-
25 que sustenta, y de muchas fazes porque se haze con cada uno según su manera; y como en el

13 *contino* 'continuamente'.

16 I Pet., 4, 10.

maná dize la Sabiduría que hallava cada uno su gusto, assí diferencia sus pastos Cristo, conformándose con las diferencias de todos. Por lo cual su gobierno es gobierno estremadamente perfecto; porque, como dize Platón, no es la me- 5
jor governación la de leyes escriptas; porque son unas y no se mudan, y los casos particulares son muchos y que se varían, según las circunstancias, por horas. Y assí, acaece no ser justo en este caso lo que en común se estableció con justicia; 10
y el tractar con sola la ley escripta es como tractar con un hombre cabeçudo por una parte y que no admite razón, y por otra poderoso para hazer lo que dize, que es trabajoso y fuerte caso. La perfecta governación es de ley biva, que entienda 15
siempre lo mejor, y que quiera siempre aquello bueno que entiende; de manera que la ley sea el bueno y sano juyzio del que gobierna, que se ajusta siempre con lo particular de aquel á quien rige. 20

Mas porque este gobierno no se halla en el suelo, porque ninguno de los que ay en él es ni tan sabio ni tan bueno que ó no se engañe ó no quiera hazer lo que vee que no es justo, por esso es imperfecta la governación de los hombres, y 25

1 Sap., 16, 20.

5 República, libro IV.

12 cabeçudo 'el que es porfiado y tenaz en su opinión' (Covarrubias).

solamente no lo es la manera con que Cristo nos rige; que, como está perfectamente dotado de saber y bondad, ni yerra en lo justo ni quiere lo que es malo; y assí, siempre vee lo que á cada uno
5 conviene, y á esso mismo le guía, y como sant Pablo de sí dize: *A todos se hace todas las cosas, para ganarlos á todos.* Que toca ya en lo tercero y proprio de este officio, según que diximos, que es ser un officio lleno de muchos officios, y que
10 todos los administra el PASTOR. Porque verdaderamente es assí, que todas aquellas cosas que hazen para la felicidad de los hombres, que son diferentes y muchas, Cristo principalmente las executa y las haze; que él nos llama y nos corrige
15 y nos lava y nos sana y nos sanctifica y nos deleyta y nos viste de gloria; y de todos los medios de que Dios usa para guiar bien un alma, Cristo es el merecedor y el autor.

Mas ¡qué bien y qué copiosamente dize desto
20 el Profeta!: *Porque el Señor Dios dize assí: Yo mismo buscaré mis ovejas y las rebuscaré; como revec el pastor su rebaño cuando se pone en medio de sus desparcidas ovejas, assí yo buscaré mi*

6 I Cor., 9, 22.

20 Ezech., 34, 11-16.

22 *revec* 'volver á ver, ver con atención y cuidado, reconocer'. Comp. *Perf. Casada*, ed. Wallace, pág. 2: "En las cuales, como en una tienda común... pone la piedad y sabiduría divina copiosamente todo aquello que és necesario y conviene á cada vn estado: y señaladamente en este de las casadas se revec..."

ganado. Sacaré mis ovejas de todos los lugares á
do se esparzieron en el día de la nube y de la es-
curidad, y sacarélas de los pueblos, y recogerlas
he de las tierras, y tornarélas á meter en su pa-
tría, y las apascentaré en los montes de Israel. En 5
los arroyos y en todas las moradas del suelo las
apascentaré con pastos muy buenos, y serán sus
pastos en los montes de Israel más erguidos. Allí
reposarán en pastos sabrosos, y pascarán en los
montes de Israel pastos gruesos. Yo apascentaré 10
á mi rebaño y yo le haré que repose, dice Dios el
Señor. A la oveja perdida buscaré, á la absentada
tornaré á su rebaño; ligaré á la quebrada y
daré fuerza á la enferma, y á la gruesa y fuerte
castigaré, pascereá en juyzio. Porque dice que él 15
mismo busca sus ovejas; y que las guía si estaban
perdidas, y si captivas las redime, y si enfermas
las sana; y él mismo las libra del mal y las mete
en el bien y las sube á los pastos más altos. En
todos los arroyos y en todas las moradas las 20
apascienta, porque en todo lo que les succede les
halla pastos, y en todo lo que permanece ó se
passa; y porque todo es por Cristo, añade luego

1 La 2.^a ed. Sacaréle de todos.

7 La 2.^a ed. apascentarélas.

12 *absentada*. Así en la 5.^a ed. y la de Merino. Las demás ediciones *ablenada*. No conozco otra significación de *ablenar* más que 'aventar la parva' (Covarrubias). Podría ser aquí errata por la semejanza de la *l* con la *s* larga de la ortografía de la época.

el Profeta: *Yo levantaré sobre ellas un PASTOR, y apascentarás mi siervo David; él las apascentará y él será su PASTOR; y yo, el Señor, seré su Dios; y en medio dellas ensalzado mi siervo*
5 *David.*

En que se consideran tres cosas. Una que para poner en execución todo esto que promete Dios á los suyos, les dize que les dará á Cristo, PASTOR, á quien llama siervo suyo, y David, porque es
10 descendiente de David según la carne, en que es menor y sujeto á su padre. La segunda, que para tantas cosas promete un solo PASTOR, assí para mostrar que Cristo puede con todo, como para enseñar que en él es siempre uno el que rige.
15 Porque en los hombres, aunque sea uno solo el que gobierna á los otros, nunca acontece que los gobierne uno solo; porque de ordinario biven en uno muchos, sus passiones, sus affectos, sus intereses, que manda cada uno su parte. Y la ter-
20 cera es, que este PASTOR que Dios promete y tiene dado á su Iglesia, dize que ha de estar levantado en medio de sus ovejas, que es dezir que ha de residir en lo secreto de sus entrañas, enseñoreándose dellas, y que las ha de apascentar dentro de
25 sí. Porque cierto es que el verdadero pasto del hombre está dentro del mismo hombre y en los bienes de que es señor cada uno. Porque es sin

duda el fundamento del bien aquella división de bienes en que Epicteto, filósofo, comienza su libro; porque dize desta manera: *De las cosas, unas están en nuestra mano y otras fuera de nuestro poder. En nuestra mano están los juysios, 5 los appetitos, los dессeos y los desvíos, y en una palabra, todas las que son nuestras obras. Fuera de nuestro poder están el cuerpo y la hacienda, y las honras y los mandos, y en una palabra, todo lo que no es obras nuestras. Las que están en 10 nuestra mano son libres de suyo y que no padescen estorvo ni impedimento; mas las que van fuera de nuestro poder son flacas y siervas y que nos pueden ser estorvadas, y al fin son ajenas todas. Por lo cual conviene que adviertas que si lo que 15 de suyo es siervo lo tuvieres por libre tú, y tuvieres por proprio lo que es ageno, serás embaraçado facilmente y caerás en tristeza y en turbación, y reprehenderás á vezes á los hombres y á Dios. Mas si solamente tuvieres por tuyo lo que de ve- 20 ras lo es, y lo ageno por ageno, como lo es en verdad, nadie te podrá hazer fuerça jamás, ninguno estorvará tu designo, no reprehenderás á ninguno ni tendrás quexa dél, no harás nada forçado, nadie te dañará, ni tendrás enemigo, ni padescerás 25 detrimento.*

Por manera que por quanto la buena suerte del

hombre consiste en el buen uso de aquellas obras y cosas de que es señor enteramente, todas las cuales obras y cosas tiene el hombre dentro de sí mismo y debaxo de su gobierno, sin respecto á
5 fuerza exterior; por esso el regir y el apacentar al hombre es el hazer que use bien desto que es suyo y que tiene encerrado en sí mismo. Y assí Dios con justa causa pone á Cristo, que es su PASTOR, en medio de las entrañas del hombre,
10 para que, poderoso sobre ellas, guíe sus opiniones, sus juyzios, sus apetitos y desseos al bien, con que se alimente y cobre siempre mayores fuerças el alma, y se cumpla desta manera lo que el mismo Profeta dize: que serán apascentados en todos
15 los mejores pastos de su tierra propria; esto es. en aquello que es pura y propriamente buena suerte y buena dicha del hombre. Y no en esto solamente, sino también en los montes áltissimos de Israel, que son los bienes soberanos del cielo, que
20 sobran á los naturales bienes sobre toda manera; porque es señor de todos ellos aquesse mismo PASTOR que los guía, ó para dezir la verdad, porque los tiene todos y amontonados en sí.

20 *sobrar* 'superar, exceder, sobrepujar'. Diego de Valera, *Epístolas*, Bibl. Esp., XVI, 24: "E podría ser el rey nuestro señor en tanto acrecentar estos reynos, que pudiesse en las sesyones contender con el rey de Francia é sobrarle." Además, Juan Ruiz, estrof. 596, 624, etc.; Garcilaso, ed. Navarro, 3, 105, 106, etc.

Y porque los tiene en sí, por esa misma causa, lanzándose en medio de su ganado, mueve siempre á sí sus ovejas; y no lanzándose solamente, sino levantándose y encumbrándose en ellas, según lo que el Profeta dél dize. Porque en sí es alto por el amontonamiento de bienes soberanos que tiene; y en ellas es alto también, porque apacentándolas las levanta del suelo y las alexa cuanto más va de la tierra, y las tira siempre hazia sí mismo y las enrisca en su alteza, encumbrándolas siempre más y entrañándolas en los altísimos bienes suyos. Y porque él uno mismo está en los pechos de cada una de sus ovejas, y porque su pasceral es ayuntarlas consigo y entrañarlas en sí, como agora dezía; por esso le conviene también lo postrero, que pertenece al PASTOR, que es hazer unidad y rebaño. Lo cual haze Cristo por maravilloso modo, como por ventura diremos después. Y bástenos dezir agora que no está la vestidura tan allegada al cuerpo del que la viste, ni ciñe tan estrechamente por la cintura la cinta, ni se ayuntan tan conformemente la cabeça y los miembros, ni los padres son tan deudos del hijo, ni el esposo con su esposa tan uno, quanto Cristo,

I En la 2.^a ed. falta en sí.

II *entrañar* 'meter en la entraña, introducir profunda y completamente'. León, *Job*, 24: "Bien se ve que [su bondad] no colgaba de la riqueza, pues ida la riqueza la abraza, y pobre es rico con ella. Entrañada estaba en él y embebida en las venas; y aunque le has, dice, desasido de lo demás, no has podido desasirlo de su bondad."

nuestro divino PASTOR, consigo y entre sí hace una su grey.

Assí lo pide, y assí lo alcança, y assí de hecho lo haze. Que los demás hombres que antes dél y
5 sin él introduxeron en el mundo leyes y sectas, no sembraron paz sino división; y no vinieron á reducir á rebaño, sino, como Cristo dize en Sant Juan, fueron ladrones y mercenarios que entraron á dividir y dessollar y dar muerte al rebaño.
10 Que aunque la muchedumbre de los malos haga contra las ovejas de Cristo vando por sí, no por esso los malos son unos ni hacen un rebaño suyo en que estén adunados, sino cuantos son sus deseos y sus passiones y sus pretendencias, que son
15 diversas y muchas, tanto están diferentes contra sí mismos; y no es rebaño el suyo de unidad y de paz, sino ayuntamiento de guerra y gavilla de muchos enemigos, que entre sí mismos se aborrescen y dañan, porque cada uno tiene su diferente querer. Mas Cristo, nuestro PASTOR, porque
20 es verdaderamente PASTOR, haze paz y rebaño. Y aun por esto, allende de lo que dicho tenemos, le llama Dios PASTOR *uno* en el lugar alegado; porque su officio todo es hazer unidad. Assí que

8 Joh., 10, 8, 10, 12.

11 *hazer bando* 'hacer partido, darse auxilio'. Comp. M. Pidal, *Cid*, II, 493.

22 *allende* 'además'. Mariana, *Historia*, 1608, I, 53: "En Sicilia, allende de lo dicho, muerto Dion y buelto Dionysio del destierro, se tornó a alterar la paz."

Cristo es PASTOR por todo lo dicho, y porque si es del pastor el desvelarse para guardar y mejorar su ganado, Cristo vela sobre los suyos siempre y los rodea solícito. Que como David dize: *Los ojos del Señor sobre los justos, y sus oydas 5 en sus ruegos.* Y aunque la madre se olvide de su hijo, yo, dize, *no me olvido de ti.* Y si es del pastor trabajar por su ganado al frío y al yelo, ¿quién cual Cristo trabajó por el bien de los suyos? Con verdad Jacob, como en su nombre, decía: 10 *Gravemente lazeré de noche y de día, unas vezes al calor y otras vezes al yelo, y huyó de mis ojos el sueño.* Y si es del pastor servir abatido, vivir en hábito despreciado y no ser adorado y servido, Cristo, hecho al traje de sus ovejas y vestido de 15 su baxeza y su piel, sirvió por ganar su ganado.

Y porque avemos dicho cómo le conviene á Cristo todo lo que es del PASTOR, digamos agora las ventajas que en este officio Cristo haze á todos los otros pastores. Porque no solamente es 20 PASTOR, sino PASTOR como no lo fué otro ninguno; que así lo certificó él cuando dixo: *Yo soy el buen PASTOR.* Que el bueno allí es señal de excellencia, como si dicesse, el PASTOR aventajado

4 Ps., 33, 16.

6-7 Esai., 49, 15.

10 Gén., 31, 40.

11 *lazerar* 'padecer, sufrir dolores ó trabajos'. Muy frecuente.

22 Joh., 10, 11-14.

entre todos. Pues sea la primera ventaja, que los otros lo son ó por caso ó por suerte, mas Cristo nació para ser PASTOR, y escogió, antes que naciesse, nacer para ello; que, como de sí mismo
5 dize, abaxó del cielo y se hizo PASTOR hombre, para buscar al hombre, oveja perdida. Y assí como nació para llevar á pascen, dió luego que nació á los pastores nueva de su venida. Demás desto los otros pastores guardan el ganado que hallan.
10 mas nuestro PASTOR él se haze el ganado que ha de guardar: que no sólo devemos á Cristo que nos rige y nos apascienta en la forma ya dicha, sino también y primeramente, que siendo animales fieros, nos da condiciones de ovejas, y que
15 siendo perdidos, nos haze ganados suyos, y que cría en nosotros el espíritu de senzillez y de mansedumbre y de sancta y fiel humildad, por el cual pertenescemos á su rebaño. Y la tercera ventaja es, que murió por el bien de su grey; lo que no
20 hizo algún otro pastor; y que por sacarnos de entre los dientes del lobo, consintió que hiziessen en él presa los lobos. Y sea lo cuarto, que es assí PASTOR que es pasto también, y que su apascen-
tar es darse á sí á sus ovejas. Porque el regir
25 Cristo á los suyos y el llevarlos al pasto, no es otra cosa sino hazer que se lance en ellos y que se embeva y que se incorpore su vida, y hazer que

con encendimientos fieles de caridad le traspasen sus ovejas á sus entrañas, en las cuales traspasado, muda él sus ovejas en sí. Porque cevándose ellas dél, se desnudan á sí de sí mismas y se visten de sus cualidades de Cristo; y creciendo 5 con este dichoso pasto el ganado, viene por sus passos contados á ser con su PASTOR una cosa. Y finalmente, como otros nombres y officios le convengan á Cristo, ó desde algún principio ó hasta un cierto fin ó según algún tiempo, este nombre 10 de PASTOR en él carece de término; porque antes que nasciesse en la carne, apascentó á las criaturas luego que salieron á luz; porque él gobierna y sustenta las cosas, y él mismo da cevo á los ángeles, y todo espera dél su mantenimiento 15 á su tiempo, como en el psalmo se dize. Y ni más ni menos, nacido ya hombre, con su espíritu y con su carne apascienta á los hombres; y luego que subió al cielo, llovió sobre el suelo su cevo; y luego y agora y después, y en todos los 20 tiempos y horas, secreta y maravillosamente y por mil maneras los ceva; en el suelo los apascienta, y en el cielo será también su PASTOR, cuando allá los llevare, y en cuanto se rebolvieren los siglos, y en cuanto bivieren sus ovejas, que bivi- 25 rán eternamente con él, él bivirá en ellas, comu-

5 V. 12, 10.

16 Ps., 103, 27.

nicándoles su misma vida, hecho su PASTOR y su pasto.

Y calló Marcello aquí, significando á Sabino que passasse adelante, que luego desplegó el papel y leyó:

2 Véanse los pasajes de la poesía *Alma región luciente*, citados en notas anteriores. En la misma poesía: "Ya dentro á la montaña | del alto bien las guía; ya en la vena | del gozo fiel las baña | y les da mesa llena, | pastor y pasto el solo, y suerte buena." La poesía *En la Ascensión*, que empieza ¡Y dejás, pastor santo, versa también sobre el mismo tema de Cristo Pastor.

MONTE

Llámase Cristo MONTE, como en el capítulo segundo de Daniel, adonde se dize, que la piedra que hirió en los pies de la estatua que vió el rey de Babilonia, y la desmenuzó y deshizo, se convirtió en un MONTE muy grande, que ocupava toda la tierra.—Y en el capítulo segundo de Esaías: Y en los postreros días será establecido el MONTE de la casa del Señor sobre la cumbre de todos los montes.—Y en el psalmo sessenta y siete: El MONTE de Dios, MONTE enriscado y lleno de grossura.

Y en leyendo esto, cessó. Y dixo Juliano luego:

—Pues que este vuestro papel, Marcello, tiene la condición de Pitágoras, que dize y no da razón

3 Daniel, 2, 34-35.

7 Esai., 2, 2.

10 Ps., 67, 16-17.

15 Se refiere, no á lo que Pitágoras dijo por cuenta propia, pues no se conservan sus escritos, sino á su doctrina tal como ha sido trasmitida por sus discípulos, que juraban sobre la palabra del maestro, acompañando las sentencias conservadas de su filosofía de la fórmula: *él decía!*

de lo que dize, justo será que nos la deys vos por él. Porque los lugares que agora alega, mayormente los dos postreros, algunos podrían dudar si hablan de Cristo ó no.

- 5 —Muchos dizen muchas cosas—respondió Marcello—; pero el papel siguió lo más cierto y lo mejor; porque en el lugar de Esaías casi no ay palabra, assí en él como en lo que le antecede ó se le sigue, que no señale á Cristo como con el
10 dedo. Lo primero dize: *En los días postreros*; y como sabéys, lo postrero de los días ó los días postreros, en la Sancta Escripura es nombre que se da al tiempo en que Cristo vino, como se parece en la profecía de Jacob, en el capítulo último
15 del libro de la creación, y en otros muchos lugares. Porque el tiempo de su venida, en el cual juntamente con Cristo començó á nacer la luz del Evangelio, y el espacio que dura el movimiento desta luz, que es el espacio de su predicación,
20 que va como un sol cercando el mundo y passando de unas naciones en otras; assí que todo el discurso y successo y duración de aqueste alumbramiento se llama un día, porque es como el nascimiento y buelta que da el sol en un día; y
25 llámase postrero día, porque en acabando el sol

14 Gén., 49, 1.

20 *cercar* 'dar la vuelta, andar en torno á'. Comp. L. de León, *Job*, 1: "Y dijo Dios á Satanás: De dónde vendrás? Y respondió Satanás á Dios y díjole: De cercar por la tierra y de pasearme en ella."

del Evangelio su curso, que será en aviendo amanescido á todas las tierras, como este sol amanescce, no ha de succederle otro día. *Y será predicado*, dize Cristo, *aqueste Evangelio por todo el mundo*, y luego vendrá el fin. 5

Demás desto dize: *Será establescido*; y la palabra original significa un establecer y afirmar no mudable, ni como si dixésemos, movedizo ó subjecto á las injurias y bueltas del tiempo. Y así en el psalmo con esta misma palabra se dize: 10 *El Señor afirmó su trono sobre los cielos*. Pues ¿qué monte otro ay ó qué grandeza no subjecta á mudança, sino es Cristo solo, cuyo reyno no tiene fin, como dixo á la Virgen el ángel? Pues ¿qué se sigue tras esto? *El MONTE*, dize, *de la* 15 *casa del Señor*. Adonde la una palabra es como declaración de la otra, como diciendo: el MONTE, esto es, la casa del Señor. La cual casa entre todas por excellencia es Cristo, nuestro redemptor, en quien reposa y mora Dios enteramente, como 20 es escripto: *En el cual reposa todo lo lleno de la divinidad*. Y dize más: *Sobre la cumbre de los montes*: que es cosa que solamente de Cristo se puede con verdad dezir. Porque *monte* en la es-

3 Matth., 24, 14.

11 Ps., 102, 19.

12 La 1.^a ed. otro, qué grandeza ay no.

14 Luc., 1, 32.

17 En la 1.^a y 2.^a ed. falta como.

21 Col., 2, 9.

21 La 1.^a y 2.^a ed. habita todo.

criptura y en la secreta manera de hablar de que en ella usa el Espíritu Sancto, significa todo lo eminente, ó en poder temporal, como son los príncipes, ó en virtud y saber spiritual, como son
5 los profetas y los prelados; y dezir montes sin limitación, es dezir todos los montes, ó (como se entiende de un artículo que está en el primero texto en aqueste lugar) es dezir los montes más señalados de todos, assí por alteza de sitio como
10 por otras cualidades y condiciones suyas. Y dezir que será establescido sobre todos los montes, no es dezir solamente que este MONTE es más levantado que los demás, sino que está situado sobre la cabeça de todos ellos; por manera que lo más
15 baxo dél está sobrepuesto á lo que es en ellos más alto.

Y assí, juntando con palabras descubiertas todo aquesto que he dicho, resultará de todo ello aquesta sentencia: que la rayz, ó como llamamos,
20 la falda deste MONTE que dize Esaías, esto es, lo menos y más humilde dél, tiene debaxo de sí á todas las altezas más señaladas y altas que ay, assí temporales como spirituales. Pues ¿qué alteza ó encumbramiento será aqueste tan grande,

7 Se refiere al texto hebreo en el cual á la palabra montes precede el artículo (*heharim*, 'los montes').

7 La 1.^a ed. primer.

19 *sentencia* 'sentido, significación'; *passim*. Comp. León, *Job*, 58: "Está falta aquesta razón y pide algo que se le añada y conforme á ello será su sentencia."

si Cristo no es? O ¿á qué otro monte de los que Dios tiene convendrá una semejante grandeza? Veamos lo que la Sancta Escripura dize quando habla con palabras llanas y senzillas de Cristo, y cotejémoslo con los rodeos de aqueste lugar; y si halláremos que ambas partes dizen lo mismo, no dudemos de que es uno mismo aquel de quien hablan. ¿Qué dize David?: *Dixo el Señor á mi Señor: assiéntate á mi mano derecha hasta que ponga por escaño de tus pies á tus enemigos.* Y el apóstol sant Pablo: *Para que al nombre de Jesú doblen las rodillas todos, así los del cielo como los de la tierra y los del infierno.* Y él mismo, hablando propriamente del misterio de Cristo, dize: *Lo flaco de Dios que parece, es más valiente que la fortaleza toda; y lo inconsiderado, más sabio que quanto los hombres saben.* Pues allí se pone el monte sobre los montes, y aquí la alteza toda del mundo y del infierno por escaño de los pies de Jesucristo; aquí se le arrodilla lo criado, allí todo lo alto le está sujeto; aquí su humildad, su desprecio, su cruz, se dize ser más sabia y más poderosa que quanto pueden y saben los hombres; allí la rayz de aquel monte se pone sobre las cumbres de todos los montes.

6 La 1.^a ed. que en ambas partes se dize.

8 Ps., 109, 1-2.

11 Phil., 2, 10.

13 En la 1.^a ed. falta el segundo los.

15 I Cor., 1, 25.

Ansí que no devemos dudar de que es Cristo aqueste MONTE de que habla Esaías. Ni menos de que es aquel de quien canta David en las palabras del psalmo alegado. El cual psalmo todo es manifiesta profecía, no de un misterio solo, sino casi de todos aquellos que obró Cristo para nuestra salud. Y es obscuro psalmo, al parecer, pero obscuro á los que no dan en la vena del verdadero sentido, y siguen sus imaginaciones propias, con las cuales, como no dize el psalmo bien, ni puede dezir, para ajustarle con ellas rebuelven la letra y escurescen y turban la sentencia, y al fin se fatigan en balde; mas al revés, si se toma una vez el hilo dél y su intento, las mismas cosas se van diziendo y llamándose unas á otras, y travándose entre sí con maravilloso artificio. Y lo que toca agora á nuestro propósito (porque sería apartarnos mucho dél declarar todo el psalmo), ansí que lo que toca al verso que deste psalmo alega el papel, para entender que el monte de quien el verso habla es Jesucristo, basta ver lo que luego se sigue, que es: MONTE *en el cual le aplazió á Dios morar en él, y cierto morará en él eternamente.* Lo cual si no es de

17 La 1.^a ed. maravilloso orden y claridad.

18 El Psalmo 67 ha sido declarado por L. de León íntegramente en otra parte. V. Obr. latinas, I, 204, y ss.

23 *aplazer* 'agradar'. Muy frecuente. Comp. *Guzmán de Alfarache*, Riv., 192: "las novedades aplacen, especialmente á mujeres que son de suyo noveleras."

Jesucristo, de ninguno otro se puede dezir. Y son muy de considerar cada una de las palabras, así de este verso como del verso que le antecede; pero no turbemos ni confundamos el discurso de nuestra razón. .

5

Digamos primero qué quiere dezir que Cristo se llame MONTE; y dicho, y bolviendo sobre estos mismos lugares, diremos algo de las cualidades que da en ellos el Spíritu Sancto á este MONTE. Pues digo assí, que demás de la eminencia señalada que tienen los montes sobre lo demás de la tierra, como Cristo la tiene, en cuanto hombre, sobre todas las criaturas, la más principal razón por qué se llama MONTE es por la abundancia, ó digámoslo así, por la preñez riquíssima de bienes diferentes que atesora y comprehende en sí mismo. Porque, como sabéys, en la lengua hebrea, en que los sagrados libros en su primera origen se escriven, la palabra con que el monte se nombra, según el sonido della, suena en nuestro castellano *el preñado*; por manera que los que nosotros llamamos montes, llama el hebreo por nombre proprio *preñados*. Y dízeles aqueste nombre muy bien, no sólo por la figura que tie-

20

7 La 1.^a ed. y aviendolo dicho.

20 sonar 'significar', especialmente en significación directa ó á la letra. Comp. L. de León, *Traducción y explicación del Salmo 41*, Obras, IV, 189: "Esto es lo que suena este verso, al parecer de muchos; y puesto de la manera que aquí está escrito, es claro que hace este sentido *preñado* 'preñez' (*Dicc. Ac.*).

nen alta y redonda y como hinchada sobre la tierra, por lo cual parecen el vientre della, y no vazío ni floxo vientre, mas lleno y preñado; sino también porque tienen en sí como concebido, y
5 lo paren y sacan á luz á sus tiempos, casi todo aquello que en la tierra se estima. Produzen árboles de diferentes maneras: unos que sirven de madera para los edificios, y otros que con sus frutas mantienen la vida. Paren yervas, más
10 que ninguna otra parte del suelo, de diversos géneros y de secretas y efficaces virtudes. En los montes por la mayor parte se conciben las fuentes y los principios de los ríos, que nasciendo de allí y cayendo en los llanos después, y torciendo el
15 passo por ellos, fertilizan y hermoSean las tierras. Allí se cría el azogue y el estaño, y las venas ricas de la plata y del oro, y de los demás metales todas las minas, las piedras preciosas, y las canteras de las piedras firmes, que son más
20 provechosas, con que se fortalecen las ciudades con muros y se ennoblecen con sumptuosos palacios. Y, finalmente, son como un arca los montes, y como un depósito de todos los mayores tesoros del suelo.

3 *La 1.^a ed.* sino lleno.

14 *torcer el passo.* Comp. pág. 21, 15: "el río Tormes... iva torciendo el passo por aquella vega." Y en la poesía *¡Qué descansada vida:* "una fontana pura | hasta llegar corriendo se apresura; | y luego sosegada | el paso entre los árboles torciendo..."

Pues por la misma manera, Cristo, nuestro Señor, no sólo en cuanto Dios, que, según esta razón, por ser el Verbo divino, por quien el Padre cría todas las cosas, las tiene todas en sí de mejores quilates y ser que son en sí mismas; 5 mas también según que es hombre, es un MONTE y un amontonamiento y preñez de todo lo bueno y provechoso y deleytoso y glorioso que en el desseo y en el seno de las criaturas cabe, y de mucho más que no cabe. En él está el remedio 10 del mundo y la destrucción del peccado y la victoria contra el demonio, y las fuentes y mineros de toda la gracia y virtudes que se derraman por nuestras almas y pechos, y los hazen fértiles, en él tienen su abundante principio; en 15 él tienen sus rayces, y dél nascen y crescen con su virtud, y se visten de hermosura y de fruto, las hayas altas y los soberanos cedros y los árboles de la mirra, como dizen los *Cantares*, y del encienso: los apóstoles y los mártires y profetas 20 y vírgines. Él mismo es el sacerdote y el sacrificio, el pastor y el pasto, el doctor y la doctrina, el abogado y el juez, el premio y el que da el premio, la guía y el camino, el médico, la medicina, la riqueza, la luz, la defensa y el consuelo 25 es él mismo y sólo él. En él tenemos la alegría en las tristezas, el consejo en los casos dudosos,

y en los peligrosos y desesperados el amparo y la salud.

Y por obligarnos más assí, y porque, buscando lo que nos es necessario en otras partes, no nos
5 divirtiésemos dél, puso en sí la copia y la abundancia, ó si dezimos, la tienda y el mercado, ó será mejor dezir, el tesoro abierto y liberal de todo lo que nos es necessario, útil y dulce, assí en lo próspero como en lo adverso, assí en la
10 vida como en la muerte también, assí en los años trabajosos de aqueste destierro como en la bi-vienda eterna y feliz á do caminamos. Y como el MONTE alto en la cumbre se toca de nuves y las traspassa, y parece que llega hasta el cielo, y en
15 las faldas cría viñas y miesses, y da pastos saludables á los ganados; ansí lo alto y la cabeça de Cristo es Dios, que traspassa los cielos, y es consejos altísimos de sabiduría, adonde no puede arribar ingenio ninguno mortal; mas lo humilde
20 dél, sus palabras llanas, la vida pobre y senzilla y sanctíssima que morando entre nosotros bivió, las obras que como hombre hizo, y las passiones y dolores que de los hombrès y por los hombres suffrió, son pastos de vida para sus fieles ove-
25 jas. Allí hallamos el trigo, que esfuerça el corazón de los hombres, y el vino, que les da verdadera alegría, y el olio, hijo de la oliva y engen-

drador de la luz, que destierra nuestras tinieblas. *El risco*, dize el psalmo, *es refrigerio de los cone-
jos*. Y en ti, ¡o verdadera guarida de los pobre-
zitos amedrentados, Cristo Jesús!; y en tí, ¡o am-
paro dulce y seguro, o acogida llena de fidelidad!, 5
los affligidos y acossados del mundo nos esconde-
mos. Si vertieren agua las nuves y se abrieren
las canales del cielo, y saliendo la mar de madre,
si anegare las tierras y sobrepujaren como en el
diluvio sobre los montes las aguas, en este MONTE, 10
que se assienta sobre la cumbre de todos los mon-
tes, no las tememos. Y si los montes, como dize
David, trastornados de sus lugares, cayeron en el
corazón de la mar, en este MONTE no mudable en-
riscados carecemos de miedo. 15

Mas ¿qué hago yo agora?, ó ¿adónde me lleva
el ardor? Tornemos á nuestro hilo, y ya que ave-
mos dicho el por qué es MONTE Cristo, digamos,
según que es MONTE, las cualidades que le da la
Escriptura. Dezía, pues, Daniel, que una piedra 20
sacada sin manos hirió en los pies de la estatua
y la bolvió en polvo, y la piedra creciendo se
hizo monte tan grande que ocupó toda la tierra.
En lo cual primeramente entendemos que este
grandísimo monte era primero una pequeña pie- 25
dra. Y aunque es assí que Cristo es llamado piedra

2 Ps., 103, 18.

13 Ps., 45, 3.

20 Daniel, 2, 34-35.

por diferentes razones, pero aquí la piedra dize fortaleza y pequeñez. Y assí es cosa digna de considerar que no cayó hecha monte grande sobre la estatua y la deshizo, sino hecha piedra
5 pequeña. Porque no usó Cristo, para destruyr la alteza y poder tirano del demonio, y la adoración usurpada y los ídolos que tenía en el mundo, de la grandeza de sus fuerças, ni derrocó sobre él el braço y el peso de su divinidad encubierta, sino
10 lo humilde que avía en él, y lo baxo y lo pequeño: su carne sancta y su sangre vertida, y el ser preso y condenado y muerto crudelíssimamente; y esta pequeñez y flaqueza fué fortaleza dura, y toda la sobervia del infierno y su monarquía quedó ren-
15 dida á la muerte de Cristo. Por manera que primero fué piedra, y después de piedra, MONTE. Primero se humilló, y humilde, venció; y después, vencedor glorioso, descubrió su claridad, y occupó la tierra y el cielo con la virtud de su
20 nombre.

Mas lo que el profeta significó por rodeos, ¡cuán llanamente lo dixo el apóstol!: *El aver subido*, dize hablando de Cristo, *¿qué es sino por aver descendido primero hasta lo baxo de la*
25 *tierra? El que descendió, esse mismo subió sobre todos los cielos, para henchir todas las cosas.* Y en otra parte: *Fué hecho obediente hasta la muer-*

22 Eph., 4, 9-10.

27 Phil., 2, 8-9.

te, y muerte de cruz, por lo cual ensalcó su nombre Dios sobre todo nombre. Y como dicen del árbol, que cuanto lança las rayzes más en lo hondo, tanto en lo alto cresce y sube más por el ayre; assí á la humildad y pequeñez desta piedra correspondió la grandeza sin medida del MONTE; y cuanto primero se desminuyó, tanto después fué mayor. Pero acontecce que la piedra que se tira haze gran golpe, aunque sea pequeña, si el braço que la embía es valiente; y pudiérase, por ventura, pensar que si esta piedra pequeña hizo pedaços la estatua, fué por la virtud de alguna fuerça estrañia y poderosa que la lanço. Mas no fué assí, ni quiso que se imaginasse assí el Spíritu Sancto; y por esta causa añadió que hirió á la estatua sin manos, conviene á saber, que no la hirió con fuerça mendigada de otro ni con poder ageno, sino con el suyo mismo hizo tan señalado golpe. Como passó en la verdad. Porque lo flaco y lo despreciado de Cristo, su passión y su muerte, aquel humilde escupido y escarnecido fué tan de piedra, quiero dezir tan firme para suffrir y tan fuerte y duro para herir, que cuanto en el sobervio mundo es tenido por fuerte no pudo resistir á su golpe, mas antes cayó todo quebrantado y deshecho, como si fuera vidrio delgado. Y aun lo que

15 En la 1.^a ed. falta á.

26 Las ed. 1.^a y 2.^a delgado y quebradizo.

es más de maravillar, no hirió aquesta piedra la frente de aquel bulto espantable, sino solamente los pies, adonde nunca la herida es mortal; mas, sin embargo desto, con aquel golpe dado en los
5 pies vinieron á menos los pechos y hombros y el cuello y cabeça de oro. Porque fué assí, que el principio del Evangelio y los primeros golpes que Cristo dió para deshazer la pujança mundana, fueron en los pies della y en lo que andava como
10 rastreando en el suelo: en las gentes baxas y viles, assí en officio como en condición. Y heridos éstos con la verdad, y vencidos y quebrados del mundo y como muertos á él, y puestos debaxo la piedra las cabeças y los pechos, esto es, los sabios y los
15 altos, cayeron todos: unos para subjectarse á la piedra, y otros para quedar quebrados y desmenuzados della; unos para dexar su primero y mal ser, y otros para crescer para siempre en su mal. Y ansí, unos destruydos y otros convertidos, la
20 piedra, transformándose en MONTE, ella sola ocupó todo el mundo.

Es también MONTE hecho y como nascido de piedra, porque entendamos que no es terreno ni movedizo este MONTE, ni tal que puede ser me-
25 noscabado ó disminuydo en alguna manera. Y con esto, passemos á ver lo demás que dezía dél

1 La 1.^a ed. que no.

4 Las ed. 1.^a y 2.^a y no obstante esto.

24 La 1.^a ed. ser movido.

el sancto David. *El MONTE*, dize, *del Señor*, MONTE *cuajado*, MONTE *gruesso*. Quiere dezir fértil y abundante MONTE, como á la buena tierra solemos llamarla tierra gruessa. Y la condición de la tierra gruessa es ser espessa y tenaz y maciça, y no 5 delgada y arenisca, y ser tierra que beve mucha agua, y que no se anega ó deshaze con ella, sino antes la abraça toda en sí, y se engruessa é hinche de xugo; y assí, después son conformes á aquesta grossura las miesses que produze espessas y altas, 10 y las cañas gruessas y las espigas grandes.

Bien es verdad que adonde dezimos *gruesso*, el primer texto dize *Basan*, que es nombre proprio de un monte llamado assí en la Tierra Sancta, que está de la otra parte del Jordán, en la suerte 15 que cupo á los de Gad y Rubén y á la mitad del tribu de Manassé. Pero era señaladamente abundante este monte; y assí, nuestro texto, aunque calló el nombre, guardó bien el sentido y puso la misma sentencia, y en lugar de *Basan* puso *monte* 20 *gruesso*, qual lo es el *Basan*. Pues es Cristo, ni más ni menos, no como arena flaca y movediza, sino como tierra de cuerpo y de tomo, y que beve y contiene en sí todos los dones del Spíritu Sancto, que la Escripura suele muchas vezes 25 nombrar con nombre de aguas; y assí, el fruto que deste MONTE sale, y las miesses que se crían

en él, nos muestran bien á la clara si es grueso
 y fecundo este MONTE. De las cuales miesses,
 David, en el psalmo setenta y uno, debaxo de la
 misma figura de trigo y de miesses y de frutos
 5 del campo, hablando á la letra del reyno de Cris-
 to, nos canta diziendo: *Y será de un puñado de
 trigo echado en la tierra, en las cumbres de los
 montes, el fructo suyo más levantado que el Lí-
 bano; y por las villas florescerán como el heno*
 10 *de la tierra.* O porque en este punto y diziendo
 esto me vino á la memoria, quiérollo dezir como
 nuestro común amigo lo dixo, traduziendo en
 verso castellano este psalmo:

...O siglos de oro,
 15 Cuando tan sola una
 Espiga sobre el cerro tal tesoro
 Produzirá sembrada,
 De miesses ondeando cual la cumbre
 Del Líbano ensalçada;
 20 Cuando con más largueza y muchedumbre
 Que el heno, en las ciudades
 El trigo crescerá...

Y porque se viesse claro que este fructo que
 se llama trigo no es trigo, y que aquesta abundan-
 25 cia no es buena disposición de tierra ni templança
 de cielo clemente, sino que es fructo de justicia
 y miesses spirituales nunca antes vistas, que nas-
 cen por la virtud deste MONTE, añade luego:

1 á la clara. Hoy se dice 'á las claras'. León, *Job*, 59,
 240; Granada, *De la Oración*, 1587, 1; *Quijote*, I, cap. 34.

2 En las ed. 1.^a y 2.^a falta este monte.

6 Ps., 71, 16.

...por do desplega
 La fama en mil edades
 El nombre deste rey, y al cielo llega.

Mas ¿nació, por ventura, con este fructo su nombre, ó era ya y bivía en el seno de su Padre 5
 primero que la rueda de los siglos començasse á moverse? Dize:

El nombre, que primero
 Que el sol manasse luz resplandecía,
 En quien hasta el postrero 10
 Mortal será bendito, á quien de día,
 De noche celebrando,
 Las gentes darán loa y bienandança,
 Y dirán alabando:
 "Señor Dios de Israel, ¿qué lengua alcança 15
 A tu devida gloria?"

Salido he de mi camino, llevado de la golosina del verso; mas bolvamos á él.

Y aviendo dicho esto Marcello y tomado un poco de aliento, quería passar adelante; mas Ju- 20
 liano, deteniéndole, dixo:

—Antes que digáys más, me dezid, Marcello: este común amigo nuestro que nombrastes, cuyos son estos versos, ¿quién es? Porque, aunque yo no soy muy poeta, hanme parecido muy bien, y 25
 deve hazerlo ser el subjecto cual es, en quien sólo, á mi juyzio, se emplea la poesía como deve.

4 Las ed. 1.^a y 2.^a Mas ¿devió, por ventura, de nacer con.

26 subjecto 'asunto', frecuente en la lengua clásica. Cervantes, *Coloquio de los perros*: "tengo yo una [obra]... grande en el sujeto, admirable y nueva en la invención." *Quijote*, ed. R. Marín, VII, 123, etc.

—Gran verdad, Juliano, es—respondió al punto Marcello—lo que dezís; porque éste es sólo digno subjecto de la poesía; y los que la sacan dél y forçándola la emplean, ó por mejor dezir, la pierden en argumentos de liviandad, avían de ser castigados como públicos corrompedores de dos cosas sanctísimas: de la poesía y de las costumbres. La poesía corrompen, porque sin duda la inspiró Dios en los ánimos de los hombres para con el movimiento y espíritu della levantarlos al cielo, de donde ella procede; porque poesía no es sino una comunicación del aliento celestial y divino; y assí, en los profetas cuasi todos, assí los que fueron movidos verdaderamente por Dios, como los que incitados por otras causas sobrehumanas hablaron, el mismo espíritu que los despertava y levantava á ver lo que los otros hombres no vían, les ordenava y componía y como metrificava en la boca las palabras, con número y consonancia devida, para que hablassen por más subida manera que las otras gentes hablaban, y

1 Estas ideas acerca de la poesía no impidieron que el mismo Fr. Luis sintiese profundamente la poesía no religiosa, contribuyendo á ella con algunas de sus mejores poesías originales. Escritos los *Nombres de Cristo* en momentos en que sufría el peso y la amargura de la persecución, se trasluce en muchos pasajes de esta obra la intención de justificarse de los diversos ataques que se le dirigieron, entre otros el de cultivar la poesía no religiosa, como veremos más adelante en el nombre de PADRE.

13 La 1.^a ed. casi.

18 vían 'veían'; *passim*.

para que el estilo del dezir se assemejasse al sentir, y las palabras y las cosas fuessen conformes. Assí, que corrompen esta sanctidad, y corrompen también, lo que es mayor mal, las sanctas costumbres; porque los vicios y las torpezas, 5 dissimuladas y enmeladas con el sonido dulce y artificioso del verso, recíbense en los oydos con mejor gana, y dellos passan al ánimo, que de suyo no es bueno, y lánçanse en él poderosíssimamente; y hechas señoras dél, y desterrando de allí 10 todo buen sentido y respecto, corrómpenlo, y muchas vezes sin que el mismo que es corrompido lo sienta. Y es, iva á dezir donayre, y no es donayre, sino vituperable inconsideración, que las madres celosas del bien de sus hijas les vedan 15 las pláticas de algunas otras mugeres, y nó les vedan los versos y los cantarcillos de argumentos livianos, los cuales hablan con ellas á todas horas; y sin recatarse dellos, antes aprendiéndolos y cantándolos, las atraen á sí y las persuaden secretamente, y derramándoles su ponçoña poco á poco por los pechos, las inficionan y pierden. Porque assí como en la ciudad, perdido el alcáçar della y puesto en las manos de los enemigos, toda ella es perdida; assí, ganado una vez, quiero de- 25 zir, perdido el corazón, y afficionado á los vicios y embeleñado con ellos, no ay cerradura tan fuerte

7 Las ed. 1.^a y 2.^a de aquesta arte.

20 La 1.^a ed. los traen á sí y les.

ni centinela tan veladora y despierta que baste á la guarda. Pero esto es de otro lugar, aunque la necesidad ó el estrago que el uso malo, introduzido más agora que nunca, haze en las gentes, 5 haze también que se pueda tratar dello á propósito en cualquiera lugar. Mas dexándolo agora, espántome, Juliano, que me preguntéys quién es el común amigo que dixe, pues no podéys olvidaros que, aunque cada uno de nosotros dos te- 10 nemos amistad con muchos amigos, uno solo tenemos que la tiene conmigo y con vos cuasi en igual grado; porque á mí me ama como á sí, y á vos en la misma manera como yo os amo, que es muy poco menos que á mí.

15 —Razón tenéys—respondió Juliano—en condenar mi descuydo, y ya entiendo muy bien por quién dezís. Y pues tendréys en la memoria algunos otros psalmos de los que ha puesto en verso aqueste amigo nuestro, mucho gustaría yo, y Sa- 20 bino gustará dello, si no me engaño, también, que en los lugares que se os offrecieren de aquí adelante uséys dellos y nos los digáys.

—Sabino—respondió Marcello—no sé yo si gustará de oyr lo que sabe; porque, como más 25 moço y más afficionado á los versos, tiene cuasi en

1 *centinela* es femenino en *Covarrubias*: “las centinelas, centinela perdida”; en el *Quijote*, I, cap. 41: “nuestras centinelas”, etc.

14 De este pasaje resulta evidente que Marcelo no es otro que el mismo Fr. Luis de León.

la lengua estos psalmos que pedís; pero haré vuestro gusto, y aun Sabino podrá servir de acordármelos si yo me olvidare, como será possible olvidarme. Assí que él me los acordará, ó si más le pluguiere, dirálos él mismo; y aun es justo ⁵ que le plega, porque los sabrá dezir con mejor gracia.

Desto postrero se rieron un poco Juliano y Sabino. Y diziendo Sabino que lo haría assí y que gustaría de hazerlo, Marcello tornó á seguir su ¹⁰ razón y dixo:

—Dezíamos, pues, que este sagrado MONTE, conforme á lo del psalmo, era fértil señaladamente, y provamos su grossura por la muchedumbre y por la grandeza de las miesses que dél han ¹⁵ nascido, y referimos que David, hablando dellas, decía que de un puño de trigo esparzido sobre la cumbre del monte serían el fruto y cañas que nascerían dél tan altas y gruesas que igualarían á los cedros altos del Líbano; de manera que ²⁰ cada caña y espiga sería como un cedro, y todas ellas vestirían la cumbre de su monte, y meneadas del ayre, ondearían sobre él como ondean las

6 *plega*, presente de subjuntivo de *placer*. Comp. *Lazarillo*, cap. 2.^o, etc.

16 Ps., 71, 16.

16 *La 1.^a ed.* referíamos.

18-19 *La 1.^a ed.* de los montes el fruto y las cañas que nascerían dél serían tales en alteza y grossura, que. *La 2.^a ed.* igual que la 1.^a, pero falta dél.

copas de los cedros y de los otros árboles soberanos de que el Líbano se corona. En lo cual David dize tres cualidades muy señaladas: porque, lo uno, dize que son mieses de trigo, cosa
5 útil y necessaria para la vida, y no árboles, más vistosos en ramas y hoja que provechosos en fructo, como fueron los antiguos filósofos y los que por su sola industria quisieron alcançar la virtud: y lo otro, afirma que estas mieses, no
10 sólo por ser trigo son mejores, sino en alteza también son mayores mucho que la arboleda del Líbano; que es cosa que se vee por los ojos, si cotejamos la grandeza de nombre que dexaron después de sí los sabios y grandes del mundo con
15 la honra merescida que se da en la Iglesia á los sanctos, y se les dará siempre, floreciendo cada día más en cuanto el mundo durare: y lo tercero, dize que tiene origen aqueste fructo de muy pequeños principios, de un puñado de trigo sembrado sobre la cumbre de un monte, adonde de
20 ordinario cresce el trigo mal; porque, ó no ay tierra, sino peña, en la cumbre, ó si la ay, es tierra muy flaca y el lugar muy frío por razón de su alteza. Pues ésta es una de las mayores maravillas que vemos en la virtud que nasce y se
25 aprende en la escuela de Cristo: que de principios, al parecer, pequeños y que cuasi no se echan

3 *Las ed. 1.ª y 2.ª* David da a aqueste fructo tres.

27 *La 1.ª ed.* casi.

de ver, no sabréys cómo ni de qué manera nasce y cresce y sube en brevíssimo tiempo á incomparable grandeza.

Bien sabemos todos lo mucho que la antigua filosofía se trabajó por hazer virtuosos los hom- 5
bres—sus preceptos, sus disputas, sus rebueltas cuestiones—, y vemos cada hora en los libros la hermosura y el dulçor de sus escogidas y artificiosas palabras; mas también sabemos, con todo aqueste aparato suyo, el pequeño fructo que 10
hizo, y cuán menos fué lo que dió de lo que se esperaba de sus largas promessas. Mas en Cristo no passó assí; porque si miramos lo general, del mismo que se llama no muchos granos sino un grano de trigo muerto, y de doze hombres baxos 15
y simples, y de su doctrina, en palabras tosca y en sentencias breve, y al juyzio de los hombres amarga y muy áspera, se hinchíó el mundo todo de incomparable virtud, como diremos después en su proprio y más conveniente lugar. Y por seme- 20
jante manera, si ponemos los ojos en lo particular que cada día acontesce en muchas personas, ¿quién es el que lo considera que no salga de sí? El que ayer bivía como sin ley, siguiendo empos de sus desseos sin rienda, y que estava ya como 25
encallado en el mal; el que servía al dinero y

5 *trabajarse* 'sufrir trabajos, afligirse, fatigarse'; *passim*. Comp. León, *Job*, 33: "Muchos se trabajan en dorar estas maldiciones de Job y en excusarlas de culpa."

26 *encallar*, en la significación de 'encallecer'.

cogía el deleyte, sobervio con todos, y con sus menores sobervio y cruel; oy, con una palabra que le tocó en el oydo, y passando de allí al corazón, puso en él su simiente, tan delicada y pequeña que apenas él mismo la entiende, ya comienza á ser otro, y en pocos días, cundiendo por toda el alma la fuerça secreta del pequeño grano, es otro del todo; y cresce assí en nobleza de virtud y buenas costumbres, que la hojarasca seca, que poco antes estava ordenada al infierno, es ya árbol verde y hermoso, lleno de fructo y de flor; y el león es oveja ya, y el que robava lo ageno derrama ya en los agenos sus bienes, y el que se rebolcava en la hediondez esparze al derredor de sí y muy lexos de sí por todas partes la pureza del buen olor.

Y, como dixe, si tornando al principio, comparamos la grandeza de aquesta planta y su hermosura con el pequeño grano de donde nació y con el breve tiempo en que ha venido á ser tal, veremos, en estraña pequeñez, admirable y no pensada virtud. Y assí, Cristo en unas partes dize que es como el grano de mostaza, que es pequeño y trasciende; y en otras se assemeja á perla oriental, pequeña en cuerpo y grande en valor;

16 *La 1.^a ed. de.*

22 Matth., 13, 31; Marc., 4, 30-31; Luc., 73, 18-19.

24 Matth., 13, 45-46.

y parte ay donde dize que es levadura, la cual en sí es poca y parece muy vil, y escondida en una gran massa, cuasi súbitamente cunde por ella toda y la inficiona. Escusado es ir buscando exemplos en esto, adonde la muchedumbre nos 5 puede anegar; mas entre todos es claríssimo el del apóstol sant Pablo, á quien hazemos oy fiesta. ¿Quién era, y quién fué, y cuán en breve y cuán con una palabra se convirtió de tinieblas en luz, y de ponçoña en árbol de vida para la Iglesia? 10

Pero vamos más adelante. Añade David: MONTE *cuajado*. La palabra original quiere dezir el queso, y quiere también dezir lo corcobado, y propriamente y de su origen significa todo lo que tiene en sí algunas partes eminentes é hinchadas 15 sobre las demás que contiene; y de aquí el queso y lo corcobado se llama con aquesta palabra. Pues juntando esta palabra con el nombre de MONTE, como haze David aquí, y poniéndola en el número de muchos, como está en el primero tex- 20 to, suena, como leyó sant Agustín, MONTE *de quesos*, ó como trasladan agora algunos, MONTE

1 Matth., 13, 33; Luc., 13, 21.

6 Act., 7-9.

18 La 1.^a ed. a esta.

20 *número de muchos*, ó sea 'número plural', que otras veces es llamado por L. de León *número de muchedumbre* (*Job*, 46) ó simplemente *en muchedumbre*, 'en plural' (*Joh*, 270).

21 La 1.^a ed. *sancto*.

21 In Psalm. CXVIII. Serm. XVII, n. 8. é In Psalm. LXVII, vs. 22-23.

de corcobas, y de la una y de la otra manera viene muy bien. Porque en dezir lo primero se declara y especifica más la fertilidad deste MONTE, el cual, no sólo es de tierra gruessa y apare-
5 jada para producir miesses, sino también es MONTE de quesos ó de cuajados; esto es, significando por el effecto la causa, MONTE de buenos pastos para el ganado, digo MONTE bueno para pan llevar, y para apascentar ganados no menos bueno.
10 Y como dize bien sant Agustín, el pan y la grossura del MONTE que le produze es el mantenimiento de los perfectos; la leche que se cuaja en el queso y los pastos que la crían es el proprio manjar de los que comiençan en la virtud; como
15 dize sant Pablo: *Como á niños os di leche. y no manjar maciço*. Y assí, conforme á esto, se entiende que este MONTE es general sustento de todos, assí de los grandes en la virtud con su grossura, como de los rezién nascidos en ella con sus
20 pastos y leche.

Mas si dezimos de la otra manera, MONTE *de corcobas* ó de hinchazones, dízese una señalada verdad. Y es que como ay unos montes que suben seguidos hasta lo alto, y en lo alto hazen una
25 punta sola y redonda, y otros que hazen muchas

10 Enarrat. in Psalm. CXXXI, n. 24.

10 *La 1.ª ed. sancto.*

15 I Cor., 3, 1-2.

puntas y que están como compuestos de muchos cerros; assí Cristo no es MONTE como los primeros, eminente y excellente en una cosa sola. sino MONTE hecho de montes, y una grandeza llena de diversas é incomparables grandezas, y como si dixésemos MONTE que todo él es montes: *para que*, como escribe divinamente sant Pablo, *tenga principado y eminencia en todas las cosas*. Dize más: *¿Qué sospecháys, montes de cerros? Este es el MONTE que Dios escogió para su morada, y ciertamente el Señor mora en él para siempre*.¹⁰ Habla con todo lo que se tiene á sí mismo por alto y que se oppone á Cristo, presumiendo de traer competencias con él, y dízeles: *¿Qué sospecháys?*; ó como en otro lugar, san Jerónimo¹⁵ puso: *¿Qué pleyteáys ó qué peleáys contra este MONTE?* Y es como si más claro dixesse: *¿qué presunción ó qué pensamiento es el vuestro, ¡o montes! cuanto quiera que seays, según vuestra opinión, eminentes, de oponeros con este MONTE; pretendiendo, ó vencerle, ó poner en vosotros lo que Dios tiene ordenado de poner en él, que es su morada perpetua? Como si dixesse: muy embalde y muy sin fructo os fatigáys. De lo cual entendemos dos cosas: la una, que este MONTE es embidiado y contradezido de muchos montes; y la otra, que es escogido de Dios entre todos.*²⁵

7 Col., 1, 18.

15 In Psalm. LXVIII iuxta Hebr.

Y de lo primero, que toca á la embidia y contradicción, es, como si dixésemos, hado de Cristo el ser siempre embidiado: que no es pequeño consuelo para los que le siguen, como se lo pronosticó el viejo Simeón luego que lo vió niño en el templo, y hablando con su madre, lo dixo: *Ves este niño será cayda y levantamiento para muchos en Israel, y como blanco á quien contradirán muchos.* Y el psalmo segundo en este mismo propósito: *¿Porqué, dize, bramaron las gentes, y los pueblos trataron consejos vanos? Pusieronse los reyes de la tierra, y los príncipes se hizieron á una contra el Señor y contra su Cristo.* Y fué el successo bien conforme al pronóstico, como se pareció en la contradicción que hizieron á Cristo las cabeças del pueblo hebreo por todo el discurso de su vida, y en la conjuración que hizieron entre sí para traerle á la muerte. Lo cual, si se considera bien, admira mucho sin duda; porque si Cristo se tratara como pudo tratarse, y conforme á lo que se debía á la alteza de su persona; si apeteciera el mando temporal sobre todos, ó si en palabras ó si en hechos fuera altivo y desseoso de enseñorearse; si pretendiera, no hazer bienes, sino enriquecerse de bienes, y su-

5 *La 1.^a ed. le.*6 *Las ed. 1.^a y 2.^a le.*6 *Luc., 2, 34.*9 *La 1.^a ed. mesmo.*10 *Ps., 2, 1-2.*

jetando á las gentes, vivir con su sudor y trabajo dellas en vida de descanso abundante; si le embidiaran y si se le oppusieran muchos movidos por sus intereses, ninguna maravilla fuera, antes fuera lo que cada día acontece. Mas siendo la misma llaneza, y no anteponiéndose á nadie ni queriendo derrocar á ninguno de su preminencia y officio, viviendo sin fausto y humilde, y haziendo bienes jamás vistos generalmente á todos los hombres, sin buscar ni pedir ni aun querer recibir por ello ni honra ni interés; que le aborresciessen las gentes, y que los grandes desamassen á un pobre, y los potentados y pontificados á un humilde bienhechor, es cosa que espanta.

15

¿Pues acabóse esta embidiosa oposición con su muerte, y á sus discípulos dél y á su doctrina no contradixeron después ni se oppusieron contra ellos los hombres? Lo que fué en la cabeça, esso mismo aconteció por los miembros. Y como él mismo lo dixo: *No es el discípulo sobre el*

13 *desamar* 'no tener amor, aborrecer'; *desamado* 'aborrecido'; *desamor* 'aborrecimiento'; *desamorado* 'el que no responde con el amor que debe á quien le ama' (*Covarrubias*). Comp. *Doleria*, Nueva Bibl. Aut. Esp., pág. 385: "El amor que no es amor | justo es que se desame | y que desamor se llame | con otra razón mayor. | Porque el que de veras ama | no dexa nunca de amar, | antes quiere desamar | al que esta virtud desama. | Y con más razón se llama | aborrido desamor | si no le quema su llama, | ó siendo amor, no es amor."

21 Joh., 15, 20.

maestro; si me persiguieron á mí, también os perseguirán á vosotros. Assí puntualmente les aconteció con los emperadores y con los reyes y con los príncipes de la sabiduría del mundo. Y
5 por la manera que nuestra bienaventurada luz, deviendo, según toda buena razón, ser amado, fué perseguido; assí á los suyos y á su doctrina, con quitar todas las causas y ocasiones de embidia y de enemistad, les hizo toda la grandeza
10 del mundo enemiga cruel. Porque los que enseñavan, no á engrandescer las haziendas ni á caminar á la honra y á las dignidades, sino á seguir el estado humilde y ageno de embidia, y á ceder de su proprio derecho con todos, y á empobrescerse
15 á sí para el remedio de la agena pobreza, y á pagar el mal con el bien; y los que bivían assí, como lo enseñavan, hechos unos públicos bienhechores: ¿quién pensara jamás que pudieran ser aborrecidos y perseguidos de nadie?; ó cuando lo
20 fueran de alguno, ¿quién creyera que lo avían de ser de los reyes, y que el poderío y grandeza avía de tomar armas y mover guerra contra una tan humilde bondad? Pero era aquesta la suerte que dió á este MONTE Dios para mayor grandeza
25 suya.

Y aun si queremos bolver los ojos al principio y á la primera origen de aqueste aborrescimiento y embidia, hallaremos que mucho antes que començasse á ser Cristo en la carne, començó aques-

te su odio; y podremos venir en conocimiento de su causa dél en esta manera. Porque el primero que le embidió y aborresció fué Lucifer, como lo afirma, y muy conforme á la doctrina verdadera, el glorioso Bernardo; y començóle á 5 aborrescer luego que, aviéndoles á él y á algunos otros ángeles revelado Dios alguna parte deste su consejo y misterio, conoció que disponia Dios de hazer príncipe universal de todas las cosas á un hombre. Lo cual conoció luego al 10 principio del siglo y antes que cayesse; y cayó por aventura por aquesta ocasión. Porque bolviendo los ojos á sí, y considerando soberviamente la perfección altíssima de sus naturales, y mirando juntamente con esto el singular grado 15 de gracias y dones de que le avía dotado Dios más que á otro ángel alguno, contento de sí y miserablemente desvanescido, apetesció para sí aquella excellencia; y de apetescerla vino á no subjectarse á la orden y decreto de Dios, y á 20 salir de su sancta obediencia, y á trocar la gracia en sobervia: por donde fué hecho cabeça de todo lo arrogante y sobervio, assí como lo es Cristo de todo lo llano y humilde. Y como del que en la escalera baxando pierde algún passo, 25 no para su cayda en un escalón, sino de uno en otro llega hasta el postrero cayendo; assí Lucifer

de la desobediencia para con Dios cayó en el aborrescimiento de Cristo, concibiendo contra él primero embidia y después sangrienta enemistad, y de la enemistad nació en él absoluta determinación de hazerle guerra siempre con todas sus fuerças.

Y assí lo intentó primero en sus padres, matando y condenando en ellos, quanto fué en sí, toda la successión de los hombres; y después en su persona misma de Cristo, persiguiéndole por sus ministros y trayéndolo á muerte; y de allí en los discípulos y seguidores dél, de unos en otros hasta que se cierran los siglos, encendiendo contra ellos á sus principales ministros, que es á todo aquello que se tiene por sabio y por alto en el mundo. En la qual guerra y contienda, peleando siempre contra la flaqueza el poder, y contra la humildad la soberbia, y la maña y la astucia contra la senzillez y bondad, al fin quedan aquéllos vencidos pareciendo que vencen. Y contra este enemigo propriamente endereça David las palabras de que vamos hablando. Porque á este ángel y á los demás ángeles que le siguieron, en tantas maneras de naturales y graciosos bienes enriscados é hinchados, llama aquí corcobados y enriscados montes, ó por dezirlo mejor.

8 *ser en uno*, lo mismo que *ser de su parte* (passim), 'serle posible, depender de uno'.

19 En las ed. 1.^a y 2.^a falta y bondad.

montes montuosos; y á éstos les dize así: ¿Por-
qué ¡o montes sobervios! ó embidiáys la gran-
deza del hombre en Cristo, que os es revelada, ó
le movéys guerra pretendiendo estorvarla, ó sos-
pecháys que se devía esta gloria á vosotros, ó ⁵
que será parte vuestra contradición para quitár-
sela?; que yo os hago seguros que será vano este
trabajo vuestro, y que redundará toda aquesta
pelea en mayor acrescentamiento suyo; y que
por mucho que os empinéys, él pisará sobre vos- ¹⁰
otros, y la divinidad reposará en él dulce y agra-
dablemente por todos los siglos sin fin.

Y aviendo Marcello dicho aquesto, callóse; y
luego Sabino, entendiendo que avía acabado, y
desplegando de nuevo el papel, y mirando en él, ¹⁵
dixo:

—Lo que se sigue agora es assaz breve en pa-
labras, mas sospecho que en cosas ha de dar bien
que dezir; y dize así:

1 *La 1.ª ed. y aquestos les.*

2 *En la 1.ª ed. falta ¡o montes sobervios!*

4 *La 1.ª ed. ostorvalla.*

6 *ser parte para algo 'tener poder, bastar para ello';*
passim. Lazarillo, cap. 5.º; Guzmán de Alfarache, 191, etc.

9 *Las ed. 1.ª y 2.ª pelea vuestra.*

14 *La 1.ª ed. acabado ya.*

PADRE DEL SIGLO FUTURO

El sexto nombre es PADRE DEL SIGLO FUTURO. Así le llama Esaiás en el capítulo nueve diciendo: Y será llamado PADRE DEL SIGLO FUTURO.

—Aún no me avía despedido del MONTE—res- 5
pondió Marcello entonces—, mas pues Sabino ha
passado adelante, y para lo que me quedava por
dezir avrá por ventura después otro mejor lugar,
sigamos lo que Sabino quiere. Y dize bien, que
lo que agora ha propuesto es breve en palabras y 10
largo en razón; á lo menos, si no es largo, es
hondo y profundo, porque se encierra en ello una
gran parte del misterio de nuestra redempción.
Lo cual, si como ello es pudiesse caber en mi en-
tendimiento, y salir por mi lengua vestido con 15
las palabras y sentencias que se le deven, ello
solo hinchiría de luz y de amor celestial nuestras

4 Esai., 9, 6.

5 Las ed. 1.^a y 2.^a del todo del.

17 Las ed. 1.^a y 2.^a podría hinchir nuestras almas de
luz celestial y encenderlas en el amor de Jesucristo.

almas. Pero confiados del favor de Jesucristo, y ayudándome en ello vuestros sanctos desseos, comencemos á dezir lo que él nos diere; y comencemos desta manera.

- 5 Cierta cosa es y averiguada en la Sancta Es-
criptura, que los hombres para bivar á Dios tene-
mos necesidad de nacer segunda vez, demás
de aquella que nascemos quando salimos del vien-
tre de nuestras madres. Y cierto es que todos los
10 fieles nascen este segundo nascimiento, en el cual
está el principio y origen de la vida sancta y fiel.
Assí lo afirmó Cristo á Nicodemus, que, siendo
maestro en la ley, vino una noche á ser su discí-
pulo. Adonde, como por fundamento de la doc-
15 trina que le avía de dar, presupuso esto, diciendo:
*Ciertamente te digo que ningún hombre, si no
torna á nacer segunda vez, no podrá ver el reyno
de Dios.* Pues por la fuerça de los términos corre-
lativos, que entre sí se responden, se sigue muy
20 bien que donde ay nascimiento ay hijo, y donde
hijo, ay también padre. De manera que si los fie-
les, nasciendo de nuevo, començamos á ser nue-

1 Las ed. 1.^a y 2.^a de su favor y ayudándome.

5 averiguar, no en el sentido corriente de 'inquirir, descubrir', sino en el etimológico de 'comprobar, demostrar'. Comp. León, *Job*, II, 32: "Con que se demuestra más la maldad de éstos, que va pintando Job, y con que hace más averiguado su intento."

7 demás 'además', *passim*.

12 La 1.^a ed. á aquel que.

15 La 1.^a ed. le presupuso.

16 Joh., 3, 3.

vos hijos, tenemos forçosamente algún nuevo padre cuya virtud nos engendra; el cual PADRE es Cristo. Y por esta causa es llamado PADRE DEL SIGLO FUTURO; porque es el principio original desta generación bienaventurada y segunda, y de la 5 multitud innumerable de descendientes que nas- cen por ella.

Mas, porque esto se entienda mejor, en cuanto puede ser de nuestra flaqueza entendido, tome- mos de su principio toda esta razón, y digamos lo 10 primero de donde vino á ser necessario que el hom- bre nasciesse segunda vez; y dicho esto, y pro- cediendo de grado en grado ordenadamente, di- remos todo lo demás que á la claridad de todo este argumento y á su entendimiento conviene, llevan- 15 do siempre, como en estrella de guía, puestos los ojos en la luz de la Escripura Sagrada, y siguien- do las pisadas de los doctores y sanctos antiguos. Pues conforme á lo que yo agora dezía, como la infinita bondad de Dios, movida de su sola virtud, 20 ante todos los siglos se determinasse de levantar á sí la naturaleza del hombre, y de hazerla par- ticionera de sus mayores bienes y señora de todas sus criaturas; Lucifer, luego que lo conoció, en- cendido de embidia, se dispuso á dañar é infa- 25

10 de 'desde'. Comp. 25, 12.

21 ante 'antes'. Comp. *Poema de Fernán González*, 305 d; *Celestina*, ed. Cejador, I, 37, etc.

21 La 1.^a ed. determinó.

mar el género humano en cuanto pudiesse, y á estragarle en el alma y en el cuerpo, por tal manera, que hecho inhábil para los bienes del cielo, no viniesse á effecto lo que en su favor avía ordenado Dios. *Por embidia del demonio*, dize el Espíritu Sancto en la *Sabiduría*, *entró la muerte en el mundo*. Y fué assí que luego que vió criado al primer hombre y cercado de la gracia de Dios, y puesto en lugar deleytoso y en estado bienaventurado y como en un vezino y cercano escalón para subir al eterno y verdadero bien; echó también juntamente de ver que le avía Dios vedado la fructa del árbol, y puéstole si la comiesse pena de muerte, en la cual incurriesse, quanto á la vida del alma luego, y quanto á la del cuerpo después; y sabía por otra parte el demonio que Dios no podía por alguna manera bolverse de lo que una vez pone. Y assí, luego se imaginó que si él podía engañar al hombre y acabar con él que traspasasse aquel mandamiento, lo dexava necessariamente perdido y condenado á la muerte, ansí del alma

5 Sap., 2, 24.

17 La 1.^a ed. puede.

19 acabar con 'lograr, conseguir de'. Comp. Berceo, *Santo Domingo*, 771: "Padre..., acaba nos de Christo alguna remjssion." Valdés, *Diál. de la lengua*: "y mirad que cosa es tener el gusto estragado, que si tomaba un libro en la mano de los romanzados de latín... no podía acabar conmigo de leerlos." *Quijote*, I, cap. 23, etc.

20 La 1.^a ed. le.

como del cuerpo, y por la misma razón lo hacía incapaz de el bien para que Dios le ordenava.

Mas porque se le offreció que aunque peccasse aquel hombre primero, en los que después dél nasciesen podría Dios traer á effecto lo que tenía 5 ordenado en favor de los hombres, determinóse de poner en aquel primero, como en la fuente primera, su ponçoña, y las semillas de su sobervia y profanidad y ambición, y las rayzes y principios de todos los vicios; y poner un atizador contino 10 dellos, para que, juntamente con la naturaleza, en los que nasciesen de aquel primer hombre se derramasse y estendiesse este mal, y ansí nasciesen todos culpados y aborrescibles á Dios, é inclinados á continuas y nuevas culpas, é inútiles 15 todos para ser lo que Dios avía ordenado que fuessen. Ansí lo pensó, y como lo pensó lo puso por obra. Y succedióle su pretensión; porque induzido y persuadido del demonio, el hombre peccó; y con esto tuvo por acabado su hecho, 20 esto es, tuvo al hombre por perdido á remate, y tuvo por desbaratado y deshecho el consejo de Dios.

1 La 1.^a ed. le.

18 *succeder* 'dar resultado, tener éxito'; generalmente lleva el adverbio indicando la calidad buena ó mala del resultado. Comp. León, *Job*, 47: "no le han dejado cosa que buena le sea..., lo que hace no le sucede, lo que dice no le aprovecha." Comp. *sucesso*, *Nombres de Cristo*, *passim*.

Y á la verdad, quedó estrañamente difficultoso y rebuelto todo este negocio del hombre; porque se contradiezán y como hazían guerra entre sí dos decretos y sentencias divinas, y no parecía
5 que se podía dar corte ni tomar medio alguno que bueno fuesse; porque por una parte avía decretado Dios de ensalçar el hombre sobre todas las cosas, y por otra parte avía affirmado que si peccasse le quitaría la vida del alma y del cuerpo,
10 y avía peccado. Y assí, si cumplía Dios el decreto primero, no cumplía con el segundo; y al revés, cumpliendo el segundo dicho, el primero se deshazía y borrava; y juntamente con esto, no podía Dios, assí en lo uno como en lo otro, no cumplir
15 su palabra: porque no es mudable Dios en lo que una vez dize, ni puede nadie poner estorvo á lo que él ordena que sea. Y cumplirlo en ambas cosas parecía impossible; porque si á alguno se offrece que fuera bueno criar Dios otros hombres
20 no descendientes de aquel primero, y cumplir con éstos la ordenación de su gracia, y la sentencia de su justicia executarla en los otros; Dios lo pudiera hazer muy bien sin ninguna duda, pero todavía quedava falta y como menor la verdad de
25 la promessa primera, porque la gracia della no se prometía á cualesquiera, sino á aquellos hombres que criava Dios en Adam, esto es, á los que dél

descendiessen. Por lo cual, en esto, que no parecía aver medio, el saber no comprehensible de Dios lo halló, y dió salida á lo que por todas partes estava con dificultades cerrado. Y el medio y la salida fué, no criar otro nuevo linaje de hom- 5 bres, sino dar orden cómo aquellos mismos ya criados y por orden de descendencia nascidos, nasciessen de nuevo otra vez, para que ellos mismos y unos mismos, según el primer nascimiento muriessen, y viviessen según el segundo; y en lo 10 uno executasse Dios la pena ordenada, y la gracia y grandeza prometida cumpliesse Dios en lo otro; y assí, quedasse en todo verdadero y glorioso.

Mas ¡qué bien, aunque brevemente, sant León papa dize aquesto que he dicho! *Porque se alaba- 15 va, dize, el demonio que el hombre, por su engaño inducido al peccado, avía ya de carcer de los dones del cielo, y que desnudado del don de la immortalidad quedava subjecto á dura sentencia de muerte; y porque decía que avía hallado consuelo 20 de sus caydas y males con la compañía del nuevo peccador, y que Dios también, pidiéndolo assí la razón de su severidad y justicia para con el hombre, al cual crió para honra tan grande, avía mudado su antiguo y primer parecer: pues por esto 25*

3 La 1.^a ed. le.

6 dar orden 'hallar modo ó salida'. Quijote, I, cap. 7: "Dió luego don Quijote orden en buscar dineros."

15 In Nativit. Domini. Serm. 2, cap. 1.

*fué necessario que usasse Dios de nueva y secreta forma de consejo, para que Dios, que es inmutable y cuya voluntad no puede ser impedida en los largos bienes que hazer determina, cum-
5 pliesse con misterio más secreto el primer decreto y ordenación de su clemencia; y para que el hombre, por aver sido inducido á culpa por el engaño y astucia de la maldad infernal, no perciesse, contra lo que Dios tenía ordenado.*

10 Esta, pues, es la necesidad que tiene el hombre de nacer segunda vez. A lo cual se sigue saber qué es ó qué fuerza tiene y en qué consiste este nuevo y segundo nascimiento. Para lo cual presupongo que cuando nascemos, juntamente
15 con la sustancia de nuestra alma y cuerpo con que nascemos, nasce también en nosotros un espíritu y una infección infernal, que se estiende y derrama por todas las partes del hombre y se enseñorea de todas y las daña y destruye. Por-
20 que en el entendimiento es tinieblas, y en la memoria olvido, y en la voluntad culpa y desorden de las leyes de Dios, y en los appetitos fuego y desenfrenamiento, y en los sentidos engaño, y en las obras peccado y maldad, y en todo el cuerpo
25 desatamamiento y flaqueza y penalidad, y, finalmente, muerte y corrupción. Todo lo cual sant Pablo suele comprehender con un solo nonbre, y lo llama *peccado y cuerpo de peccado*; y Sanc-

tiago dize que *la rueda de nuestro nacimiento*, esto es, el principio dél ó la sustancia con que nascemos, *está encendida con fuego del infierno*. De manera que en la sustancia de nuestra alma y cuerpo nasce, quando ella nasce, impressa y ape- 5 gada esta mala fuerça, que con muchos nombres apenas puede ser bien declarada; la cual se apodera della assí, que no solamente la inficiona y contamina y haze casi otra, sino también la mueve y enciende y lleva por donde quiere, como 10 si fuesse alguna otra sustancia ó espíritu assentado y enxerido en el nuestro y poderoso sobre él.

Y si quiere saber alguno la causa por que nascemos ansí, para entenderlo hase de advertir, lo 15 primero, que la sustancia de la naturaleza del hombre, ella de sí y de su primer nacimiento es sustancia imperfecta, y como si dixésemos, comenzada á hazer; pero tal, que tiene libertad y voluntad para poder acabarse y figurarse del todo 20 en la forma, ó mala ó buena, que más le pluguiere; porque de suyo no tiene ninguna, y es capaz para todas, y maravillosamente fácil y como de cera para cada una dellas. Lo segundo, hase también de advertir que esto que le falta y puede 25

1 Jacob, 3, 6.

12 *enxerir* 'injertar'. L. de León, traducción de Horacio, *Beatus ille*: "Ya poda el ramo inútil, ya ingiere | en su vez el extraño."

21 La 3.^a ed. plugiere.

adquirir el hombre, que es como cumplimiento y fin de la obra, aunque no le da cuando lo tiene el ser y el bivar y el moverse, pero dale el ser bueno ó ser malo, y dale determinadamente su
5 bien y figura propia, y es como el espíritu y la forma de la misma ánima, y la que la lleva y determina á la cualidad de sus obras, y lo que se estiende y trasluze por todas ellas, para que obre como vive y para que sea lo que haze con-
10 forme al espíritu que la cualifica y la mueve á hazer.

Pues aconteciéronos assí, que Dios cuando formó al primer hombre y formó en él á todos los que nascemos dél como en su simiente pri-
15 mera, porque le formó con sus manos solas, y de las manos de Dios nunca sale cosa menos acabada ó perfecta, sobrepuso luego á la substancia natural del hombre los dones de su gracia, y figurólo particularmente con su sobre-
20 natural imagen y espíritu, y sacólo como si dixésemos de un golpe y de una vez acabado del todo y divinamente acabado. Porque al que, según su facilidad natural, se podía figurar en condiciones y mañas ó como bruto ó como demonio ó como
25 ángel, figuróle él como Dios; y puso en él una imagen suya sobrenatural y muy cercana á su

13 La 1.^a ed. primero.

19 La 1.^a ed. figuróle.

20 La 1.^a ed. sacóle.

semejança, para que assí él como los que estávamos en él, nasciendo después, la tuviésemos siempre por nuestra, si el primero padre no la perdiessse. Mas perdióla presto, porque traspasó la ley de Dios; y assí, fué despojado luego de aquesta perfección de Dios que tenía; y despojado della, no fué su suerte tal que quedasse desnudo, sino, como dizen del trucco de Glauco y Diomedes, trocando desigualmente las armas, juntamente fué desnudado y vestido: desnudado del espíritu y figura sobrenatural de Dios, y vestido de la culpa y de su miseria, y del traje y figura y espíritu del demonio, cuyo induzimiento siguió. Porque assí como perdió lo que tenía de Dios, porque se apartó dél; assí, porque siguió y obedesció á la boz del demonio, concibió luego en sí su espíritu y sus mañas, permitiendo por esta razón Dios justíssimamente que debaxo de aquel manjar visible, por vía y fuerça secreta, pusiesse en él el demonio una imagen suya, esto es, una fuerza malvada muy semejante á él.

La cual fuerça, unas vezes llamamos ponçoña, porque se presentó el demonio en figura de sierpe; otras ardor y fuégo, porque nos enciende y abrasa con no creybles ardores; y otras peccado, porque consiste toda ella en desorden y desconcierto y siempre inclina á desorden. Y tiene otros

mil nombres, y son pocos todos para dezir lo malo que ella es; y el mejor es llamarla un otro demonio, porque tiene y encierra en sí las condiciones todas del demonio: sobervia, arrogancia, 5 embidia, desacato de Dios, affición á bienes sensibles, amor de deleytes y de mentira y de enojo y engaño y de todo lo que es vanidad. El cual mal spíritu, assí como succedió al bueno que el hombre tenía antes; assí, en la forma del daño 10 que hizo, imitó al bien y al provecho que hazía el primero. Y como aquel perficionava al hombre, no sólo en la persona de Adam, sino tanbién en la de todos los que estávamos en él; y assí como era bien general, que ya en virtud y en de- 15 recho lo teníamos todos, y lo tuviéramos cada uno en real possession en nasciendo: assí aquesta ponçoña emponçoña, no á Adam solamente, sino á todos nosotros, sus successores; primero á todos en la rayz y semilla de nuestro origen, y después 20 en particular á cada uno quando nascemos, nasciendo juntamente con nosotros y apegada á nosotros.

Y esta es la causa por que nascemos, como dixé al principio, inficionados y peccadores; porque 25 ansí como aquel spíritu bueno, siendo hombres, nos hazía semejantes á Dios; assí aqueste mal y peccado añadido á nuestra substancia y nasci-

do con ella, la figura y haze que nazca, aunque en forma de hombre, pero acondicionada como demonio y serpentina verdaderamente, y por el mismo caso culpada y enemiga de Dios, y hija de ira y del demonio, y obligada al infierno. Y tiene 5 aún, demás déstas, otras propiedades esta ponçoña y maldad, las cuales iré refiriendo agora, porque nos servirán mucho para después.

Y lo primero, tiene que entre aquestas dos cosas que digo, de las cuales la una es la substancia del cuerpo y del alma, y la otra esta ponçoña y espíritu malo, ay esta diferencia cuanto á lo que toca á nuestro propósito: que la substancia del cuerpo y del alma ella de sí es buena y obra de Dios, y si llegamos la cosa á su principio, la tenemos de solo Dios. Porque el alma él solo la cría, 15 y del cuerpo, cuando al principio lo hizo de un poco de barro, él solo fué el hazedor; y ni más ni menos, cuando después lo produze de aquel cuerpo primero, y como van los tiempos lo saca á luz en cada uno que nasce, él también es el principal de la obra. Mas el otro espíritu ponçoñoso y soberbio en ninguna manera es obra de Dios, ni se engendra en nosotros con su querer y voluntad, sino es obra toda del demonio y del primer 25

19 *La 1.^a ed. le.*

20 *La 1.^a ed. le.*

21 *Las ed. 1.^a y 2.^a uno de nosotros, él.*

22 *Las ed. 1.^a y 2.^a principal hazedor. Mas.*

hombre: del demonio, inspirando y persuadiendo; del hombre, voluntaria y culpablemente recibiendo en sí. Y assí, esto sólo es lo que la Sancta Escripura llama en nosotros *viejo hombre* y *viejo Adam*, porque es propria hechura de Adam; esto es, porque es, no lo que tuvo Adam de Dios, sino lo que él hizo en sí por su culpa y por virtud del demonio. Y llámase *vestidura vieja*, porque sobre la naturaleza que Dios puso en Adam, él se
10 revistió después con esta figura, y hizo que nasciésemos revestidos della nosotros. Y llámase *imagen del hombre terreno*, porque aquel hombre que Dios formó de la tierra se transformó en ella por su voluntad; y cual él se hizo entonces, tales
15 nos engendra después, y le parecemos en ella, ó por dezir verdad, en ella somos del todo sus hijos, porque en ella somos hijos solamente de Adam; que en la naturaleza y en los demás bienes naturales con que nascemos somos hijos de Dios,
20 ó sola ó principalmente, como arriba está dicho. Y sea aquesto lo primero.

Lo segundo, tiene otra propiedad aqueste mal espíritu; que su ponçoña y daño dél nos toca de dos maneras: una en virtud, otra formal y declaradamente. Y porque nos toca virtualmente de la
25 primera manera, por esso nos toca formalmente después. En virtud nos tocó cuando nosotros aún no teníamos ser en nosotros, sino en el ser y en la virtud de aquel que fué padre de todos; en

efecto y realidad, quando de aquella preñez venimos á esta luz. En el primero tiempo este mal no se parecía claro sino en Adam solamente, pero entendiase que lançava su ponçoña con dissimulación en todos los que estábamos en él también ⁵ como dissimulados; mas en el segundo tiempo, descubierta y expressamente, nasce con cada uno. Porque si tomásemos agora la pepita de un melocotón ó de otro árbol cualquiera, en la cual están originalmente encerrados la rayz del árbol ¹⁰ y el tronco y las hojas y flores y fructos dél; y si imprimiésemos en la dicha pepita por virtud de alguna infusión algún color y sabor extraño, en la pepita misma luego se vee y siente aqueste color y sabor; pero en lo que está encerrado en ¹⁵ su virtud della aún no se vee, así como ni ello mismo aún no es visto; pero entiéndese que está ya lançado en ello aquel color y sabor, y que le está impresso en la misma manera que aquello todo está en la pepita encerrado; y verse ha ²⁰ abiertamente después en las hojas y flores y fructos que digo, quando del seno de la pepita ó grano donde estavan cubiertos se descubrieren y salieren á luz. Pues así y por la misma manera passa en aquesto de que vamos hablando. ²⁵

1 *venimos*. Es dudoso si en este caso es presente ó perfecto, pues *venimos*, como *hazimos*, etc., son formas corrientes del perfecto en el siglo xvi.

3 *parecerse* 'verse'. V. 66, 16.

La tercera propiedad, y que se consigue á lo que agora dezíamos, es que esta fuerça ó espíritu que dezimos, nasce al principio en nosotros, no porque nosotros por nuestra propia voluntad y
5 persona la hizimos ó merecimos, sino por lo que hizo y meresció otro, que nos tenía dentro de sí, como el grano tiene la espiga; y assí, su voluntad fué avida por nuestra voluntad, y queriendo él, como quiso, inficionarse en la forma que ave-
10 mos dicho, fuymos vistos nosotros querer para nosotros lo mismo. Pero, dado que al principio esta maldad ó espíritu de maldad nasce en nosotros sin merescimiento nuestro proprio; mas después, queriendo nosotros seguir sus ardores y
15 dexándonos llevar de su fuerça, cresce y se establece y confirma más en nosotros por nuestros desmerescimientos. Y assí, nasciendo malos y siguiendo el espíritu malo con que nascemos, merecemos ser peores, y de hecho lo somos.

20 Pues sea lo cuarto y postrero que esta mala ponçõña y simiente, que tantas vezes ya digo que nasce con la substancia de nuestra naturaleza y se estiende por ella, quanto es de su parte la destruye y trae á perdición, y la lleva por sus passos
25 contados á la summa miseria; y quanto cresce y

1 conseguirse 'seguirse, deducirse', *passim*.

8 aver 'tener'.

9 En la 1.^a ed. falta Pues. La 2.^a ed. Y assí.

14 La 1.^a ed. quiriendo.

23 ser de su parte. V. 190, 8.

se fortifica en ella, tanto más la enflaquece y desmaya, y si devemos usar desta palabra aquí, la annihila. Porque aunque es verdad, como avemos ya dicho, que la naturaleza nuestra es de cera para hacer en ella lo que quisiéramos; pero, ⁵ como es hechura de Dios, y por el mismo caso buena hechura, la mala condición y mal ingenio y mal espíritu que le ponemos, aunque le recibe por su facilidad y capacidad, pero recibe daño con él, por ser, como obra de buen maestro, ¹⁰ buena ella de suyo é inclinada á lo que es mejor. Y como la carcoma haze en el madero, que nasciendo en él, lo consume; assí esta maldad ó mal espíritu, aunque se haga á él y se envista dél nuestra naturaleza, la consume casi del todo. ¹⁵ Porque assentado en ella y como royendo en ella continuamente, pone desorden y desconcierto en todas las partes del hombre; porque pone en alboroto todo nuestro reyno, y lo divide entre sí, y desata las ligaduras con que esta compos- ²⁰ tura nuestra de cuerpo y de alma se ata y se trava; y assí, haze que ni el cuerpo esté sujeto al alma, ni el alma á Dios; que es camino cierto y breve para traer assí el cuerpo como el alma á la muerte. Porque como el cuerpo tiene del alma ²⁵

³ *annihila* 'aniquila'.

¹³ *Lu* 1.^a *ed.* *le.*

¹⁴ *investir* 'investir'.

²¹ *Lu* 1.^a *ed.* está atada y travada.

su vida toda, vive más cuanto le está más sujeto, y por el contrario, se va apartando de la vida como va saliéndose de su subjección y obediencia; y assí, aqueste dañado furor, que tiene
 5 por officio sacarle della, en sacándole, que es desde el primer punto que se junta á él y que nasce con él, le haze passible y sujeto á enfermedades y males; y assí como va creciendo en él, le enflaquece más y debilita, hasta que al fin le
 10 desata y aparta del todo del alma, y le torna en polvo, para que quede para siempre hecho polvo, cuanto es de su parte.

Y lo que haze en el cuerpo, esso mismo haze en el alma; que como el cuerpo bive della, assí
 15 ella bive de Dios, del cual este espíritu malo la aparta y va cada día apartándola más, quanto más va creciendo; y ya que no puede gastarla toda ni bolverla en nada, porque es de metal que no se corrompe, gástala hasta no dexarle más
 20 vida de la que es menester para que se conozca por muerta; que es la muerte que la Escripura sancta llama segunda muerte, y la muerte mayor

3 como 'á medida que'. V. Cuervo, *Dicc.*

6 punto 'momento, instante', *passim*. J. Manrique, *Coplas*, núm. 2: "Pues si vemos lo presente | como en vn punto ses ydo | y acabado..."

7 *passible* 'que puede ó es capaz de padecer'; *passim*, como *impassible*, *passibilidad*, *impassibilidad*. Muy usuales en el siglo xvr, aun en la lengua popular. J. del Encina, *Teatro*, 18: Ya tenemos Dios y hombre; | ya pasible el impassible. | ¿Quién habrá que no se asombre?"

ó la que es sola verdadera muerte; como se pudiera mostrar agora aquí con razones que lo ponen delante los ojos, pero no se ha de dezir todo en cada lugar. Mas lo propio deste que tratamos agora, y lo que dezir nos conviene, es lo que 5 dize Sanctiago, el cual, como en una palabra, esto todo que he dicho lo comprehende, diziendo: *El peccado, quando llega á su colmo, engendra muerte.* Y es digno de considerar que quando amenazó Dios al hombre con miedos para que no 10 dicesse entrada en su corazón á aqueste peccado, la pena que le denunció fué esso mismo que él haze, y el fructo que nasce dél, según la fuerza y la efficacia de su cualidad, que es una perfecta y acabada muerte; como no queriendo él por sí 15 poner en el hombre las manos ni ordenar contra él extraordinarios castigos, sino dexarle al açote de su proprio querer, para que fuesse verdugo suyo esso mismo que avía escogido.

Mas dexando esto aquí y tornando á lo que al 20 principio propuse, que es dezir aquello en que consiste aqueste postrer nascimiento, digo que consiste, no en que nazca en nosotros otra substancia de cuerpo y de alma, porque esso no fuera nacer otra vez sino nacer otros, con lo cual, 25 como está dicho, no se conseguía el fin pretendido; sino consiste en que esta nuestra subs-

8 Jacob, 1, 15.15 La 1.^a ed. quiriendo.

tancia nazca sin aquel mal espíritu y fuerza primera, y nazca con otro espíritu y fuerza contraria y diferente della. La cual fuerza y espíritu en que, según dezimos, consiste el segundo nacer, es llamado *hombre nuevo* y *Adam nuevo* en la Sancta Escripura, assí como el otro su contrario y primero se llama *hombre viejo*, como avemos ya dicho. Y assí como aquél se extendía por todo el cuerpo y por toda el alma del hombre, assí el bueno también se estiende por todo; y como lo desordenava aquél, lo ordena éste; y lo sanctifica y trae últimamente á vida gloriosa y sin fin, assí como aquél lo condenava á muerte miserable y eterna. Y es, por contraria manera del otro, luz en el ánimo, y acuerdo de Dios en la memoria, y justicia en la voluntad, y templança en los desseos, y en los sentidos guía, y en las manos y en las obras provechoso mérito y fruto, y finalmente, vida y paz general de todo el hombre é imagen verdadera de Dios y que haze á los hombres sus hijos. Del cual espíritu y de los buenos effectos que haze y de toda su efficacia y virtud, los sagrados escriptores, tratando dél debaxo de diversos nombres, dizen mucho en muchos lugares; pero baste por todos sant Pablo en lo que, escribiendo á los gálatas, dize desta manera: *El fructo del Spíritu Sancto son caridad, gozo, paz,*

7-8 Las ed. 1.^a y 2.^a llama, como avemos ya dicho, hombre viejo.

26 Gal., 5, 21-22.

largueza de ánimo, bondad, fe, mansedumbre y templança. Y el mismo en el capítulo tercero á los colossenses: *Despojándoos del hombre viejo, vestíos el nuevo, el renovado para conoscimiento, según la imagen del que le crió.* Aquesto, pues, es 5
nacer los hombres segunda vez, conviene á saber, vestirse de aqueste espíritu y nacer, no con otro ser y substancia, sino cualificarse y acondicionarse de otra manera y nacer con otro aliento diferente. Y aunque prometí solamente dezir 10
qué nascimiento era éste, en lo que he dicho he declarado, no sólo lo que es el nacer, sino también cuál es lo que nasce, y las condiciones del espíritu que en nosotros nasce, assí la primera vez como la segunda. 15

Resta agora que, passando adelante, digamos qué hizo Dios y la forma que tuvo para que nasciésemos de aquesta segunda manera; con lo cual, si lo llegamos al cabo, quedará casi acabado todo lo que á esta declaración pertenesce. 20

Callóse Marcello luego que dixo esto, y començábase á apercebir para tornar á dezir; mas Juliano, que desde el principio le avía oydo attentísimo y por algunas vezes con significaciones y meneos avía dado muestras de maravillarse, tomando la mano, dixo: 25

3 Col., 3, 9-10.

26 *tomar la mano* 'tomar parte en la conversación, empezar á hablar'. *Quijote*, ed. R. Marín, IV, 63: "Ella tomó

—Estas cosas, Marcello, que agora dezís, no las sacáys de vos, ni menos soys el primero que las traéys á luz; porque todas ellas están como sembradas y esparzidas, assí en los libros divinos
5 como en los doctores sagrados, unas en unos lugares y otras en otros; pero soys el primero de los que he visto y oydo yo que, juntando cada una cosa con su igual cuya es, y como pareándolas entre sí y poniéndolas en sus lugares, y
10 travándolas todas y dándoles orden, avéys hecho como un cuerpo y como un texido de todas ellas. Y aunque es verdad que cada una destas cosas por sí, quando en los libros donde están las leemos, nos alumbran y enseñan; pero no sé en
15 qué manera juntas y ordenadas, como vos agora las avéys ordenado, hincen el alma juntamente de luz y de admiración, y parece que le abren como una nueva puerta de conoscimiento. No sé lo que sentirán los demás; de mí os affirmo que,
20 mirando aqueste bulto de cosas y este concierto tan travado del consejo divino, que vays agora diziendo y aun no avéys dicho del todo; pero aquesto sólo que hasta aquí avéys platicado, mirándolo, me haze ya ver, á lo que me parece, en las letras sa-
25 gradas muchas cosas, no digo que no las sabía,

la mano y... me preguntó si era caballero." L. de León, *Job*, 140: "el segundo de los amigos...; el cual toma la mano ahora, y vista la respuesta pasada... sale él también á decir su razón."

sino que no las advertía antes de agora y que passava fácilmente por ellas. Y aun se me figura también (no sé si me engaño) que este solo misterio assí todo junto bien entendido, él por sí sólo basta á dar luz en muchos de los errores que 5 hazen en este miserable tiempo guerra á la Iglesia, y basta á desterrar sus tinieblas dellos. Porque en esto sólo que avéys dicho, y sin ahondar más en ello, ya se me ofrece á mí y como se me viene á los ojos ver cómo este nuevo espíritu en 10 que el segundo y nuevo nascimiento nuestro consiste, es cosa metida en nuestra alma, que la transforma y renueva, assí como su contrario de aquéste, que haze el nascimiento primero, bivia también en ella y la inficionaba; y que no es 15 cosa de imaginación ni de respecto exterior, como dizen los que desatinan agora; porque, si fuera assí, no hiziera nascimiento nuevo, pues en realidad de verdad no ponía cosa alguna nueva en nuestra substancia, antes la dexava en su primera 20 vejez. Y veo también que este espíritu y criatura nueva es cosa que recibe crecimiento, como todo lo demás que nasce, y veo que cresce por la gracia de Dios y por la industria y buenos méritos de nuestras obras que nascen de ella; como 25 al revés su contrario, biviendo nosotros en él y conforme á él, se haze cada día mayor y cobra mayores fuerças, quanto son nuestros desmerescimientos mayores. Y veo también que obrando

cresce este espíritu, quiero dezir, que las obras que hacemos movidos dél merecen su crecimiento dél y son como su cevo y proprio alimento, assí como nuestros nuevos peccados cevan y acrescientan á esse mismo espíritu malo y dañado que á ellos nos mueve.

—Sin duda es assí—respondió entonces Marcello—que aquesta nueva generación y el consejo de Dios acerca della, si se ordena todo junto y se declara y entiende bien, destruye las principales fuentes del error luterano y haze su falsedad manifesta. Y entendido bien esto de una vez, quedan claras y entendidas muchas escripturas que parecen rebueltas y obscuras. Y si tuviesse yo lo que para esto es necesario de ingenio y de letras, y si me concediesse el Señor el ocio y el favor que yo le supplico, por ventura emprendería servir en este argumento á la Iglesia, declarando este misterio, y applicándolo á lo que agora entre nosotros y los herejes se alterca, y con el rayo de aquesta luz sacando de cuestión la verdad, que á mi juyzio sería obra muy provechosa; y assí como puedo, no me despido de poner en ella mi estudio á su tiempo.

—¿Cuándo no es tiempo para un negocio semejante?—respondió Juliano.

—Todo es buen tiempo—respondió Marcello—; mas no está todo en mi poder, ni soy mío en to-

dos los tiempos. Porque ya veys cuántas son mis ocupaciones y la flaqueza grande de mi salud.

—Como si en medio de aquestras ocupaciones y poca salud—dixo, ayudando á Juliano, Sabino—, no supiésemos que tenéys tiempo para otras 5 escripturas que no son menos trabajosas que éssa y son de mucho menos utilidad.

—Essas son cosas—respondió Marcello—que dado que son muchas en número, pero son breves cada una por sí; mas ésta es larga escriptura 10 y muy travada y de grandíssima gravedad, y que començada una vez, no se podía, hasta llegarla al fin, dexar de la mano. Lo que yo dessea-va era el fin destos pleytos y pretendencias de escuelas, con algún mediano y reposado assiento. 15 Y si al Señor le agradare servirse en esto de mí, su piedad lo dará.

—El lo dará—respondieron como á una Juliano y Sabino—; pero esto se deve anteponer á todo lo demás. 20

—Que se anteponga—dixo Marcello—en buen

2 Véase 14, 7. Todo este intermedio autobiográfico demuestra que Fr. Luis de León, no sólo no quiso ocultar su personalidad, sino que se sirvió del personaje Marcelo para justificarse y defenderse.

8 Se refiere, sin duda, á sus poesías, con las que logró tan sólo ponerse "por blanco á los golpes de mil juicios desvariados y dar materia de hablar á los que no viven de otra cosa". (Véase la dedicatoria de sus *Poesías*.)

21 La 1.^a ed. buena.

hora, mas esso será después; agora tornemos á proseguir lo que está comenzado.

Y callando con esto los dos, y mostrándose atentos, Marcello tornó á comenzar así:

5 —Avernos dicho cómo los hombres nascemos segunda vez, y la razón y necesidad por qué nascemos así, y aquello en que este nascimiento consiste. Quédanos por dezir la forma que tuvo
10 y tiene Dios para hazerle, que es dezir lo que ha hecho para que seamos los hombres engendrados segunda vez. Lo cual es breve y largo juntamente: breve, porque con dezir solamente que hizo un otro hombre, que es Cristo hombre, para que nos engendrase segunda vez, así como el pri-
15 mero hombre nos engendró la primera, queda dicho todo lo que es ello en sí; mas es largo, porque para que esto mismo se entienda bien y se conozca, es menester declarar lo que puso Dios en Cristo, para que con verdad se diga ser nuestro PADRE, y la forma como él nos engendra. Y
20 así lo uno como lo otro no se puede declarar brevemente.

Mas viniendo á ello, y comenzando de lo primero, digo que queriendo Dios y plaziéndole por
25 su bondad infinita dar nuevo nascimiento á los hombres, ya que el primero, por culpa dellos, era nascimiento perdido; porque de su ingenio es

traer á su fin todas las cosas con suavidad y dul-
çura y por los medios que su razón dellas pide
y demanda; queriendo hazer nuevos hijos, hizo
convenientemente un nuevo PADRE de quien ellos
nasciessen; y hazerle, fué poner en él todo aque- 5
llo que para ser PADRE universal es necessario y
conviene. Porque lo primero, porque avía de ser
PADRE de hombres, ordenó que fuesse hombre;
y porque avía de ser PADRE de hombres ya nasci-
dos, para que tornassen á renacer, ordenó que 10
fuesse del mismo linaje y metal dellos. Pero por-
que en esto se offrecía una grande dificultad: que,
por una parte, para que renasciesse deste nuevo
PADRE nuestra substancia mejorada, convenía que
fuesse él del mismo linaje y substancia; y por 15
otra parte, estaba dañada é inficionada toda nues-
tra substancia en el primero padre; y por la
misma causa, tomándola dél el segundo PADRE,
parecía que la avía de tomar assimismo dañada;
y si la tomava assí, no pudiéramos nacer dél se- 20
gunda vez puros y limpios y en la manera que
Dios pretendía que nasciésemos: assí, que offres-
ciéndose aquesta dificultad, el summo saber de
Dios, que en las mayores dificultades resplan-
dece más, halló forma cómo este segundo PADRE 25

1 La 1.^a ed. fin á.

3 La 1.^a ed. quiriendo.

20 La 1.^a ed. tornar á nacer segunda vez dél.

y fuesse hombre del linage de Adam y no nas-
ciesse con el mal y con el daño con que nascen
los que nascemos de Adam. Y assí, le formó de
la misma massa y descendencia de Adam; pero
5 no como se forman los demás hombres, con las
manos y obra de Adam, que es todo lo que daña
y estraga la obra, sino formóle con las suyas mis-
mas y por sí solo y por la virtud de su espíritu,
en las entrañas puríssimas de la soberana Virgen,
10 descendiente de Adam. Y de su sangre y subs-
tancia sanctíssima, dándola ella sin ardor vi-
cioso y con amor de caridad encendido, hizo el
segundo Adam y PADRE nuestro universal, de
nuestra sustancia y ageno del todo de nuestra
15 culpa, y como panal virgen hecho con las manos
del cielo de materia pura, ó por mejor dezir, de
la flor de la pureza misma y de la virginidad. Y
esto fué lo primero.

Y demás desto, procediendo Dios en su obra,
20 porque todas las cualidades que se descubren en
la flor y en el fructo conviene que estén primero
en la semilla, de donde la flor nasce y el fructo;
por esso, en éste, que avía de ser la origen desta
nueva y sobrenatural descendencia, assentó y co-
25 llocó abundantíssima, ó infinitamente, por hablar
más verdad, todo aquello bueno en que avíamos
de renacer todos los que nasciéssemos dél: la

¹ V. 27, 3.

² La 3.^a ed. nascisse.

gracia, la justicia, el espíritu celestial, la caridad, el saber, con todos los demás dones del Espíritu Sancto; y assentólos como en principio con virtud y eficacia para que nasciessen dél en otros y se derivassen en sus descendientes, y fuessen 5 bienes que pudiessen producir de sí otros bienes. Y porque en el principio no solamente están las cualidades de los que nascen dél, sino también esos mismos que nascen, antes que nazcan en sí, están en su principio como en virtud; por tan- 10 to, convino también que los que nascemos deste divino PADRE estuviésemos primero puestos en él como en nuestro principio y como en simiente, por secreta y divina virtud; y Dios lo hizo assí. 15

Porque se ha de entender que Dios, por una manera de unión spiritual é ineffable, juntó con Cristo en cuanto hombre, y como encerró en él, á todos sus miembros; y los mismos que cada uno en su tiempo vienen á ser en sí mismos y á re- 20 nacer y vivir en justicia, y los mismos que después de la resurrección de la carne, justos y gloriosos y por todas partes deyfificados, diferentes en personas, seremos unos en espíritu, assí entre nosotros como con Jesucristo, ó por hablar 25 con más propiedad, seremos todos un Cristo; esos mismos, no en forma real, sino en virtud original, estuvimos en él antes que renasciésemos por obra y por artificio de Dios, que le plugo

ayuntarnos assí secreta y spiritualmente con quien
avía de ser nuestro principio, para que con ver-
dad lo fuesse, y para que procediésemos dél, no
nasciendo según la substancia de nuestra humana
5 naturaleza, sino renasciendo según la buena vida
della con el espíritu de justicia y de gracia. Lo
cual, demás de que lo pide la razón de ser PA-
DRE, consíguese necessariamente á lo que antes
desto diximos. Porque si puso Dios en Cristo
10 espíritu y gracia principal, esto es, en summo y
eminente grado, para que de allí se engendrase
el nuevo espíritu y la nueva vida de todos, por el
mismo caso nos puso á todos en él, según aquesta
razón; como en el fuego, que tiene en summo
15 grado el calor, y es por esso la fuente de todo lo
que es en alguna manera caliente, está todo lo
que lo puede ser, aun antes que lo sea, como en
su fuente y principio.

Más, por sacarlo de toda duda, será bien que
20 lo provemos con el dicho y testimonio del Spí-
ritu Sancto. Sant Pablo, movido por él en la car-
ta que escribe á los efesios, dize lo que ya he
alegado antes de agora: que Dios en Cristo re-
capituló todas las cosas. Adonde la palabra del
25 texto griego es palabra propria de los contadores,

1 Las ed. 1.^a y 2.^a assí; la 3.^a ed. á sí.

1 La 1.^a ed. con el, que.

3 La 3.^a ed. procedissemos.

23 Eph., 1, 10.

y significa lo que hazen cuando muchas y diferentes partidas las reduzen á una, lo cual llamamos en castellano *summar*. Adonde en la *summa* están las partidas todas, no como antes estavan ellas en sí divididas, sino como en *summa* y virtud. 5
Pues de la misma manera dize sant Pablo que Dios *summó* todas las cosas en Cristo, ó que Cristo es como una *summa* de todo; y por consiguiente está en él puesto todo y ayuntado por Dios *spiritual* y *secretamente*, según aquella 10
manera y según aquel ser en que todo puede ser por él reformado, y como si dixésemos, reengendrado otra vez; como el efecto está unido á su causa antes que salga della, y como el ramo en su rayz y principio. Pues aquella consecuencia 15
que haze el mismo sant Pablo, diziendo: *Si Cristo murió por todos, luego todos murimos*; notoria cosa es que estriba y que tiene fuerça en aquesta unión que dezimos. Porque muriendo él, por esso murimos, porque estávamos en él todos en la 20
forma que he dicho. Y aun esto mismo se collige más claro de lo que á los romanos escribe. *Sabemos*, dize, *que nuestro vicjo hombre fué crucificado juntamente con él*. Si fué crucificado con él, estava sin duda en él; no por lo 25
que tocava á su persona de Cristo, la cual fué

1 La 1.^a ed. que estos hazen.

16 II Cor., 5, 14.

23 Rom., 6, 6.

siempre libre de todo peccado y vejez, sino porque tenía unidas y juntas consigo mismo nuestras personas por secreta virtud. Y por razón desta misma unión y ayuntamiento se es-
5 crive, en otro lugar, de Cristo, que nuestros peccados todos los subió en sí y los enclavó en el madero. Y lo que á los efesios escribe sant Pablo: que *Dios nos vivificó en Cristo, y nos re-*
10 *suscitó con él juntamente, y nos hizo sentar juntamente con él en los cielos*; aun antes de la resurrección y glorificación general se dize y escribe con grande verdad por razón de aquesta unidad. Dize Esaías que *puso Dios en Cristo las maldades de todos nosotros*, y que *su car-*
15 *denal nos dió salud*. Y el mismo Cristo, estando padesciendo en la cruz, con alta y lastimera boz dize: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?*; *lexos de mi salud las bozes de mis peccados*, assí como tanto antes de su
20 pasión lo avía profetizado y cantado David. Pues ¿cómo será aquesto verdad, si no es verdad que Cristo padecía en persona de todos, y por consiguiente que estávamos en él ayuntados todos por secreta fuerça, como están en el pa-

5 I Petr., 2, 24.

8 Eph., 2, 5-6.

13 Esai., 53, 5.

17 Matth., 27, 46; Marc., 15, 34.

20 Ps., 21, 2.

dre los hijos y los miembros en la cabeça? ¿No dize el Profeta que trae este rey *sobre sus hombros su imperio*? Mas ¿qué imperio? pregunto El mismo rey lo declara quando en la parábola de la oveja perdida dize que para reduzirla la puso sobre sus hombros. De manera que su imperio son los suyos, sobre quien él tiene mando; los cuales trae sobre sí, porque para reengendrarlos y salvarlos los ayuntó primero consigo mismo. Sant Agustín sin duda dízelo assí escribiendo sobre el psalmo veynte y uno alegado, y dize desta manera: *Y ¿por qué dize esso, sino porque nosotros estávamos allí también en él?* 5

Más escusados son los argumentos adonde la verdad ella misma se declara á sí misma. Oyga- mos lo que Cristo dize en el sermón de la cena: *En aquel día conoceréys* (y hablava del día en que descendió sobre ellos el Espíritu Sancto); assí que *en aquel día conoceréys que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí*. De manera que hizo Dios á Cristo PADRE deste nuevo linaje de hombres, y para hazerle padre puso en él todo lo que al ser padre se deve: la naturaleza con- 15

1-10 ¿No... mismo. falta en la 1.^a ed.

2 Esai., 9, 4.

4 Matth., 18, 12; Luc., 15, 4.

11 Lu 1.^a ed. sobre este psalmo alegado.

12 Epist. CXL, n. 18.—Enarrat. in Psalm. XXI, n. 3.

17 Joh., 14, 20.

20 De... origen. falta en la 1.^a ed.

forme á los que dél han de nascer, y los bienes todos que han de tener los que en esta manera nascieren; y sobre todo, á ellos mismos, los que así nascerán, encerrados en él y unidos con él
5 como en virtud y en origen.

Mas, ya que avemos dicho cómo puso Dios en Cristo todas las partes y virtudes de PADRE, passemos á lo que nos queda por dezir, y avemos prometido dezirlo, que es la manera cómo aqueste
10 PADRE nos engendró. Y declarando la forma desta generación, quedará más averiguado y sabido el misterio secreto de la unión sobredicha; y declarando cómo nascemos de Cristo quedará claro cómo es verdad que estábamos en él primero.
15 Pero convendrá para dar principio á aquesta declaración que bolvamos un poco atrás con la memoria, y que pongamos en ella y delante de los ojos del entendimiento lo que arriba diximos del espíritu malo con que nascemos la primera vez,
20 y de cómo se nos comunicava primero en virtud cuando nosotros también teníamos el ser en virtud y estábamos como encerrados en nuestro principio, y después en expressa realidad, cuando saliendo dél y viniendo á esta luz, començamos
25 á ser en nosotros mismos. Porque se ha de entender que este segundo PADRE, como vino á deshazer los males que hizo el primero, por las pisadas que fué dañando el otro, por essas mis-

mas procede él haziéndonos bien. Pues digo así, que Cristo nos reengendró y cualificó primero en sí mismo como en virtud y según la manera como en él estábamos juntos, y después nos engendra y renueva á cada uno por sí y según el 5 effecto real.

Y digamos de lo primero. Adám puso en nuestra naturaleza y en nosotros, según que en él estábamos, el espíritu del peccado y la desorden, desordenándose él á sí mismo y abriendo la puer- 10 ta del corazón á la ponçoña de la serpiente y aposentándola en sí y en nosotros; y ya desde aquel tiempo, quanto fué de su parte dél, començamos á ser, en la forma que entonces éramos, inficionados y malos. Cristo, nuestro bienaventurado 15 PADRE, dió principio á nuestra vida y justicia, haziendo en sí primero lo que en nosotros avía de nascer y parecer después; y como quien pone en el grano la calidad con que dessea que la espiga nazca, assí, teniéndonos á todos juntos en 20 sí, en la forma que avemos ya dicho, con lo que hizo en sí, quanto fué de su parte, nos començó á hazer y á calificar en origen tales cuales nos avía de engendrar después en realidad y en effecto. 25

Y porque este nascimiento y origen nuestra no era primer origen, sino nascimiento después

de otro nascimiento, y de nascimiento perdido y dañado; fué necessario hazer, no sólo lo que convenía para darnos buen espíritu y buena vida, sino padecer también lo que era menester para
5 quitarnos el mal espíritu con que avíamos venido á la vida primera. Y como dicen del maestro que toma para discípulo al que está ya mal enseñado, que tiene dos trabajos, uno en desarraygar lo malo y otro en plantar lo bueno;
10 assí Cristo, nuestro bien y señor, hizo dos cosas en sí, para que hechas en sí, se hiziessen en nosotros los que estamos en él, una para destruir nuestro espíritu malo y otra para criar nuestro espíritu bueno. Para matar el peccado y para
15 destruir el mal y la desorden de nuestra origen primera, murió él en persona de todos nosotros, y quanto es de su parte, en él recebimos todos muerte, así como estávamos todos en él, y quedamos muertos en nuestro PADRE y cabeça, y
20 muertos para nunca vivir más en aquella manera de ser y de vida. Porque según aquella manera de vida passible y que tenía imagen y representación de peccado, nunca tornó Cristo, nuestro PADRE y cabeça, á vivir; como el Apóstol
25 lo dize: *Si murió por el peccado, ya murió de una vez; si vive, vive ya á Dios.* Y de aquesta primera muerte del peccado y del viejo hombre,

25 Rom., 6, 10.

26 En las ed. 1.^a y 2.^a falta Y.

que se celebró en la muerte de Cristo como general y como original para los demás, nasce la fuerza de aquello que dize y arguye sant Pablo, quando escribiendo á los romanos les amonesta que no pequen y les estraña mucho el peccar, 5 porque dize: *Pues ¿qué diremos? ¿Convendrá perseverar en el peccar para què se acresciente la gracia? En ninguna manera. Porque, los que morimos al peccado, ¿cómo se compadesce que vivamos en él todavía?* Y después de algunas palabras, declarándose más: *Porque avéys de saber esto, que nuestro hombre viejo fué juntamente crucificado para que sea destruydo el cuerpo del peccado y para que no sirvamos más al peccado.* Que es como dezirles que quando Cristo murió 15 á la vida passible y que tiene figura de peccadora, murieron ellos en él para todo lo que es essa manera de vida; por lo qual, que pues murieron allí á ella por aver muerto Cristo, y Cristo no tornó después á semejante vivir, si ellos están en 20 él y si lo que passó en él esso mismo se hizo en ellos, no se compadece en ninguna manera que ellos quieran tornar á ser lo que, según que estuvieron en Cristo, dexaron de ser para siempre.

Y á esto mismo pertenece y mira lo que dize 25

6 Rom., 6, 1-2.

11 Rom., 6, 6.

24 La 3.^a ed. estuvieron.

en otro lugar: *Assí que, hermanos, vosotros ya estáys muertos á la ley por medio del cuerpo de Cristo.* Y poco después: *Lo que la ley no podía hazer, y en lo que se mostrava flaca por razón de*
5 *la carne, Dios, embiando á su Hijo en semejança de carne de peccado, del peccado condenó el peccado en la carne.* Porque, como avemos ya dicho, y conviene que muchas vezes se diga para que repitiéndose se entienda mejor, procedió Cristo á
10 esta muerte y sacrificio acceptíssimo que hizo de sí, no como una persona particular, sino como en persona de todo el linaje humano y de toda la vejez dél, y señaladamente de todos aquellos á quien de hecho avía de tocar el nascimiento se-
15 gundo, los cuales por secreta unión del espíritu avía puesto en sí y como sobre sus hombros; y assí, lo que hizo entonces en sí, quanto es de su parte, quedó hecho en todos nosotros.

Y que Cristo aya subido á la cruz como per-
20 sona pública y en la manera que digo, aunque está ya provado, pruévase más con lo que Cristo hizo y nos quiso dar á entender en el sacramento de su cuerpo, que debaxo de las especies de pan y vino consagró, ya vezino á la muerte. Porque
25 tomando el pan y dándolo á sus discípulos, les dixo desá manera: *Este es mi cuerpo, el que será entregado por vosotros;* dando claramente á en-

1 Rom., 7, 4.

26 Matth., 26, 26.

tender que su cuerpo verdadero estaba debaxo de aquellas especies, y que estaba en la forma que se avía de offrecer en la cruz, y que las mismas especies de pan y vino declaravan y eran como imagen de la forma en que se avía de offrecer. Y que assí como el pan es un cuerpo compuesto de muchos cuerpos, esto es, de muchos granos, que perdiendo su primera forma por la virtud del agua y del fuego hazen un pan; assí nuestro pan de vida, aviendo ayuntado á sí por secreta fuerça de amor y de espíritu la naturaleza nuestra, y aviendo hecho como un cuerpo de sí y de todos nosotros, de sí en realidad de verdad y de los demás en virtud; no como una persona sola, sino como un principio que las contenía todas, se ponía en la cruz. Y que como iba á la cruz abraçado con todos, assí se encerrava en aquellas especies, para que ellas con su razón, aunque ponían velo á los ojos, alumbrassen nuestro corazón de contino y nos dixessen que contenían á Cristo debaxo de sí; y que lo contenían, no de cualquiera manera, sino de aquella como se puso en la cruz, llevándonos á nosotros en sí, y hecho con nosotros, por espiritual unión, uno mismo, assí como el pan, cuyas ellas fueron, era un compuesto hecho de muchos granos.

6 *La 1.^a ed. Porque assi.*

26 *En la 1.^a ed. falta hecho.*

Assí que aquellas unas y mismas palabras dicen juntamente dos cosas: una, este, que parece pan, es mi cuerpo, el que será entregado por vosotros; otra, como el pan, que al parecer está
 5 aquí, assí es mi cuerpo, que está aquí y que por vosotros será á la muerte entregado. Y esto mismo como en figura declaró el sancto moço Isaac, que caminava al sacrificio, no vazío, sino puesta sobre sus hombros la leña que avía de arder en
 10 él; porque cosa sabida es que en el lenguaje secreto de la Escripura el leño seco es imagen del peccador. Y ni más ni menos en los cabrones que el *Levítico* sacrifica por el peccado, que fueron figura clara del sacrificio de Cristo, todo el pue-
 15 blo pone primero sobre las cabeças dellos las manos; porque se entienda que en este otro sacrificio nos llevaba á todos en sí nuestro PADRE y cabeça. Mas ¿qué digo de los cabrones? Porque si buscamos imágenes de aquesta verdad,
 20 ninguna es más biva ni más cabal que el summo pontífice de la ley vieja, vestido de pontifical para hazer sacrificio. Porque, como sant Jerónimo

1-6 Assí... entregado. *falta en la 1.ª ed.*

7 Gen., 22, 6.

10-11 La 1.ª ed. lenguaje de la Escripura secreto.

13 Levit., 8, 14.

17-18 La 1.ª ed. nuestro padre y cabeça nos llevaba á todos en sí.

20 Véase esta idea más desenvuelta en el *Sermón* de L. de León, publ. en el t. IV de sus Obras, pág. 245.

22 *Ep. ad Fabiol. de vest. sacerdot.*

dize, ó por dezir verdad, como el Spíritu Sancto lo declara en el libro de la *Sabiduría*, aquel pontifical, assí en la forma dél como en las partes de que se componía, y en todas sus colores y cualidades, era como una representación de la 5 universidad de las cosas; y el summo sacerdote vestido dél era un mundo universo; y como iba á tratar con Dios por todos, assí los llevaba todos sobre sus hombros. Pues de la misma manera Cristo, summo y verdadero sacerdote, para 10 cuya imagen servía todo el summo sacerdocio passado, quando subió al altar de la cruz á sacrificar por nosotros, fué vestido de nosotros mismos en la forma que dicho es; y sacrificándose á sí, y á nosotros en sí, dió fin desta manera á nues- 15 tra vieja maldad.

Avemos dicho lo que hizo Cristo para desarraygar de nosotros nuestro primero espíritu malo; digamos agora lo que hizo en sí para criar en nosotros el hombre nuevo y el espíritu bueno; esto 20 es, para después de muertos á la vida mala, tornarnos á vida buena, y para dar principio á nuestra segunda generación. Por virtud de su divinidad, y porque según ley de justicia no tenía obligación á la muerte, por ser su naturaleza hu- 25

2 Sap., 18, 24.

4 La 1.^a ed. en sus colores y cualidades todas.

6 La 1.^a ed. y el sacerdote summo.

10 La 1.^a ed. sacerdote summo y verdadero. La 2.^a ed. summo sacerdote y verdadero.

mana de su nacimiento inocente, no pudo Cristo quedar muerto muriendo, y como dize sant Pedro, no fué possible ser detenido de los dolores de la sepultura; y así, resucitó bivo el día
5 tercero; y resucitó, no en carne passible y que tuviesse representación de peccado y que estuviesse subjecta á trabajos, como si tuviera peccado, que aquello murió en Cristo para jamás no bivar, sino en cuerpo incorruptible y glorioso y
10 como engendrado por solas las manos de Dios. Porque, así como en el primer nacimiento suyo en la carne, quando nació de la Virgen, por ser su padre Dios, sin obra de hombre, nació sin peccado; mas por nacer de madre passible y
15 mortal, nació él semejantemente hábil á padecer y morir, assemejándose á las fuentes de su nacimiento, á cada una en su cosa; así en la resurrección suya, que dezimos agora, la qual la Sagrada Escripura también llama nacimiento ó
20 generación, como en ella no uvo hombre que fuesse padre ni madre, sino Dios solo, que la hizo por sí y sin ministerio de alguna otra causa segunda, salió todo, como de mano de Dios, no sólo puro de todo peccado, sino también de la ima-
25 gen dél; esto es, libre de la passibilidad y de la muerte, y juntamente dotado de claridad y de gloria. Y como aquel cuerpo fué reengendrado

solamente por Dios, salió con las calidades y con los semblantes de Dios, cuanto le son á un cuerpo posibles. Y assí, se precia Dios deste hecho como de hecho solamente suyo; y assí dize en el psalmo: *Yo soy el que oy te engendré.* 5

Pues dezimos agora, que de la manera que dió fin á nuestro viejo hombre muriendo, porque murió él por nosotros y en persona de nosotros, que por secrêto misterio nos contenía en sí mismo como nuestro PADRE y cabeça; por la misma 10 razón, tornando él á bivar, renació con él nuestra vida. Vida llamo aquí la de justicia y de espíritu, la cual comprehende, no solamente el principio de la justicia, quando el peccador, que era, comienza á ser justo, sino el crecimiento della tam- 15 bién, con todo su processo y perfección, hasta llegar el hombre á la immortalidad del cuerpo y á la entera libertad del peccado. Porque quando Cristo resuscitó, por el mismo caso que él resuscitó, se principió todo esto en los que estábamos 20 en él como en nuestro principio. Y assí lo uno como lo otro lo dize breve y significantemente sant Pablo, diziendo: *Murió por nuestros delictos y resuscitó por nuestra justificación.* Como si más estendidamente dixera: tomónos en sí, y murió 25

5 Ps., 2, 5.

9 En la 1.^a ed. falta mismo.

16 La 1.^a ed. perfición.

23 Rom., 4, 25.

como peccador, para que muriésemos en él los peccadores; y resucitó á vida eternamente justa é immortal y gloriosa, para que resuscitássemos nosotros en él á justicia y á gloria y á immortalidad. Mas ¿por ventura no resuscitamos nosotros con Cristo? El mismo apóstol lo diga: *Y nos dió vida*, dize hablando de Dios, *juntamente con Cristo; y nos resucitó con él, y nos assentó sobre las cumbres del cielo*. De manera que lo que hizo Cristo en sí y en nosotros según que estávamos entonces en él, fué aquesto que he dicho.

Pero no por esso se ha de entender que por esto sólo quedamos de hecho y en nosotros mismos ya nuevamente nascidos y otra vez engendrados, muertos al viejo peccado y bivos al espíritu del cielo y de la justicia; sino allí comenzamos á nacer, para nacer de hecho después. Y fué aquello como el fundamento de aqueste otro edificio. Y para hablar con más propiedad, del fructo noble de justicia y de immortalidad que se descubre en nosotros y se levanta y cresce y traspasa los cielos, aquellas fueron las simientes y las rayzes primeras. Porque assí como, no embargante que quando peccó Adam todos peccamos en él y concebimos espíritu de ponçoña y de muerte, para que de hecho nos inficione el peccado y para que este mal espíritu se nos infunda

6 *La 1.ª ed. mesmo.*

6 *Eph., 2, 5-6.*

es menester que también nosotros nazcamos de Adam por orden natural de generación; así, por la misma manera, para que de hecho en nosotros muera el espíritu de la culpa y biva el de la gracia y el de la justicia, no basta aquel fundamento y aquella semilla y origen; ni con lo que fué hecho en nosotros en la persona de Cristo, con esso, sin más hazer ni entender en las nuestras, somos ya en ellas justos y salvos, como dicen los que desatinan agora; sino es menester que de hecho nazcamos de Cristo, para que por este nascimiento actual se derive á nuestras personas y se assiente en ellas aquello mismo que ya se principió en nuestra origen. Y aunque usemos de una misma semejança más vezes, como á la espiga, aunque está cual ha de ser en el grano, para que tenga en sí aquello que es y sus cualidades todas y sus figuras, le conviene que con la virtud del agua y del sol salga del grano naciendo; así mismo también no començaremos á ser en nosotros cuales en Cristo somos, hasta que de hecho nazcamos de Cristo.

Mas preguntará por caso alguno: ¿en qué manera nasceremos, ó cuál será la forma de aquesta generación? ¿Avemos de tornar al vientre de nuestras madres de nuevo, como, maravillado de

12-13 Las ed. 1.^a y 2.^a se derive y assiente en nuestras personas aquello.

aquesta nueva doctrina, preguntó Nicodemus, ó bueltos en tierra ó consumidos en fuego, renascéremos, como el ave fénix, de nuestras cenizas? Si este nascimiento nuevo fuera nascer en
5 carne y en sangre, bien fuera necessaria alguna destas maneras; mas, como es nascer en espíritu, házese con espíritu y con secreta virtud. *Lo que nasce de la carne*, dize Cristo en este mismo propósito, *carne es*; y *lo que nasce del espíritu, es-
10 píritu es*. Y assí, lo que es espíritu ha de nascer por orden y fuerça de espíritu. El cual celebra esta generación en esta manera.

Cristo, por la virtud de su espíritu, pone en effecto actual en nosotros aquello mismo que
15 començamos á ser en él y que él hizo en sí para nosotros, esto es, pone muerte á nuestra culpa quitándola del alma; y aquel fuego ponçofioso que la sierpe inspiró en nuestra carne, y que nos solicita á la culpa, amortíguale y pónеле freno
20 agora, para después en el último tiempo amatarle del todo; y pone también simiente de vida, y como si dixésemos, un grano de su espíritu y gracia, que encerrado en nuestra alma y siendo cultivado como es razón, vaya después creciendo
25 por sus términos y tomando fuerças y levantándose hasta llegar á la medida, como dize sant

1 Joh., 3, 5.

7 Joh., 3, 6.

26 Eph., 4, 13.

Pablo, de varón perfecto. Y poner Cristo en nosotros esto, es nosotros nascer de Cristo en realidad y verdad. Mas está en la mano la pregunta y la duda. ¿Pone por aventura Cristo en todos los hombres aquesto? ó ¿pónelo en todas las sa- 5
zones y tiempos? ó ¿en quién y cuándo lo pone? Sin duda no lo pone en todos ni en cualquiera forma y manera, sino sólo en los que nascen dél; y nascen dél los que se bautizan, y en aquel sa-
cramento se celebra y pone en obra aquesta ge- 10
neración. Por manera que tocando al cuerpo el agua visible, y obrando en lo secreto la virtud de Cristo invisible, nasce el nuevo Adam, quedando muerto y sepultado el antiguo. En lo cual,
como en todas las cosas, guardó Dios el camino 15
seguido y llano de su providencia.

Porque, assí como para que el fuego ponga en un madero su fuego, esto es, para que el madero nazca fuego encendido, se avezina primero al fuego el madero, y con la vezindad se le haze 20
semejante en las cualidades que recibe en sí de sequedad y calor, y cresce en esta semejança hasta llegarla á su punto, y luego el fuego se lança en él y le da su forma; assí, para que Cristo ponga é infunda en nosotros, de los tesoros de bie- 25
nes y vida que atesoró muriendo y resuscitando, la parte que nos conviene, y para que nazcamos Cristos, esto es, como sus hijos, ordenó que se hiziesse en nosotros una representación de su

muerte y de su nueva vida, y que desta manera, hechos semejantes á él, él, como en sus semejantes, influyesse de sí lo que responde á su muerte y lo que responde á su vida. A su muerte responde el
5 borrar y el morir de la culpa; y á su resurrección, la vida de gracia. Porque el entrar en el agua y el sumirnos en ella es como, ahogándonos allí, quedar sepultados, como murió Cristo y fué en la sepultura puesto; como lo dize sant Pablo: *En*
10 *el baptismo soys sepultados y muertos juntamente con él.* Y por consiguiente, y por la misma manera, el salir después del agua es como salir del sepulcro biviendo. Pues á esta representación responde la verdad juntamente; y assemajándo-
15 nos á Cristo en esta manera, como en materia y subjecto dispuesto, se nos infunde luego el buen espíritu, y nasce Cristo en nosotros; y la culpa, que como en origen y en general destruyó con su muerte, destrúyela entonces en particular en cada
20 uno de los que mueren en aquella agua sagrada. Y la vida de todos, que resucitó en general con su vida, pónela también en cada uno y en particular, quando, saliendo del agua, parece que resuscitan. Y assí, en aquel hecho juntamente ay
25 representación y verdad: lo que parece por defuera es representación de muerte y de vida; mas

9 Rom., 6, 4.23-24 La 1.^a ed. quando parecen resucitar saliendo del agua.

lo que passa en secreto es verdadera vida de gracia y verdadera muerte de culpa.

Y si os plazc saber, pudiendo esta representación de muerte ser hecha por otras muchas maneras, por qué entre todas escogió Dios esta del 5 agua, conténtame mucho lo que dize el glorioso mártir Cipriano. Y es, que la culpa que muere en esta imagen de muerte es culpa que tiene ingenio y condición de ponçoña, como la que nació de mordedura y de aliento de sierpe; y cosa sabida es 10 que la ponçoña de las sierpes se pierde en el agua, y que las culebras, si entran en ella, dexan su ponçoña primero. Assí, que morimos en agua para que muera en ella la ponçoña de nuestra culpa, porque en el agua muere la ponçoña na- 15 turalmente. Y esto es quanto á la muerte que allí se celebra; pero quanto á la vida, es de advertir que, aunque la culpa muere del todo, pero la vida que se nos da allí no es del todo perfecta; quiero dezir, que no bive luego en nosotros el 20 hombre nuevo cabal y perfecto, sino bive, como la razón del segundo nascimiento lo pide, como niño flaco y tierno. Porque no pone luego Cristo en nosotros todo el ser de la nueva vida que resuscitó con él, sino pone, como diximos, un gra- 25 no della y una pequeña semilla de su espíritu y

7 *In serm. de Baptism.*

12 *La 1.ª ed. se dexan.*

18 *La 3.ª ed. muerte.*

26 *En la 1.ª ed. falta su.*

de su gracia; pequeña, pero efficacísima para que biva y se adelante, y lance del alma las reliquias del viejo hombre contrario suyo, y vaya pujando y estendiéndose hasta apoderarse de nosotros del todo, haziéndonos perfectamente dichosos y buenos.

Mas ¡cómo es maravillosa la sabiduría de Dios, y cómo es grande la orden que pone en las cosas que haze, travándolas todas entre sí y templándolas por estraña manera! En la filosofía se suele dezir que, como nasce una cosa, por la misma manera cresce y se adelanta. Pues lo mismo guarda Dios en este nuevo hombre y en este grano de espíritu y de gracia, que es semilla de nuestra segunda y nueva vida. Porque assí como tuvo principio en nuestra alma quando por la representación del baptismo nos hizimos semejantes á Cristo, assí cresce siempre y se adelanta quando nos assemjamos más á él, aunque en diferente manera. Porque para recibir el principio desta vida de gracia le fuymos semejantes por representación, porque por verdad no podíamos ser sus semejantes antes de recibir esta vida; mas para el acrescentamiento della conviene que le remedemos con verdad en las obras y hechos.

Y va, assí en esto como en todo lo demás que arriba diximos, este nuevo hombre y espíritu res-

1 En la 1.^a ed. falta su.

18-19 La 1.^a ed. adelanta por assemjarnos más.

pondidamente contraponiéndose á aquel espíritu viejo y perverso. Porque assí como aquél se diferenciava de la naturaleza de nuestra substancia en que, siendo ella hechura de Dios, él no tenía nada de Dios, sino era todo hechura del demonio y del hombre; assí este buen espíritu todo es de Dios y de Cristo. Y assí como allí hizo el primer padre, obedesciendo al demonio, aquello con lo que él y los que estávamos en él quedamos perdidos; de la misma manera aquí padesció Cristo, nuestro PADRE segundo, obedesciendo á Dios, con lo que en él y por él los que estamos en él nos avemos cobrado. Y assí como aquél dió fin al bivar que tenía, y principio al morir que mereció por su mala obra; assí éste por su divina paciencia dió muerte á la muerte y tornó á vida la vida. Y assí como lo que aquél traspasó no lo quisimos de hecho nosotros, pero por estar en él como en padre, fuymos vistos quererlo; assí lo que padeció y hizo Cristo para bien de nosotros, sí se hizo y padesció sin nuestro querer, pero no sin lo que en virtud era nuestro querer, por razón de la unión y virtud que está dicha. Y como aquella ponçoña, como arriba diximos, nos tocó é inficionó por dos differentes maneras, una en general y en virtud quando estávamos en Adam todos generalmente encerrados, y otra en particular y en expresa verdad quando començamos á bivar en nosotros mismos, siendo engendra-

dos; assí esta virtud y gracia de Cristo, como ave-
mos declarado arriba también, nos cualificó prime-
ro en general y en común, según fuymos vistos es-
tar en él por ser nuestro PADRE, y después de he-
5 cho y en cada uno por sí, cuando comienza cada
uno á bivar en Cristo, nasciendo por el baptismo.

Y por la misma manera, assí como al principio,
quando nascemos, incurrimos en aquel daño y
gran mal, no por nuestro merescimiento proprio,
10 sino por lo que la cabeça, que nos contenía, hizo
en sí mismo; y si salimos del vientre de nuestras
madres culpados, no nos forjamos la culpa nos-
otros antes que saliésemos dél; assí quando pri-
meramente nascemos en Cristo, aquel espíritu
15 suyo que en nosotros comienza á bivar no es obra
ni premio de nuestros merescimientos. Y conforme
á esto y por la misma forma y manera como
aquella ponçoña, aunque nasce al principio en
nosotros sin nuestro proprio querer, pero después,
20 queriendo nosotros usar della y obrar conforme
á ella y seguir sus malos siniestros é inclinacio-
nes, la acrescentamos y hazemos peor por nues-
tras mismas malas mañas y obras; y aunque entró
en la casa de nuestra alma, sin que por su propria

11-12 *La 1.^a ed.* nuestra madre.

20 *La 1.^a ed.* quiriendo.

21 *siniestro*, substantivo, es 'el vicio ó mala costumbre
que tiene ó el hombre ó la bestia' (*Covarrubias*). Comp.
Job, 133; *Pícara Justina*, I, 157, etc.

24 *En la 1.^a ed.* falta propria.

voluntad ninguno de nosotros le abriese la puerta, después de entrada por nuestra mano y guiándola nosotros mismos se lança por toda ella y la tiranniza y la convierte en sí misma en una cierta manera: assí esta vida nuestra y aqueste espíritu 5 que tenemos de Cristo, que se nos da al principio sin nuestro merescimiento, si después de recebido, oyendo su inspiración y no resistiendo á su movimiento, seguimos su fuerça, con esso mismo que obramos siguiéndole lo acrescentamos y ha- 10 zemos mayor, y con lo que nasce de nosotros y dél, merecemos que crezca él en nosotros. Y como las obras que nascían del espíritu malo eran malas ellas en sí, y acrescentavan y engrossavan y fortalescían esse mismo espíritu de donde nas- 15 cían; assí lo que hacemos guiados y alentados con esta vida que tenemos de Cristo, ello en sí es bueno y delante de los ojos de Dios agradable y hermoso, y merecedor de que por ello suba á mayor grado de bien y de pujança el espíritu de do tuvo 20 origen.

Aquel veneno assentado en el hombre, y perseverando y cundiendo por él poco á poco, assí le contamina y le corrompe, que le trae á muerte 25 perpetua; esta salud, si dura en nosotros, haziéndose de cada día más poderosa y mayor, nos haze sanos del todo. De arte que, siguiendo nosotros

10 *La 1.ª ed. le.*23 *assi 'tanto, de tal modo'.*

el movimiento del espíritu con que nascemos, el cual, lançado en nuestras almas, las despierta é incita á obrar conforme á quien él es y al origen de donde nasce, que es Cristo; assí que, obrando
5 aquello á que este espíritu y gracia nos mueve; somos en realidad de verdad semejantes á Cristo, y cuanto más assí obráremos, más semejantes. Y assí, haziéndonos nosotros vezinos á él, él se avezina á nosotros, y merecemos que se in-
10 funda más en nosotros y biva más, añadiendo al primer espíritu más espíritu y á un grado otro mayor, acrescentando siempre en nuestras almas la semilla de vida que sembró, y haziéndola mayor y más esforçada, y descubriendo su virtud más en
15 nosotros; que obrando conforme al movimiento de Dios y caminando con largos y bien guiados passos por este camino, merecemos ser más hijos de Dios y de hecho lo somos. Y los que, quando nascimos en el baptismo, fuymos hechos seme-
20 jantes á Cristo en el ser de gracia antes que en el obrar; esos que, por ser ya justos, obramos como justos; esos mismos, haziéndonos semejantes á él en lo que toca al obrar, crescemos merecidamente en la semejança del ser. Y el mismo es-
25 píritu que despierta y atiza á las obras, con el

9 La 1.^a ed. merecemos dél que.

12 La 3.^a ed. acrescentado.

15 Las ed. 1.^a y 2.^a nosotros. Los cuales obrando.

21-22 La 1.^a ed. esos que por ser así, obramos así.

mérito dellas cresce y se esfuerça y va subiendo y haziéndose señor de nosotros y dándonos más salud y más vida, y no para hasta que en el tiempo último nos la dé perfecta y gloriosa aviéndonos levantado del polvo. 5

Y como uvo dicho esto Marcello, callóse un poco y luego tornó á dezir:

—Dicho he cómo nascemos de Cristo, y la necesidad que tenemos de nacer dél, y el provecho y misterio deste nascimiento; y de un abismo 10 de secretos que acerca desta generación y parentesco divino en las sagradas letras se encierra, he dicho lo poco que alcanza mi pequeñez, aviendo tenido respecto al tiempo y á la ocasión, y á la cualidad de las cosas, que son delicadas y obscuras. 15 Agora, como saliendo de entre estas çarças y espinas á campo más libre, digo que ya se conoce bien cuán justamente Esaías da nombre de PADRE á Cristo y le dize que es PADRE DEL SIGLO FUTURO; entendiendo por este siglo la generación 20 nueva del hombre y los hombres engendrados assí, y los largos y no finibles tiempos en que ha de perseverar aquesta generación. Porque el siglo presente, el cual, en comparación del que llama Esaías venidero, se llama primero siglo, que es 25 el bivar de los que nascemos de Adam, comenzó con Adam, y se ha de rematar y cerrar con la vida de sus descendientes postreros, y en particular no durará en ninguno más de lo que él

durare en esta vida presente; mas el siglo segundo, desde Abel, en quien començó, estendiéndose con el tiempo, y quando el tiempo tuviere su fin, reforçándose él más, perseverará para siempre.

- 5 Y llámase siglo futuro, dado que ya es en muchos presente y quando le nombró el profeta lo era también, porque començó primero el otro siglo mortal. Y llámase siglo también, porque es otro mundo por sí, semejante y diferente deste
10 otro mundo viejo y visible; porque, de la manera que quando produjo Dios el hombre primero hizo cielos y tierra y los demás elementos, assí en la creación del hombre segundo y nuevo, para que todo fuesse nuevo como él, hizo en la Iglesia
15 sus cielos y su tierra y vistió á la tierra con frutos y á los cielos con estrellas y luz. Y lo que hizo en aquesto visible, esso mismo ha obrado en lo nuevo invisible, procediendo en ambos por unas mismas pisadas; como lo debuxó, cantando divi-
20 namente, David en un psalmo, y es dulcíssimo y elegantíssimo psalmo. Adonde por unas mismas palabras, y como con una boz, cuenta, alabando á Dios, la criación y governación de aquestos dos mundos; y diziendo lo que se vee, significa lo
-

15 *La 1.^a ed. de frutos.*

17-18 *Las ed. 1.^a y 2.^a en esta novedad espiritual, procediendo.*

20 *El psalmo 103, que á continuación explica y después traduce en verso.*

que se absconde, como sant Agustín lo descubre, lleno de ingenio y de espíritu.

Dize que estendió los cielos Dios como quien despliega tienda de campo, y que cubrió los sobrados dellos con aguas, y que ordenó las nuves, 5 y qué en ellas, como en cavallos, discurre bolando sobre las alas del ayre, y que le acompañan los truenos y los relámpagos y el torvellino. Aquí ya vemos cielos y vemos nuves, que son aguas espessadas y assentadas sobre el ayre tendido, 10 que tiene nombre de cielo; oymos también el trueno á su tiempo y sentimos el viento que buela y que brama, y el resplandor del relámpago nos hiebre los ojos. Allí, esto es, en el nuevo mundo y Iglesia, por la misma manera, los cielos son los 15 apóstoles y los sagrados doctores y los demás santos, altos en virtud y que influyen virtud, y su doctrina en ellos son las nuves, que derivada en nosotros, se torna en lluvia; en ella anda Dios y discurre bolando, y con ella viene el soplo de 20 su espíritu, y el relámpago de su luz, y el tronido y el estampido, con que el sentido de la carne se aturde.

Aquí, como dize, prosiguiendo, el psalmista, fundó Dios la tierra sobre cimientos firmes, adonde 25 permanece y nunca se mueve; y como primero estuviesse anegada en la mar, mandó Dios

que se apartassen las aguas, las cuales, obedeciendo á esta boz, se apartaron á su lugar, adonde guardan continuamente su puesto; y luego que ellas huyeron, la tierra descubrió su figura, humilde en los valles y soberana en los montes. Allí el cuerpo firme y macizo de la Iglesia, que ocupó la redondez de la tierra, recibió asiento por mano de Dios en el fundamento no mudable, que es Cristo, en quien permanecerá con eterna firmeza. En su principio la cubría y como anegava la gentilidad, y aquel mar grande y tempestuoso de tirannos y de ídolos la tenían cuasi sumida. mas sacóla Dios á luz con la palabra de su virtud, y arredró della la amargura y violencia de aquellas olas, y quebrólas todas en la flaqueza de una arena menuda, con lo cual descubrió su forma y su concierto la Iglesia, alta en los obispos y ministros espirituales, y en los fieles legos humildes, humilde. Y, como dize David, subieron sus montes y parecieron en lo hondo sus valles.

Allí como aquí, conforme á lo que el mismo psalmo prosigue, sacó Dios venas de agua de los cerros de los altos ingenios. que entre dos sierras, sin declinar al extremo, siguen lo igual de la verdad y lo medio derechamente; en ellas se habían las aves espirituales, y en los frutales de vir-

12 La 1.^a ed. casi.

14 *arredrar* 'hacer retroceder, echar atrás'. Comp. León, *Job*, 31; Juan Ruiz, 310, 533, etc.

tud que florescen dellas y junto á ellas cantan dulcemente assentadas. Y no sólo las aves se bañan aquí, mas también los otros fieles, que tienen más de tierra y menos de espíritu, si no se bañan en ellas, á lo menos beven dellas y quebrantan su sed. El mismo, como en el mundo, así en la Iglesia, embía lluvias de espirituales bienes del cielo, y caen primero en los montes, y de allí, juntas en arroyos y descendiendo, bañan los campos. Con ellas cresce para los más rudos, así como para las bestias, su heno; y á los que biven con más razón, de allí les nasce su mantenimiento. El trigo que fortifica, y el olio que alumbra. y el vino que alegra, y todos los dones del ánimo, con esta lluvia florecen. Por ella los yermos desiertos se vistieron de religiosas hayas y cedros, y esos mismos cedros con ella se vistieron de verdor y de fructo, y dieron en sí reposo y dulce y saludable nido á los que bolaron á ellos huyendo del mundo. Y no sólo proveyó Dios de nido á aquestos huydos, mas para cada un estado de los demás fieles hizo sus proprias guaridas; y como en la tierra los riscos son para las cabras monteses, y los conchos tienen sus viveras entre las peñas, así acontece en la Iglesia.

En ella luze la luna y luze el sol de justicia, y nasce y se pone á vezes, agora en los unos y ago-

13 olio "vulgarmente le llamamos azeite" (Covarrubias).

ra en los otros; y tiene también sus noches de tiempos duros y ásperos, en que la violencia sangrienta de los enemigos fieros halla su sazón para salir y bramar y para executar su fiereza; mas
5 también á las noches succede en ella después el aurora, y amanece después, y encuévase con la luz la malicia, y la razón y la virtud resplandesce.

¡Cuán grandes son tus grandezas, Señor! Y
10 como nos admiras con esta orden corporal y visible, mucho más nos pones en admiración con la espiritual é invisible. No falta allí también otro océano ni es de más cortos braços ni de más angostos senos que es éste que ciñe por todas
15 partes la tierra, cuyas aguas, aunque son fieles, son, no obstante esso, aguas amargas y carnales y movidas tempestuosamente de sus violentos desseos; cría peces sin número, y la ballena infernal se espacia por él; en él y por él van mil
20 navíos, mil gentes aliviadas del mundo, y como cerradas en la nave de su secreto y sancto propósito; mas ¡dichosos aquellos que llegan salvos al puerto!

Todos, Señor, biven por tu liberalidad y largueza; mas, como en el mundo, assí en la Iglesia abscondes y como encoges, cuando te parece, la mano; y el alma, en faltándole tu amor y tu es-

píritu, buélvese en tierra. Mas, si nos dexas caer para que nos conozcamos, para que te alabemos y celebremos, después nos renuevas. Assí vas criando y governando y perficionando tu Iglesia hasta llegarla á lo último, cuando, consumida toda la liga del viejo metal, la saques toda junta pura y luziente y verdaderamente nueva del todo. Cuando viniere este tiempo (¡ay amable y bien-aventurado tiempo, y no tiempo ya, sino eternidad sin mudança!); assí que, cuando viniere, la arrogante sobervia de los montes estremesciéndose vendrá por el suelo, y desaparecerá hecha humo, obrándolo tu magestad, toda la pujança y deleyte y sabiduría mortal, y sepultarás en los abismos, juntamente con esto, á la tirannía, y el reyno de la tierra nueva será de los tuyos. Ellos cantarán entonces de continuo tus alabanças, y á ti el ser alabado por esta manera te será cosa agradable. Ellos bivrán en ti, y tú bivrás en ellos, dándoles riquíssima y dulcíssima vida. Ellos serán reyes, y tú rey de reyes. Serás tú en ellos todas las cosas y reynarás para siempre.

Y dicho esto, Marcello calló. Y Sabino dixo luego:

—Este psalmo en que, Marcello, avéys acaba-
do, vuestro amigo le puso también en verso, y por

1 en expresaba el término del movimiento en casos á que hoy se aplica á, por ejemplo, subió en los cielos, pasar en Europa (Mariana), pasase en Berbería (*Quijote*).

no romperos el hilo, no os lo quise acordar; mas pues me distes este officio, y vos le olvidastes, dezirle he yo, si os parece.

Entonces Marcello y Juliano juntos respondieron que les parecía muy bien y que luego le dicesse. Y Sabino, que era mancebo, assí en el alma como en el cuerpo muy compuesto, y de pronunciación agradable, alçando un poco los ojos al cielo y lleno el rostro de espíritu, con templada
 10 boz dixo desta manera:

Alaba ¡o alma! á Dios: Señor, tu alteza,
 ¿Qué lengua ay que la cuente?
 Vestido estás de gloria y de belleza
 Y luz resplandesciente.
 15 Encima de los cielos desplegados
 Al agua diste assiento.
 Las nuves son tu carro, tus alados
 Cavallos son el viento.
 Son fuego abrasador tus mensajeros,
 20 Y trueno y torvellino.
 Las tierras sobre assientos duraderos
 Mantienes de contino.
 Los mares las cubrían de primero
 Por cima los collados;
 25 Mas visto de tu boz el trueno fiero,
 Huyeron espantados;
 Y luego los subidos montes crecen,
 Humillanse los valles;
 Si ya entre sí hinchados se embravecen,
 30 No passarán las calles,
 Las calles que les diste y los linderos,
 Ni anegarán las tierras.
 Descubres minas de agua en los oteros,
 Y corre entre las sierras.

7 *compuesto* 'ordenado, bien proporcionado, arreglado. sereno', *passim*. Comp. Cuervo, *Dicc.*

23 *de primero* 'antes'.

El gamo y las salvajes alimañas	
Allí la sed quebrantan;	
Las aves nadadoras allí bañas,	
Y por las ramas cantan.	
Con lluvia el monte riegas de tus cumbres,	5
Y das hartura al llano.	
Así das heno al buey, y mil legumbres	
Para el servicio humano.	
Así se espiga el trigo y la vid cresce	
Para nuestra alegría;	10
La verde oliva así nos resplandesce,	
Y el pan da valentía.	
De allí se viste el bosque y la arboleda	
Y el cedro soberano,	
Adonde anida la ave, adonde enreda	15
Su cámara el milano.	
Los riscos á los corços dan guarida,	
Al conejo la peña.	
Por ti nos mira el sol, y su luzida	
Hermana nos enseña	20
Los tiempos. Tú nos das la noche oscura,	
En que salen las fieras:	
El tigre, que ración con hambre dura	
Te pide y bozes fieras;	
Despiertas el aurora, y de consuno	25
Se van á sus moradas;	
Da el hombre á su labor, sin miedo alguno,	
Las horas situadas.	
¡Cuán nobles son tus hechos, y cuán llenos	
De tu sabiduría!	30
Pues ¿quién dirá el gran mar, sus anchos senos,	
Y cuantos peces, cría;	
Las naves que en él corren, la espantable	
Vallena que le açota?	
Sustento esperan todos saludable	35
De ti, que el bien no agota.	
Tomamos, si tú das; tu larga mano	
Nos dexa satisfechos;	
Si huyes, desfallece el ser liviano,	
Quedamos polvo hechos.	40
Mas tornará tu soplo, y, renovado,	
Repararás el mundo.	
Será sin fin tu gloria, y tú alabado	
De todos sin segundo.	

- Tú, que los montes ardes si los tocas
 Y al suelo das temblores,
 Cient vidas que tuviera y cient mil bocas,
 Dedico á tus loores.
 5 Mi boz te agradará, y á mí este officio
 Será mi gran contento.
 No se verá en la tierra maleficio
 Ni tiranno sangriento.
 Sepultará el olvido su memoria:
 10 Tú, alma, á Dios da gloria.

Como acabó Sabino aquí, dixo Marcello luego:
 —No parece justo después de un semejante
 fin añadir más. Y pues Sabino ha rematado tan
 bien nuestra plática, y avemos ya platicado assaz
 15 luengamente, y el sol parece que por oyrnos, le-
 vantado sobre nuestras cabeças, nos offende ya,
 sirvamos á nuestra necessidad agora reposando
 un poco; y á la tarde, cayda la siesta, de nuestro
 espacio, sin que la noche aunque sobrevenga lo
 20 estorve, diremos lo que nos resta.

—Sea assí—dixo Juliano.

Y Sabino añadió:

—Y yo sería de parecer que se acabasse aques-
 te sermón en aquel soto y isleta pequeña que el

12-13 La 1.^a ed. fin semejante.

18 *siesta* significaba la hora del medio día, el calor propio de ella, y, en fin, la ocupación habitual en ella, que es dormir. Comp. León, *Job*, 87: "Y dice... *siesta*... porque es mayor la luz entonces con el sol en medio del cielo"; II, 37, traduce *siesta* la palabra hebrea que significa 'la sazón del medio día'.

19 *de espacio* 'despacio, con tiempo', podía interponer el posesivo.

23 La 1.^a ed. Y aun yo.

río haze en medio de sí, y que de aquí se parece. Porque yo miro oy al sol con ojos que, si no es aquél, no nos dexará lugar que de provecho sea.

—Bien avéys dicho—respondieron Marcello y 5 Juliano—, y hágase como dezís.

Y con esto, puesto en pie Marcello, y con él los demás, cessó la plática por entonces.

x *se parece* 'se ve'. V. 66, 16.

APÉNDICE

DE NUEVE NOMBRES DE CRISTO

(*Opúsculo del Beato Alonso de Orozco.*)

De los nueve nombres que la Sagrada Escritura da á nuestro Salvador según que es hombre: el primero diremos que es llamarle Pimpollo; el segundo, Faz de Dios; el tercero, Camino; el cuarto, Monte; el quinto, Padre del siglo venidero; el sexto, Brazo de Dios; el séptimo, Rey de Dios; el octavo, Príncipe de paz; el noveno, Esposo.

Cosa lastimera es pensar en cuánta miseria han dado por su soberbia algunos cristianos que, dejados los libros devotos y sanctos, se han entregado á libros mundanos, que destruyen las buenas costumbres. Que bien dijo San Pablo: *Corrompen las buenas costumbres las palabras malas.* ¿De dónde nacen tantos vicios y ofensas de Dios, sino de tratar con tan mala doctrina, mayormente la gente moza, de noche y de día? Teniendo gran compasión de perdición tan grande, quise escribir este libro en romance y tratar de los nombres de nuestro Salvador, en el cual, como testifica el Apóstol, están atesoradas todas las riquezas de la sabiduría y cien-

cia de Dios, con todas las riquezas de su poder, bondad y perfecciones. Estas se entenderán considerando los nombres de Cristo, en los cuales, como en unas cifras, nos declara el Espíritu Sancto lo que
5 conviene al entendimiento cristiano entender.

ES EL PRIMER NOMBRE DE NUESTRO SALVADOR
LLAMARLE PIMPOLLO

Este nombre le puso Esaías cuando dijo: *En aquel día el Pimpollo del Señor será en grande al-
10 teza y el fruto de la tierra ensalzado.* Y por Jeremías dice: *Haré que nazca á David Pimpollo de Justicia, y haré justicia y razón sobre la tierra.* Zacarías, consolando al pueblo que salía de Babilonia, dice: *Yo haré venir á mi siervo el Pimpollo;*
15 *y en otro capítulo dijo: Veis un varón cuyo nombre es Pimpollo.*

Para declaración de estos nombres se ha de notar que el nombre es una imagen de lo que se nombra, la cual en algo ha de tener similitud de lo que
20 es nombrado: en manera que poner Adán nombre á todas las cosas, fué en alguna manera manifestar sus perfecciones y naturaleza; y por aquí entenderemos que cuando Dios pone algún nombre nuevo, significa alguna virtud que interiormente
25 comunica al ánima. Mudar el nombre Abraham y á Jacob, misterio significó, y aun á San Pedro llamarle Cristo *Pedro*, denotó una fortaleza particular que secretamente comunicó á su ánima; por tanto, era el primero que respondía en lo que to-
30 caba á la honra del Señor, y fué particularmente examinado de amor, y si la noche de la pa-

sión del Señor negó, fué por la ocasión que se le dió y porque en tal alto oficio que había de tener se humillase, no presumiendo de sí, y, finalmente, porque se compadeciese de los flacos cuando gobernase la Iglesia. 5

Viniendo á nuestro propósito, este nombre que Esaías y Zacarías dieron á nuestro Salvador llamándole Pimpollo le viene muy bien, y lo que con ignorancia los Hebreos dicen queriéndolo exponer de Zorobabel, quien leyó á Esdras, verá que ni 10 aquel tiempo hubo felicidad de lo temporal, ni de lo espiritual. Dice, pues, Esaías: *En aquel día será el Pimpollo del Señor en grandeza y gloria. ¿Qué día es éste sino el que había dicho antes? En aquel día quitará el Señor á las hijas de Sión el chapín y 15 el tocado de la cabeza, los collares y ajorcas, los sarcillos, los espejos, y volverá el enrizado en calva pelada y el precioso vestido en cilicio, y sus valientes morirán á cuchillo.* Todo esto pasó después de la pasión del Señor, cuando los romanos asolaron á Jerusalem; entonces Cristo, como Pimpollo, salió á luz, á honra y gloria grande. Ni se puede pensar que 20 esta felicidad y honra salió cuando los Caldeos destruyeron á Jerusalem, pues allí todo fué miseria y cautiverio. Cosa es de notar, que cayendo Jerusalem se levantó la Iglesia, y Cristo, sol de justicia, resplandeció por todo el mundo, y al que habían crucificado por oscurecer su nombre, como el sol cuando deshace las nubes, dió mayores rayos de luz. Decir Esaías que haría justicia viene bien, porque este 30 blasón le dió David á Cristo: *Dios, dad á vuestro juicio al rey y vuestra justicia al hijo del rey y juzgará á los pueblos en justicia.* De la misma manera

declara el texto caldeo el lugar que dijimos de Zacarías.

Su fruto será excelente, dijo Esaías. Así lo declaró el Señor cuando dijo: *Yo soy la cepa y vosotros los sarmientos*. Nada puede dar fruto de salvación, si no fuese unido por fe y amor con Cristo, de cuya plenitud y gracia todos los fieles recibimos. Ezequiel le llamó *Planta nombrada* y Esaías unas veces le llama *Rama*, y otras veces *Flor*, *Tallo* y *Raíz*; que es decirnos lo que el nombre de Pimpollo. Y demás de llamarse Cristo *Fruto excelente* por los grandes frutos que hizo en las ánimas destruyendo los ídolos y los vicios y el poder de Satanás, llamarse ha *Fruto excelente*, porque si Dios crió el mundo y todo lo que no se ve, fué porque Cristo había de nacer de la Virgen María. Por manera que como la raíz del árbol, ni el tronco, ramas y flor no son para sí, sino para llevar el fruto, así Dios nada cría sino porque su Hijo había de unir consigo nuestra naturaleza humana; y esto significó San Pablo diciendo: *En Cristo se recapitula lo criado y no criado, lo humano y lo divino, lo natural y lo gracioso*. Declárase bien esto porque el hombre tiene el medio entre lo espiritual, que son los ángeles, y todo lo corporal, y así le llamaron los Filósofos menor mundo. Claro está que el que entra en una casa real y ve la riqueza de los edificios, torres y chapiteles, que por allí entiende ser mucho mejor el señor para quien se hizo. Bien así contemplando los cielos y la tierra y las criaturas, entendemos la excelencia deste fruto Cristo, para quien todo fué criado. Llamémosle fruto del mundo, pues para Él y por Él fué criado todo el mundo. *Él*

es nuestra cabeza y nosotros sus miembros rústicos y así resulta un Cristo. Y aún dijo más el Apóstol para más declarar este fruto admirable: *que siendo bautizados, andamos vestidos y arreados de Cristo.* ¿Qué mayor bien y dignidad puede ser que ésta? 5
¿O qué mayor fruto se puede imaginar?

No se debe callar que en el original no dice que es fruto como nacido, sino que de suyo nace en tierra no cultivada. Adonde en Cristo nos enseña dos cosas: la una, que no hubo mérito en el mundo para 10 que viniese á nos remediar, sino su gran misericordia. La otra, que en el vientre purísimo donde fué concebido, solamente obró el Espíritu Santo, como lo dijo San Gabriel á Nuestra Señora. Y esto se ha en mucho de tener, que la entereza de la Virgen 15 esté tan antiguamente significada. Ni era razón que un misterio tan grande se callase, y aún en otras muchas partes se hizo memoria de cosa tan nueva y extraña, aunque los ciegos no las quieren entender. Al fin, como dijo San Pablo: *Cristo es un misterio 20 escondido para quien no tiene fe.* Esaías dijo: *Rociad, ciclos, de lo alto y las nubes le lluevan al Justo.* Aquí no hay memoria de arado ó de azada, sino de cielo y de nubes y de tierra, á los cuales atribuye todo su nacimiento. Y á la verdad, esto de Esaías y 25 lo que dijo el Angel á la Señora del mundo todo es uno. Allí dijo San Gabriel: *La virtud del Altísimo os dará favor.* Y aquí se dice: *Dad, ciclos, al Justo.* Allí: *que será llamado Hijo de Dios;* y aquí dice el Profeta: *Abrasc la tierra y dé al Salvador;* y aun 30 síguese luego: *La justicia nazca juntamente. Yo el Señor la crié: Yo, Yo.* Con dobladas palabras se

1 I Cor., 12. — 2 Gal., 3. — 14 Luc., 1. — 20 Rom., 16. —
27 Luc., 1. — 31 Esai., 4.

atribuye á sí Dios esta obra divina; como si dijese. *Yo solo y no otro conmigo*. Es lo que había dicho: *El fruto de la tierra subirá en gran altura*. También David lo había dicho según está en el original: *En*
 5 *resplandores de sanctidad del vientre, y de la mañana contigo el rocío de tu nacimiento*. Veis aquí cómo claramente se manifiesta este misterio, porque en aquel salmo habla con Cristo, y muy bien compara el vientre de la Virgen á la mañana, porque
 10 entonces cae el rocío del cielo y fecunda la tierra. De aquí se concluye que el Verbo divino con su virtud formó aquel sanctísimo cuerpo, porque en el otro nacimiento eterno siempre nació Dios perfecto, igual á su Padre. También se puede traer aquí lo que es-
 15 cribió Esaías: *Subirá creciendo como Pimpollo delante de Dios, y como raíz ó arbolito que sube de la tierra seca*. No podía decirse más claro la perpetua virginidad de Nuestra Señora, que llamar á Cristo arbolito, y á la Madre, tierra seca.

20 EL SEGUNDO NOMBRE DE CRISTO ES QUE SE LLAMA
 FACES DE DIOS

Así le nombró David: *La misericordia y la verdad precederán tus Faces*. Y está bien dicho, porque con Cristo nació la verdad y la justicia y la miseri-
 25 cordia: así lo dijo Esaías: *La justicia nacerá con él juntamente*. Y otra vez David dice: *La misericordia y la verdad se encontraron, y la justicia y la paz se dieron paz*. Todo aquel psalmo va tratando de Cristo. También convidando á los hombres que re-
 30 cibian el Evangelio dijo: *Ganemos por la mano á su*

4 Ps. 109.—15 Esai., 33.—22 Ps. 88.—25 Esai., 45.—26 Ps. 84
 —30 Ps. 94.

Faz en confesión y loor. Y otra vez: Conviértenos, Señor, y muéstranos tus Faces. Esaías le da este nombre: *Decendiste, y adelante tus Faces se derrieron los montes.* Adonde claramente habla de la venida de Cristo; y nótese que en el psalmo último 5' que ahora se alegó tres veces dice: *Conviértenos, Señor, y enséñanos tus Faces,* al principio, al medio y al fin; para que se entienda que tres veces ha de poner Dios las manos en el hombre. Una criándole, otra reparándole después de estragado, y la tercera 10 resucitándole para no morir jamás, y en señal de esto, en el Génesi se repite en la criación del hombre tres veces esta palabra *criar*. Demás de esto diremos que se pone en el psalmo tres veces *enséñanos tus Faces*, que es que venga Cristo, porque tres ve- 15 ces se mostró y mostrará al mundo, y señaladamente al pueblo judaico, para le dar luz y salud. Mostróseles en el monte dándoles la ley, cercado y como vestido de fuego y con otras señales, de manera que le oyeron hablar como quien tenía determinado de 20 hacerse hombre de su linaje, como lo hizo. La segunda vez, cuando se hizo hombre; y la tercera, cuando resucitó habiendo vencido la muerte. Los Setenta y San Jerónimo dicen que la seña que Dios dió á Moisés para ser creído que Dios le enviaba 25 fué: *Yo seré, seré, seré*: seré contigo para librar ese pueblo y seré la guía para la tierra prometida y seré el que hecho hombre libraré al mundo de sus pecados. Trató este secreto Dios con sus amigos particulares, y así dijo: *Abraham vió mi día; vióle y go-* 30 *sóse.* Y no sólo fueron ignorantes los demonios, mas aun muchos ángeles no tuvieron revelación hasta que fué obrado. Aquella bendición que mandó Dios

al sacerdote que diese al pueblo, decía así: *Descubra Dios sus Faces sobre ti y haya piedad de ti; vuelva Dios sus Faces á ti y dete paz.* ¿Veis cómo no se puede negar que Cristo es las Faces que pedía el sacerdote? Así Teodoreto, Crisóstomo y San Cirilo lo afirman y David concierta con esto: *Dios haya piedad de nosotros y nos bendiga. Descubra su rostro y haya misericordia de nosotros.* El Eclesiástico, después de haber pedido muchas cosas para el pueblo, dijo: *Conforme á la bendición de Aarón, así haz con tu pueblo y guíanos por el camino de justicia.* Manifestó esto ser ya cumplido el Apóstol diciéndolo: *Bendito sea el Padre de Nuestro Señor Jesucristo.* Y añadiremos que el sacerdote pedía dos veces la Faz de Dios, porque una vez había de venir á buscar la oveja perdida y otra para premiar á sus siervos. Es Cristo figura de la sustancia del Padre, y es imagen de su bondad, cuya hermosura conoció bien la esposa cuando dijo: *Mi Amado es blanco y colorado, y es escogido entre millares; su cabeza es de oro, sus ojos como de palomas, junto á los arroyos de las aguas, bañadas en leche, y todo él deseos.* Por las colores del rostro se declaran las condiciones y cualidades del alma: sinceridad y piedad; la cabeza de oro dice todo lo que es Dios, sabiduría infinita; los cabellos negros, sus ocultos juicios; los ojos de paloma, sus misericordias que siempre reparte. Báñase en leche, porque con suavidad Dios provee á sus criaturas. Las mejillas, como eras olorosas, en Dios son su justicia y su misericordia. *Todos los caminos del Señor son misericordia y verdad.* Los labrios destillan mirra porque repre-

1 Num., 6. — 6 Ps. 66. — 10 Eccli., 36. — 13 Matth., 18. — 17 Hebr. 1. — 19 Cant., 5.

hende lo malo. Las manos, rollizas y de oro; sus obras, perfectas. *Vió Dios todas las cosas que había hecho y cran en gran manera buenas.* Las piernas de mármol declaran la firmeza de Dios, que en nada es mutable: su paladar es dulce, y así está escrito: *Gustad y ved qué suave es el Señor.* Y otra vez dijo David: *¡Oh, cuán grande es la muchedumbre de la dulzura que ascondistes para los que os aman!* Después del mundo original, que es el Verbo, el mayor mundo y el más vecino al original es Cristo en cuanto hombre.

Representa al Padre porque es manso y humilde, como Él lo dice por San Mateo, y manda que le imitemos nosotros; y mucho antes Esaías dijo estas mismas condiciones hablando del Mesías: *No dará voces, ni será aceptador de personas, y su voz no sonará fuera; no quebrará la caña cascada, ni sabrá hacer mal, ni matará el lino que echa un poco de humo; no será áspero ni revoltoso.* No sólo tiene estas perfecciones por la abundante gracia que se le dió, sino aun naturalmente, y lo que es más claro argumento de su bondad, es considerar cómo acaricia á los pecadores, los espera, llama y recibe. ¡Qué amor nos tiene quien tanto por nosotros padeció hasta darnos su vida! Baste que como Dios es trino en personas y uno en esencia, siendo nosotros muchos nos hizo unos en sí mismo, haciéndose cabeza nuestra. En manera que Cristo vive en nosotros y nosotros en Él; y conforme á esto hizo oración al Padre para que sean todos una cosa, así como Él y su Padre son una cosa. Dícese también Cristo Faz de Dios, porque así como por la cara es uno conocido,

2 Gén., 1. — 5 Ps. 33. — 7 Ps. 30. — 13 Matth., 11. — 15 Esai., 42. — 31 Joh., 14.

ansí Dios por medio de Cristo quiere ser conocido. Palabras son suyas: *Filipe, quien á mí me ve, ve á mi padre*. Quien por tal medio no conoce á Dios, no le conoce. *Padre, manifesté tu nombre á los hombres*.
 5 Por tanto, es llamado puerta, porque Él solo nos guía y lleva al conocimiento de Dios y á su amor verdadero.

EL TERCER NOMBRE DE CRISTO ES LLAMARSE CAMINO

El mismo Señor se puso este nombre y dijo: *Yo*
 10 *soy camino, verdad y vida*. Es lo que dijo Isaías: *Habrá entonces senda y camino y será llamado camino santo y será para nosotros camino derecho*. Y David en un salmo dice: *Para que conozcamos en la tierra tu camino; en todas las gentes tu salud*. Él
 15 cual es nombre de Jesús. Camino solemos llamar la condición de alguno, que ahora decimos humor. Y decir David que Dios manifestó sus caminos á Moisés es declararle su condición, y ansí cuando pasó Dios delante de él, dijo: *Yo soy amador entrañable*
 20 *y muy compasivo y muy sufrido, largo en misericordia y verdadero; y castigo hasta la cuarta generación y uso de piedad en millares*. Camino se llama la profesión de vivir que cada uno elige; por tanto, dijo David: *Descubre al Señor tu camino y él obrará*. Es
 25 decir, que pongamos nuestras pretensiones en las manos de Dios confiadamente, y con esto él, como Padre, lo guiará todo: siendo los deseos tales, el Señor se encargará de ellos. La obra, que cada uno hace, se llama camino; ansí dijo Salomón: *El Señor me poseyó en el principio de sus caminos*. Allí
 30

4 Joh., 14. — 9 Joh., 14. — 11 Esai., 35. — 13 Ps. 68. — 16 Ps. 102. — 19 Ex., 34. — 24 Ps. 36. — 29 Prov., 8.

habla la Sabiduría, y es decir, la primera cosa que procedió de Dios soy yo. Job dice del elefante que es principio de las obras de Dios por ser animal tan aventajado. Moisés llama caminos de Dios á sus juicios por ser tan justos; y aun llámase camino la ley de Dios. *Corrí por el camino de vuestros mandamientos cuando ensanchastes mi corazón, Señor.* Por todas estas razones Cristo es camino que guía las almas al fin para que fueron criadas. De manera que quien no pusiere los pies, que son los deseos y obras, en él, van perdidos y descaminados; cosa de advertir es que cuando el pastor bueno halló la oveja perdida, no la llevó al rebaño por sus pies, sino púsola sobre sus hombros. ¡Oh piadosa Madre que así remedias nuestra flaqueza! Como la madre al niño que no puede andar, Cristo nos lleva en sus brazos, y sus pies nos sirven de pies propios: los que caminan en Cristo van como por calzada alta, y siempre aprovechando suben de virtud en virtud: los que no llevan este camino siempre van cayendo de pecado en pecado. De notar es que los hijos de Israel, saliendo de Egipto, siempre fueron subiendo según la disposición de la tierra hasta llegar á la tierra santa, y aun el templo de Salomón estaba en alto, que por ninguna parte subían sin gradas. La senda de los justos, dice Salomón, crece como la luz y va adelante hasta que sube á perfecto día; van caminando por alto, porque van lejos del suelo, y su conversación es en los cielos, como lo afirma el Apóstol, *aborrecen al mundo y huyen de él.*

Tiene más este camino, y es llaneza: el que camina por Cristo con nadie se encuentra, á todos da la ventaja, no se opone á sus pretensiones de honra

ni de interés; los que caminan sin Cristo, á cada paso hallan contradicciones y estorbos. Cristo es grada del templo celestial y es sendero recto que guía al cielo y calzada enjuta que no tiene peligro el que
5 camina de deslizar: los otros caminos, despeñaderos son, y no caminos; de éstos dijo Salomón: *El camino de los malos es como valladar de sarzas, la senda del justo sin cosa que le ofenda*. Los que caminan por Cristo ó son principiantes, ó aprovechantes, ó perfectos. Estos son lo escogido de la Iglesia; así como
10 su imagen, el templo antiguo, se componía de tres partes, portal, palacio y sagrario. És, pues, Cristo, tres veces camino: calzada para los imperfectos llana y abierta; camino para los que van aprovechando;
15 camino para los perfectos. Esaías, llamándole camino santo, dijo luego: *No pasará por él persona no limpia*. En la Iglesia y cuerpo místico hay algunos no limpios; mas los que pasan por él y van hasta el fin de la vida caminando, por fuerza han de ser lim-
20 pios: y es cosa de notar que Él es el camino que andamos y el que anda con nosotros y el que con su espíritu nos despierta á andar. Dice más Esaías: *Ni los ignorantes se perderán en él*. ¿Quién, veamos, se perderá con tal guía? Los sabios, fiados de sí,
25 perderse han, mas no los humildes. *Esta es la voluntad de mi Padre, que no pierda alguno de los que Él me dió, sino que los traiga á vida en el día postrero*. No hay cosa más clara para quien usa de razón que el camino de Dios; así le llamó David: *resplande-*
30 *ciente y que alumbra los ojos á quien camina por él*.

Tiene más este camino: que no hay peligro de bestias fieras en él; por tanto añadió: *No andará león por él ni bestia fiera*. De manera que si Satanás aco-

metiese, él quedará vencido, como el león que mató en el camino Sansón. Dijo más el profeta: *Los redimidos andarán por él*. Primero ha de ser redimido y libre de las prisiones por la gracia divina, y después ha de caminar por Cristo; no por las obras que nosotros hicimos, sino por su misericordia, Cristo nos hizo salvos. Esta redención se hizo por nuestro hermano Cristo; como en la ley el deudo podía sacar la heredad vendida por el tanto, con su sangre y vida nos rescató y nos hizo sus siervos. *No sois vuestros*, dijo el Apóstol, *comprados sois con gran precio, y los redimidos volverán á andar por él*. A que declara que los hebreos al fin se han de volver á Cristo, y en esto se enseña la gran misericordia de Dios, que teniéndolos ahora tan abatidos, al fin los ha de convertir y llamar á sí. 15

Visto hemos el camino tan llano y tan sin peligro de saltadores, y que los que van por él son sus redimidos. Concluye Esaías: *Y vendrán á Sión con laurces, estará el gozo sobre sus cabezas y huirá de ellos el gemido y dolor*. Todas son riquezas que el Señor da á quien camina por él con limpieza; porque él nos guía, él enseña por palabra y por obra, él alumbra el entendimiento y con su amor inflama la voluntad, y él finalmente nos lleva en sus hombros. 25

EL CUARTO NOMBRE ES LLAMARSE MONTE

Llámase Cristo Monte como Daniel lo dijo hablando de aquella piedrecita que, no siendo cortada con manos, cayó de un monte y dió á la estatua en los pies y deshízola, y luego la piedrecita creció y se convirtió en un monte muy grande que ocupó toda 30

2 Judith. — 10 1 Cor. — 28 Dan., 2.

la tierra. También Esaías dijo: *En los postreros días será establecido el Monte del Señor sobre la cumbre de todos los montes.* Y David en salmo dice: *El Monte de Dios, Monte enriscado y lleno de grosura.*

Días postreros se toman en la Escritura por la venida de Cristo, como parece en la profecía de Jacob claramente y en otros lugares. Venido Cristo, comenzó á resplandecer el Evangelio; como cuando
10 sale el sol y alumbrando el mundo, y como el sol va alumbrando diversas tierras y acaba su curso haciendo un día, así hasta que se acabe el mundo, llamaremos un día hasta que en todo el mundo se predique el Evangelio, y no habrá otro día. La palabra
15 original significa firmeza, y así dijo David: *El Señor afirmó su trono sobre los cielos.* ¿Qué trono hay firme sino el de Cristo?; de quien dijo san Gabriel á Nuestra Señora: *Su reino no tendrá fin.* Este monte se dice de la casa del Señor, porque él es la
20 casa en la cual mora la plenitud de la divinidad, está sobre la cumbre de los montes, lo cual á sólo Cristo pertenece. Monte significa eminencia, y ésta tiene el Señor sobre todo lo temporal y espiritual, de arte que lo más bajo de Cristo, que es su humildad, es
25 más alto que todos los montes, que son los señores temporales y prelados; así dijo San Pablo: *Lo que es más bajo en Dios es más fuerte que todos los hombres.* Y en otra parte afirma que los del cielo, de la tierra y del infierno hincarán sus rodillas delante de Cristo. David dice que *el Padre le mandó sentar á su mano derecha.* Toda la alteza del mundo es como escaño de sus pies, y lo humilde, que es su

1 Esai., 2.—4 Ps. 67.—11 Matth., 24.—15 Ps. 92.—18 Luc. 1.
—26 I Cor., 1.—30 Phil., 2.

cruz, se pone sobre la cabeza de los reyes; y que á la clara David hable de Cristo, pruébese por lo que luego dijo: *Monte el cual le aplació á Dios morar en él*: y morará en él eternamente y no sólo se dirá Cristo monte más alto que todas las criaturas, como 5 está dicho por su eminencia, sino también por la gran abundancia y fertilidad que hay en él. El Hebreo llama á los montes preñados, porque suben más que la tierra. Los montes producen árboles, yerbas y flores; unos árboles sirven para frutas, otros para 10 edificios. De los montes nacen las fuentes, se crían los metales y piedras de valor: finalmente, son como un arca de tesoros llena; así Cristo, no sólo en cuanto Dios contiene en sí todas las cosas mejor que ellas están en sí, mas según que hombre es un 15 amontonamiento y preñez de todo lo bueno, provechoso y deleitoso, y mucho más que en el seno de las criaturas puede caber. En él está el remedio del mundo, la vitoria contra el demonio y la destrucción del pecado, y finalmente las fuentes de todas las 20 gracias y virtudes. De este Monte y de su virtud, los altos cedros, palmas y diversidad de árboles, que son los Apóstoles, Mártires, Confesores y Vírgenes tienen su valor, y aquí están sus raíces de fe, esperanza y caridad. Él es el médico y la medicina, la 25 guía y el camino, defensa nuestra y consuelo, y nuestro premio. Lo humilde de este monte es su vida y pasión y obras maravillosas, y estas son yerbas dulces, donde sus ovejas hallan gran pasto y gusto. *La piedra*, dijo David, *es el descanso de los flacos eriz-* 30 *os*. ¡Oh Cristo Jesús, amparo de los pecadores y remedio suyo! ¡Oh Monte, que aunque venga otro diluvio no tendrá peligro el que mora en ti! Monte.

que si los montes todos cayeren en la mar, no temeremos estando en vos.

Tornando, pues, á la profecía de Daniel: se ha de notar que no cayó todo el monte para destruir la estatua, sino piedra pequeña: la piedra es fuerte, y ser pequeña dice humildad, para que se entienda que no ordenó el Señor con el monte alto de su divinidad vencer al demonio y al mundo, sino con hambre, sed y cansancio, con su sangre y con su muerte; teniendo fin no solamente á nos redimir sino á nos enseñar con qué armas hemos de vencer, con paciencia, humildad y piedad. De manera que primero fué piedra pequeña y después creció en el monte grande. Cuán claro lo dijo San Pablo: *Haber subido*
15 *Cristo sobre todos los cielos, ¿qué es sino que primero bajó hasta lo inferior de la tierra?* Y en otra parte dijo: *Obedeció hasta la muerte de cruz y por eso le ensalzó Dios y le dió nombre sobre todo nombre.*

Piedra pequeña era Cristo, mas era fuerte para sufrir lo mucho que padeció, y fuerte para herir, como parece en el golpe que dió en la estatua de este mundo haciéndola polvo; y es cosa maravillosa que no le dió en la cabeza, ni en los pechos, sino en los pies, donde suele ser la herida de menos peligro:
25 la razón es porque escogió los que andaban rastrando por el suelo, unos pescadores sin letras ni poder mundano, y con éstos, tocados y llamados por esta piedra, derribó toda la soberbia, avaricia y autoridad del mundo; como lo pondera San Pablo: *I ad Cor.*
30 *De arte que unos convertidos y otros confundidos, el Monte ocupó toda la tierra. Y decir Monte y de piedra es declarar su firmeza y perpetuidad.*

David le llamó *Monte grueso*; es decir, que es

fértil y abundante: á la buena tierra llamamos gruesa y lleva mucho pan; en el original por grueso dice *Basan*, que es un monte en la Tierra Santa pasado el Jordán y es muy fértil. Nuestro texto, aunque
5 calló el nombre, guardó el sentido, y puso la misma sentencia; así Cristo es tierra gruesa que bebe todos los dones del Espíritu Santo, que en la Escritura se nombra agua, y así lleva las mieses tan
abundosas que dice David que *suben más altas que el monte Líbano*. Aquí significa el profeta que aque-
10 llos filósofos soberbios que parecían cedros altos, quedan muy bajos, y los sabios y Santos de la Iglesia son honrados en la tierra y en el cielo, y lo serán siempre; y ésta es una de las mayores maravillas que vemos en la escuela de Cristo. De un poco
15 de trigo sembrado en lo alto de este monte Cristo, salió fruto mucho y de gran valor. Isaac sembró en la tierra de Geraris y sacó cien veces doblado; así nuestro Isaac, figurado Cristo. Cristo se llama grano sembrado, y con doce granos, que son los
20 Apóstoles, predicando el Evangelio, se convirtió el mundo; y aun llámase este Monte de quesos y monte cuajado, por los pastos ricos que tiene para su ganado; y aquí significa el efecto la causa. Nuestro Padre dice que el pan y la grosura del monte que
25 la produce es el mantenimiento de los perfectos. La leche, dice el Apóstol, que es manjar de niños. En manera, que este Monte Cristo es el que sustenta á los pequeños y grandes en virtud. No es Monte Cristo que acaba en una altura, sino Monte que en-
30 cierra muchos montes y perfecciones incomparables: Monte que todo es montes, el cual, tiene eminencia y principado sobre todas las cosas.

¿Qué sospecháis, montes cuajados? San Jerónimo dice: *¿Qué pleiteáis?* Mirad que Dios quiso morar en él, no os pongáis queriendo igualaros con Él: no tengáis envidia ¡o hebreos ni gentiles! ni le contradigáis. Simeón lo dijo á Nuestra Señora: que *aquel niño había de ser levantamiento de unos y caída de otros y que le contradirían muchos.* Y así fué; conforme á esto dijo David: *¿Por qué braman las gentes, y los pueblos han pensado vanidades?* *Levantáronse los Reyes de la tierra á una contra el Señor y contra su Cristo.* Todo esto se ve en la pasión de Cristo, y es de maravillar que siendo tan llano, tan sin pretensión de honras ni riquezas, haya tenido tanta contradicción; á todos hacía bien y á nadie mal, y con todo esto tan envidiado, espanta en gran manera. Y lo que Él padeció también lo pasaron sus discípulos. Él mismo los avisó: *No es mayor el discípulo que el Maestro. Si á mí me ha perseguido el mundo, también os perseguirá á vosotros.* En lo cual se declara la ceguedad de los hombres ajenos de toda razón. Según San Bernardo, el primero que tuvo envidia de Cristo fué Lucifer, porque revelándole Dios y á los demás, que un hombre había de ser señor y superior suyo, de aquí tomó ocasión de se levantar en soberbia, y éste mismo despertó á los que persiguieron á Cristo y á sus discípulos. Con esta envidia tentó á Eva y determinó de derribar todo el linaje humano, y con esta enemistad sangrienta persiguió á su persona y á los suyos. Mas al fin, todo sucedió en mayor gloria y alabanza de este glorioso Monte, y el demonio y sus ministros quedaron derribados y lanzados en el infierno.

EL QUINTO NOMBRE DE NUESTRO SALVADOR ES PADRE
DEL SIGLO FUTURO

Esaiás le llamó: *Padre del siglo por venir*, y está bien que así se llame Cristo, porque de necesidad hemos todos de renacer en el bautismo. Dejónos 5 hijos de ira Adán por el pecado, y desheredados del cielo, y de aquí nace que no renaciendo en el santo bautismo, nadie vea á Dios: como el Señor lo dijo á Nicodemus: *En aquel baño santo somos nuevamente hijos de Dios y Cristo es nuestro Padre.* 10 Ya se dijo que la envidia de Lucifer trajo la muerte al mundo; y así poniendo la ponzoña en la fuente, todos quedamos emponzoñados: como afirma el Apóstol y lo llora David. Bien pudiera Dios criar otros hombres habiendo pecado nuestros padres, para 15 que de ellos nacióramos sin culpa; mas no quiso sino llevar su intento adelante: y para esto su bondad determinó que su Hijo se humanase, y que, padeciendo, satisficiese á la justicia divina, y los hombres renaciendo consiguiesen su fin para que fueron 20 criados; y en esto es mucho de loar su clemencia y debe ser amado quien tal medio ordenó tan á su costa y á nuestro provecho. En manera, que para remedio de aquel espíritu ponzoñoso que nos viene de herencia, el pecado original, en el bautismo se nos 25 diese nueva gracia y nueva filiación por Cristo. Aquí muere el hombre viejo heredado de Adán, y nace el nuevo para nueva vida espiritual: de quien San Pablo dice: *Despojaos del hombre viejo y renovad el nuevo.* 30

Y porque Cristo había de ser padre de hombres, ordenó Dios que fuese de la misma naturaleza de

los hombres, inocentísimo y sin pecado. San Pablo dice: que Dios recapituló en Cristo todas las cosas; en el griego dice sumó, á la manera que el contador muchos partidos suma en breve; y por estar
5 nosotros unidos en él se nos comunican sus riquezas, y de esta unión nace que diga el Apóstol: *Que nuestro hombre viejo fué crucificado juntamente con Él y que muriendo Él somos todos muertos*. Luego estábamos en Él; y por razón de esta unidad dijo
10 Esaías que Dios puso en Él todos nuestros pecados y pagó por ellos; y por David los llama suyos, siendo nuestros. De esta unidad dijo el mismo Señor: *En aquel día conoceréis que Yo estoy en mi Padre y vosotros en mí*. Y habla de la venida del Espíritu
15 Santo. Queda manifiesto que Cristo con razón se llama Padre nuestro y lo es. Llevábanos como el Pontífice escritos sobre su pecho cuando se puso en la cruz. El sacerdote sumo era un mundo universo. Entenderemos esta unión nuestra con Cristo por un
20 símile. Estábamos en Adán á la manera que en una pepita está todo un árbol, no realmente sino en virtud, allí está la raíz, el tronco, ramas y hojas, flor y fruto, y cuando tenemos ser, siendo engendrados, luego se nos comunica aquella ponzoña del pecado
25 original, con sus malas inclinaciones: mas en siendo bautizados tenemos por padre á Cristo, siendo reengendrados con título de hijos de Dios: en manera que cuando Él murió, nuestro hombre heredado del padre pecador Adán murió juntamente, y resucitando, resucitamos con Él. Esto es lo de San Pablo:
30 *Murió Cristo por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación*. Quiere decir, tomónos en si

muriendo como pecador para que muriésemos en Él los pecadores, y resucitó á vida inmortal para que resucitemos nosotros en Él á gloria inmortal; y hase de notar que en el bautismo el hundirse el niño en el agua representa la muerte de Cristo, y el tornar á salir, su gloriosa resurrección: así lo afirma el Apóstol hablando con los romanos: *En el bautismo sois sepultados y muertos con Cristo*. Allí hay representación y verdad: lo de fuera es representación y lo de dentro es verdad; que allí mueren las culpas y resucitamos á nueva vida de gracia; esta es como grano de trigo que ha de ir creciendo, obrando nosotros á imitación de Cristo, y así crece y se adelanta. ¡Oh bondad admirable de Dios! que como no queriendo nosotros se nos pega aquella ponzoña de la serpiente que engañó á Eva, así sin merecimiento nuestro en el bautismo se nos da la gracia por la cual muere la culpa y el alma resucita. Mucho nos admira la fábrica de este mundo visible; mas muy más excelente la de la Iglesia, mundo invisible. Esto declara muy bien nuestro Padre sobre un salmo de David: *Los cielos estendió el Señor como tienda de campo, y lo alto de ellos cubrió con agua*. Estos cielos son los Apóstoles, y las nubes que llueven, su doctrina para fruto de las ánimas; los truenos son las amenazas de la justicia de Dios que espanta á los malos.

INDICE

	<u>Págs</u>
<i>Introducción.</i>	VII

DE LOS NOMBRES DE CRISTO

LIBRO PRIMERO

<i>Dedicatoria.</i>	3
<i>Introducción.</i>	19
<i>De los nombres en general.</i>	25
<i>Pimpollo.</i>	51
<i>Fazes de Dios.</i>	83
<i>Camino.</i>	107
<i>Pastor.</i>	127
<i>Monte.</i>	159
<i>Padre del siglo futuro.</i>	193
<i>Apéndice.</i>	261

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA TIPOGRAFÍA DE «CLÁSICOS CASTELLANOS»
EL DÍA XXXI DE AGOSTO
DEL AÑO MCMXIV

UNIVERSAL
LIBRARY



138 411

UNIVERSAL
LIBRARY

his appetite for the beautiful had probably dwindled for lack of food. But when a friend once said to him: "You have not a great love for nature, have you?" he had replied: "Yes, I have, but I love men and women better;" and the admission, which conveyed more than it literally expressed, would have been true, I believe, at any, up to the present, period of his history. Even now he did not cease to love men and women best; but he found increasing enjoyment in the beauties of nature, above all as they opened upon him on the southern slopes of the Alps; and the delight of the æsthetic sense merged gradually in the satisfied craving for pure air and brilliant sunshine which marked his final struggle for physical life. A ring of enthusiasm comes into his letters from the mountains, and deepens as the years advance; doubtless enhanced by the great—perhaps too great—exhilaration which the Alpine atmosphere produced, but also in large measure independent of it. Each new place into which the summer carries him he declares more beautiful than the last. It possibly was so.

A touch of autumnal freshness had barely crept into the atmosphere of the Salève, when a moral thunderbolt fell on the little group of persons domiciled at its base: Miss Egerton-Smith died, in what had seemed for her unusually good health, in the act of preparing for a mountain excursion with her friends—the words still almost on her lips in which she had given some directions for their comfort. Mr. Browning's impressionable nervous system was for a moment paralyzed by the shock. It revived in all the emotional and intellectual impulses which gave birth to *La Saisiaz*.

This poem contains, besides its personal reference and

association, elements of distinctive biographical interest. It is the author's first—as also last—attempt to reconstruct his hope of immortality by a rational process based entirely on the fundamental facts of his own knowledge and consciousness—God and the human soul; and while the very assumption of these facts, as basis for reasoning, places him at issue with scientific thought, there is in his way of handling them a tribute to the scientific spirit, perhaps foreshadowed in the beautiful epilogue to *Dramatis Personæ*, but of which there is no trace in his earlier religious works. It is conclusive both in form and matter as to his heterodox attitude towards Christianity. He was no less, in his way, a Christian when he wrote *La Saisiaz* than when he published *A Death in the Desert* and *Christmas Eve and Easter Day*; or at any period subsequent to that in which he accepted without questioning what he had learned at his mother's knee. He has repeatedly written or declared in the words of Charles Lamb:¹ "If Christ entered the room I should fall on my knees;" and again, in those of Napoleon: "I am an understander of men, and *He* was no man." He has even added: "If he had been, he would have been an impostor." But the arguments, in great part negative, set forth in *La Saisiaz* for the immortality of the soul, leave no place for the idea, however indefinite, of a Christian revelation on the subject.² Christ remained

¹ These words have more significance when taken with their context. "If Shakespeare was to come into the room, we should all rise up to meet him; but if that Person [meaning Christ] was to come into the room, we should all fall down and try to kiss the hem of his garment."

² [It would be truer to say that Browning deliberately left on one

for Mr. Browning a mystery and a message of Divine Love, but no messenger of Divine intention towards mankind.

The dialogue between Fancy and Reason is not only an admission of uncertainty as to the future of the Soul: it is a plea for it; and as such it gathers up into its few words of direct statement, threads of reasoning which have been traceable throughout Mr. Browning's work. In this plea for uncertainty lies also a full and frank acknowledgment of the value of the earthly life; and as interpreted by his general views, that value asserts itself, not only in the means of probation which life affords, but in its existing conditions of happiness. No one, he declares, possessing the certainty of a future state would patiently and fully live out the present; and since the future can be only the ripened fruit of the present, its promise would be neutralized, as well as actual experience dwarfed, by a definite revelation. Nor, conversely, need the want of a certified future depress the present spiritual and moral life. It is in the nature of the Soul that it would suffer from the promise. The existence of God is a justification for hope. And since the certainty would be injurious to the Soul, hence destructive to itself, the doubt—in other words, the hope—becomes a sufficient approach to, a working substitute for it. It is pathetic to see how, in spite of the convictions thus rooted in Mr. Browning's mind, the

side the question of the authority of the Christian revelation, in order to rest the argument for immortality on a basis which might be accepted by all, whether Christians or not. Many Christian writers have done the same; and the poem in itself affords no argument, one way or the other, as to Browning's attitude towards Christianity.]

expressed craving for more knowledge, for more light, will now and then escape him.

Even orthodox Christianity gives no assurance of reunion to those whom death has separated. It is obvious that Mr. Browning's poetic creed could hold no conviction regarding it. He hoped for such reunion in proportion as he wished. There must have been moments in his life when the wish in its passion overleapt the bounds of hope. *Prospice* appears to prove this. But the wide range of imagination, no less than the lack of knowledge, forbade in him any forecast of the possibilities of the life to come. He believed that, if granted, it would be an advance on the present—an accession of knowledge if not an increase of happiness. He was satisfied that whatever it gave, and whatever it withheld, it would be good. In his normal condition this sufficed to him.

La Saisiaz appeared in the early summer of 1878, and with it *The Two Poets of Croisic*, which had been written immediately after it. The various incidents of this poem are strictly historical; they lead the way to a characteristic utterance of Mr. Browning's philosophy of life to which I shall recur later.

In 1872 Mr. Browning had published a first series of selections from his works; it was to be followed by a second in 1880. In a preface to the earlier volume, he indicates the plan which he has followed in the choice and arrangement of poems; and some such intention runs also through the second; since he declined a suggestion made to him for the introduction or placing of a special poem, on the ground of its not conforming to the end he had in view. It is difficult, in the one case as in the other,

to reconstruct the imagined personality to which his preface refers ; and his words on the later occasion pointed rather to that idea of a chord of feeling which is raised by the correspondence of the first and last poems of the respective groups. But either clue may be followed with interest.

CHAPTER XIX

1878-1884

He revisits Italy; Asolo; Letters to Mrs. Fitz-Gerald—Venice—Favourite Alpine Retreats—Mrs. Arthur Bronson—Life in Venice—A Tragedy at Saint-Pierre—Mr. Cholmondeley—Mr. Browning's Patriotic Feeling; Extract from Letter to Mrs. Charles Skirrow—*Dramatic Idyls* — *Jocoseria* — *Ferishtah's Fancies*—Relative popularity of the poetry of Mr. and Mrs. Browning.

THE catastrophe of La Saisiaz closed a comprehensive chapter in Mr. Browning's habits and experience. It impelled him finally to break with the associations of the last seventeen autumns, which he remembered more in their tedious or painful circumstances than in the unexciting pleasure and renewed physical health which he had derived from them. He was weary of the ever-recurring effort to uproot himself from his home life, only to become stationary in some more or less uninteresting northern spot. The always latent desire for Italy sprang up in him, and with it the often present thought and wish to give his sister the opportunity of seeing it.

Florence and Rome were not included in his scheme; he knew them both too well; but he hankered for Asolo and Venice. He determined, though as usual reluctantly, and not till the last moment, that they should move southwards in the August of 1878. Their route lay over the

Splügen ; and having heard of a comfortable hotel near the summit of the Pass, they agreed to remain there till the heat had sufficiently abated to allow of the descent into Lombardy. The advantages of this first arrangement exceeded their expectations. It gave them solitude without the sense of loneliness. A little stream of travellers passed constantly over the mountain, and they could shake hands with acquaintances at night, and know them gone in the morning. They dined at the table d'hôte, but took all other meals alone, and slept in a detached wing or *dépendance* of the hotel. Their daily walks sometimes carried them down to the Via Mala ; often to the top of the ascent, where they could rest, looking down into Italy ; and would even be prolonged over a period of five hours and an extent of seventeen miles. Now, as always, the mountain air stimulated Mr. Browning's physical energy ; and on this occasion it also especially quickened his imaginative powers. He was preparing the first series of *Dramatic Idyls* ; and several of these, including *Ivân Ivânovitch*, were produced with such rapidity that Miss Browning refused to countenance a prolonged stay on the mountain, unless he worked at a more reasonable rate.

They did not linger on their way to Asolo and Venice, except for a night's rest on the Lake of Como and two days at Verona. In their successive journeys through Northern Italy they visited by degrees all its notable cities, and it would be easy to recall, in order and detail, most of these yearly expeditions. But the account of them would chiefly resolve itself into a list of names and dates ; for Mr. Browning had seldom a new impression to receive, even from localities which he had not seen before. I know that

he and his sister were deeply struck by the deserted grandeurs of Ravenna ; and that it stirred in both of them a memorable sensation to wander as they did for a whole day through the pine-woods consecrated by Dante. I am nevertheless not sure that when they performed the repeated round of picture-galleries and palaces, they were not sometimes simply paying their debt to opportunity, and as much for each other's sake as for their own. Where all was Italy, there was little to gain or lose in one memorial of greatness, one object of beauty, visited or left unseen. But in Asolo, even in Venice, Mr. Browning was seeking something more : the remembrance of his own actual and poetic youth. How far he found it in the former place we may infer from a letter to Mrs. Fitz-Gerald.

Sept. 28, 1878.

And from *Asolo*, at last, dear friend ! So can dreams come *false*.—S., who has been writing at the opposite side of the table, has told you about our journey and adventures, such as they were : but she cannot tell you the feelings with which I revisit this—to me—memorable place after above forty years' absence,—such things have begun and ended with me in the interval ! It was *too* strange when we reached the ruined tower on the hill-top yesterday, and I said, “ Let me try if the echo still exists which I discovered here,” (you can produce it from only *one* particular spot on a remainder of brickwork—) and thereupon it answered me plainly as ever, after all the silence : for some children from the adjoining *podere*, happening to be outside, heard my voice and its result—and began trying to perform the feat—calling “ Yes, yes ”—all in vain : so, perhaps, the mighty secret will die with me ! We shall probably stay here a day or two longer,—the air is so pure, the country so attractive :

but we must go soon to Venice, stay our allotted time there, and then go homeward : you will of course address letters to Venice, not this place : it is a pleasure I promise myself that on arriving I shall certainly hear you speak in a letter which I count upon finding.

The old inn here, to which I would fain have betaken myself, is gone—levelled to the ground : I remember it was much damaged by a recent earthquake, and the cracks and chasms may have threatened a downfall. This Stella d'Oro is, however, much such an unperturbed *locanda* as its predecessor—primitive indeed are the arrangements and unsophisticate the ways : but there is cleanliness, abundance of goodwill, and the sweet Italian smile at every mistake : we get on excellently. To be sure never was such a perfect fellow-traveller, for my purposes, as S., so that I have no subject of concern—if things suit me they suit her—and vice-versâ. I daresay she will have told you how we trudged together, this morning, to Possagno—through a lovely country : how we saw all the wonders—and a wonder of detestability is the paint-performance of the great man !—and how, on our return, we found the little town enjoying high market day, and its privilege of roaring and screaming over a bargain. It confuses me altogether,—but at Venice I may write more comfortably. You will till then, Dear Friend, remember me ever as yours affectionately,

ROBERT BROWNING.

If the tone of this does not express disappointment, it has none of the rapture which his last visit was to inspire. The charm which forty years of remembrance had cast around the little city on the hill was dispelled for, at all events, the time being. The hot weather and dust-covered landscape, with the more than primitive accommodation of

which he spoke in a letter to another friend, may have contributed something to the result.

At Venice the travellers fared better in some essential respects. A London acquaintance, who passed them on their way to Italy, had recommended a cool and quiet hotel there, the *Albergo dell' Universo*. The house, *Palazzo Brandolin-Rota*, was situated on the shady side of the Grand Canal, just below the *Accademia* and the *Suspension Bridge*. The open stretches of the *Giudecca* lay not far behind ; and a scrap of garden and a clean and open little street made pleasant the approach from back and side. It accommodated few persons in proportion to its size, and fewer still took up their abode there ; for it was managed by a lady of good birth and fallen fortunes whose home and partimony it had been ; and her husband, a retired Austrian officer, and two grown-up daughters did not lighten her task. Every year the fortunes sank lower ; the upper storey of the house was already falling into decay, and the fine old furniture passing into the brokers' or private buyers' hands. It still, however, afforded sufficiently comfortable, and, by reason of its very drawbacks, desirable quarters to Mr. Browning. It perhaps turned the scale in favour of his return to Venice ; for the lady whose hospitality he was to enjoy there was as yet unknown to him ; and nothing would have induced him to enter, with his eyes open, one of the English-haunted hotels, in which acquaintance, old and new, would daily greet him in the public rooms or jostle him in the corridors.

He and his sister remained at the *Universo* for a fortnight ; their programme did not this year include a longer stay ; but it gave them time to decide that no place could

better suit them for an autumn holiday than Venice, or better lend itself to a preparatory sojourn among the Alps; and the plan of their next, and, though they did not know it, many a following summer, was thus sketched out before the homeward journey had begun.

Mr. Browning did not forget his work, even while resting from it; if indeed he did rest entirely on this occasion. He consulted a Russian lady whom he met at the hotel, on the names he was introducing in *Ivân Ivânovitch*. It would be interesting to know what suggestions or corrections she made, and how far they adapted themselves to the rhythm already established, or compelled changes in it; but the one alternative would as little have troubled him as the other. Mrs. Browning told Mr. Prinsep that her husband could never alter the wording of a poem without rewriting it, indeed, practically converting it into another; though he more than once tried to do so at her instigation. But to the end of his life he could at any moment recast a line or passage for the sake of greater correctness, and leave all that was essential in it untouched.

Seven times more in the eleven years which remained to him, Mr. Browning spent the autumn in Venice. Once also, in 1882, he had proceeded towards it as far as Verona, when the floods which marked the autumn of that year arrested his farther course. Each time he had halted first in some more or less elevated spot, generally suggested by his French friend, Monsieur Dourlans, himself an inveterate wanderer, whose inclinations also tempted him off the beaten track. The places he most enjoyed were Saint-Pierre la Chartreuse and Gressoney Saint-Jean, where he stayed

respectively in 1881 and 1882, 1883 and 1885. Both of these had the drawbacks, and what might easily have been the dangers, of remoteness from the civilized world. But this weighed with him so little, that he remained there in each case till the weather had broken, though there was no sheltered conveyance in which he and his sister could travel down; and on the later occasions at least, circumstances might easily have combined to prevent their departure for an indefinite time. He became, indeed, so attached to Gressoney, with its beautiful outlook upon Monte Rosa, that nothing I believe would have hindered his returning, or at least contemplating a return to it, but the great fatigue to his sister of the mule ride up the mountain, by a path which made walking, wherever possible, the easier course. They did walk *down* it in the early October of 1885, and completed the hard seven hours' trudge to San Martino d'Aosta, without an atom of refreshment or a minute's rest.

One of the great attractions of Saint-Pierre was the vicinity of the Grande Chartreuse, to which Mr. Browning made frequent expeditions, staying there through the night in order to hear the midnight mass. Miss Browning also once attempted the visit, but was not allowed to enter the monastery. She slept in the adjoining convent.

The brother and sister were again at the Universo in 1879, 1880, and 1881; but the crash was rapidly approaching, and soon afterwards it came. The old Palazzo passed into other hands, and after a short period of private ownership was consigned to the purposes of an Art Gallery.

In 1880, however, they had been introduced by Mrs. Story to an American resident, Mrs. Arthur Bronson, and entered into most friendly relations with her; and when,

after a year's interval, they were again contemplating an autumn in Venice, she placed at their disposal a suite of rooms in the Palazzo Giustiniani Recanati, which formed a supplement to her own house [Casa Alvisi]—making the offer with a kindly urgency which forbade all thought of declining it. They inhabited these for a second time in 1885, keeping house for themselves in the simple but comfortable foreign manner they both so well enjoyed, only dining and spending the evening with their friend. But when, in 1888, they were going, as they thought, to repeat the arrangement, they found, to their surprise, a little apartment prepared for them under Mrs. Bronson's own roof. This act of hospitality involved a special kindness on her part, of which Mr. Browning only became aware at the close of a prolonged stay; and a sense of increased gratitude added itself to the affectionate regard with which his hostess had already inspired both his sister and him. So far as he is concerned, the fact need only be indicated. It is fully expressed in the preface to *Asolando*.¹

During the first and fresher period of Mr. Browning's visits to Venice, he found a passing attraction in its society. It held an historical element which harmonized well with the decayed magnificence of the city, its old-world repose, and the comparatively simple modes of intercourse still prevailing there. Mrs. Bronson's *salon* was hospitably open whenever her health allowed; but her natural refinement, and the conservatism which so strongly marks the

¹ [See the interesting article entitled "Browning in Venice," by Mrs. Bronson, printed (with a prefatory note by Mr. Henry James) in the *Cornhill Magazine* for February, 1902. Mrs. Bronson died in 1900.]

higher class of Americans, preserved it from the heterogeneous character which Anglo-foreign sociability so often assumes. Very interesting, even important names lent their prestige to her circle ; and those of Don Carlos and his family, of Prince and Princess Iturbide, of Prince and Princess Metternich, and of Princess Montenegro, were on the list of her *habitués*, and in the case of the royal Spaniards, of her friends. It need hardly be said that the great English poet, with his fast spreading reputation and his infinite social charm, was kindly welcomed and warmly appreciated amongst them.

English and American acquaintances also congregated in Venice, or passed through it from London, Florence, and Rome. Those resident in Italy could make their visits coincide with those of Mr. Browning and his sister, or undertake the journey for the sake of seeing them ; while the outward conditions of life were such as to render friendly intercourse more satisfactory, and common social civilities less irksome than they could be at home. Mr. Browning was, however, already too advanced in years, too familiar with everything which the world can give, to be long affected by the novelty of these experiences. It was inevitable that the need of rest, though often for the moment forgotten, should assert itself more and more. He gradually declined on the society of a small number of resident or semi-resident friends ; and, due exception being made for the hospitalities of his temporary home, became indebted to the kindness of Sir Henry and Lady Layard, of Mr. and Mrs. Curtis of Palazzo Barbaro, and of Mr. and Mrs. Frederic Eden, for most of the social pleasure and comfort of his later residences in Venice.

Part of a letter to Mrs. Fitz-Gerald gives an insight into the character of his life there : all the stronger that it was written under a temporary depression which it partly serves to explain.

“Albergo dell’ Universo, Venezia, Italia : Sept. 24, ’81.

“Dear Friend,—On arriving here I found your letter to my great satisfaction—and yesterday brought the *Saturday Review*—for which, many thanks.

“We left our strange but lovely place on the 18th, reaching Chambéry at evening,—stayed the next day there,—walking, among other diversions, to ‘Les Charmettes,’ the famous abode of Rousseau—kept much as when he left it : I visited it with my wife perhaps twenty-five years ago, and played so much of ‘Rousseau’s Dream’ as could be effected on his antique harpsichord : this time I attempted the same feat, but only two notes or thereabouts out of the octave would answer the touch. Next morning we proceeded to Turin, and on Wednesday got here, in the middle of the last night of the Congress Carnival—rowing up the Canal to our Albergo through a dazzling blaze of lights and throng of boats,—there being, if we are told truly, 50,000 strangers in the city. Rooms had been secured for us, however : and the festivities are at an end, to my great joy,—for Venice is resuming its old quiet aspect—the only one I value at all. Our American friends wanted to take us in their gondola to see the principal illuminations *after* the ‘Serenade,’ which was not over before midnight—but I was contented with *that*—being tired and indisposed for talking, and, having seen and heard quite enough from our own balcony, went to bed : S. having betaken her to her own room long before.

“Next day we took stock of our acquaintances,—found that the Storys, on whom we had counted for company,

were at Vallombrosa, though the two sons have a studio here—other friends are in sufficient number however—and last evening we began our visits by a very classical one—to the Countess Mocenigo, in her palace which Byron occupied : she is a charming widow since two years,—young, pretty and of the prettiest manners ; she showed us all the rooms Byron had lived in,—and I wrote my name in her album *on* the desk himself wrote the last canto of *Ch. Harold* and *Beppo* upon. There was a small party : we were taken and introduced by the Layards who are kind as ever, and I met old friends—Lord Aberdare, Charles Bowen, and others. While I write comes a deliciously fresh *bouquet* from Mrs. Bronson, an American lady,—in short we shall find a week or two amusing enough ; though—where are the pinewoods, mountains and torrents, and wonderful air ? Venice is under a cloud,—dull and threatening,—though we were apprehensive of heat, arriving, as we did, ten days earlier than last year. . . .”

The evening's programme was occasionally varied by a visit to one of the theatres. The plays given were chiefly in the Venetian dialect, and needed previous study for their enjoyment ; but Mr. Browning assisted at one musical performance which strongly appealed to his historical and artistic sensibilities : that of the *Barbiere* of Paisiello in the Rossini theatre and in the presence of Wagner, which took place in the autumn of 1880.

Although the manner of his sojourn in the Italian city placed all the resources of resident life at his command, Mr. Browning never abjured the active habits of the English traveller. He daily walked with his sister, as he did in the mountains, for walking's sake, as well as for the delight of what his expeditions showed him ; and the facilities which

they supplied for this healthful pleasurable exercise were to his mind one of the great merits of his autumn residences in Italy. He explored Venice in all directions, and learned to know its many points of beauty and interest, as those cannot who believe it is only to be seen from a gondola; and when he had visited its every corner, he fell back on a favourite stroll along the Riva to the public garden and back again; never failing to leave the house at about the same hour of the day. Later still, when a friend's gondola was always at hand, and air and sunshine were the one thing needful, he would be carried to the Lido, and take a long stretch on its farther shore.

The letter to Mrs. Fitz-Gerald, from which I have already quoted, concludes with the account of a tragic occurrence which took place at Saint-Pierre just before his departure, and in which Mr. Browning's intuitions had played a striking part.

“And what do you think befell us in this abode of peace and innocence? Our journey was delayed for three hours in consequence of the one mule of the village being requisitioned by the *Juge d'Instruction* from Grenoble, come to enquire into a murder committed two days before. My sister and I used once a day to walk for a couple of hours up a mountain-road of the most lovely description, and stop at the summit whence we looked down upon the minute hamlet of St.-Pierre d'Entremont,—even more secluded than our own: then we got back to our own aforesaid. And in this Paradisial place, they found, yesterday week, a murdered man—frightfully mutilated—who had been caught apparently in the act of stealing potatoes in a field; such a crime had never occurred in the memory of the oldest of

our folk. Who was the murderer is the mystery—whether the field's owner—in his irritation at discovering the robber,—or one of a band of similar *charbonniers* (for they suppose the man to be a Piedmontese of that occupation) remains to be proved: they began by imprisoning the owner, who denies his guilt energetically. Now the odd thing is, that, either the day of, or after the murder,—as I and S. were looking at the utter solitude, I had the fancy, ‘What should I do if I suddenly came upon a dead body in this field? Go and proclaim it—and subject myself to all the vexations inflicted by the French way of procedure (which begins by assuming that you may be the criminal)—or neglect an obvious duty, and return silently.’ I, of course, saw that the former was the only proper course, whatever the annoyance involved. And, all the while, there was just about to be the very same incident for the trouble of somebody.”

Here the account breaks off; but writing again from the same place, August 16, 1882, he takes up the suspended narrative with this question:

“Did I tell you of what happened to me on the last day of my stay here last year?” And after repeating the main facts continues as follows:

“This morning, in the course of my walk, I entered into conversation with two persons of whom I made enquiry myself. They said the accused man, a simple person, had been locked up in a high chamber,—protesting his innocence strongly,—and troubled in his mind by the affair altogether and the turn it was taking, had profited by the gendarme's negligence, and thrown himself out of the window—and so died, continuing to the last to protest as before. My presentiment of what such a person might have to undergo was

justified, you see—though I should not in any case have taken *that* way of getting out of the difficulty. The man added, ‘it was not he who committed the murder, but the companions of the man, an Italian charcoal-burner, who owed him a grudge, killed him, and dragged him to the field,—filling his sack with potatoes as if stolen, to give a likelihood that the field’s owner had caught him stealing and killed him,—so M. Perrier the greffier told me.’ Enough of this grim story.

“My sister was anxious to know exactly where the body was found : ‘*Vous savez la croix au sommet de la colline ? A cette distance de cela !*’ That is precisely where I was standing when the thought came over me.”

A passage in a subsequent letter of September 3 clearly refers to some comment of Mrs. Fitz-Gerald’s on the peculiar nature of this presentiment :

“No—I attribute no sort of supernaturalism to my fancy about the thing that was really about to take place. By a law of the association of ideas—*contraries* come into the mind as often as *similarities*—and the peace and solitude readily called up the notion of what would most jar with them. I have often thought of the trouble that might have befallen me if poor Miss Smith’s death had happened the night before, when we were on the mountain alone together—or next morning when we were on the proposed excursion—only *then* we should have had companions.”

The letter then passes to other subjects.

“This is the fifth magnificent day—like magnificence, unfit for turning to much account—for we cannot walk till sunset. I had two hours’ walk, or nearly, before breakfast,

however : It is the loveliest country I ever had experience of, and we shall prolong our stay perhaps—apart from the concern for poor Cholmondeley and his friends, I should be glad to apprehend no long journey—besides the annoyance of having to pass Florence and Rome unvisited, for S.'s sake, I mean : even Naples would have been with its wonderful environs a tantalizing impracticability.

“ Your ‘ Academy ’ came and was welcomed. The newspaper is like an electric eel, as one touches it and expects a shock. I am very anxious about the Archbishop who has always been strangely kind to me.”

He and his sister had accepted an invitation to spend the month of October with Mr. Cholmondeley at his villa in Ischia ; but the party assembled there was broken up by the death of one of Mr. Cholmondeley's guests, a young lady who had imprudently attempted the ascent of a dangerous mountain without a guide, and who lost her life in the experiment.

A short extract from a letter to Mrs. Charles Skirrow will show that even in this complete seclusion Mr. Browning's patriotism did not go to sleep. There had been already sufficient evidence that his friendship did not ; but it was not in the nature of his mental activities that they should be largely absorbed by politics, though he followed the course of his country's history as a necessary part of his own life. It needed a crisis like that of our Egyptian campaign, or the subsequent Irish struggle, to arouse him to a full emotional participation in current events. How deeply he could be thus aroused remained yet to be seen.

“ If the George Smiths are still with you, give them my love, and tell them we shall expect to see them at Venice,—

which was not so likely to be the case when we were bound for Ischia. As for Lady Wolseley—one dares not pretend to vie with her in anxiety just now; but my own pulses beat pretty strongly when I open the day's newspaper—which, by some new arrangement, reaches us, oftener than not, on the day after publication. Where is your Bertie? I had an impassioned letter, a fortnight ago, from a nephew of mine, who is in the second division [battalion?] of the Black Watch; he was ordered to Edinburgh, and the regiment not dispatched, after all,—it having just returned from India; the poor fellow wrote in his despair 'to know if I could do anything!' He may be wanted yet: though nothing seems wanted in Egypt, so capital appears to be the management."

In 1879 Mr. Browning published the first series of his *Dramatic Idyls*; and their appearance sent a thrill of surprised admiration through the public mind. In *La Saisiaz* and the accompanying poems he had accomplished what was virtually a life's work. For he was approaching the appointed limit of man's existence; and the poetic, which had been nourished in him by the natural life—which had once outstripped its developments, but on the whole remained subject to them—had therefore, also, passed through the successive phases of individual growth. He had been inspired as dramatic poet by the one avowed conviction that little else is worth study but the history of a soul; and outward act or circumstance had only entered into his creations as condition or incident of the given psychological state. His dramatic imagination had first, however unconsciously, sought its materials in himself; then gradually been projected into the world of men and women, which his widening knowledge laid open to him; it

is scarcely necessary to say that its power was only fully revealed when it left the remote regions of poetical and metaphysical self-consciousness, to invoke the not less mysterious and far more searching utterance of the general human heart. It was a matter of course that in this expression of his dramatic genius, the intellectual and emotional should exhibit the varying relations which are developed by the natural life: that feeling should begin by doing the work of thought, as in *Saul*, and thought end by doing the work of feeling, as in *Fifine at the Fair*; and that the two should alternate or combine in proportioned intensity in such works of an intermediate period as *Cleon*, *A Death in the Desert*, the *Epistle of Karshish*, and *James Lee's Wife*; the sophisticated ingenuities of *Bishop Blougram* and *Sludge*; and the sad, appealing tenderness of *Andrea del Sarto* and *The Worst of It*.

It was also almost inevitable that so vigorous a genius should sometimes falsify calculations based on the normal life. The long-continued force and freshness of Mr. Browning's general faculties was in itself a protest against them. We saw without surprise that during the decade which produced *Prince Hohenstiel-Schwangau*, *Fifine at the Fair*, and *Red Cotton Nightcap Country*, he could give us *The Inn Album*, with its expression of the higher sexual love unsurpassed, rarely equalled, in the whole range of his work: or those two unique creations of airy fancy and passionate symbolic romance, *Saint Martin's Summer* and *Numpholeptos*. It was no ground for astonishment that the creative power in him should even ignore the usual period of decline, and defy, so far as is humanly possible, its natural laws of modification. But in the *Dramatic Idyls* he did more than

proceed with unflagging powers on a long-trodden, distinctive course ; he took a new departure.

Mr. Browning did not forsake the drama of motive when he imagined and worked out his new group of poems ; he presented it in a no less subtle and complex form. But he gave it the added force of picturesque realization ; and this by means of incidents both powerful in themselves, and especially suited for its development. It was only in proportion to this higher suggestiveness that a startling situation ever seemed to him fit subject for poetry. Where its interest and excitement exhausted themselves in the external facts, it became, he thought, the property of the chronicler, but supplied no material for the poet ; and he often declined matter which had been offered him for dramatic treatment because it belonged to the more sensational category.

It is part of the vital quality of the *Dramatic Idyls* that, in them, the act and the motive are not yet finally identified with each other. We see the act still palpitating with the motive ; the motive dimly striving to recognize or disclaim itself in the act. It is in this that the psychological poet stands more than ever strongly revealed. Such at least is the case in *Martin Relp*, and the idealized Russian legend, *Ivàn Ivànovitch*. The grotesque tragedy of *Ned Bratts* has also its marked psychological aspects, but they are of a simpler and broader kind.

The new inspiration slowly subsided through the second series of *Idyls*, 1880, and *Jocoseria*, 1883. In *Ferishtah's Fancies*, 1884, Mr. Browning returned to his original manner, though carrying into it something of the renewed vigour which had marked the intervening change. The

lyrics which alternate with its parables include some of the most tender, most impassioned, and most musical of his love-poems.

The moral and religious opinions conveyed in this later volume may be accepted without reserve as Mr. Browning's own, if we subtract from them the exaggerations of the figurative and dramatic form. It is indeed easy to recognize in them the under currents of his whole real and imaginative life. They have also on one or two points an intrinsic value which will justify a later allusion.¹

¹ [An interesting light is thrown upon the comparative popularity of the poetry of Mr. and Mrs. Browning at this date by a letter to the Rev. H. R. Haweis, written on May 11, 1880 (now in the British Museum). Browning was now at the height of his reputation, while his wife's poetry, one would have said, was suffering from an undeserved reaction, which lasted until the publication of her letters. The concrete testimony of the sales of their respective works, however, tells a different tale, and illustrates the truth that the course of critical opinion in what may be called literary circles is far from being an infallible test of popularity.

"On one point you are misinformed, you will be glad to know: instead of the poetry of E. B. B. being 'almost forgotten,' it is more remembered—or, at least, called for in order to be remembered—than it ever was. A note from the Publisher, four days ago, apprises me that the almost yearly new edition of the five volumes is out,—and the corresponding edition of 'Aurora Leigh,'—while a second series of Selections from the Poetry is just printed. The demand for my own works is nothing like so large."]

CHAPTER XX

1881-1887

The Browning Society ; Mr. Furnivall ; Miss E. H. Hickey—His Attitude towards the Society ; Letter to Mrs. Fitz-Gerald—Mr. Thaxter, Mrs. Celia Thaxter—Letter to Miss Hickey ; *Strafford*—Shakspeare and Wordsworth Societies—Letters to Professor Knight—Appreciation in Italy ; Professor Nencioni—The Goldoni Sonnet—Mr. Barrett Browning ; Palazzo Manzoni—Letters to Mrs. Charles Skirrow—St. Moritz ; Mrs. Bloomfield Moore—Llangollen ; Sir Theodore and Lady Martin—Loss of old Friends—Foreign Correspondent of the Royal Academy—*Parleyings with certain People of Importance in their Day.*

THIS Indian summer of Mr. Browning's genius coincided with the highest manifestation of public interest, which he, or with one exception, any living writer, had probably yet received : the establishment of a Society bearing his name, and devoted to the study of his poetry. The idea arose almost simultaneously in the mind of Dr., then Mr. Furnivall, and of Miss E. H. Hickey. One day, in the July of 1881, as they were on their way to Warwick Crescent to pay an appointed visit there, Miss Hickey strongly expressed her opinion of the power and breadth of Mr. Browning's work ; and concluded by saying that much as she loved Shakespeare, she found in certain aspects of Browning what even Shakespeare could not give her. Mr. Furnivall replied to this by asking what she would say to helping him to

found a Browning Society ; and it then appeared that Miss Hickey had recently written to him a letter, suggesting that he should found one ; but that it had miscarried, or, as she was disposed to think, not been posted. Being thus, at all events, agreed as to the fitness of the undertaking, they immediately spoke of it to Mr. Browning, who at first treated the project as a joke ; but did not oppose it when once he understood it to be serious. His only proviso was that he should remain neutral in respect to its fulfilment. He refused even to give Mr. Furnivall the name or address of any friends, whose interest in himself or his work might render their co-operation probable.

This passive assent sufficed. A printed prospectus was now issued. About two hundred members were soon secured. A committee was elected, of which Mr. J. T. Nettleship, already well known as a Browning student, was one of the most conspicuous members ; and by the end of October a small Society had come into existence, which held its inaugural meeting in the Botanic Theatre of University College. Mr. Furnivall, its principal founder and responsible organizer, was Chairman of the Committee, and Miss E. H. Hickey, the co-founder, was Honorary Secretary. When, two or three years afterwards, illness compelled her to resign this position, it was assumed by Mr. J. Dykes Campbell.

Although nothing could be more unpretending than the action of this Browning Society, or in the main more genuine than its motive, it did not begin life without encountering ridicule and mistrust. The formation of a Ruskin Society in the previous year had already established a precedent for allowing a still living worker to enjoy the

fruits of his work, or, as some one termed it, for making a man a classic during his lifetime. But this fact was not yet generally known; and meanwhile a curious contradiction developed itself in the public mind. The outer world of Mr. Browning's acquaintance continued to condemn the too great honour which was being done to him; from those of the inner circle he constantly received condolences on being made the subject of proceedings which, according to them, he must somehow regard as an offence.

This was the last view of the case which he was prepared to take. At the beginning, as at the end, he felt honoured by the intentions of the Society. He probably, it is true, had occasional misgivings as to its future. He could not be sure that its action would always be judicious, still less that it would be always successful. He was prepared for its being laughed at, and for himself being included in the laughter. He consented to its establishment for what seemed to him the one unanswerable reason, that he had, even on the ground of taste, no just cause for forbidding it. No line, he considered, could be drawn between the kind of publicity which every writer seeks, which, for good or evil, he had already obtained, and that which the Browning Society was conferring on him. His works would still, as before, be read, analyzed, and discussed *viva voce* and in print. That these proceedings would now take place in other localities than drawing-rooms or clubs, through other organs than newspapers or magazines, by other and larger groups of persons than those usually gathered round a dinner- or a tea-table, involved no real change in the situation. In any case, he had made himself public property; and those who thus organized their study

of him were exercising an individual right. If his own rights had been assailed he would have guarded them also ; but the circumstances of the case precluded such a contingency. And he had his reward. How he felt towards the Society at the close of its first session is better indicated in the following letter to Mrs. Fitz-Gerald than in the note to Mr. Yates which Mr. Sharp has published, and which was written with more reserve and, I believe, at a rather earlier date. Even the shade of condescension which lingers about his words will have been effaced by subsequent experience ; and many letters written to Dr. Furnivall since then attested his grateful and affectionate appreciation of kindness intended and service done to him.¹

. . . They always treat me gently in *Punch*—why don't you do the same by the Browning Society ? I see you emphasize Miss Hickey's acknowledgement of defects in time and want of rehearsal : but I look for no great perfection in a number of kindly disposed strangers to me personally, who try to interest people in my poems by singing and reading them. They give their time for nothing, offer their little entertainment for nothing, and certainly get next to nothing in the way of thanks—unless from myself who feel grateful to the faces I shall never see, the voices I shall never hear. The kindest notices I have had, at all events those that have given me most pleasure, have been educed by this Society—A. Sidgwick's paper, that of Professor

¹ [See the letters to Dr. Furnivall printed in the two little volumes issued for private circulation by Mr. T. J. Wise in 1895 and 1896. There is no need to doubt Browning's genuine gratitude to those who bestowed on his work the compliment of earnest study and admiration ; but there is reason to believe that he abstained, as a rule, from reading the discussions of his poetry published in the Society's Proceedings.]

Corson, Miss Lewis' article in this month's *Macmillan*—and I feel grateful for it all, for my part,—and none the less for a little amusement at the wonder of some of my friends that I do not jump up and denounce the practices which must annoy me so much. Oh! my “gentle Shakespeare,” how well you felt and said—“never anything can be amiss when simpleness and duty tender it.” So, dear Lady, here is my duty and simplicity tendering itself to you, with all affection besides, and I being ever yours,

R. BROWNING.

That general disposition of the London world which left the ranks of the little Society to be three-fourths recruited among persons, many living at a distance, whom the poet did not know, became also in its way a satisfaction. It was with him a matter of course, though never of indifference, that his closer friends of both sexes were among its members; it was one of real gratification that they included from the beginning such men as Dean Boyle of Salisbury, the Rev. Llewellyn Davies, George Meredith, and James Cotter Morison—that they enjoyed the sympathy and co-operation of such a one as Archdeacon Farrar. But he had an ingenuous pride in reading the large remainder of the Society's lists of names, and pointing out the fact that there was not one among them which he had ever heard. It was equivalent to saying, “All these people care for me as a poet. No social interest, no personal prepossession, has attracted them to my work.” And when the unknown name was not only appended to a list; when it formed the signature of a paper—excellent or indifferent as might be—but in either case bearing witness to a careful and unobtrusive study of his poems, by so

much was the gratification increased. He seldom weighed the intrinsic merit of such productions ; he did not read them critically. No man was ever more adverse to the seeming ungraciousness of analyzing the quality of a gift. In real life indeed this power of gratitude sometimes defeated its own end, by neutralizing his insight into the motive or effect involved in different acts of kindness, and placing them all successively on the same plane.

In the present case, however, an ungraduated acceptance of the labour bestowed on him was part of the neutral attitude which it was his constant endeavour to maintain. He always refrained from noticing any erroneous statement concerning himself or his works which might appear in the Papers of the Society : since, as he alleged, if he once began to correct, he would appear to endorse whatever he left uncorrected, and thus make himself responsible, not only for any interpretation that might be placed on his poems, but, what was far more serious, for every eulogium that was bestowed upon them. He could not stand aloof as entirely as he or even his friends desired, since it was usual with some members of the Society to seek from him elucidations of obscure passages which, without these, it was declared, would be a stumbling-block to future readers. But he disliked being even to this extent drawn into its operation ; and his help was, I believe, less and less frequently invoked. Nothing could be more false than the rumour which once arose that he superintended those performances of his plays which took place under the direction of the Society. Once only, and by the urgent desire of some of the actors, did he witness a last rehearsal of one of them.

It was also a matter of course that men and women brought together by a pre-existing interest in Mr. Browning's work should often ignore its authorized explanations, and should read and discuss it in the light of personal impressions more congenial to their own mind ; and the various and circumstantial views sometimes elicited by a given poem did not serve to render it more intelligible. But the merit of true poetry lies so largely in its suggestiveness, that even mistaken impressions of it have their positive value and also their relative truth ; and the intellectual friction which was thus created, not only in the parent society, but in its offshoots in England and America, was not their least important result.

These Societies conferred, it need hardly be said, no less real benefits on the public at large. They extended the sale of Mr. Browning's works, and with it their distinct influence for intellectual and moral good. They not only created in many minds an interest in these works, but aroused the interest where it was latent, and gave it expression where it had hitherto found no voice. One fault, alone, could be charged against them ; and this lay partly in the nature of all friendly concerted action : they stirred a spirit of enthusiasm in which it was not easy, under conditions equally genuine, to distinguish the individual element from that which was due to contagion ; while the presence among us of the still living poet often infused into that enthusiasm a vaguely emotional element, which otherwise detracted from its intellectual worth. But in so far as this was a drawback to the intended action of the Societies, it was one only in the most limited sense ; nor can we doubt, that, to a certain extent, Mr. Browning's

best influence was promoted by it. The hysterical sensibilities which, for some years past, he had unconsciously but not unfrequently aroused in the minds of women, and even of men, were a morbid development of that influence, which its open and systematic extension tended rather to diminish than to increase.

It is also a matter of history that Robert Browning had many deep and constant admirers in England, and still more in America,¹ long before this organized interest had developed itself. Letters received from often remote parts of the United States had been for many years a detail of his daily experience ; and even when they consisted of the request for an autograph, an application to print selections from his works, or a mere expression of schoolboy pertness or schoolgirl sentimentality, they bore witness to his wide reputation in that country, and the high esteem in which he was held there.² The names of Levi and Celia Thaxter of Boston had long, I believe, been conspicuous in the higher ranks of his disciples, though they first occur in his correspondence at about this date. I trust I may take for granted Mrs. Thaxter's permission to publish a letter from her.

Newtonville, Massachusetts : March 14, 1880.

My dear Mr. Browning :

Your note reached me this morning, but it belonged to my husband, for it was he who wrote to you ; so I gave it

¹ The cheapening of his works in America, induced by the absence of international copyright, accounts of course in some degree for their wider diffusion, and hence earlier appreciation there.

² One of the most curious proofs of this was the Californian Railway time-table edition of his poems.

to him, glad to put into his hands so precious a piece of manuscript, for he has for you and all your work an enthusiastic appreciation such as is seldom found on this planet: it is not possible that the admiration of one mortal for another can exceed his feeling for you. You might have written for him,

I've a friend over the sea,

· · · · · ·
It all grew out of the books I write, &c.

You should see his fine wrath and scorn for the idiocy that doesn't at once comprehend you!

He knows every word you have ever written; long ago *Sordello* was an open book to him from title-page to closing line, and *all* you have printed since has been as eagerly and studiously devoured. He reads you aloud (and his reading is a fine art) to crowds of astonished people, he swears by you, he thinks no one save Shakspeare has a right to be mentioned in the same century with you. You are the great enthusiasm of his life.

Pardon me, you are smiling, I dare say. You hear any amount of such things, doubtless. But a genuine living appreciation is always worth having in this old world, it is like a strong fresh breeze from off the brine, that puts a sense of life and power into a man. You cannot be the worse for it.

Yours very sincerely,

CELIA THAXTER.

When Mr. Thaxter died, in February 1885, his son wrote to Mr. Browning to beg of him a few lines to be inscribed on his father's tombstone. The little poem by which the request was answered has not yet, I believe, been published.

Written to be inscribed on the gravestone of Levi Thaxter.

Thou, whom these eyes saw never,—say friends true
Who say my soul, helped onward by my song,
Though all unwittingly, has helped thee too?
I gave but of the little that I knew:
How were the gift requited, while along
Life's path I pace, could'st thou make weakness strong,
Help me with knowledge—for Life's old, Death's new!

R. B.

April 19, '85.

A publication which connected itself with the labours of the Society, without being directly inspired by it, was the annotated *Strafford* prepared by Miss Hickey for the use of students. It may be agreeable to those who use the little work to know the estimate in which Mr. Browning held it. He wrote as follows:

19, Warwick Crescent, W.: February 15, 1884.

Dear Miss Hickey,—I have returned the Proofs by post,—nothing can be better than your notes—and with a real wish to be of use, I read them carefully that I might detect never so tiny a fault,—but I found none—unless (to show you how minutely I searched,) it should be one that by “thriving in your contempt,” I meant simply “while you despise them, and for all that, they thrive and are powerful to do you harm.” The idiom you prefer—quite an authorized one—comes to much the same thing after all.

You must know how much I grieve at your illness—temporary as I will trust it to be—I feel all your goodness to me—or whatever in my books may be taken for me—well, I wish you knew how thoroughly I feel it—and how truly I am and shall ever be

Yours affectionately,

ROBERT BROWNING.

From the time of the foundation of the new Shakspeare Society, Mr. Browning was its president. In 1880 he became a member of the Wordsworth Society. Two interesting letters to Professor Knight, dated respectively 1880 and 1887, connect themselves with the working of the latter; and, in spite of their distance in time, may therefore be given together. The poem which formed the subject of the first was *The Daisy*; ¹ the selection referred to in the second was that made in 1888 by Professor Knight for the Wordsworth Society, with the co-operation of Mr. Browning and other eminent literary men.

19, Warwick Crescent, W.: July 9, '80.

My dear Sir,—You pay me a compliment in caring for my opinion—but, such as it is, a very decided one it must be. On every account, your method of giving the original text, and subjoining in a note the variations, each with its proper date, is incontestably preferable to any other. It would be so, if the variations were even improvements—there would be pleasure as well as profit in seeing what was good grow visibly better. But—to confine ourselves to the single “proof” you have sent me—in every case the change is sadly for the worse: I am quite troubled by such spoilings of passage after passage as I should have chuckled at had I chanced upon them in some copy pencil-marked with corrections by Jeffrey or Gifford: indeed, they are nearly as wretched as the touchings-up of the *Siege of Corinth* by the latter. If ever diabolic agency was caught at tricks with “apostolic” achievement (see page 9)—and “apostolic,” with no “profanity” at all, I esteem these poems to be—surely you may bid it “aroint” “about

¹ That beginning, “In youth from rock to rock I went.”

and all about " these desecrated stanzas—each of which, however, thanks to your piety, we may hail, I trust, with a hearty

Thy long-lost praise thou shalt regain
Nor be less dear to future men
Than in old time!

Believe me, my dear Sir,

Yours very sincerely,

ROBERT BROWNING.

19, Warwick Crescent, W.: March 23, '87.

Dear Professor Knight,—I have seemed to neglect your commission shamefully enough: but I confess to a sort of repugnance to classifying the poems as even good and less good: because in my heart I fear I should do it almost chronologically—so immeasurably superior seem to me the "first sprightly runnings." Your selection would appear to be excellent; and the partial admittance of the later work prevents one from observing the too definitely distinguishing black line between supremely good and—well, what is fairly tolerable—from Wordsworth, always understand! I have marked a few of the early poems, not included in your list—I could do no other when my conscience tells me that I never can be tired of loving them: while, with the best will in the world, I could never do more than try hard to like them.¹

You see, I go wholly upon my individual likings and distastes: that other considerations should have their weight with other people is natural and inevitable.

Ever truly yours,

ROBERT BROWNING.

¹ By "them" Mr. Browning clearly means the later poems, and probably has omitted a few words which would have shown this.

Many thanks for the volume just received—that with the correspondence. I hope that you restore the swan simile so ruthlessly cut away from “Dion.”

In 1884 he was again invited, and again declined, to stand for the Lord Rectorship of the University of St. Andrews. In the same year he received the LL.D. degree of the University of Edinburgh; and in the following was made Honorary President of the Associated Societies of that city.¹ During the few days spent there on the occasion of his investiture, he was the guest of Professor Masson, whose solicitous kindness to him is still warmly remembered in the family.

The interest in Mr. Browning as a poet is beginning to spread in Germany. There is room for wonder that it should not have done so before, though the affinities of his genius are rather with the older than with the more modern German mind.² It is much more remarkable that, many years ago, his work had already a sympathetic exponent in Italy. Signor Nencioni, Professor of Literature in Florence, had made his acquaintance at Siena, and was possibly first attracted to him through his wife, although I never heard that it was so. He was soon, however,

¹ This Association was instituted in 1833, and is a union of literary and debating societies. It is at present composed of five: the Dialectic, Scots Law, Diagnostic, Philosophical, and Philomathic.

² [Since this was written there has been a considerable development of Browning-study—as of interest in other English literature—in Germany. As examples and evidence of this, reference may be made to the translation of the *Letters of R. B. and E. B. B.* by F. P. Greve, and articles by O. Roloff (Potsdam, 1900) and Frau Marie Gothein.]

fascinated by Mr. Browning's poetry, and made it an object of serious study; he largely quoted from, and wrote on it, in the Roman paper *Fanfulla della Domenica*, in 1881 and 1882; and published in January, 1890, what is, I am told, an excellent article on the same subject, in the *Nuova Antologia*. Two years previously he travelled from Rome to Venice (accompanied by Signor Placci), for the purpose of seeing him. He was fond of reciting passages from the works, and even made attempts at translation: though he understood them too well not to pronounce them, what they are for every Latin language, untranslatable.

In 1883 Mr. Browning added another link to the "golden" chain of verse which united England and Italy. A statue of Goldoni was about to be erected in Venice. The ceremonies of the occasion were to include the appearance of a volume—or album—of appropriate poems; and Cavaliere Molmenti, its intending editor, a leading member of the "Erection Committee," begged Mr. Browning to contribute to it. It was also desired that he should be present at the unveiling.¹ He was unable to grant this request, but consented to write a poem. This sonnet to Goldoni also deserves to be more widely known, both for itself and for the manner of its production. Mr. Browning had forgotten, or not understood, how soon the promise concerning it must be fulfilled, and it was actually scribbled off while a messenger, sent by Signor Molmenti, waited for it.

¹ It was, I think, during this visit to Venice that he assisted at a no less interesting ceremony: the unveiling of a commemorative tablet to Baldassare Galuppi, in his native island of Burano.

Goldoni,—good, gay, sunniest of souls,—
Glassing half Venice in that verse of thine,—
What though it just reflect the shade and shine
Of common life, nor render, as it rolls,
Grandeur and gloom? Sufficient for thy shoals
Was Carnival: Parini's depths enshrine
Secrets unsuited to that opaline
Surface of things which laughs along thy scrolls.
There throng the people: how they come and go,
Lisp the soft language, flaunt the bright garb,—see,—
On Piazza, Calle, under Portico
And over Bridge! Dear king of Comedy,
Be honoured! Thou that didst love Venice so,
Venice, and we who love her, all love thee!

Venice, Nov. 27, 1883.

A complete bibliography would take account of three other sonnets, *The Founder of the Feast*, 1884, *The Names*, 1884, and *Why I am a Liberal*, 1886, to which I shall have occasion to refer; but we decline insensibly from these on to the less important or more fugitive productions which such lists also include, and on which it is unnecessary or undesirable that any stress should be laid.

In 1885 he was joined in Venice by his son. It was "Penini's" first return to the country of his birth, his first experience of the city which he had only visited in his nurse's arms; and his delight in it was so great that the plan shaped itself in his father's mind of buying a house there, which should serve as *pied-à-terre* for the family, but more especially as a home for him. Neither the health nor the energies of the younger Mr. Browning had ever withstood the influence of the London climate; a foreign element was undoubtedly present in his otherwise thoroughly English constitution. Everything now pointed to his

settling in Italy, and pursuing his artist life there, only interrupting it by occasional visits to London and Paris. His father entered into negotiations for the Palazzo Manzoni, next door to the former Hôtel de l'Univers; and the purchase was completed, so far as he was concerned, before he returned to England. The fact is related, and his own position towards it described, in a letter to Mrs. Charles Skirrow, written from Venice.

Palazzo Giustiniani Recanatì, S. Moïse: Nov. 15, '85.

My two dear friends will have supposed, with plenty of reason, that I never got the kind letter some weeks ago. When it came, I was in the middle of an affair, conducted by letters of quite another kind, with people abroad: and as I fancied that every next day might bring me news very interesting to me and likely to be worth telling to the dear friends, I waited and waited—and only two days since did the matter come to a satisfactory conclusion—so, as the Irish song has it, “Open your eyes and die with surprise” when I inform you that I have purchased the Manzoni Palace here, on the Canal Grande, of its owner, Marchese Montecucculi, an Austrian and an absentee—hence the delay of communication. I did this purely for Pen—who became at once simply infatuated with the city which won my whole heart long before he was born or thought of. I secure him a perfect domicile, every facility for his painting and sculpture, and a property fairly worth, even here and now, double what I gave for it—such is the virtue in these parts of ready money! I myself shall stick to London—which has been so eminently good and gracious to me—so long as God permits; only, when the inevitable outrage of Time gets the better of my body—(I shall not believe in his reaching my soul and proper self)—there

will be a capital retreat provided : and meantime I shall be able to “take mine ease in mine own inn” whenever so minded. There, my dear friends ! I trust now to be able to leave very shortly ; the main business cannot be formally concluded before two months at least—through the absence of the Marchese,—who left at once to return to his duties as commander of an Austrian ship ; but the necessary engagement to sell and buy at a specified price is made in due legal form, and the papers will be sent to me in London for signature. I hope to get away the week after next at latest,—spite of the weather in England which to-day’s letters report as “atrocious,”—and ours, though variable, is in the main very tolerable and sometimes perfect ; for all that, I yearn to be at home in poor Warwick Crescent, which must do its best to make me forget my new abode. I forget you don’t know Venice. Well then, the Palazzo Manzoni is situate on the Grand Canal, and is described by Ruskin,—to give no other authority,—as “a perfect and very rich example of Byzantine Renaissance : its warm yellow marbles are magnificent.” And again—“an exquisite example (of Byzantine Renaissance) as applied to domestic architecture.” So testify the “Stones of Venice.” But we will talk about the place, over a photograph, when I am happy enough to be with you again.

Of Venetian gossip there is next to none. We had an admirable Venetian Company,—using the dialect,—at the Goldoni Theatre. The acting of Zago, in his various parts, and Zenon-Palladini, in her especial character of a Venetian piece of volubility and impulsiveness in the shape of a servant, were admirable indeed. The manager, Gallina, is a playwright of much reputation, and gave us some dozen of his own pieces, mostly good and clever. S. is very well,—much improved in health : we walk sufficiently in this city where walking is accounted impossible by those

who never attempt it. Have I tried your good temper ? No ! you ever wished me well, and I love you both with my whole heart. S.'s love goes with mine—who am ever yours

ROBERT BROWNING.

He never, however, owned the Manzoni Palace. The Austrian gentlemen¹ whose property it was, put forward, at the last moment, unexpected and to his mind unreasonable claims ; and he was preparing to contest the position, when a timely warning induced him to withdraw from it altogether. The warning proceeded from his son, who had remained on the spot, and was now informed on competent authority that the foundations of the house were insecure.

In the early summer of 1884, and again in 1886, Miss Browning had a serious illness ; and though she recovered, in each case completely and in the first rapidly, it was considered desirable that she should not travel so far as usual from home. She and her brother therefore accepted for the August and September of 1884 the urgent invitation of an American friend, Mrs. Bloomfield Moore, to stay with her at a villa which she rented for some seasons at St.-Moritz. Mr. Browning was delighted with the Engadine, where the circumstances of his abode, and the thoughtful kindness of his hostess, allowed him to enjoy the benefits of comparative civilization together with almost perfect repose. The weather that year was brilliant until the end of September, if not beyond it ; and his letters tell the old pleasant story of long daily walks and a general sense of

¹ Two or three brothers.

invigoration. One of these, written to Mr. and Mrs. Skirrow, also contains some pungent remarks on contemporary events, with an affectionate allusion to one of the chief actors in them.

“Anyhow, I have the sincerest hope that Wolseley may get done as soon, and kill as few people, as possible,—keeping himself safe and sound—brave dear fellow—for the benefit of us all.”

He also speaks with great sympathy of the death of Mr. Charles Sartoris, which had just taken place at St.-Moritz.

In 1886, Miss Browning was not allowed to leave England; and she and Mr. Browning established themselves for the autumn at the Hand Hotel at Llangollen, where their old friends, Sir Theodore and Lady Martin, would be within easy reach. Mr. Browning missed the exhilarating effects of the Alpine air; but he enjoyed the peaceful beauty of the Welsh valley, and the quiet and comfort of the old-fashioned English inn. A new source of interest also presented itself to him in some aspects of the life of the English country gentleman. He was struck by the improvements effected by its actual owner¹ on a neighbouring estate, and by the provisions contained in them for the comfort of both the men and the animals under his care; and he afterwards made, in reference to them, what was, for a professing Liberal, a very striking remark: “Talk of abolishing that class of men! They are the salt of the earth!” Every Sunday afternoon he and his sister drank tea—weather permitting—on the lawn with their friends at Bryntysilio; and he alludes

¹ I believe a Captain Best [no doubt, Capt. J. Best, of Vivod].

gracefully to these meetings in a letter written in the early summer of 1888, when Lady Martin had urged him to return to Wales.

The poet left another and more pathetic remembrance of himself in the neighbourhood of Llangollen: his weekly presence at the afternoon Sunday service in the parish church of Llantysilio. Churchgoing was, as I have said, no part of his regular life. It was no part of his life in London. But I do not think he ever failed in it at the Universities or in the country. The assembling for prayer meant for him something deeper in both the religious and the human sense, where ancient learning and piety breathed through the consecrated edifice, or where only the figurative "two or three" were "gathered together" within it. A memorial tablet now marks the spot at which on this occasion the sweet grave face and the venerable head were so often seen. It has been placed by the direction of Lady Martin on the adjoining wall.

It was in the September of this year that Mr. Browning heard of the death of M. Joseph Milsand. This name represented for him one of the few close friendships which were to remain until the end, unclouded in fact and in remembrance; and although some weight may be given to those circumstances of their lives which precluded all possibility of friction and risk of disenchantment, I believe their rooted sympathy and Mr. Browning's unfailing powers of appreciation would, in all possible cases, have maintained the bond intact. The event was at the last sudden, but happily not quite unexpected.

Many other friends had passed by this time out of the poet's life—those of a younger, as well as his own and an

older generation. Miss Haworth died in 1883. Charles Dickens, with whom he had remained on the most cordial terms, had walked between him and his son at Thackeray's funeral, to receive from him, only seven years later, the same pious office. Lady Augusta Stanley, the daughter of his old friend, Lady Elgin, was dead, and her husband, the Dean of Westminster. So also were "Barry Cornwall" and John Forster, Alfred Domett and Thomas Carlyle, Mr. Cholmondeley and Lord Houghton; others still, both men and women, whose love for him might entitle them to a place in his Biography, but whom I could at most only mention by name.

For none of these can his feeling have been more constant or more disinterested than that which bound him to Carlyle. He visited him at Chelsea in the last weary days of his long life, as often as their distance from each other and his own engagements allowed. Even the man's posthumous self-disclosures scarcely availed to destroy the affectionate reverence which he had always felt for him. He never ceased to defend him against the charge of unkindness to his wife, or to believe that in the matter of their domestic unhappiness she was the more responsible of the two.¹ Yet Carlyle had never rendered him that service, easy as it appears, which one man of letters most justly

¹ He always thought her a hard and unlovable woman, and I believe little liking was lost between them. He told a comical story of how he had once, unintentionally but rather stupidly, annoyed her. She had asked him, as he was standing by her tea-table, to put the kettle back on the fire. He took it out of her hands, but, preoccupied by the conversation he was carrying on, deposited it on the hearth-rug. It was some time before he could be made to see that this was wrong; and he believed Mrs. Carlyle never ceased to think that he had a mischievous motive for doing it.

values from another : that of proclaiming the admiration which he privately expressed for his works. The fact was incomprehensible to Mr. Browning—it was so foreign to his own nature ; and he commented on it with a touch, though merely a touch, of bitterness, when repeating to a friend some almost extravagant eulogium which in earlier days he had received from him *tête-à-tête*. “ If only,” he said, “ those words had been ever repeated in public, what good they might have done me ! ”

In the spring of 1886, he accepted the post of Foreign Correspondent to the Royal Academy, rendered vacant by the death of Lord Houghton. He had long been on very friendly terms with the leading Academicians, and a constant guest at the Banquet ; and his fitness for the office admitted of no doubt. But his nomination by the President, and the manner in which it was ratified by the Council and general body, gave him sincere pleasure.

Early in 1887, the *Parleyings* appeared. Their author is still the same Robert Browning, though here and there visibly touched by the hand of time. Passages of sweet or majestic music, or of exquisite fancy, alternate with its long stretches of argumentative thought ; and the light of imagination still plays, however fitfully, over statements of opinion to which constant repetition has given a suggestion of commonplace. But the revision of the work caused him unusual trouble. The subjects he had chosen strained his powers of exposition ; and I think he often tried to remedy by mere verbal correction, what was a defect in the logical arrangement of his ideas. They would slide into each other where a visible dividing line was required. The last stage of his life was now at hand ; and the vivid return

of fancy to his boyhood's literary loves was in pathetic, perhaps not quite accidental, coincidence with the fact. It will be well to pause at this beginning of his decline, and recall so far as possible the image of the man who lived, and worked, and loved, and was loved among us, during that brief old age, and the lengthened period of level strength which had preceded it. The record already given of his life and work supplies the outline of the picture; but a few more personal details are required for its completion.

CHAPTER XXI.

Constancy to Habit—Optimism—Belief in Providence—Political Opinions—His Friendships—Reverence for Genius—Attitude towards his Public—Attitude towards his Work—Habits of Work—His Reading—Conversational Powers—Impulsiveness and Reserve—Nervous Peculiarities—His Benevolence—His Attitude towards Women.

WHEN Mr. Browning wrote to Miss Haworth, in the July of 1861, he had said : “ I shall still grow, I hope ; but my root is taken, and remains.” He was then alluding to a special offshoot of feeling and association, on the permanence of which it is not now necessary to dwell ; but it is certain that he continued growing up to a late age, and that the development was only limited by those general roots, those fixed conditions of his being, which had predetermined its form. This progressive intellectual vitality is amply represented in his works ; it also reveals itself in his letters in so far as they remain and are accessible. I only refer to it to give emphasis to a contrasted or corresponding characteristic : his aversion to every thought of change. I have spoken of his constancy to all degrees of friendship and love. What he loved once he loved always, from the dearest man or woman to whom his allegiance had been given, to the humblest piece of furniture which had served him. It was equally true that what he had done once he

was wont, for that very reason, to continue doing. The devotion to habits of feeling extended to habits of life ; and although the lower constancy generally served the purposes of the higher, it also sometimes clashed with them. It conspired with his ready kindness of heart to make him subject to circumstances which at first appealed to him through that kindness, but lay really beyond its scope. This statement, it is true, can only fully apply to the latter part of his life. His powers of reaction must originally have been stronger, as well as freer from the paralysis of conflicting motive and interest. The marked shrinking from effort in any untried direction, which was often another name for his stability, could scarcely have co-existed with the fresher and more curious interest in men and things ; we know indeed from recorded facts that it was a feeling of later growth ; and it visibly increased with the periodical nervous exhaustion of his advancing years. I am convinced, nevertheless, that, when the restiveness of boyhood had passed away, Mr. Browning's strength was always more passive than active ; that he habitually made the best of external conditions rather than tried to change them. He was a "fighter" only by the brain. And on this point, though on this only, his work is misleading.

The acquiescent tendency arose in some degree from two equally prominent characteristics of Mr. Browning's nature : his optimism, and his belief in direct Providence ; and these again represented a condition of mind which was in certain respects a quality, but must in others be recognized as a defect. It disposed him too much to make a virtue of happiness. It tended also to the ignoring or denying of many incidental possibilities, and many

standing problems of human suffering. The first part of this assertion is illustrated by *The Two Poets of Croisic*, in which Mr. Browning declares that, other conditions being equal, the greater poet will have been he who led the happier life, who most completely—and we must take this in the human as well as religious sense—triumphed over suffering. The second has its proof in the contempt for poetic melancholy which flashes from the supposed utterance of Shakespeare in *At the Mermaid*; its negative justification in the whole range of his work.

Such facts may be hard to reconcile with others already known of Mr. Browning's nature, or already stated concerning it; but it is in the depths of that nature that the solution of this, as of more than one other anomaly, must be sought. It is true that remembered pain dwelt longer with him than remembered pleasure. It is true that the last great sorrow of his life was long felt and cherished by him as a religion, and that it entered as such into the courage with which he first confronted it. It is no less true that he directly and increasingly cultivated happiness; and that because of certain sufferings which had been connected with them, he would often have refused to live his happiest days again.

It seems still harder to associate defective human sympathy with his kind heart and large dramatic imagination, though that very imagination was an important factor in the case. It forbade the collective and mathematical estimate of human suffering, which is so much in favour with modern philanthropy, and so untrue a measure for the individual life; and he indirectly condemns it in *Ferishtah's Fancies* in the parable of *Bean Stripes*. But his

dominant individuality also barred the recognition of any judgement or impression, any thought or feeling, which did not justify itself from his own point of view. The barrier would melt under the influence of a sympathetic mood, as it would stiffen in the atmosphere of disagreement. It would yield, as did in his case so many other things, to continued indirect pressure, whether from his love of justice, the strength of his attachments, or his power of imaginative absorption. But he was bound by the conditions of an essentially creative nature. The subjectiveness, if I may for once use that hackneyed word, had passed out of his work only to root itself more strongly in his life. He was self-centred, as the creative nature must inevitably be. He appeared, for this reason, more widely sympathetic in his works than in his life, though even in the former certain grounds of vicarious feeling remained untouched. The sympathy there displayed was creative and obeyed its own law. That which was demanded from him by reality was responsive, and implied submission to the law of other minds.

Such intellectual egotism is unconnected with moral selfishness, though it often unconsciously does its work. Were it otherwise, I should have passed over in silence this aspect, comprehensive though it is, of Mr. Browning's character. He was capable of the largest self-sacrifice and of the smallest self-denial; and would exercise either whenever love or duty clearly pointed the way. He would, he believed, cheerfully have done so at the command, however arbitrary, of a Higher Power; he often spoke of the absence of such injunction, whether to endurance or action, as the great theoretical difficulty of life for those

who, like himself, rejected or questioned the dogmatic teachings of Christianity. This does not mean that he ignored the traditional moralities which have so largely taken their place. They coincided in great measure with his own instincts ; and few occasions could have arisen in which they would not be to him a sufficient guide. I may add, though this is a digression, that he never admitted the right of genius to defy them ; when such a right had once been claimed for it in his presence, he rejoined quickly, "That is an error ! *Noblesse oblige*." But he had difficulty in acknowledging any abstract law which did not derive from a Higher Power ; and this fact may have been at once cause and consequence of the special conditions of his own mind. All human or conventional obligation appeals finally to the individual judgement ; and in his case this could easily be obscured by the always militant imagination, in regard to any subject in which his feelings were even indirectly concerned. No one saw more justly than he, when the object of vision was general or remote. Whatever entered his personal atmosphere encountered a refracting medium in which objects were decomposed, and a succession of details, each held as it were close to the eye, blocked out the larger view.

We have seen, on the other hand, that he accepted imperfect knowledge as part of the discipline of experience. It detracted in no sense from his conviction of direct relations with the Creator. This was indeed the central fact of his theology, as the absolute individual existence had been the central fact of his metaphysics ; and when he described the fatal leap in *Red Cotton Nightcap Country* as a frantic appeal to the Higher Powers for the "sign" which

the man's religion did not afford, and his nature could not supply, a special dramatic sympathy was at work within him. The third part of the epilogue to *Dramatis Personæ* represented his own creed; though this was often accentuated in the sense of a more personal privilege, and a perhaps less poetic mystery, than the poem conveys. The Evangelical Christian and the subjective idealist philosopher were curiously blended in his composition.

The transition seems violent from this old-world religion to any system of politics applicable to the present day. They were, nevertheless, closely allied in Mr. Browning's mind. His politics were, so far as they went, the practical aspect of his religion. Their cardinal doctrine was the liberty of individual growth; removal of every barrier of prejudice or convention by which it might still be checked. He had been a Radical in youth, and probably in early manhood; he remained, in the truest sense of the word, a Liberal; and his position as such was defined in the sonnet prefixed in 1886 to Mr. Andrew Reid's essay, "Why I am a Liberal," and bearing the same name. Its profession of faith did not, however, necessarily bind him to any political party. It separated him from all the newest developments of so-called Liberalism. He respected the rights of property. He was a true patriot, hating to see his country plunged into aggressive wars, but tenacious of her position among the empires of the world. He was also a passionate Unionist; although the question of our political relations with Ireland weighed less with him, as it has done with so many others, than those considerations of law and order, of honesty and humanity, which have been trampled under foot in the name of Home Rule. It

grieved and surprised him to find himself on this subject at issue with so many valued friends ; and no pain of Lost Leadership was ever more angry or more intense, than that which came to him through the defection of a great statesman whom he had honoured and loved, from what he believed to be the right cause.

The character of Mr. Browning's friendships reveals itself in great measure in even a simple outline of his life. His first friends of his own sex were almost exclusively men of letters, by taste if not by profession ;¹ the circumstances of his entrance into society made this a matter of course. In later years he associated on cordial terms with men of very various interests and professions ; and only writers of conspicuous merit, whether in prose or poetry, attracted him as such. No intercourse was more congenial to him than that of the higher class of English clergymen. He sympathized in their beliefs even when he did not share them. Above all he loved their culture ; and the love of culture in general, of its old classic forms in particular, was as strong in him as if it had been formed by all the natural and conventional associations of a university career. He had hearty friends and appreciators among the dignitaries of the Church—successive Archbishops and Bishops, Deans of Westminster and St. Paul's. They all knew the value of the great free-lance who fought like the gods of old with the regular army. No name, however, has been mentioned in the poet's family more frequently or with more affection than that of the Rev. J. D. W. Williams, Vicar of Bottisham in

¹ [This is true of the two men who probably took the first place in the circle of his early friends, Domett and Arnould ; but it is an over-statement as regards that circle in general.]

Cambridgeshire. The mutual acquaintance, which was made through Mr. Browning's brother-in-law, Mr. George Moulton-Barrett, was prepared by Mr. Williams' great love for his poems, of which he translated many into Latin and Greek ; but I am convinced that Mr. Browning's delight in his friend's classical attainments was quite as great as his gratification in the tribute he himself derived from them.

His love of genius was a worship : and in this we must include his whole life. Nor was it, as this feeling so often is, exclusively exercised upon the past. I do not suppose his more eminent contemporaries ever quite knew how generous his enthusiasm for them had been, how free from any under-current of envy, or impulse to avoidable criticism. He could not endure even just censure of one whom he believed, or had believed to be great. I have seen him wince under it, though no third person was present, and heard him answer, "Don't ! don't !" as if physical pain were being inflicted on him. In the early days he would make his friend, M. de Monclar, draw for him from memory the likenesses of famous writers whom he had known in Paris ; the sketches thus made of George Sand and Victor Hugo are still in the poet's family. A still more striking and very touching incident refers to one of the winters, probably the second, which he spent in Paris. He was one day walking with little Pen, when Béranger came in sight, and he bade the child "run up to " or "run past that gentleman, and put his hand for a moment upon him." This was a great man, he afterwards explained, and he wished his son to be able by-and-by to say that if he had not known, he had at all events touched him. Scientific genius ranked with him only second to the poetical.

Mr. Browning's delicate professional sympathies justified some sensitiveness on his own account; but he was, I am convinced, as free from this quality as a man with a poet-nature could possibly be. It may seem hazardous to conjecture how serious criticism would have affected him. Few men so much "reviewed" have experienced so little. He was by turns derided or ignored, enthusiastically praised, zealously analyzed and interpreted: but the independent judgement which could embrace at once the quality of his mind and its defects, was almost absent—had been so at all events during later years—from the volumes which had been written about him. I am convinced, nevertheless, that he would have accepted serious, even adverse criticism, if it had borne the impress of unbiassed thought and genuine sincerity. It could not be otherwise with one in whom the power of reverence was so strongly marked.

He asked but one thing of his reviewers, as he asked but one thing of his larger public. The first demand is indicated in a letter to Mrs. Frank Hill, of January 31, 1884.

Dear Mrs. Hill,—Could you befriend me? The "Century" prints a little insignificance of mine—an impromptu sonnet—but prints it *correctly*. The "Pall Mall" pleases to extract it—and produces what I enclose: one line left out, and a note of admiration (!) turned into an I, and a superfluous "the" stuck in—all these blunders with the correctly printed text before it! So does the charge of unintelligibility attach itself to your poor friend—who can kick nobody.

ROBERT BROWNING.

The carelessness often shown in the most friendly quotation could hardly be absent from that which was intended

to support a hostile view ; and the only injustice of which he ever complained, was what he spoke of as falsely condemning him out of his own mouth. He used to say : " If a critic declares that any poem of mine is unintelligible, the reader may go to it and judge for himself ; but, if it is made to appear unintelligible by a passage extracted from it and distorted by misprints, I have no redress." He also failed to realize those conditions of thought, and still more of expression, which made him often on first reading difficult to understand ; and as the younger generation of his admirers often deny those difficulties where they exist, as emphatically as their grandfathers proclaimed them where they did not, public opinion gave him little help in the matter.

The second (unspoken) request was in some sense an antithesis to the first. Mr. Browning desired to be read accurately but not literally. He deprecated the constant habit of reading him into his work ; whether in search of the personal meaning of a given passage or poem, or in the light of a foregone conclusion as to what that meaning must be. The latter process was that generally preferred, because the individual mind naturally seeks its own reflection in the poet's work, as it does in the facts of nature. It was stimulated by the investigations of the Browning Societies, and by the partial familiarity with his actual life which constantly supplied tempting, if untrustworthy clues. It grew out of the strong personal as well as literary interest which he inspired. But the tendency to listen in his work for a single recurrent note always struck him as analogous to the inspection of a picture gallery with eyes blind to every colour but one ; and the act of sympathy

often involved in this mode of judgement was neutralized for him by the limitation of his genius which it presupposed. His general objection to be identified with his works is set forth in *At the Mermaid*, and other poems of the same volume, in which it takes the form of a rather captious protest against inferring from the poet any habit or quality of the man ; and where also, under the impulse of the dramatic mood, he enforces the lesson by saying more than he can possibly mean. His readers might object that his human personality was so often plainly revealed in his poetic utterance (whether or not that of Shakespeare was), and so often also avowed by it, that the line which divided them became impossible to draw. But he again would have rejoined that the Poet could never express himself with any large freedom, unless a fiction of impersonality were granted to him. He might also have alleged, he often did allege, that in his case the fiction would hold a great deal of truth ; since, except in the rarest cases, the very fact of poetic, above all of dramatic reproduction, detracts from the reality of the thought or feeling reproduced. It introduces the alloy of fancy without which the fixed outlines of even living experience cannot be welded into poetic form. He claimed, in short, that in judging of his work, one should allow for the action in it of the constructive imagination, in the exercise of which all deeper poetry consists. The form of literalism, which showed itself in seeking historical authority for every character or incident which he employed by way of illustration, was especially irritating to him.

I may (as indeed I must) concede this much, without impugning either the pleasure or the gratitude with which

he recognized the increasing interest in his poems, and, if sometimes exhibited in a mistaken form, the growing appreciation of them.

There was another and more striking peculiarity in Mr. Browning's attitude towards his works : his constant conviction that the latest must be the best, because the outcome of the fullest mental experience, and of the longest practice in his art. He was keenly alive to the necessary failings of youthful literary production ; he also practically denied to it that quality which so often places it at an advantage over that, not indeed of more mature manhood, but at all events of advancing age. There was much in his own experience to blind him to the natural effects of time ; it had been a prolonged triumph over them. But the delusion, in so far as it was one, lay deeper than the testimony of such experience, and would I think have survived it. It was the essence of his belief that the mind is superior to physical change ; that it may be helped or hindered by its temporary alliance with the body, but will none the less outstrip it in their joint course ; and as intellect was for him the life of poetry, so was the power of poetry independent of bodily progress and bodily decline. This conviction pervaded his life. He learned, though happily very late, to feel age an impediment ; he never accepted it as a disqualification.

He finished his work very carefully. He had the better right to resent any garbling of it, that this habitually took place through his punctuation, which was always made with the fullest sense of its significance to any but the baldest style, and of its special importance to his own. I have heard him say : " People accuse me of not taking pains ! I take

nothing *but* pains !” And there was indeed a curious contrast between the irresponsible, often strangely unquestioned, impulse to which the substance of each poem was due, and the conscientious labour which he always devoted to its form. The laborious habit must have grown upon him ; it was natural that it should do so as thought gained the ascendancy over emotion in what he had to say. Mrs. Browning told Mr. Val Prinsep that her husband “worked at a great rate ;” and this fact probably connected itself with the difficulty he then found in altering the form or wording of any particular phrase ; he wrote most frequently under that lyrical inspiration in which the idea and the form are least separable from each other. We know, however, that in the later editions of his old work he always corrected where he could ; and if we notice the changed lines in *Paracelsus* or *Sordello*, as they appear in the edition of 1863, or the slighter alterations indicated for the last reprint of his works, we are struck by the care evinced in them for greater smoothness of expression, as well as for greater accuracy and force.

He produced less rapidly in later life, though he could throw off impromptu verses, whether serious or comical, with the utmost ease. His work was then of a kind which required more deliberation ; and other claims had multiplied upon his time and thoughts. He was glad to have accomplished twenty or thirty lines in a morning. After lunch-time, for many years, he avoided, when possible, even answering a note. But he always counted a day lost on which he had not written something ; and in those last years on which we have yet to enter, he complained bitterly of the quantity of ephemeral correspondence which kept

him back from his proper work. He once wrote, on the occasion of a short illness which confined him to the house, "All my power of imagination seems gone. I might as well be in bed!" He repeatedly determined to write a poem every day, and once succeeded for a fortnight in doing so. He was then in Paris, preparing *Men and Women*. *Childe Roland* and *Women and Roses* were among those produced on this plan; the latter having been suggested by some flowers sent to his wife. The lyrics in *Ferishtah's Fancies* were written, I believe, on consecutive days; and the intention renewed itself with his last work, though it cannot have been maintained.

He was not as great a reader in later as in earlier years; he had neither time nor available strength to be so if he had wished; and he absorbed almost unconsciously every item which added itself to the sum of general knowledge. Books had indeed served for him their most important purpose when they had satisfied the first curiosities of his genius, and enabled it to establish its independence. His mind was made up on the chief subjects of contemporary thought, and what was novel or controversial in its proceeding had no attraction for him. He would read anything, short of an English novel, to a friend whose eyes required this assistance; but such pleasure as he derived from the act was more often sympathetic than spontaneous, even when he had not, as he often had, selected for it a book which he already knew. In the course of his last decade he devoted himself for a short time to the study of Spanish and Hebrew. The Spanish dramatists yielded him a fund of new enjoyment; and he delighted in his power of reading Hebrew in its most difficult printed forms. He also tried,

but with less result, to improve his knowledge of German. His eyesight defied all obstacles of bad paper and ancient type, and there was anxiety as well as pleasure to those about him in his unfailing confidence in its powers. He never wore spectacles, nor had the least consciousness of requiring them. He would read an old closely printed volume by the waning light of a winter afternoon, positively refusing to use a lamp. Indeed his preference of the faintest natural light to the best that could be artificially produced was perhaps the one suggestion of coming change. He used for all purposes a single eye ; for the two did not combine in their action, the right serving exclusively for near, the left for distant objects. This was why in walking he often closed the right eye ; while it was indispensable to his comfort in reading, not only that the light should come from the right side, but that the left should be shielded from any luminous object, like the fire, which even at the distance of half the length of a room would strike on his field of vision and confuse the near sight.

His literary interest became increasingly centred on records of the lives of men and women, especially of such men and women as he had known ; he was generally curious to see the newly published biographies, though often disappointed by them. He would also read, even for his amusement, good works of French or Italian fiction. His allegiance to Balzac remained unshaken, though he was conscious of lengthiness when he read him aloud. This author's deep and hence often poetic realism was, I believe, bound up with his own earliest aspirations towards dramatic art. His manner of reading aloud a story which he already

knew was the counterpart of his own method of construction. He would claim his listener's attention for any apparently unimportant fact which had a part to play in it : he would say : "Listen to this description : it will be important. Observe this character : you will see a great deal more of him or her." We know that in his own work nothing was thrown away ; no note was struck which did not add its vibration to the general utterance of the poem ; and his habitual generosity towards a fellow-worker prompted him to seek and recognize the same quality, even in productions where it was less conspicuous than in his own. The patient reading which he required for himself was justified by that which he always demanded for others ; and he claimed it less in his own case for his possible intricacies of thought or style, than for that compactness of living structure in which every detail or group of details was essential to the whole, and in a certain sense contained it. He read few things with so much pleasure as an occasional chapter in the Old Testament.

Mr. Browning was a brilliant talker ; he was admittedly more a talker than a conversationalist. But this quality had nothing in common with self-assertion or love of display. He had too much respect for the acquirements of other men to wish to impose silence on those who were competent to speak ; and he had great pleasure in listening to a discussion on any subject in which he was interested, and on which he was not specially informed. He never willingly monopolized the conversation ; but when called upon to take a prominent part in it, either with one person or with several, the flow of remembered knowledge and revived mental experience, combined with the

ingenuous eagerness to vindicate some point in dispute, would often carry him away; while his hearers, nearly as often, allowed him to proceed from absence of any desire to interrupt him. This great mental fertility had been prepared by the wide reading and thorough assimilation of his early days; and it was only at a later, and in certain respects less vigorous period, that its full bearing could be seen. His memory for passing occurrences, even such as had impressed him, became very weak; it was so before he had grown really old; and he would urge this fact in deprecation of any want of kindness or sympathy, which a given act of forgetfulness might seem to involve. He had probably always, in matters touching his own life, the memory of feelings more than that of facts. I think this has been described as a peculiarity of the poet-nature; and though this memory is probably the more tenacious of the two, it is no safe guide to the recovery of facts, still less to that of their order and significance. Yet up to the last weeks, even the last conscious days of his life, his remembrance of historical incident, his aptness of literary illustration, never failed him. His dinner-table anecdotes supplied, of course, no measure for this spontaneous reproductive power; yet some weight must be given to the number of years during which he could abound in such stories, and attest their constant appropriateness by not repeating them.

This brilliant mental quality had its drawback, on which I have already touched in a rather different connection: the obstacle which it created to even serious and private conversation on any subject on which he was not neutral. Feeling, imagination, and the vividness of personal points of view, constantly thwarted the attempt at a

dispassionate exchange of ideas. But the balance often righted itself when the excitement of the discussion was at an end ; and it would even become apparent that expressions or arguments which he had passed over unheeded, or as it seemed unheard, had stored themselves in his mind and borne fruit there.

I think it is Mr. Sharp who has remarked that Mr. Browning combined impulsiveness of manner with much real reserve. He was habitually reticent where his deeper feelings were concerned ; and the impulsiveness and the reticence were both equally rooted in his poetic and human temperament. The one meant the vital force of his emotions, the other their sensibility. In a smaller or more prosaic nature they must have modified each other. But the partial secretiveness had also occasionally its conscious motives, some unselfish, and some self-regarding ; and from this point of view it stood in marked apparent antagonism to the more expansive quality. He never, however, intentionally withheld from others such things as it concerned them to know. His intellectual and religious convictions were open to all who seriously sought them ; and if, even on such points, he did not appear communicative, it was because he took more interest in any subject of conversation which did not directly centre in himself.

Setting aside the delicacies which tend to self-concealment, and for which he had been always more or less conspicuous ; excepting also the pride which would co-operate with them, all his inclinations were in the direction of truth ; and there was no quality which he so much loved and admired. He thought aloud wherever he could trust himself to do so. Impulse predominated in all the active

manifestations of his nature. The fiery child and the impatient boy had left their traces in the man ; and with them the peculiar childlike quality which the man of genius never outgrows, and which, in its mingled waywardness and sweetness, was present in Robert Browning till almost his dying day. There was also a recurrent touch of hardness, distinct from the comparatively ungenial mood of his earlier years of widowhood ; and this, like his reserve, seemed to conflict with his general character, but in reality harmonized with it. It meant, not that feeling was suspended in him, but that it was compressed. It was his natural response to any opposition which his reasonings could not shake nor his will overcome, and which, rightly or not, conveyed to him the sense of being misunderstood. It reacted in pain for others, but it lay with an aching weight on his own heart, and was thrown off in an upheaval of the pent-up kindness and affection, the moment their true springs were touched. The hardening power in his composition, though fugitive and comparatively seldom displayed, was in fact proportioned to his tenderness ; and no one who had not seen him in the revulsion from a hard mood, or the regret for it, knew what that tenderness could be.

Underlying all the peculiarities of his nature, its strength and its weakness, its exuberance and its reserves, was the nervous excitability of which I have spoken in an earlier chapter. I have heard him say : " I am nervous to such a degree that I might fancy I could not enter a drawing-room, if I did not know from long experience that I can do it." He did not desire to conceal this fact, nor need others conceal it for him ; since it was only

calculated to disarm criticism and to strengthen sympathy. The special vital power which he derived from this organization need not be reaffirmed. It carried also its inevitable disablements. Its resources were not always under his own control; and he frequently complained of the lack of presence of mind which would seize him on any conventional emergency not included in the daily social routine. In a real one he was never at fault. He never failed in a sympathetic response or a playful retort; he was always provided with the exact counter requisite in a game of words. In this respect indeed he had all the powers of the conversationalist; and the perfect ease and grace and geniality of his manner on such occasions, arose probably far more from his innate human and social qualities than from even his familiar intercourse with the world. But he could not extemporize a speech. He could not on the spur of the moment string together the more or less set phrases which an after-dinner oration demands. All his friends knew this, and spared him the necessity of refusing. He had once a headache all day, because at a dinner, the night before, a false report had reached him that he was going to be asked to speak. This alone would have sufficed to prevent him from accepting any public post. He confesses the disability in a pretty note to Professor Knight, written in reference to a recent meeting of the Wordsworth Society.

19, Warwick Crescent, W. : May 9, '84.

My dear Professor Knight,—I seem ungracious and ungrateful, but am neither; though, now that your festival is over, I wish I could have overcome my scruples

and apprehensions. It is hard to say—when kind people press one to “just speak for a minute”—that the business, so easy to almost anybody, is too bewildering for oneself.

Ever truly yours,

ROBERT BROWNING.

A Rectorial Address need probably not have been extemporized, but it would also have been irksome to him to prepare. He was not accustomed to uttering himself in prose except within the limits, and under the incitements, of private correspondence. The ceremonial publicity attaching to all official proceedings would also have inevitably been a trial to him. He did at one of the Wordsworth Society meetings speak a sentence from the chair, in the absence of the appointed chairman, who had not yet arrived ; and when he had received his degree from the University of Edinburgh he was persuaded to say a few words to the assembled students, in which I believe he thanked them for their warm welcome ; but such exceptions only proved the rule.

We cannot doubt that the excited stream of talk which sometimes flowed from him was, in the given conditions of mind and imagination, due to a nervous impulse which he could not always restrain and that the effusiveness of manner with which he greeted alike old friends and new, arose also from a momentary want of self-possession. We may admit this the more readily that in both cases it was allied to real kindness of intention, above all in the latter, where the fear of seeming cold towards even a friend's friend, strove increasingly with the defective memory for names and faces which were not quite familiar to him.

He was also profoundly averse to the idea of posing as a man of superior gifts ; having indeed, in regard to social intercourse, as little of the fastidiousness of genius as of its bohemianism. He, therefore, made it a rule, from the moment he took his place as a celebrity in the London world, to exert himself for the amusement of his fellow-guests at a dinner-table, whether their own mental resources were great or small ; and this gave rise to a frequent effort at conversation, which converted itself into a habit, and ended by carrying him away. This at least was his own conviction in the matter. The loud voice, which so many persons must have learnt to think habitual with him, bore also traces of this half-unconscious nervous stimulation.¹ It was natural to him in anger or excitement, but did not express his gentler or more equable states of feeling ; and when he read to others on a subject which moved him, his utterance often subsided into a tremulous softness which left it scarcely audible.

The mental conditions under which his powers of sympathy were exercised imposed no limits on his spontaneous human kindness. This characteristic benevolence, or power of love, is not fully represented in Mr. Browning's works ; it is certainly not prominent in those of the later period, during which it found the widest scope in his life ; but he has in some sense given its measure in what was intended as an illustration of the opposite quality. He tells us, in

¹ Miss Browning reminds me that loud speaking had become natural to him through the deafness of several of his intimate friends : Landor, Kirkup, Barry Cornwall, and previously his uncle Reuben, whose hearing had been impaired in early life by a blow from a cricket ball. This fact necessarily modifies my impression of the case, but does not quite destroy it.

Fine at the Fair, that while the best strength of women is to be found in their love, the best product of a man is only yielded to hate. It is the "indignant wine" which has been wrung from the grape plant by its external mutilation. He could depict it dramatically in more malignant forms of emotion; but he could only think of it personally as the reaction of a nobler feeling which has been gratuitously outraged or repressed.

He more directly, and still more truly, described himself when he said at about the same time, "I have never at any period of my life been deaf to an appeal made to me in the name of love." He was referring to an experience of many years before, in which he had even yielded his better judgement to such an appeal; and it was love in the larger sense for which the concession had been claimed.

It was impossible that so genuine a poet, and so real a man, should be otherwise than sensitive to the varied forms of feminine attraction. He avowedly preferred the society of women to that of men; they were, as I have already said, his habitual confidants, and, evidently, his most frequent correspondents; and though he could have dispensed with woman friends as he dispensed with many other things—though he most often won them without knowing it—his frank interest in their sex, and the often caressing kindness of manner in which it was revealed, might justly be interpreted by individual women into a conscious appeal to their sympathy. It was therefore doubly remarkable that, on the ground of benevolence, he scarcely discriminated between the claim on him of a woman, and that of a man; and his attitude towards women was in this respect so distinctive as to merit some

words of notice. It was large, generous, and unconventional ; but, for that very reason, it was not, in the received sense of the word, chivalrous. Chivalry proceeds on the assumption that women not only cannot, but should not, take care of themselves in any active struggle with life ; Mr. Browning had no theoretical objection to a woman's taking care of herself. He saw no reason why, if she was hit, she should not hit back again, or even why, if she hit, she should not receive an answering blow. He responded swiftly to every feminine appeal to his kindness or his protection, whether arising from physical weakness or any other obvious cause of helplessness or suffering ; but the appeal in such cases lay first to his humanity, and only in second order to his consideration of sex. He would have had a man flogged who beat his wife ; he would have had one flogged who ill-used a child—or an animal : he was notably opposed to any sweeping principle or practice of vivisection. But he never quite understood that the strongest women are weak, or at all events vulnerable, in the very fact of their sex, through the minor traditions and conventions with which society justly, indeed necessarily, surrounds them. Still less did he understand those real, if impalpable, differences between men and women which correspond to the difference of position. He admitted the broad distinctions which have become proverbial, and are therefore only a rough measure of the truth. He could say on occasion : “ You ought to *be* better ; you are a woman ; I ought to *know* better ; I am a man.” But he had had too large an experience of human nature to attach permanent weight to such generalizations ; and they found certainly no expression in his works. Scarcely an instance

of a conventional, or so-called man's woman, occurs in their whole range. Excepting perhaps the speaker in *A Woman's Last Word*, *Pompilia* and *Mildred* are the nearest approach to it ; and in both of these we find qualities of imagination or thought which place them outside the conventional type. He instinctively judged women, both morally and intellectually, by the same standards as men ; and when confronted by some divergence of thought or feeling, which meant, in the woman's case, neither quality nor defect in any strict sense of the word, but simply a nature trained to different points of view, an element of perplexity entered into his probable opposition. When the difference presented itself in a neutral aspect, it affected him like the casual peculiarities of a family or a group, or a casual disagreement between things of the same kind. He would say to a woman friend : " You women are so different from men ! " in the tone in which he might have said, " You Irish, or you Scotch, are so different from Englishmen " ; or again, " It is impossible for a man to judge how a woman would act in such or such a case ; you are so different " ; the case being sometimes one in which it would be inconceivable to a normal woman, and therefore to the generality of men, that she should act in any but one way.

The vague sense of mystery with which the poet's mind usually invests a being of the opposite sex, had thus often in him its counterpart in a puzzled dramatic curiosity which constituted an equal ground of interest.

This virtual admission of equality between the sexes combined with his Liberal principles to dispose him favourably towards the movement for Female Emancipation. He

approved of everything that had been done for the higher instruction of women, and would, not very long before his death, have supported their admission to the Franchise. But he was so much displeased by the more recent action of some of the lady advocates of Women's Rights, that, during the last year of his life, after various modifications of opinion, he frankly pledged himself to the opposite view. He had even visions of writing a tragedy or drama in support of it. The plot was roughly sketched, and some dialogue composed, though I believe no trace of this remains.

It is almost implied by all I have said, that he possessed in every mood the charm of perfect simplicity of manner. On this point he resembled his father. His tastes lay also in the direction of great simplicity of life, though circumstances did not allow of his indulging them to the same extent. It may interest those who never saw him to know that he always dressed as well as the occasion required, and always with great indifference to the subject. In Florence he wore loose clothes which were adapted to the climate ; in London his coats were cut by a good tailor in whatever was the prevailing fashion ; the change was simply with him an incident of the situation. He had also a look of dainty cleanliness which was heightened by the smooth healthy texture of the skin, and in later life by the silvery whiteness of his hair.

His best photographic likenesses were those taken by Mr. Fradelle in 1881, Mr. Cameron and Mr. William Grove in 1888 and 1889.

CHAPTER XXII

1887-1889

Marriage of Mr. Barrett Browning—Removal to De Vere Gardens—Symptoms of failing Strength—New Poems; New Edition of his Works—Letters to Mr. George Bainton, Mr. Smith, and Lady Martin—Primiero and Venice—Letters to Miss Keep—The last Year in London—Asolo—Letters to Mrs. Fitz-Gerald, Mrs. Skirrow, and Mr. G. M. Smith.

THE last years of Mr. Browning's life were introduced by two auspicious events, in themselves of very unequal importance, but each in its own way significant for his happiness and his health. One was his son's marriage on October 4, 1887, to Miss Fannie Coddington, of New York, a lady towards whom Mr. Barrett Browning had been strongly attracted when he was a very young man and she little more than a child; the other, his own removal from Warwick Crescent to De Vere Gardens, which took place in the previous June. The change of residence had long been with him only a question of opportunity. He was once even in treaty for a piece of ground at Kensington, and intended building a house. That in which he had lived for so many years had faults of construction and situation which the lapse of time rendered only more conspicuous; the Regent's Canal Bill had also doomed it to demolition;

and when an opening presented itself for securing one in all essentials more suitable, he was glad to seize it, though at the eleventh hour. He had mentally fixed on the new locality in those earlier days in which he still thought his son might eventually settle in London ; and it possessed at the same time many advantages for himself. It was warmer and more sheltered than any which he could have found on the north side of the Park ; and, in that close vicinity to Kensington Gardens, walking might be contemplated as a pleasure, instead of mere compulsory motion from place to place. It was only too soon apparent that the time had passed when he could reap much benefit from the event ; but he became aware from the first moment of his installation in the new home that the conditions of physical life had become more favourable for him. He found an almost pathetic pleasure in completing the internal arrangements of the well-built, commodious house. It seems, on looking back, as if the veil had dropped before his eyes which sometimes shrouds the keenest vision in face of an impending change ; and he had imagined, in spite of casual utterances which disclaimed the hope, that a new lease of life was being given to him. He had for several years been preparing for the more roomy dwelling which he would probably some day inhabit ; and handsome pieces of old furniture had been stowed away in the house in Warwick Crescent, pending the occasion for their use. He loved antiquities of this kind, in a manner which sometimes recalled his father's affection for old books ; and most of these had been bought in Venice, where frequent visits to the noted curiosity-shops had been his one bond of habit with his tourist countrymen in that city. They matched

the carved oak and massive gildings and valuable tapestries which had carried something of Casa Guidi into his first London home. Brass lamps that had once hung inside chapels in some Catholic church, had long occupied the place of the habitual gasalier; and to these was added in the following year one of silver, also brought from Venice—the Jewish “Sabbath lamp.” Another acquisition, made only a few months, if indeed so long, before he left London for the last time, was that of a set of casts representing the Seasons, which were to stand at intervals on brackets in a certain unsightly space on his drawing-room wall; and he had said of these, which I think his son was procuring for him: “Only my four little heads, and then I shall not buy another thing for the house”—in a tone of childlike satisfaction at his completed work.

This summer he merely went to St. Moritz, where he and his sister were, for the greater part of their stay, again guests of Mrs. Bloomfield Moore. He was determined to give the London winter a fuller trial in the more promising circumstances of his new life, and there was much to be done in De Vere Gardens after his return. His father’s six thousand books, together with those he had himself accumulated, were for the first time to be spread out in their proper array, instead of crowding together in rows, behind and behind each other. The new bookcases, which could stand in the large new study, were waiting to receive them. He did not know until he tried to fulfil it how greatly the task would tax his strength. The library was, I believe, never completely arranged.

During this winter of 1887–8 his friends first perceived that a change had come over him. They did not realize

that his life was drawing to a close ; it was difficult to do so when so much of the former elasticity remained ; when he still proclaimed himself “ quite well ” so long as he was not definitely suffering. But he was often suffering ; one terrible cold followed another. There was general evidence that he had at last grown old. He, however, made no distinct change in his mode of life. Old habits, suspended by his longer imprisonments to the house, were resumed as soon as he was set free. He still dined out ; still attended the private view of every, or almost every art exhibition. He kept up his unceasing correspondence—in one or two cases voluntarily added to it ; though he would complain day after day that his fingers ached from the number of hours through which he had held his pen. One of the interesting letters of this period was written to Mr. George Bainton, of Coventry, to be used, as that gentleman tells me, in the preparation of a lecture on the “ Art of Effective Written Composition.” It confirms the statement I have had occasion to make, that no extraneous influence ever permanently impressed itself on Mr. Browning’s style.

29, De Vere Gardens : Oct. 6, ’87.

Dear Sir,—I was absent from London when your kind letter reached this house, to which I removed some time ago—hence the delay in acknowledging your kindness and replying, in some degree, to your request. All I can say, however, is this much—and very little—that, by the indulgence of my father and mother, I was allowed to live my own life and choose my own course in it ; which, having been the same from the beginning to the end, necessitated a permission to read nearly all sorts of books,

in a well-stocked and very miscellaneous library. I had no other direction than my parents' taste for whatever was highest and best in literature; but I found out for myself many forgotten fields which proved the richest of pastures: and, so far as a preference of a particular "style" is concerned, I believe mine was just the same at first as at last. I cannot name any one author who exclusively influenced me in that respect,—as to the fittest expression of thought—but thought itself had many impulsions from very various sources, a matter not to your present purpose. I repeat, this is very little to say, but all in my power—and it is heartily at your service—if not as of any value, at least as a proof that I gratefully feel your kindness, and am, dear Sir

Yours very truly,

ROBERT BROWNING.

In December 1887 he wrote *Rosny*, the first poem in *Asolando*, and that which perhaps most displays his old subtle dramatic power; it was followed by *Beatrice Signorini* and *Flute-Music*. Of the *Bad Dreams* two or three were also written in London, I think, during that winter. The *Ponte dell' Angelo* was imagined during the next autumn in Venice. *White Witchcraft* had been suggested in the same summer by a letter from a friend in the Channel Islands which spoke of the number of toads to be seen there. In the spring of 1888 he began revising his works for the last, and now entirely uniform edition, which was issued in monthly volumes, and completed by the July of 1889. Important verbal corrections were made in *The Inn Album*, though not, I think, in many of the later poems; but that in which he found most

room for improvement was, very naturally, *Pauline*; and he wrote concerning it to Mr. Smith the following interesting letter.

29, De Vere Gardens, W.: Feb. 27, '88.

My dear Smith,—When I received the Proofs of the 1st. vol. on Friday evening, I made sure of returning them next day—so accurately are they printed. But on looking at that unlucky *Pauline*, which I have not touched for half a century, a sudden impulse came over me to take the opportunity of just correcting the most obvious faults of expression, versification and construction,—letting the *thoughts*—such as they are—remain exactly as at first: I have only treated the imperfect expression of these just as I have now and then done for an amateur friend, if he asked me and I liked him enough to do so. Not a line is displaced, none added, none taken away. I have just sent it to the printer's with an explanatory word: and told him that he will have less trouble with all the rest of the volumes put together than with this little portion. I expect to return all the rest to-morrow or next day.

As for the sketch—the portrait—it admits of no very superior treatment: but, as it is the only one which makes me out youngish,—I should like to know if an artist could not strengthen the thing by a pencil touch or two in a few minutes—improve the eyes, eyebrows, and mouth somewhat. The head too wants improvement: were Pen here he could manage it all in a moment.

Ever truly yours,

ROBERT BROWNING.

Any attempt at modifying the expressed thoughts of his twenty-first year would have been, as he probably felt, a futile tampering with the work of another man; his

literary conscience would have forbidden this, if it had been otherwise possible. But he here proves by his own words what I have already asserted, that the power of detail correction either was, or had become by experience, very strong in him.

The history of this summer of 1888 is partly given in a letter to Lady Martin.

29, De Vere Gardens, W.: Aug. 12, '88.

Dear Lady Martin,—The date of your kind letter,—June 18,—would affect me indeed, but for the good conscience I retain despite of appearances. So uncertain have I been as to the course we should take,—my sister and myself—when the time came for leaving town, that it seemed as if “next week” might be the eventful week when all doubts would disappear—perhaps the strange cold weather and interminable rain made it hard to venture from under one’s roof even in fancy of being better lodged elsewhere. This very day week it was the old story—cold—then followed the suffocating eight or nine tropical days which forbade any more delay, and we leave to-morrow for a place called Primiero, near Feltre—where my son and his wife assure us we may be comfortably—and coolly—housed, until we can accompany them to Venice, which we may stay at for a short time. You remember our troubles at Llangollen about the purchase of a Venetian house . . . ? My son, however, nothing daunted, and acting under abler counsels than I was fortunate enough to obtain,¹ has obtained a still more desirable acquisition, in the shape of the well-known Rezzonico Palace (that of Pope Clement 13th)—and, I believe, is to be congratulated on his bargain. I cannot profess the same interest in this as in the earlier object of

¹ Those of Mr. Alexander Malcolm.

his ambition, but am quite satisfied by the evident satisfaction of the "young people." So,—by the old law of compensation,—while we may expect pleasant days abroad—our chance is gone of once again enjoying your company in your own lovely Vale of Llangollen;—had we not been pulled otherwise by the inducements we could not resist,—another term of delightful weeks—each tipped with a sweet starry Sunday at the little church leading to the House Beautiful where we took our rest of an evening spent always memorably—this might have been our fortunate lot once again! As it is, perhaps we need more energetic treatment than we should get with you—for both of us are more oppressed than ever by the exigencies of the lengthy season, and require still more bracing air than the gently lulling temperature of Wales. May it be doing you, and dear Sir Theodore, all the good you deserve—throwing in the share due to us, who must forgo it! With all love from us both, ever affectionately yours

ROBERT BROWNING.

He did start for Italy on the following day, but had become so ill, that he was on the point of postponing his departure. He suffered throughout the journey as he had never suffered on any journey before; and during his first few days at Primiero could only lead the life of an invalid.¹ He rallied, however, as usual, under the potent effect of quiet, fresh air, and sunshine; and fully recovered his normal state before proceeding to Venice, where the continued sense of physical health combined with many extraneous circumstances to convert his proposed short stay into a long one. A letter from the mountains, addressed

¹ [According to Mr. R. Barrett Browning, who was present, this only means that he abstained for a few days from taking long walks.]

to a lady who had never been abroad, and to whom he sometimes wrote with more descriptive detail than to other friends, gives a touching glimpse of his fresh delight in the beauties of nature, and his tender constant sympathy with the animal creation.

“Primiero : Sept. 7, '88.

.
“The weather continues exquisitely temperate, yet sunny, ever since the clearing thunderstorm of which I must have told you in my last. It is, I am more and more confirmed in believing, the most beautiful place I was ever resident in : far more so than Gressoney or even St.-Pierre de Chartreuse. You would indeed delight in seeing the magnificence of the mountains,—the range on either side, which morning and evening, in turn, transmute literally to gold,—I mean what I say. Their utterly bare ridges of peaks and crags of all shape, quite naked of verdure, glow like yellow ore ; and, at times, there is a silver change, as the sun prevails or not.

“The valley is one green luxuriance on all sides ; Indian corn, with beans, gourds, and even cabbages, filling up the interstices ; and the flowers, through not presenting any novelty to my uninstructed eyes, yet surely more large and purely developed than I remember to have seen elsewhere. For instance, the tiger-lilies in the garden here must be above ten feet high, every bloom faultless, and, what strikes me as peculiar, every leaf on the stalk from bottom to top as perfect as if no insect existed to spoil them by a notch or speck. . . .

“ . . . Did I tell you we had a little captive fox,—the most engaging of little vixens ? To my great joy she has broken her chain and escaped, never to be recaptured,

I trust. The original wild and untameable nature was to be plainly discerned even in this early stage of the whelp's life : she dug herself, with such baby feet, a huge hole, the use of which was evident, when, one day, she pounced thence on a stray turkey—allured within reach by the fragments of fox's breakfast,—the intruder escaping with the loss of his tail. The creature came back one night to explore the old place of captivity,—ate some food and retired. For myself,—I continue absolutely well : I do not walk much, but, for more than amends, am in the open air all day long."

No less striking is a short extract from a letter written in Venice to the same friend, Miss Keep.

"Ca' Alvise: Oct. 16, '88.

"Every morning at six, I see the sun rise ; far more wonderfully, to my mind, than his famous setting, which everybody glorifies. My bedroom window commands a perfect view : the still grey lagune, the few seagulls flying, the islet of S. Giorgio in deep shadow, and the clouds in a long purple rack, behind which a sort of spirit of rose burns up till presently all the rims are on fire with gold, and last of all the orb sends before it a long column of its own essence apparently : so my day begins."

We feel, as we read these late, and even later words, that the lyric imagination was renewing itself in the incipient dissolution of other powers. It is the Browning of *Pippa Passes* who speaks in them.

He suffered less on the whole during the winter of 1888-9. It was already advanced when he returned to England ; and the attacks of cold and asthma were either

shorter or less frequent. He still maintained throughout the season his old social routine, not omitting his yearly visit, on the anniversary of Waterloo, to Lord Albemarle, its last surviving veteran. He went for some days to Oxford during the commemoration week, and had for the first, as also last time, the pleasure of Dr. Jowett's almost exclusive society at his beloved Balliol College. He proceeded with his new volume of poems. A short letter written to Professor Knight, June 16, of which the occasion speaks for itself, fitly closes the labours of his life; for it states his view of the position and function of poetry, in one brief phrase which might form the text to an exhaustive treatise upon them.

29, De Vere Gardens, W.: June 16, 1889.

My dear Professor Knight,—I am delighted to hear that there is a likelihood of your establishing yourself in Glasgow, and illustrating Literature as happily as you have expounded Philosophy at St. Andrews. It is certainly the right order of things: Philosophy first, and Poetry, which is its highest outcome, afterward—and much harm has been done by reversing the natural process. How capable you are of doing justice to the highest philosophy embodied in poetry, your various studies on Wordsworth prove abundantly; and for the sake of both Literature and Philosophy I wish you success with all my heart.

Believe me, dear Professor Knight, yours very truly,
ROBERT BROWNING.

But he experienced, when the time came, more than his habitual disinclination for leaving home. A distinct shrinking from the fatigue of going to Italy now added itself to it; for he had suffered when travelling back in the previous winter, almost as much as on the outward journey,

though he attributed the distress to a different cause : his nerves were, he thought, shaken by the wearing discomforts incidental on a broken tooth. He was for the first time painfully sensitive to the vibration of the train. He had told his friends, both in Venice and London, that so far as he was able to determine, he would never return to Italy. But it was necessary he should go somewhere, and he had no alternative plan. For a short time in this last summer he entertained the idea of a visit to Scotland ; it had indeed definitely shaped itself in his mind ; but an incident, trivial in itself, though he did not think it so, destroyed the first scheme, and it was then practically too late to form another. During the second week in August the weather broke. There could no longer be any question of the northward journey without even a fixed end in view. His son and daughter had taken possession of their new home, the Palazzo Rezzonico, and were anxious to see him and Miss Browning there ; their wishes naturally had weight. The casting vote in favour of Venice was given by a letter from Mrs. Bronson, proposing Asolo as the intermediate stage. She had fitted up for herself a little summer retreat there, and promised that her friends should, if they joined her, be also comfortably installed. The journey was this time propitious. It was performed without imprudent haste, and Mr. Browning reached Asolo unfatigued and to all appearance well.

He saw this, his first love among Italian cities, at a season of the year more favourable to its beauty than even that of his first visit ; yet he must himself have been surprised by the new rapture of admiration which it created in him, and which seemed to grow with his lengthened stay.

This state of mind was the more striking, that new symptoms of his physical decline were now becoming apparent, and were in themselves of a depressing kind.¹ He wrote to a friend in England, that the atmosphere of Asolo, far from being oppressive, produced in him all the effects of mountain air, and he was conscious of difficulty of breathing whenever he walked up hill. He also suffered, as the season advanced, great inconvenience from cold. The rooms occupied by himself and his sister were both unprovided with fireplaces; and though the daily dinner with Mrs. Bronson obviated the discomfort of the evenings, there remained still too many hours of the autumnal day in which the impossibility of heating their own little apartment must have made itself unpleasantly felt. The latter drawback would have been averted by the fulfilment of Mr. Browning's first plan, to be in Venice by the beginning of October, and return to the comforts of his own home before the winter had quite set in; but one slight motive for delay succeeded another, till at last a more serious project introduced sufficient ground of detention. He seemed possessed by a strange buoyancy—an almost feverish joy in life, which blunted all sensations of physical distress, or helped him to misinterpret them. When warned against the imprudence of remaining where he knew he suffered from

¹ [Mrs. Orr's statements as to the poet's physical condition during the last months of his life are left unchanged. They are not, however, confirmed by the evidence of Mr. R. Barrett Browning, who was in the best position to judge, and who bears emphatic testimony to the vigour and activity of his father up to the beginning of the short final illness. He adds—what is certainly a noteworthy fact—that until the last illness he never heard of his father keeping in his bedroom because of his health for a single day—much less in his bed.]

cold, and believed, rightly or wrongly, that his asthmatic tendencies were increased, he would reply that he was growing acclimatized—that he was quite well. And, in a fitful or superficial sense, he must have been so.

His letters of that period are one continuous picture, glowing with his impressions of the things which they describe. The same words will repeat themselves as the same subject presents itself to his pen ; but the impulse to iteration scarcely ever affects us as mechanical. It seems always a fresh response to some new stimulus to thought or feeling, which he has received. These reach him from every side. It is not only the Asolo of this peaceful later time which has opened before him, but the Asolo of *Pippa Passes* and *Sordello* ; that which first stamped itself on his imagination in the echoes of the Court life of Queen Catharine,¹ and of the barbaric wars of the Eccelini. Some of his letters dwell especially on these early historical associations : on the strange sense of reopening the ancient chronicle which he had so deeply studied fifty years before. The very phraseology of the old Italian text, which I am certain he had never glanced at from that distant time, is audible in an account of the massacre of San Zenone, the scene of which he has been visiting. To the same correspondent he says that his two hours' drive to Asolo "seemed to be a dream ;" and again, after describing, or, as he thinks, only trying to describe some beautiful feature of the place, "but it is indescribable !"

A letter addressed to Mrs. FitzGerald, October 8, 1889, is in part a fitting sequel to that which he had written to her from the same spot, eleven years before.

¹ Catharine Cornaro, the dethroned queen of Cyprus.

“ . . . Fortunately there is little changed here : my old Albergo,—ruinous with earthquake—is down and done with—but few novelties are observable—except the regrettable one that the silk industry has been transported elsewhere—to Cornuda and other places nearer the main railway. No more Pippas—at least of the silk-winding sort !

“ But the pretty type is far from extinct.

“ Autumn is beginning to paint the foliage, but thin it as well ; and the sea of fertility all round our height, which a month ago showed pomegranates and figs and chestnuts,—walnuts and apples all rioting together in full glory,—all this is daily disappearing. I say nothing of the olive and the vine. I find the Turret rather the worse for careful weeding—the hawks which used to build there have been “shot for food”—and the echo is sadly curtailed of its replies ; still, things are the same in the main. Shall I ever see them again, when—as I suppose—we leave for Venice in a fortnight ? . . . ”

In the midst of this imaginative delight he carried into his walks the old keen habits of observation. He would peer into the hedges for what living things were to be found there. He would whistle softly to the lizards basking on the low walls which border the roads, to try his old power of attracting them.

On the 15th of October he wrote to Mrs. Skirrow, after some preliminary description :

Then—such a view over the whole Lombard plain ; not a site in view, or *approximate* view at least, without its story. Autumn is now painting all the abundance of verdure,—figs, pomegranates, chestnuts, and vines, and I don't know what else,—all in a wonderful confusion,—and

now glowing with all the colours of the rainbow. Some weeks back, the little town was glorified by the visit of a decent theatrical troop who played in a theatre *inside* the old palace of Queen Catharine Cornaro—utilized also as a prison in which I am informed are at present full five if not six malefactors guilty of stealing grapes, and the like enormities. Well, the troop played for a fortnight together exceedingly well—high tragedy and low comedy—and the stage-box which I occupied cost 16 francs. The theatre had been out of use for six years, for we are out of the way and only a baiting-place for a company pushing on to Venice. In fine, we shall stay here probably for a week or more,—and then proceed to Pen, at the Rezzonico ; a month there, and then homewards ! . . .

I delight in finding that the beloved Husband and precious friend manages to do without the old yoke about his neck, and enjoys himself as never anybody had a better right to do. I continue to congratulate him on his emancipation and ourselves on a more frequent enjoyment of his company in consequence.¹ Give him my true love ; take mine, dearest friend,—and my sister's love to you both goes with it.

Ever affectionately yours,

ROBERT BROWNING.

The cry of “homewards !” now frequently recurs in his letters. We find it in one written a week later to Mr. G. M. Smith, otherwise very expressive of his latest condition of mind and feeling.

Asolo, Veneto, Italia : Oct. 22, '89.

My dear Smith,—I was indeed delighted to get your letter two days ago—for there *are* such accidents as the

¹ Mr. Skirrow had just resigned his post of Master in Chancery.

loss of a parcel, even when it has been despatched from so important a place as this city—for a regular city it is, you must know, with all the rights of one,—older far than Rome, being founded by the Euganeans who gave their name to the adjoining hills. “Fortified” it was once, assuredly, and the walls still surround it most picturesquely though mainly in utter ruin, and you even overrate the population, which does not now much exceed 900 souls—in the city proper, that is—for the territory below and around contains some 10,000. But we are at the very top of things, garlanded about, as it were, with a narrow line of houses,—some palatial, such as you would be glad to see in London,—and above all towers the old dwelling of Queen Cornaro, who was forced to exchange her Kingdom of Cyprus for this pretty but petty dominion where she kept state in a mimic Court, with Bembo, afterwards Cardinal, for her secretary—who has commemorated the fact in his “Asolani” or dialogues inspired by the place: and I do assure you that, after some experience of beautiful sights in Italy and elsewhere I know nothing comparable to the view from the Queen’s tower and palace, still perfect in every respect. Whenever you pay Pen and his wife the visit you are pledged to,* it will go hard but you spend five hours in a journey to Asolo. The one thing I am disappointed in is to find that the silk-cultivation with all the pretty girls who were engaged in it are transported to Cornuda and other places,—nearer the railway, I suppose: and to this may be attributed the decrease in the number of inhabitants. The weather when I wrote last *was* “blue and blazing—(at noon-day)—” but we share in the general plague of rain,—had a famous storm yesterday: while to-day is blue and sunny as ever. Lastly, for your admonition: we *have* a perfect telegraphic communication; and at the passage above, where I put a * I was interrupted by the

arrival of a telegram : thank you all the same for your desire to relieve my anxiety. And now, to our immediate business—which is only to keep thanking you for your constant goodness, present and future : do with the book just as you will. I fancy it is bigger in bulk than usual. As for the “proofs”—I go at the end of the month to Venice, whither you will please to send whatever is necessary. . . . I shall do well to say as little as possible of my good wishes for you and your family, for it comes to much the same thing as wishing myself prosperity : no matter, my sister’s kindest regards shall excuse mine, and I will only add that I am, as ever,

Affectionately yours,

ROBERT BROWNING.

CHAPTER XXIII

1889

Proposed Purchase of Land at Asolo—Venice—Letter to Mr. G. Moulton-Barrett—*Lines to Edward Fitzgerald*—Letter to Miss Keep—Illness—Death—Funeral Ceremonial at Venice—Publication of *Asolando*—Interment in Poets' Corner.

HE had said in writing to Mrs. FitzGerald, "Shall I ever see them" (the things he is describing) "again?" If not then, soon afterwards, he conceived a plan which was to insure his doing so. On a piece of ground belonging to the old castle, stood the shell of a house. The two constituted one property which the Municipality of Asolo had hitherto refused to sell. It had been a dream of Mr. Browning's life to possess a dwelling, however small, in some beautiful spot, which should place him beyond the necessity of constantly seeking a new summer resort, and above the alternative of living at an inn, or accepting—as he sometimes feared, abusing—the hospitality of his friends. He was suddenly fascinated by the idea of buying this piece of ground; and, with the efficient help which his son could render during his absence, completing the house, which should be christened *Pippa's Tower*. It was evident, he said in one of his letters, that for his few remaining years his summer wanderings must always end in Venice.

What could he do better than secure for himself this resting-place by the way ?

His offer of purchase was made through Mrs. Bronson, to Count Loredano and other important members of the municipality, and their personal assent to it secured. But the town council was on the eve of re-election ; no important business could be transacted by it till after this event ; and Mr. Browning awaited its decision till the end of October at Asolo, and again throughout November in Venice, without fully understanding the delay. The vote proved favourable ; but the night on which it was taken was that of his death.

The consent thus given would have been only a first step towards the accomplishment of his wish. It was necessary that it should be ratified by the Prefecture of Treviso, in the district of which Asolo lies ; and Mr. Barrett Browning, who had determined to carry on the negotiations, met with subsequent opposition in the higher council. This, however, was eventually overcome.

A comprehensive interest attaches to one more letter of the Asolo time. It was addressed to Mr. Browning's brother-in-law, Mr. George Moulton-Barrett.

Asolo, Veneto : Oct. 22, '89.

My dear George,—It was a great pleasure to get your kind letter ; though after some delay. We were not in the Tyrol this year, but have been for six weeks or more in this little place which strikes me,—as it did fifty years ago, which is something to say, considering that, properly speaking, it was the first spot of Italian soil I ever set foot upon—having proceeded to Venice by sea—and thence here.

It is an ancient city, older than Rome, and the scene of Queen Catherine Cornaro's exile, where she held a mock court, with all its attendants, on a miniature scale ; Bembo, afterwards Cardinal, being her secretary. Her palace is still above us all, the old fortifications surround the hill-top, and certain of the houses are stately—though the population is not above 1,000 souls : the province contains many more of course. But the immense charm of the surrounding country is indescribable—I have never seen its like—the Alps on one side, the Asolan mountains all round,—and opposite, the vast Lombard plain,—with indications of Venice, Padua, and the other cities, visible to a good eye on a clear day ; while everywhere are sites of battles and sieges of bygone days, described in full by the historians of the Middle Ages.

We have a valued friend here, Mrs. Bronson, who for years has been our hostess at Venice, and now is in possession of a house here (built into the old city wall)—she was induced to choose it through what I have said about the beauties of the place : and through her care and kindness we are comfortably lodged close by. We think of leaving in a week or so for Venice—guests of Pen and his wife ; and after a short stay with them we shall return to London. Pen came to see us for a couple of days : I was hardly prepared for his surprise and admiration, which quite equalled my own and that of my sister. All is happily well with them—their palazzo excites the wonder of everybody, so great is Pen's cleverness, and extemporised architectural knowledge, as apparent in all he has done there ; why, *why* will you not go and see him there ? He and his wife are very hospitable and receive many visitors. Have I told you that there was a desecrated chapel which he has restored in honour of his mother—putting up there the inscription by Tommaseo now above Casa Guidi ?

Fannie is all you say,—and most dear and precious to us all. . . . Pen's medal, to which you refer, is awarded to him in spite of his written renunciation of any sort of wish to contend for a prize. He will now resume painting and sculpture—having been necessarily occupied with the superintendence of his workmen—a matter capitally managed, I am told. For the rest, both Sarianna and myself are very well; I have just sent off my new volume of verses for publication. The complete edition of the works of E. B. B. begins in a few days.

The second part of this letter is very forcibly written, and, in a certain sense, more important than the first; but I suppress it by the desire of Mr. Browning's sister and son, and in complete concurrence with their judgement in the matter. It was a systematic defence of the anger aroused in him by a lately published reference to his wife's death; and though its reasonings were unanswerable as applied to the causes of his emotion, they did not touch the manner in which it had been displayed. The incident was one which deserved only to be forgotten; and if an injudicious act had not preserved its memory, no word of mine should recall it. Since, however, it has been thought fit to include the *Lines to Edward Fitzgerald* in a widely circulated Bibliography of Mr. Browning's Works,¹ I owe

¹ That contained in Mr. Sharp's "Life." A still more recent publication gives the lines in full. [In fairness to FitzGerald, it should be said that the words which provoked this outburst, though unsuitable for public utterance—for which they were not intended—were meant merely as a critical opinion of Mrs. Browning's poetry, and not in any sense to refer to her life or character. Browning's annoyance was natural enough, but it was due partly to misunderstanding and partly to an editor's oversight, for which prompt apology was made.]

it to him to say—what I believe is only known to his sister and myself—that there was a moment in which he regretted those lines, and would willingly have withdrawn them. This was the period, unfortunately short, which intervened between his sending them to the *Athenæum*, and their appearance there. When once public opinion had expressed itself upon them in its two extreme forms of sympathy and condemnation, the pugnacity of his mind found support in both, and regret was silenced if not destroyed. In so far as his published words remained open to censure, I may also, without indelicacy, urge one more plea in his behalf. That which to the merely sympathetic observer appeared a subject for disapprobation, perhaps disgust, had affected him with the directness of a sharp physical blow. He spoke of it, and for hours, even days, was known to feel it, as such. The events of that distant past, which he had lived down, though never forgotten, had flashed upon him from the words which so unexpectedly met his eye, in a vividness of remembrance which was reality. “I felt as if she had died yesterday,” he said some days later to a friend, in half deprecation, half denial, of the too great fierceness of his reaction. He only recovered his balance in striking the counter-blow. That he could be thus affected at an age usually destructive of the more violent emotions, is part of the mystery of those closing days which had already overtaken him.

By the first of November he was in Venice with his son and daughter; and during the three following weeks was apparently well, though a physician whom he met at a dinner party, and to whom he had half jokingly given his

pulse to feel, had learned from it that his days were numbered. He wrote to Miss Keep on the 9th of the month :

“ . . . Mrs. Bronson has bought a house at Asolo, and beautified it indeed,—niched as it is in an old tower of the fortifications still partly surrounding the city (for a city it is), and eighteen towers, more or less ruinous, are still discoverable there : it is indeed a delightful place. Meantime, to go on,—we came here, and had a pleasant welcome from our hosts—who are truly magnificently lodged in this vast palazzo which my son has really shown himself fit to possess, so surprising are his restorations and improvements : the whole is all but complete, decorated,—that is, renewed admirably in all respects.

“ What strikes me as most noteworthy is the cheerfulness and comfort of the huge rooms.

“ The building is warmed throughout by a furnace and pipes.

“ Yesterday, on the Lido, the heat was hardly endurable : bright sunshine, blue sky,—snow-tipped Alps in the distance. No place, I think, ever suited my needs, bodily and intellectual, so well.

“ The first are satisfied—I am *quite* well, every breathing inconvenience gone : and as for the latter, I got through whatever had given me trouble in London. . . .”

But it was winter, even in Venice, and one day began with an actual fog. He insisted, notwithstanding, on taking his usual walk on the Lido. He caught a bronchial cold of which the symptoms were aggravated not only by the asthmatic tendency, but by what proved to be exhaustion of the heart ; and believing as usual that his liver



Robert Browning.

1889

From a portrait by Robert Barrett Browning

Copyright Albert F. & Co.

alone was at fault, he took little food, and refused wine altogether.¹

He did not yield to the sense of illness ; he did not keep his bed. Some feverish energy must have supported him through this avoidance of every measure which might have afforded even temporary strength or relief. On Friday, the 29th, he wrote to a friend in London that he had waited thus long for the final answer from Asolo, but would wait no longer. He would start for England, if possible, on the Wednesday or Thursday of the following week. It was true "he had caught a cold ; he felt sadly asthmatic, scarcely fit to travel ; but he hoped for the best, and would write again soon." He wrote again the following day, declaring himself better. He had been punished, he said, for long-standing neglect of his "provoking liver ;" but a simple medicine, which he had often taken before, had this time also relieved the oppression of his chest ; his friend was not to be uneasy about him ; "it was in his nature to get into scrapes of this kind, but he always managed, somehow or other, to extricate himself from them." He concluded with fresh details of his hopes and plans.

The following account of the final illness has been furnished by Mr. R. Barrett Browning, who, with his wife, was present during the whole time,² and who can therefore

¹ He always declined food when he was unwell ; and maintained that in this respect the instinct of animals was far more just than the idea often prevailing among human beings that a failing appetite should be assisted or coerced.

² [Mrs. Orr mentions a Miss Evelyn Barclay (since Mrs. Douglas Giles) as having been also present at the time as a guest, and as having assisted in the nursing until the trained nurses arrived. She then left for England.]

correct with authority the various inexactnesses which have appeared in previous narratives. Mr. Browning testifies emphatically to the general vigour and activity of his father during the last year of his life, and almost to the very end.

“Just before his last illness his health appeared to be as he described it in the last letter just quoted: ‘I am *quite* well, every breathing inconvenience gone.’ This inconvenience was caused by fog, and he only suffered from it in London, where his throat was frequently irritated after much reading aloud in foggy weather.

“At an early stage of his last illness, when the doctor first saw him, he was up and dressed, standing near the fire in his sitting-room. He assured the doctor that his liver was out of order, but Dr. Cini pronounced it to be bronchitis, and told me later that the heart’s action was irregular. He insisted on his going to bed, and we then persuaded him to change his room for one upstairs, in order to have him near us.¹ I was with him when he walked quickly up the three long flights of steps. He was not carried up. He went to bed without assistance, but unwillingly, and said to me more than once that if only he were allowed to walk about in the room he would soon be better. It is not the case that he suffered from attacks of faintness. He was strong, physically, to the last. About two hours before the end he was unconscious, and death came with a violent heaving of his big chest as he lay otherwise motionless. There was no pain. I believe the cause of the heart trouble to have been hardening of the arteries.”

The end came two hours before midnight on Thursday,

¹ The lower floor had originally been set apart for his use, Mr. and Mrs. R. B. Browning occupying the upper storey.

December 12. So late as the preceding day, when a consultation took place between Dr. Cini, Dr. da Vigna, and Dr. Minich, the opinion had been expressed that recovery was still possible, though not within the bounds of probability.

He had been a good patient. He took food and medicine whenever they were offered to him. Doctors and nurses became alike warmly interested in him. His favourite among the latter was, I think, the Venetian, a widow, Margherita Fiori, a simple kindly creature who had known much sorrow. To her he said, about five hours before the end, "I feel much worse. I know now that I must die." He had shown at intervals a perception, even conviction, of his danger; but the excitement of the brain, caused by exhaustion on the one hand and the necessary stimulants on the other, must have precluded all systematic consciousness of approaching death. He repeatedly assured his family that he was not suffering.

A painful and urgent question now presented itself for solution: Where should his body find its last rest? He had said to his sister in the foregoing summer, that he wished to be buried wherever he might die: if in England, with his mother; if in France, with his father; if in Italy, with his wife. Circumstances all pointed to his removal to Florence; but a recent decree had prohibited further interment in the English Cemetery there, and the town had no power to rescind it. When this was known in Venice, that city begged for itself the privilege of retaining the illustrious guest, and rendering him the last honours. For the moment the idea even recommended itself to Mr. Browning's son. But he felt bound to make a last

effort in the direction of the burial at Florence; and was about to despatch a telegram, in which he invoked the mediation of Lord Dufferin, when all difficulties were laid at rest by a message from the Dean of Westminster, conveying his assent to an interment in the Abbey.¹ He had already telegraphed for information concerning the date of the funeral, with a view to the memorial service, which he intended to hold on the same day. Nor would the further honour have remained for even twenty-four hours ungranted, because unasked, but for the belief prevailing among Mr. Browning's friends that there was no room for its acceptance.

Meanwhile, in Venice it had been necessary to provide for the more immediate removal of the body. Local custom forbade its retention after the lapse of two days and nights; and only in view of the special circumstances of the case could a short respite be granted to the family. The tribute paid to the great poet by the people among whom he had lived so large a part of his life, and in whose midst he had died, is described as follows (on the basis of Mrs. Orr's narrative) by Mr. R. Barrett Browning:

"A public funeral was offered by the municipality, which in a modified form was gratefully accepted. A private service, conducted by the British Chaplain, was held in one of the halls of the Rezzonico. It was attended by the Syndic of Venice and the chief city authorities, as well as by officers of the Army and Navy. Municipal Guards

¹ [Inquiries had been spontaneously made by the poet's friends and admirers in England, and to this extent the Dean's answer was an "assent;" but it would be more accurately described as an offer, and was characterized as such by the Dean himself. The poet's family had nothing to do with the proposal.]

lined the entrance of the Palace, and a Guard of Honour consisting of City Firemen in full dress stood flanking the coffin during the service, which was attended by friends and many residents. The subsequent passage to the mortuary island of San Michele was organized by the City, and when the service had been performed the coffin was carried by firemen to the massive and highly decorated funeral barge, on which it was guarded during the transit by four "Uscieri" in gala dress, two sergeants of the Municipal Guard, and two firemen bearing torches. The remainder of these followed in their boats. The funeral barge was slowly towed by a steam launch of the Royal Navy. The chief officers of the municipality, the family, and many others in a crowd of gondolas, completed the procession. San Michele was reached as the sun was setting, when the firemen again received their burden and bore it to the principal mortuary chapel."

When *Pauline* first appeared, the Author had received, he never learned from whom, a sprig of laurel enclosed with this quotation from the poem,

Trust in signs and omens.

Very beautiful garlands were now piled about his bier, offerings of friendship and affection. Conspicuous among these was the ceremonial structure of metallic foliage and porcelain flowers, inscribed "*Venezia a Roberto Browning*," which represented the Municipality of Venice. On the coffin lay one comprehensive symbol of the fulfilled prophecy: a wreath of laurel-leaves which his son had placed there.

A final honour was decreed to the great English Poet by the city in which he had died ; the affixing of a memorial tablet to the outer wall of the Rezzonico Palace. Since these pages were first written, the tablet has been placed. It bears the following inscription :

A
ROBERTO BROWNING
MORTO IN QUESTO PALAZZO
IL 12 DICEMBRE 1889
VENEZIA
POSE

Below this, in the right-hand corner appear two lines selected from his works :

Open my heart and you will see
Graved inside of it, " Italy."

Nor were these the only expressions of Italian respect and sympathy. The municipality of Florence sent its message of condolence. Asolo, poor in all but memories, itself bore the expenses of a mural tablet for the house which Mr. Browning had occupied. It is now known that Signor Crispi would have appealed to Parliament to rescind the exclusion from the Florentine cemetery, if the motive for doing so had been less promptly removed.

Mr. Browning's own country had indeed opened a way for the reunion of the husband and wife. The idea had rapidly shaped itself in the public mind that, since they might not rest side by side in Italy, they should be placed together among the great of their own land ; and it was understood that the Dean would sanction Mrs. Browning's

interment in the Abbey, if a formal application to this end were made to him. But Mr. Barrett Browning could not reconcile himself to the thought of disturbing his mother's grave, so long consecrated to Florence by her warm love and by its grateful remembrance; and at the desire of both surviving members of the family the suggestion was set aside.

Two days after his temporary funeral, privately and at night, all that remained of Robert Browning was conveyed to the railway station; and thence, by a trusted servant, to England. The family followed within twenty-four hours, having made the necessary preparations for a long absence from Venice; and, travelling with the utmost speed, arrived in London on the same day. The house in De Vere Gardens received its master once more.

Asolando was published on the day of Mr. Browning's death. The report of his illness had quickened public interest in the forthcoming work, and his son had the satisfaction of telling him of its already realized success, while he could still receive a warm, if momentary, pleasure from the intelligence. The circumstances of its appearance place it beyond ordinary criticism; they place it beyond even an impartial analysis of its contents. It includes one or two poems to which we would gladly assign a much earlier date; I have been told on good authority that we may do this in regard to one of them.¹ It is

¹ [*The Cardinal and the Dog* was written, like the *Pied Piper*, for Willie Macready. See letter to F. J. Furnivall, Oct. 1, 1886, printed by Wise (i. 76).]

difficult to refer the *Epilogue* to a coherent mood of any period of its author's life.¹ It is certain, however, that by far the greater part of the little volume was written in 1888-89, and I believe all that is most serious in it was the product of the later year. It possesses for many readers the inspiration of farewell words; for all of us it has their pathos.

He was buried in Westminster Abbey, in Poets' Corner, on the 31st of December, 1889. In this act of national recognition England claimed her own. A densely packed, reverent and sympathetic crowd of his countrymen and countrywomen assisted at the consignment of the dead poet to his historic resting-place. Three verses of Mrs. Browning's poem, *The Sleep*, set to music by Dr. Bridge, were sung for the first time on this occasion.

¹ [I find it difficult to agree with this criticism. A remarkable testimony to its inspiring quality was borne by the troops in South Africa during the war. A chance quotation of some lines from it during an entertainment in camp produced an instant demand for its repetition, and over three hundred men stayed behind to take it down *verbatim* from dictation (*Spectator*, Oct. 25, 1902).]

CONCLUSION

A FEW words must still be said upon that purport and tendency of Robert Browning's work, which has been defined by a few persons, and felt by very many, as his "message."

The definition has been disputed on the ground of Art. We are told by Mr. Sharp, though in somewhat different words, that the poet, *qua* poet, cannot deliver a "message" such as directly addresses itself to the intellectual or moral sense; since his special appeal to us lies not through the substance, but through the form, or presentment, of what he has had to say; since, therefore (by implication), in claiming for it an intellectual—as distinct from an æsthetic—character, we ignore its function as poetry.

It is difficult to argue justly, where the question at issue turns practically on the meaning of a word. Mr. Sharp would, I think, be the first to admit this; and it appears to me that, in the present case, he so formulates his theory as to satisfy his artistic conscience, and yet leave room for the recognition of that intellectual quality so peculiar to Mr. Browning's verse. But what one member of the æsthetic school may express with a certain reserve is proclaimed unreservedly by many more; and Mr. Sharp must forgive me, if for the moment I regard

him as one of these ; and if I oppose his arguments in the words of another poet and critic of poetry, whose claim to the double title is I believe undisputed—Mr. Roden Noel. I quote from an unpublished fragment of a published article on Mr. Sharp's *Life of Browning*.

“Browning's message is an integral part of himself as writer ; (whether as poet, since we agree that he is poet, were surely a too curious and vain discussion ;) but some of his finest things assuredly are the outcome of certain very definite personal convictions. ‘*The question*,’ Mr. Sharp says, ‘*is not one of weighty message, but of artistic presentation.*’ There seems to be no true contrast here. ‘*The primary concern of the artist must be with his vehicle of expression*’—no—not the primary concern. Since the critic adds—(for a poet) ‘*this vehicle is language emotioned to the white heat of rhythmic music by impassioned thought or sensation.*’ Exactly—‘thought’ it may be. Now part of this same ‘thought’ in Browning is the message. And therefore it is part of his ‘primary concern.’ ‘*It is with presentment*,’ says Mr. Sharp, ‘*that the artist has fundamentally to concern himself.*’ Granted : but it must surely be presentment of *something*. . . . I do not understand how to separate the substance from the form in true poetry. If the message be not well delivered, it does not constitute literature. But if it be well delivered, the primary concern of the poet lay with the message after all !”

More cogent objection has been taken to the character of the “message” as judged from a philosophic point of view. It is the expression or exposition of a vivid *a priori* religious faith confirmed by positive experience ; and it

reflects as such a double order of thought, in which totally opposite mental activities are often forced into co-operation with each other. Mr. Sharp says, this time quoting from Mr. Mortimer (*Scottish Art Review*, December 1889) :

“ His position in regard to the thought of the age is paradoxical, if not inconsistent. He is in advance of it in every respect but one, the most important of all, the matter of fundamental principles ; in these he is behind it. His processes of thought are often scientific in their precision of analysis ; the sudden conclusion which he imposes upon them is transcendental and inept.”

This statement is relatively true. Mr. Browning's positive reasonings often do end with transcendental conclusions. They also start from transcendental premisses. However closely his mind might follow the visible order of experience, he never lost what was for him the consciousness of a Supreme Eternal Will as having existed before it ; he never lost the vision of an intelligent First Cause, as underlying all minor systems of causation. But such weaknesses as were involved in his logical position are inherent to all the higher forms of natural theology when once it has been erected into a dogma. As maintained by Mr. Browning, this belief held a saving clause, which removed it from all dogmatic, hence all admissible grounds of controversy : the more definite or concrete conceptions of which it consists possessed no finality for even his own mind ; they represented for him an absolute truth in contingent relations to it. No one felt more strongly than he the contradictions involved in any conceivable system of Divine creation and government. No one knew better that every act and

motive which we attribute to a Supreme Being is a virtual negation of His existence. He believed nevertheless that such a Being exists ; and he accepted His reflection in the mirror of the human consciousness, as a necessarily false image, but one which bears witness to the truth.

His works rarely indicate this condition of feeling ; it was not often apparent in his conversation. The faith which he had contingently accepted became absolute for him from all practical points of view ; it became subject to all the conditions of his humanity. On the ground of abstract logic he was always ready to disavow it ; the transcendental imagination and the acknowledged limits of human reason claimed the last word in its behalf. This philosophy of religion is distinctly suggested in the fifth parable of *Ferishtah's Fancies*.

But even in defending what remains, from the most widely accepted point of view, the validity of Mr. Browning's "message," we concede the fact that it is most powerful when conveyed in its least explicit form ; for then alone does it bear, with the full weight of his poetic utterance, on the minds to which it is addressed. His challenge to Faith and Hope imposes itself far less through any intellectual plea which he can advance in its support, than through the unconscious testimony of all creative genius to the marvel of conscious life ; through the passionate affirmation of his poetic and human nature, not only of the goodness and the beauty of that life, but of its reality and its persistence.

We are told by Mr. Sharp that a new star appeared in Orion on the night on which Robert Browning died. The alleged fact is disproved by the statement of the Astronomer Royal, to whom it has been submitted ; but it would have

been a beautiful symbol of translation, such as affectionate fancy might gladly cherish if it were true. It is indeed true that on that twelfth of December, a vivid centre of light and warmth was extinguished upon our earth. The clouded brightness of many lives bears witness to the poet spirit which has departed, the glowing human presence which has passed away. We mourn the poet whom we have lost far less than we regret the man : for he had done his appointed work ; and that work remains to us. But the two beings were in truth inseparable. The man is always present in the poet ; the poet was dominant in the man. This fact can never be absent from our loving remembrance of him. No just estimate of his life and character will fail to give it weight.

APPENDIX I

THE PORTRAITS OF ROBERT BROWNING

THE following is a list of the portraits (other than photographs) of Robert Browning, of which I have been able to find any mention. It is compiled mainly from (1) references in Mrs. Browning's letters; (2) a series of articles by Mr. W. M. Rossetti in the *Magazine of Art* for 1890 (the dates of which require some correction); (3) information from Mr. R. Barrett Browning.

1835 (?) The engraving which appears in Horne's *New Spirit of the Age* (1844), and is reproduced with the date 1835 (the evidence for which appears to be uncertain) in vol. iii. of the seventeen-volume edition of *Poetical Works* (1888), in vol. i. of the two-volume edition (1896), and in *Robert Browning and Alfred Domett* (1906). It is described by Mrs. Browning in terms which are hardly excessive. "There's a detestable engraving, which, if you have the ill-luck to see (and you may, because, horrible to relate, it is in the shop windows), will you have the kindness, for my sake, not to fancy like Robert?—it being, as he says himself, the very image of a young man at Waterloo House, in a moment of inspiration" (*Letters of E. B. Browning*, i. 335). And again: "Now to bear with the horrible portrait in the matter of the eyes is a hard thing. . . . The hair is like, and nothing else. The mouth, the form of the cheek, one is as unlike as the other. And the character of the whole is *most* unlike of the whole—it is a vulgarized caricature—and I only wonder how I could have fastened it inside of my 'Paracelsus,' frontispiece-fashion. . . . Mr. Kenyon told me it was 'rather like' (*Letters of R. B. and E. B. B.*, ii. 219, cf. i. 316).

About 1838. A small head in pencil by M. de Monclar (see p. 96). Unpublished. In the possession of Mr. R. Barrett Browning.

1853. Oil-painting by Reade, done at Florence. "His portrait, by Mr. Reade, I must be glad about, seeing that though it by no means gives his best expression, the face is *there*, and it will be the best work extant on the same subject" (*Letters of E. B. B.*, ii. 143).

1854. Oil-painting by W. Page. "Page, the American artist, painted a picture of Robert like an Italian, and then presented it to me like a prince. It is a wonderful picture, the colouring so absolutely *Venetian* that artists can't (for the most part) keep their temper when they look at it, and the breath of the likeness is literal" (*Ib.* ii. 170). Browning himself speaks equally warmly of it in a letter to W. W. Story, Florence, June 11, 1854 (*H. James, W. W. Story and his Friends*, ii. 287-8): "I shall surprise you by telling you—now that I *may* tell—that he [Page] painted a magnificent portrait of me, the finest even of his works, just the head, which he wished to concentrate his art upon, in a manner which would have been impossible had the canvas been larger. The result is marvellous. I hate keeping secrets, but this was Page's, not mine; he even wished my wife to be kept in ignorance of it, which, of course, was impossible. And the end is that he has presented the picture to her. Both of us would fain have escaped being the subjects of such a princely piece of generosity; but there was no withstanding his admirable delicacy and noble-mindedness, which made the sacrifice of such time and labour even easy. I wished him to keep the picture for a year at least; but he sent it to me on the morning of our departure. So it is here—the wonder of everybody. No such work has been achieved in our time—to my knowledge at least. I am not qualified to speak of the likeness, understand, only of the life and effect, which I wish, with all my heart, had been given to my wife's head or any I like better to look at than my own." Unfortunately, Page had special methods, intended to reproduce the colouring

of the great Venetians, which have had disastrous effects upon his pictures. Mr. R. B. Browning (in whose possession the picture now is) states that the surface has become thick and waxy, and the portrait has almost disappeared.

1854. Oil-painting by W. Fisher, done at Rome. "Robert has been sitting for his picture to Fisher, the English artist. . . . It is an admirable likeness. The expression is an exceptional expression, but highly characteristic. It is one of Fisher's best works" (*Ib.* ii. 160, *cf.* 163). Reproduced as frontispiece to vol. ii. of the *Letters of E. B. Browning*. In the possession of Mr. R. B. Browning.
1854. Medallion by H. Wood. Rossetti, *op. cit.*
- 1855-6. Water-colour by D. G. Rossetti. Rossetti, *ib.* For the date, see p. 184, above. Present ownership unknown.
1856. Bronze medallion by T. Woolner. Rossetti, *ib.*, with reproduction.
1859. Pencil-drawing by F. Leighton (afterwards Lord Leighton), done at Rome. "Mr. Leighton has made a beautiful pencil-drawing, highly finished to the last degree, of him; very like, though not on the poetical side" (*Letters of E. B. B.*, ii. 310). Lord Leighton (in a letter quoted by Rossetti, *op. cit.*, p. 186) assigns it to the year 1854; but the contemporary evidence of Mrs. Browning is conclusively confirmed by the inscription on the drawing itself, in the handwriting of Robert Browning: "Rome, March 28, 1859." Reproduced for the first time in the present volume. In the possession of Mr. R. B. Browning.
1859. Pencil-drawing by Rudolf Lehmann, dated Rome, May 22, '59. Rossetti, *op. cit.*, with reproduction.
1859. Crayon portrait by Field Talfourd. Rossetti, *ib.*, with reproduction, and a letter relating to it from Robert Browning. "My sister—a better authority than myself—has always liked it, as resembling its subject when his features had more resemblance to those of his mother than in after-time, when those of his father got the better—or perhaps the worse—of

- them." Formerly in the possession of Mr. E. Gosse, now in the National Portrait Gallery.
1860. Oil-painting by Gordigiani. Reproduced as frontispiece to *Letters of Robert Browning and E. B. Barrett*, vol. i.
1861. Bust by W. W. Story, done in Rome. "Mr. Story is doing Robert's bust, which is likely to be a success" (*Letters of E. B. Browning*, ii. 448). Story himself writes: "The last thing I did before leaving Rome was to make a bust of him, which his wife was good enough to call 'perfect.' It was made for her as a present; but, alas! you see the end of that" (James, *W. W. Story and his Friends*, ii. 69). This, together with a companion bust of Mrs. Browning, made after her death, was subsequently executed in marble for Mr. George Moulton-Barrett, who presented both of them to his nephew, Mr. R. Barrett Browning, in whose possession they now are.
1869. Pencil-drawings by Lord Carlisle of Browning reading *The Ring and the Book*. Reproduced in vols. i. and vi. of the eight-volume edition of the *Poetical Works* (1902). In the possession of Marchesa E. Peruzzi de' Medici (*née* Story).
1874. Oil-painting by R. Barrett Browning, done at Dinant in Belgium. In the possession of Mr. R. Barrett Browning.
1875. Oil-painting by G. F. Watts. Rossetti, *op. cit.*, with reproduction. Now in the National Portrait Gallery.
1879. Oil-painting by Rudolf Lehmann. Rossetti, *ib.*, with reproduction.
1880. Four small portrait heads in oils by Julian Story, Ralph Curtis, Harper Pennington, and Charles Forbes, to whom Browning sat at the same time in Venice. Curtis' portrait is reproduced as frontispiece to E. Dowden's *Robert Browning* (1904).
1881. Oil-painting by F. Sandys. Rossetti, *op. cit.*, with reproduction. Formerly in the possession of Mr. G. L. Craik.
1882. Oil-painting by R. Barrett Browning. Reproduced in vol. xvi. of the seventeen-volume edition of the *Poetical Works* (1888-94), and in vol. viii. of the eight-volume edition (1902).

1882. Oil-painting by the same, representing the poet in his Oxford D.C.L. robes, holding the "square yellow book." Rossetti, *op. cit.*, with reproduction. In Balliol College hall.
1884. Oil-painting by Rudolf Lehmann (begun in 1879, finished in 1884 or 1885). In the National Portrait Gallery.
1884. Oil-painting by F. Moscheles. Rossetti, *op. cit.*, with reproduction.
- 1886 (?). Bust in marble by R. Barrett Browning. Original in Browning Hall, Walworth (see above, p. 17, note); a replica (as well as one in bronze) in the possession of Mr. R. Barrett Browning.
1888. Bronze medallion by G. Natorp. Rossetti, *op. cit.*, with reproduction.
1888. Oil-painting by Legros. Rossetti, *ib.*, with reproduction. In the Victoria and Albert Museum, South Kensington.
1889. Bust by Miss H. Montalba. Rossetti, *ib.*
1889. Oil-painting by R. Barrett Browning, done in the Palazzo Rezzonico at Venice. Reproduced in the present volume. In the possession of Mr. R. Barrett Browning.
- 1889 (November 24). Pencil sketch by Major Giles. Rossetti, *op. cit.*, with reproduction.

APPENDIX II.

THE ORIGINAL MSS. OF BROWNING'S POEMS.

OF the earlier volumes—those prior to *The Ring and the Book*—five seem to be known to exist in manuscript at present. *Paracelsus* is in the Forster collection at the Victoria and Albert Museum, having been presented by the poet to the friend who had so enthusiastically reviewed it. *Pippa Passes* is in the possession of Mr. Sebastian Schlesinger, in Paris, to whom it was given by the poet. It may be the MS. from which part of the Prologue is reproduced in the *Publishers' Circular* for May 20, 1894. *Colombe's Birthday* belongs to Mr. H. Buxton Forman, who purchased it in 1877 at a sale. A letter to him from Browning (written on July 2, 1877, and printed by Mr. T. J. Wise, *Letters of Robert Browning*, i. 53) gives its previous history, so far as it is known. It was made for Charles Kean, to whom Browning read the play in 1844 (see letter from R. B. to Christopher Dowson, printed *ib.* p. 7), and who was anxious to act it, but wished to hold it over to the following year, keeping it unpublished the while. Browning refused this, and had the play printed at once. The MS., having been returned by Kean, was bound for the poet's father. How it left his keeping is unknown, but in 1848 it appeared (under a wrong name) at a sale at Hodgson's, and on its reappearance in 1877 it was bought by Mr. Forman. Browning told Mr. Forman that it was "the single poem of the series [of *Bells and Pomegranates*] that I copied with my own hand, my sister having been my amanuensis in those days."

The MS. of *Christmas Eve and Easter Day* is in the Forster collection at South Kensington. Several pages of it are in the hand of Mrs. Browning. The statement in Nicoll and Wise's *Literary Anecdotes of the XIXth Century* (i. 364) that the MS. of *Strafford* is also at South Kensington is erroneous.

The MS. of *Dramatis Personæ* was presented by the author to

Mr. Frederick Chapman, a partner in the firm of Messrs. Chapman and Hall, who published the poem. It was taken to America a few years ago, and is now the property of the headmaster of The Hill School (Pennsylvania). See an article by Prof. W. L. Phelps in the *Yale Courant* for December, 1906, where facsimiles are given of *Prospice* and parts of *Mr. Sludge the Medium* and *Rabbi Ben Ezra*.

The original MS. of *The Ring and the Book* is the property of Mrs. G. M. Smith, to whom Browning presented it. Mrs. Smith also owns (by the gift of Mr. R. Barrett Browning) the MS. of the *Sonnets from the Portuguese*.

The MSS. of all the volumes (except the last, *Asolando*) published since *The Ring and the Book* were presented by Mr. R. Barrett Browning, in accordance with his father's known wishes, to Balliol College, Oxford, in grateful recognition of the Honorary Fellowship conferred upon the poet by the College, and of the friendship of the Master, Dr. Jowett. They are now in the College Library, bound up as follows :—

- | | | | |
|-----------|---|--|----------------|
| Vol. I. | { | <i>Red Cotton Night Cap Country.</i> | |
| | { | <i>The Inn Album.</i> | |
| Vol. II. | { | <i>Pacchiarotto.</i> | |
| | { | <i>La Saisiaz.</i> | |
| Vol. III. | { | <i>Balaustion's Adventure.</i> | |
| | { | <i>Prince Hohenstiel-Schwangan.</i> | |
| | { | <i>Fifine at the Fair.</i> | |
| Vol. IV. | { | <i>Dramatic Idyls.</i> | First Series. |
| | { | „ „ | Second Series. |
| | { | <i>Jocoseria.</i> | |
| Vol. V. | { | <i>Aristophanes' Apology.</i> | |
| | { | <i>Agamemnon of Æschylus.</i> | |
| Vol. VI. | { | <i>Ferishtah's Fancies.</i> | |
| | { | <i>Parleyings with certain People of Importance.</i> | |

The College also possesses (by the same donation) the “square old yellow book,” which was the seed whence sprang *The Ring and the Book*, and the old print of Guido Franceschini which is reproduced in vol. viii. of the seventeen-volume edition of the *Poetical Works*.

Only the MS. of *Asolando* was retained by Mr. R. Barrett Browning for his lifetime, with the full approval of Dr. Jowett.

INDEX

- ABEL, Mr. (musician), 41**
Adams, Mrs. Sarah Flower, 32, 34
Albemarle, Lord, 385
Alford, Lady Marian, 289
Allingham, Mr. William, 184
American appreciation of Brown-
ing, 233, 234, 333
Ampère, M., 192
Ancona, 151
Anderson, Mr. (actor), 115
Arnold, Matthew, 296
Arnould, Mr. (afterwards Sir
Joseph), 45, 46
Arran, Isle of, 293
Ashburton, Lady, 275
Asolo, 95, 309, 386 *sqq.*, 395.
Audierne (Finistère, Brittany),
267
Azeglio, Massimo d', 229
- BAINTON, G., letter to, 378**
Balzac's works, the Brownings'
admiration of, 144, 145, 363
Barrett, Miss Arabel, 196, 248;
her death, 266, 267
Barrett, Edward Moulton, father
of Mrs. Browning, 135 *sqq.*; his
death, 202
Barrett, George Moulton, 140;
Letter to, 394
Barrett, Miss Henrietta (afterwards
Mrs. Surtees Cook), 135; her
death, 229-231
Barrett, Mr. Laurence (actor), 110
Bartoli's *De' Simboli trasportati*
al Morale, 94
Benckhausen, Mr. (Russian consul-
general), 60
Benzon, Mr. Ernest, 281
- Béranger, M., 167, 356**
Berdoo, Dr. Edward: his paper on
"Paracelsus, the Reformer of
Medicine," 68
Biarritz, 250
Blagden, Miss Isa, 208, 237, *sqq.*;
Letters to, 243-281 *passim*;
death, 281
Blundell, Dr. (physician), 77
Boyle, Dean (of Salisbury), 330
Boyle, Miss (niece of the Earl of
Cork), 147, 148
Bridell-Fox, Mrs., 32, 54, 86
Bronson, Mrs. Arthur, 313 *sqq.*
Browning, Robert (grandfather of
the poet): account of his life,
two marriages, and two families,
3-5
Browning, Mrs. (step-grandmother
of the poet), 4, 74
Browning, Robert (father of the
poet): youth, 4, 5; marriage, 6;
clerk in the Bank of England,
10; comparison between him
and his son, 11; scholarly and
artistic tastes, 12 *sqq.*; simplicity
and genuineness of his character,
13; his strong health, 14; Mr.
Locker-Lampson's account of
him, 15; his religious opinions,
17; renewed relations with his
father's widow and second family,
76; letter on his son's early
verses, 32; death, 263
Browning, Sarah Anna (the poet's
mother): her family, 18; her
nervous temperament transmit-
ted to her son, 19; her death,
154 *sqq.*
Browning, Reuben (the poet's

- uncle), 74; Lord Beaconsfield's appreciation of his Latinity, 75
- Browning, William Shergold (the poet's uncle), his literary work, 76
- Browning, Miss Jemima (the poet's aunt), 74
- Browning, Miss Sarianna (the poet's sister), 17, 26, 29, 33, 93, 94, 155, 193, 195, 208, 216, 222, 231, 235, 244, (comes to live with her brother) 264, 268, 276, 292, 308, 321, 343, 344, 377, 386, 396
- Browning, Robert: 1812-33—the notion of his Jewish extraction disproved, 1; his family anciently established in Dorsetshire, 2; his carelessness as to genealogical record, 3; account of his grandfather's life and second marriage, 3, 4; his father's unhappy youth, 5; his paternal grandmother, 6; suggestion of negro blood disproved, 6 *seq.*; his father's position, 10; comparison of father and son, 11; the father's use of grotesque rhymes in teaching him, 12; qualities he inherited from his mother, 18; weak points in regard to health throughout his life, 19; characteristics in early childhood, 22; great quickness in learning, 23; an amusing prank, 25 *n.*; passion for his mother, 25; fondness for animals, 26; his collections, 27; experiences of school life, 27; extensive reading in his father's library, 29; early acquaintance with old books, 30; his early attempts in verse, 31; spurious poems in circulation, 33; *Incon-dita*, the production of the twelve-year-old poet, 31, 33; introduction to Mr. Fox, 34; his boyish love and lasting affection for Miss Flower, 35; first acquaintance with Shelley's and Keats' works, 37 *sq.*; his admiration for Shelley, 39; home education under masters, his manly accomplishments, 41; his studies chiefly literary, 41, 42; love of home, 44; associates of his youth: Arnould and Domett, 45; the Silverthornes, 46; his choice of poetry as a profession, *ib.*; other possible professions considered, 47; admiration for good acting, 49; his father's support in his literary career, *ib.*; reads and digests Johnson's Dictionary by way of preparation, 56
- Browning, Robert: 1833-35—publication of *Pauline*, 51; correspondence with Mr. Fox, 52-54; the poet's later opinion of it, 55; characteristics of the poem, *ib.*; Mr. Fox's review of it, 56; other notices, 59; Browning's visit to Russia, 60; contributions to the *Monthly Repository*: his first sonnet, 61; the *Trifler* (amateur periodical), 62; a comic defence of debt, 63; preparing to publish *Paracelsus*, 64; friendship with Count de Ripert-Monclar, 67; Browning's treatment of *Paracelsus*, 68; the original Preface, 71; John Forster's article on it in the *Examiner*, 72
- Browning, Robert: 1835-38—removal of the family to Hatcham, 73; renewed intimacy with his grandfather's second family, 74; friendly relations with Carlyle, 77; recognition by men of the day, 78; introduction to Macready, 79; first meeting with Forster, 80; Miss Euphrasia Fanny Haworth, *ib.*; at the *Ion* supper, 81; prospects of *Strafford*, 82; its production and reception, 84; a personal description of him at this period, 86; Mr. John Robertson and the *Westminster Review*, 88
- Browning, Robert: 1838-46—first Italian journey, 90; a striking

- experience of the voyage, 91; preparations for writing other tragedies, 97; meeting with Mr. John Kenyon, *ib.*; appearance of *Sordello*, 98; *Pippa Passes*, 102; Alfred Domett on the critics, 103; *Bells and Pomegranates*, 104; explanation of its title, 106. List of the poems, 107; *A Blot in the 'Scutcheon*, written for Macready, 109; Browning's later account and discussion of the breach between him and Macready, 110; *Colombe's Birthday*, 118; other dramas, 119; *Dramatic Lyrics*, 120; *The Lost Leader*, 122; Browning's life before his second Italian journey, 124; in Naples, 126; visit to Mr. Trelawny at Leghorn, 127
- Browning, Robert: 1844-55—introduction to Miss Barrett, 129; his admiration for her poetry, *ib.*; his proposal to her, 130; correspondence, 132; reasons for concealing the engagement, 135; their marriage, 139; journey to Italy, 142; life at Pisa, 143; Florence, 145; Browning's request for appointment on a British mission to the Vatican, 147; settling in Casa Guidi, 149; Fano and Ancona, 151; *A Blot in the 'Scutcheon* at Sadler's Wells, 152; birth of Browning's son, and death of his mother, 154; wanderings in Italy: the Baths of Lucca, 156; friendship with Margaret Fuller Ossoli, 161; Venice, 163; winter in Paris, 164; Carlyle, 165; George Sand, 168. Close friendship with M. Joseph Milsand, 173; Milsand's appreciation of Browning, 174; new edition of Browning's poems 177; *Christmas Eve and Easter Day*, *ib.*; the Essay on Shelley, 178; summer in London, 182; introduction to
- Dante G. Rossetti, 183; again in Florence, 184; production of *Colombe's Birthday* (1853), 185; again at Lucca, Mr. and Mrs. W. Story, 187; first winter in Rome, 188; the Kembles, 190; again in London (1855): Tennyson, 195
- Browning, Robert: 1855-61—publication of *Men and Women*, 197; *Karshook*, 198; *Two in the Campagna*, 199; another winter in Paris: Lady Elgin, 200; legacies to the Brownings from Mr. Kenyon, 203; Mr. Browning's little son, *ib.*; a carnival masquerade, 206; Spiritualism, 209; *Sludge the Medium*, 210; Count Ginnasi's clairvoyance, 213; at Siena, 218; Walter Savage Landor, 219; illness of Mrs. Browning, 220; his social life in Rome, 225; last winter in Rome, 230; American appreciation of Browning's works, 233; Madame du Quaire, 234; Mrs. Browning's illness and death, 235; the comet of 1861, 236
- Browning, Robert: 1861-69—Miss Blagden's helpful sympathy, 237; feeling in regard to funeral ceremonies, 243; established in London with his son, 244; Miss Arabel Barrett, 248; offer of editorship of *Cornhill Magazine*, 249 *n*; visit to Biarritz, 250; origin of *The Ring and the Book*, 251; his views as to the publication of letters, 252; new edition of his works, selection of poems, 254. Residence at Pornic, 255; a meeting at Mr. F. Palgrave's 257; his literary position in 1865, 259; his own estimate of it, 260; death of his father, 263; with his sister at Le Croisic, 264; Academic honours: letter to the Master of Balliol (Dr. Scott), 265; curious circumstance connected with the

- death of Miss A. Barrett, 267; at Audierno, *ib.*; the uniform edition of his works, 268; publication of *The Ring and the Book*, *ib.*; inspiration of Pompilia, 270
- Browning, Robert: 1869-73—*Helen's Tower*, 274; at St.-Aubin, 275; escape from France during the war (1870), 277; publication of *Balaustion's Adventure* and *Prince Hohenstiel-Schwangau*, 278; *Herr Riel* sold for the benefit of French sufferers by the war, 279; *Fifine at the Fair*, 282; mistaken theories of that work, 283; *Red Cotton Nightcap Country*, 286
- Browning, Robert: 1873-78—his manner of life in London, 288; his love of music, 290; friendship with Miss Egerton-Smith, *ib.*; summers spent at Mers, Villers, Isle of Arran, and La Saisiaz, 292, 293; *Aristophanes' Apology*, *ib.*; *Pacchiaretto*, *The Inn Album*, the translation of the *Agamemnon*, 294, 295; description of a visit to Oxford, 295; visit to Cambridge, 297; offered the Rectorships of the Universities of Glasgow and St. Andrews, 298; description of La Saisiaz, 300; sudden death of Miss Egerton-Smith, 302; the poem *La Saisiaz*: Browning's position towards Christianity, 303; *The Two Poets of Croisic*, and *Selections from his Works*, 305
- Browning, Robert: 1878-81—he revisits Italy, 307; Splügen, 308; Asolo, 309; Venice, 311; favourite Alpine retreats, 312; friendly relations with Mrs. Arthur Bronson, 313; life in Venice, 314; a tragedy at Saint-Pierre, 318; the first series of *Dramatic Idyls*, 322; the second series, *Jocoseria*, and *Perishtah's Fancies*, 324
- Browning, Robert: 1881-87—the Browning Society, 326; Browning's attitude in regard to it, 328; similar societies in England and America, 332; wide diffusion of Browning's works in America, 333; lines for the gravestone of Mr. Levi Thaxter, 335; President of the New Shakspeare Society, and member of the Wordsworth Society, 336; Honorary President of the Associated Societies of Edinburgh, 338; appreciation of his works in Italy, *ib.*; sonnet to Goldoni, 339; attempt to purchase the Palazzo Manzoni, Venice, 341; Saint-Moritz; Mrs. Bloomfield Moore, 343; at Llangollen, 344; loss of old friends, 345; Foreign Correspondent to the Royal Academy, 347; publication of *Parleyings*, *ib.*
- Browning, Robert: his character—constancy in friendship, 349; optimism and belief in a direct Providence, 350; political principles, 354; character of his friendships, 355; attitude towards his reviewers and his readers, 357; attitude towards his works, 358; his method of work, 361; study of Spanish, Hebrew, and German, 362; conversational powers and the stores of his memory, 364; nervous peculiarities, 367; his innate kindness, 370; attitude towards women, 371; final views on the Women's Suffrage question, 373.
- Browning, Robert: his last years—marriage of his son, 375; his change of abode, *ib.*; symptoms of declining strength, 377; new poems, and revision of the old, 379; journey to Italy: Primiero and Venice, 381; last winter in England: visit to Balliol College, 385; last visit to Italy: Asolo once more, 386; proposed purchase of land there, 393; the *Lines*

- to *Edward Fitzgerald*, 396; with his son at Palazzo Rezzonico, 398; last illness, 399; death, 400; funeral honours in Italy, 402 *sqq.*; *Asolando* published on the day of his death, 405; his burial in Westminster Abbey, 406; the purport and tendency of his work, 407 *sqq.*
- Browning, Robert: letters to—
 Bainton, Mr. George (Coventry), 378
 Blagden, Miss Isa, 243, 248, 250, 252, 256, 259, 261–263, 265, 267, 269, 275, 276, 278, 280, 281
 Fitz-Gerald, Mrs., 295, 298, 300, 309, 316, 318, 319, 320, 329, 389
 Flower, Miss, 102, 125, 126
 Fox, Mr., 52–54, 64, 65, 84, 214
 Haweis, Rev. H. R., 325 *n.*
 Haworth, Miss E. F., 90, 95, 124, 239
 Hickey, Miss E. H., 335
 Hill, Mr. Frank (editor of the *Daily News*), 110, 115
 Hill, Mrs. Frank, 357
 Keep, Miss, 383, 384, 398
 Knight, Professor (St. Andrews), 98, 336, 337, 368, 385
 Lee, Miss (Maidstone), 123
 Leighton, Mr. Frederic (afterwards Lord), 220, 238, 255, 273
 Martin, Mrs. Theodore (afterwards Lady), 185, 381
 Moulton-Barrett, Mr. G., 244, 394
 Quaire, Madame du, 247
 Robertson, Mr. John (editor of *Westminster Review*, 1836), 88
 Scott, Rev. Dr., 266
 Skirrow, Mrs. Charles, 321, 341, 344, 389
 Smith, Mr. G. M., 278, 380, 390
 Story, W. W., 244*n.*
- Browning, Robert: Works of—
A Blot in the 'Scutcheon, 109–118, 152
A Death in the Desert, 303, 323
A Forgiveness, 295 *n.*
Agamemnon, 294
Andrea del Sarto, 323
Aristophanes' Apology, 293
Artemis Prologuizes, 121
Asolando, 122, 314, 379, 405
At the Mermaid, 351, 359
A Woman's Last Word, 373
Bad Dreams, 379
Balaustion's Adventure, 278, 280, 282
Bean Stripes, 351
Beatrice Signorini, 379
Bells and Pomegranates, 49, 62, 78, 105, (meaning of the title, and list of the dramas and poems), 106, 177
Ben Karshook's Wisdom, 197, 198
Bishop Blougram, 323
By the Fireside, 188
Childe Roland, 362
Christmas Eve and Easter Day, 163, 177, 303
Cleon, 323
Colombe's Birthday, 78, 118, 185, 254
Cristina, 122
Dramatic Idyls, 308, 312, 322 *sqq.*
Dramatic Lyrics, 107, 120
Dramatic Romances and Lyrics, 107, 120, 121
Dramatis Personæ, 251, 269, 282, 303
Epitaph on Levi Thaxter, 335
Essay on Shelley, 177 *sqq.*
Ferishtah's Fancies, 324, 362
Fine at the Fair, 282 *sqq.*, 323
Flute-Music, 379
Gold Hair, 262
Goldoni. sonnet to, 340
Helen's Tower (sonnet), 274
Hervé Riel (ballad), 121, 278, 279
Home Thoughts from the Sea, 94

Browning, Robert: Works of—

*How they brought the Good
News from Ghent to Aix*, 94

In a Balcony, 188, 251

In a Gondola, 95, 124

In far Esthonian solitudes, 61*n*.

Ivan Ivanovitch, 271, 312, 324

James Lee's Wife, 62, 256, 323

Jocoseria, 324

Johannes Agricola in Meditation, 62

King Victor and King Charles,
97, 119, 120

La Saïsiaz, 290, 302 *sqq.*, 305,
322

Lines to Edward Fitzgerald,
396

Madhouse Cells, 62

Martin Relph, 324

May and Death, 46

Men and Women, 188, 195, 197
sqq., 362

Ned Bratts, 324

Nympholeptos, 323

One Word More, 197, 199

Only a Player-girl (unpublished play), 61 *n*

Pacchiarotto, 285, 305

Paracelsus, 49, 64, 67 *sqq.*, 79,
177

Parlyings, 175, 347

Pauline, 51 *ff.*, 70, 98, 181, 380

Pippa Passes, 39, 95, 102 *sqq.*

Ponte dell' Angelo, 379

Porphyria's Lover, 62

Prince Hohenstiel-Schwangau,
278, 280, 281, 323

Red Cotton Nightcap Country,
286, 323, 353

Romy, 379

Saint Martin's Summer, 323

Saul, 323

Sludge the Medium, 210, 323

Sordello, 49, 88, 91, 98 *sqq.*, 178,
201, 254

Strafford, 82 *sqq.*, 96, 120

The Cardinal and the Dog, 122,
405 *n*.

The Englishman in Italy, 128

The Epistle of Karshish, 323

Browning, Robert: Works of—

The Flight of the Duchess, 77,
121

The Inn Album, 294, 323, 379

The Lost Leader, 122

The Pied Piper of Hamelin,
122

The Return of the Druses, 97,
119

The Ring and the Book, 250,
251, 268-273

The Twins, 194

The Two Poets of Croisic, 305,
351

The Worst of It, 323

Two in the Campagna, 199

White Witchcraft, 379

Why I am a Liberal (sonnet),
340, 354

Women and Roses, 362

Selections from his Poems, 254,
305

Browning, Mrs. (the poet's wife:

Elizabeth Barrett Moulton-Barrett): Browning's introduction to her, 129; her early life and ill health, 131; the reasons for their secret marriage, 135 *sqq.*; estrangement from her father, 139; her visit to Mrs. Theodore Martin, 186; *Aurora Leigh*: her methods of work, 202; a legacy from Mr. Kenyon, 203; her feeling about Spiritualism, 209; her sister's illness and death, 231; her own death, 235; proposed re-interment in Westminster Abbey, 404

Browning, Mrs.: extracts from her letters—on her husband's devotion, 143; life in Pisa, and on French literature, 144; Vallombrosa, 145; their acquaintances in Florence, 146; their dwelling in Piazza Pitti, 148; apartments in the Casa Guidi, 149; visits to Fano and Ancona, 151; 'Father Prout's' cure for a sore throat, 152; Phelps's production of the *Blot in the Scutcheon*, *ib.*; birth

- of her son, 154; the effect of his mother's death on her husband, 155; wanderings in northern Italy, 156; the neighbourhood of Lucca, 158, 187 *sq.*; Venice, 163; life in Paris (1851), 165; esteem for her husband's family, 166; description of George Sand, 169; the personal appearance of that lady, 170; her impression of M. Joseph Milsand, 175; the first performance of *Colombe's Birthday* (1853), 185; Rome: death in the Story family, 189; Mrs. Sartoris and Fanny Kemble, 191; society in Rome, 192; a visit from Tennyson, 195; about 'Penini,' 206; description of a carnival masquerade (Florence, 1857), 207; impressions of Landor, 223; Massimo d'Azeglio, 229; on her sister Henrietta (Mrs. Surtees Cook), *ib.*; on her husband's work, 232; on the contrast of his (then) appreciation in England and America, 233; on the death of Count Cavour, 236
- Browning, Mr. Robert Wiedemann Barrett** (the poet's son): his birth, 154; incidents of his childhood, 189, 203 *sqq.*; his pet-name—Penini, Peni, Pen—203; in charge of Miss Isa Blagden on his mother's death, 238; taken to England by his father, 242; manner of his education, 246, 247; studying art in Antwerp, 293; with his father in Venice (1885), 340; his marriage, 375; purchase of the Rezzonico Palace (Venice), 386; portraits of his father, 18 *n.*, 416, 417; on his father's health, 387 *n.*
- Browning, Mrs. R. Barrett**, 375, 396, 400
- Browning, Mr. Robert Jardine** (Crown Prosecutor in New South Wales), 76 *n.*
- Browning Hall, Walworth**, 17 *n.*
- Browning Society**, the, 326–332
- Brownlow, Lord**, 289
- Bruce, Lady Augusta**, 201
- Bruce, Lady Charlotte** (wife of Mr. F. Locker), 16
- Buckstone, Mr. (actor)**, 185
- Buloz, M.**, 171
- Burne Jones, Mr. (afterwards Sir E.)**, 222, 224
- Burns, Major** (son of the poet), 125
- CALIFORNIAN Railway time-table** edition of Browning's poems, 333 *n.*
- Cambo**, 250
- Cambridge, Browning's visit to**, 297
- Campbell Dykes, Mr. J.**, 12 *n.*, 32, 35, 60 *n.*, 122, 327
- Carducci, Countess (Rome)**, 127
- Carlisle, Earl of**, sketches of Browning by, 275 *n.*, 416
- Carlyle, T.**, 18, 77, 125, 144, 165 *sqq.*, 262, 346
- Carlyle, Mrs. T.**, 125, (anecdote) 346 *n.*
- Carnarvon, Lord**, 289
- Carnival masquerade**, a, 207
- Cartwright, Mr. and Mrs. (of Aynhoe)**, 221 *sq.*, 228, 289
- Casa Guidi** (Browning's residence at Florence), 149, 261
- Cattermole, Mr.**, 79
- Cavour, Count, death of**, 235 *sq.*
- Chambéry**, 316
- Channel, Mr. (afterwards Sir William)**, and Frank, 29 *n.*
- Chapman & Hall, Messrs. (publishers)**, 177, 254
- Cholmondeley, Mr. (Condover)**, 289, 321, 346
- Chorley, Mr.**, 152
- Cini, Dr. (Venice)**, 400, 401
- Clairvoyance**, an instance of, 213
- Coddington, Miss Fannie**: *see* Mrs. R. Barrett Browning
- Colvin, Mr. Sidney**, 219
- Corkran, Mrs. Fraser**, 12, 174
- Cornaro, Catharine**, 390, 391, 395

- Cornhill Magazine*, 121, 249 n., 278
 Corson, Professor, 330
 Croisic, Le, 264, 265
 Crosse, Mrs. Andrew, 12 n.
 "Croxall's Fables," Browning's early fondness for, 26
 Curtis, Mr., 315
 Curtis, R., portrait by, 416
- DALE, Mr. (actor), 84
 Davidson, Captain (of the "Norham Castle," 1838), 90, 95
 Davies, Rev. Llewellyn, 330
 Dickens, Charles, 78, 111, 118, 346
 Domett, Alfred, 45, 46, 103, 281, 346
 Dourlans, M. Gustave, 176, 312
 Dow, W. A., 61 n.
 Dowson, C., 46 n., 62
 Doyle, Sir Francis H., 258
 Duclaux, Madame, 119
 Dufferin, Lord, 274, 275
 Dulwich Gallery, 47
- ECLECTIC REVIEW*, the (review of Browning's works), 104
 Eden, Mr. Frederic, 315
 Edinburgh University, honorary degree from, 338
 Egerton-Smith, Miss, 290 *sqq.* 302
 Elgin, Lady, 16, 200, 201, 216
 Elstree (Macready's residence), 79
 Elton, Mr. (actor), 117
 Engadine, the, 343, 377
Examiner (review of *Paracelsus*), 72
- FANO, 150 *sq.*
 Faucit, Miss Helen, as Lady Carlisle in *Strafford*, 85; as Mildred in *A Blot in the 'Scutcheon*, 115, 117; as Colombe in *Colombe's Birthday*, 118, 185, 186. *See* Martin, Lady
 Fiori, Margherita (Browning's nurse), 401
 Fisher, Mr. W., portrait by, 191, 415
 Fitzgerald, Mr. Edward, 396
 Fitz-Gerald, Mrs., 192
- Florence, 145 *sqq.*, 157, 158, 177, 184, 193, 251, 261, 276
 Flower, Miss Eliza, 31, 34, 35, 85
 Flower, Miss Sarah, 32, 34
 Flower, Mr. Benjamin (editor of the *Cambridge Intelligencer*), 35
 Fontainebleau, 289
 Forbes, C., portrait by, 416
 Forster, Mr. John, 58, 72, 80, 82, 112, 118, 124, 140, 254, 346
 Fortia, Marquis de, 76
 Fox, Miss Caroline, 101
 Fox, Miss Sarah, 85
 Fox, Mr. W. J., 31, 35, 52, 56, 72, 96, 182, 214, 215
 Furnivall, Dr., 2, 6, 326, 327, 329
- GAISFORD, Mr., and Lady Alice, 289
 Galuppi, Baldassaro, 339 n.
 Gibraltar, 94
 Giles, Major, last portrait of Browning by, 417
 Ginnasi, Count (Ravenna), 213
 Giustiniani - Recanati, Palazzo (Venice), 314
 Gladstone, Mr. 258, 355
 Glasgow, University of, 298
 Goldoni, Browning's sonnet to, 340
 Goltz, M. (Austrian Minister at Rome), 192
 Gordigiani, portrait by, 416
 Gosse, Mr. E., *Personalia*, 61, 102, 104, 109, 119
 Green, Mr. T. H., 296
 Gressoney Saint-Jean, 312, 313
 Guérande (Brittany), 265
 Guidi Palace (Casa Guidi), 149
 Gurney, Rev. Archer, 78
- HANMER, Sir John (afterwards Lord Hanmer), 78
 Haworth, Miss Euphrasia Fanny, 80, 101, 346
 Haworth, Mr. Frederick, 80
 Hawthorne, Nathaniel, 203
 Heyermans, M. (artist; Antwerp), 293
 Hickey, Miss E. H., 63 n., 326, 335

Hill, Mr. Frank (editor of the
Daily News, 1884), 110, 115

Hood, Thomas, 120

Horne, R. H., 78

Hugo, Victor, 172

Hunt, Leigh, 78

Ion; the Ion supper, 81

JAMES, Mr. Henry, 257 *n.*

Jameson, Mrs. Anna, 138, 142

Jebb-Dyke, Mrs., 174

Jerningham, Miss, 68

Jersey, 172

Jewsbury, Miss Geraldine, 165

Joachim, Professor, 297

Jones, Mr. Edward Burne, 222, 224

Jones, Rev. Thomas, 48, 248

Jowett, Dr., 266, 295, 296, 385

KEAN, Charles, 418

Kean, Edmund, 49

Keats, 38

Keepsake, The, 198

Kemble, Fanny, 190 *sqq.*

Kenyon, Mr. John, 12, 97, 98, 129,
140, 202, 203

King, Mr. Joseph, 118 *n.*

Kingsley, Charles, 182

Kirkup, Mr. 162, 211, 370 *n.*

Knight, Professor (St. Andrews),
98, 298

LAMARTINE, M. de, 171

Lamb, Charles, 303

Laudor, Walter Savage, 81, 98,
219 *sqq.*, 223 *sqq.*, 370 *n.*

La Saiziaz, 293, 300

Layard, Sir Henry and Lady, 315,
317

Legros portrait by, 417

Lehmann, Rudolf, portrait by, 415,
416

Leighton, Mr. (afterwards Lord),
32, 217, 220, 238; portrait by,
415

Le Strange, Mrs. Guy, 228

Lewis, Miss (Harpton), 330

Literary Gazette (review of *Pau-*
line), 60 *n.*

Literary World, of Boston, U.S.
(on *Colombe's Birthday*), 119

Llangollen, 344, 345, 382

Llantysilio Church, 345

Lloyd, Captain, 77

Locker, Mr. F. (afterwards Mr.
Locker-Lampson), 15

Lockhart, Mr. J. G., 191

Lucca, Bagni di, 157, 187, 208

Lyons, Mr. (son of Sir Edmund),
192

Lytton, Mr. (afterwards Lord), 194
208

MACLISE, Mr. (artist), 121, 124

Macready, Mr., 79, 82, 109 *sqq.*

Macready, Willy (eldest son of the
actor): his illustrations to the
Pied Piper, 122

Mahony, Rev. Francis ("Father
Prout"), 152

Manning, Rev. Dr. (afterwards
Cardinal), 229

Manzoni Palace (Venice), 341 *sq.*

Martin, Lady, 115 *sqq.*, 185, 344,
381

Martin, Sir Theodore, 344

Martineau, Miss, 81, 89, 96, 100

Marylebone Church, Browning mar-
ried at, 139; subsequent visits to
it, 164

Masson, Prof. D., 338

Melville, Rev. H. (afterwards
Canon), 18, 48

Meredith, Mr. George, 330

Mers, 292

Mill, Mr. J. S., 56, 66, 266

Milnes, Mr. Monckton (afterwards
Lord Houghton), 78, 147, 172,
347

Milsand, M. Joseph, 173 *sqq.*, 275
sqq., 281, (death) 345

Minich, Dr. (Venice), 401

Mitford, Miss, 82, 87, 131, 142, 194

Mocenigo, Countess (Venice), 317

Mohl, Madame, 165, 201

Montalba, Miss H., portrait by, 417

Monthly Repository, 54, 59, 72,
(Browning's contributions to) 61

Moore, Mrs. Bloomfield, 343, 377

Morgan, Lady, 147
 Morison, Mr. James Cotter, 330
 Mortimer, Mr., 283 *sqq.*, 409
 Moschels, F., portrait by, 417
 Moxon, Mr. (publisher), 64, 65, 104, 112, 177
 Murray, Miss Alma (actress), 118
 Musset, Alfred and Paul de, 171

NAPLES, 128
 Natorp, G., medallion by, 417
 Neucioni, Professor (Florence), 338
 Nettleship, Mr. J. T., 327
 New Shakespeare Society, 336
 Noel, Mr. Roden, 408

OGLE, Dr. John, 258
 Ogle, Miss (author of *A Lost Love*), 251
 Osbaldistone, Mr. (manager of Covent Garden Theatre, 1836), 85
 Ossoli, Countess Margaret Fuller, 161, 162
 Oxford, 265, 266, (Browning's visit to, 1877) 295

PAGE, W., portrait by, 414
 Palgrave, Mr. Francis, 257
 Palgrave, Mr. Reginald, 257
 Paris, 164, 200
 Patterson, Monsignor, 258
 Pennington, H., portrait by, 416
 Phelps, Mr. (actor), 112, 116, 152
 Pirate-ship, wreck of, 92
 Pisa, 142 *sqq.*
 Poetical contest, a Roman, 225
 Pollock, Sir W. F., (1843), 109
 Pornic, 255, 256
 Powell, Mr. Thomas, 32, 122
 Power, Miss (editor of *The Keepsake*), 198
 Powers, Mr. (American sculptor), 146
 Primiero, 381 *sqq.*
 Prinsep, Mr. Val, 127, 211, 224 *sqq.*, 312
 Pritchard, Captain, 77
 Procter, Mr. Bryan Waller (Barry Cornwall), 78, 254, 346, 370 *n.*

QUAIRE, Madame du, 234, 235, 247
 Quarles' *Emblemes*, 30

RAVENNA, 324
 Reade (artist), portrait by, 414
 Ready, the two Misses, preparatory school, 24, 27
 Ready, Rev. Thomas (Browning's first schoolmaster), 24, 27-29
 Regan, Miss, 275
 Reid, Mr. Andrew, 354
 Relfe, Mr. John (musician), 41
 Rezzonico Palace (Venice), the, 8, 386
 Richmond, Rev. Thomas, 257
 Ripert-Monclar, Count de, 67, 76, 95, 96, 356 : portrait by, 414
 Robertson, Mr. John (editor of *Westminster Review*, 1838), 88
 Robinson, Miss Mary (afterwards Mme. Duclaux), 119
 Rome, 197 *sqq.*, 228 *sqq.*
 Rossetti, Dante Gabriel, 60, 183.
 Portrait of Browning, 184, 415;
 of Tennyson, 195; death of his wife, 248
 Rousseau, J. J., 316
 Ruskin, John, 182
 Russell, Lady William, 228
 Russell, Mr. Odo (afterwards Lord Amphil), 228, 231

SABATIER, Madame, 286
 St. Andrews University, 266, 298, 338
 St. Aubin, (M. Milsand's residence), 275 *sq.*, 286
 St. Enogat (near Dinard), 244, 249
 St. Moritz, 343, 377
 St. Pierre la Chartreuse, 312 *sq.*; a tragic occurrence there, 318 *sqq.*
 Salève, the, 293, 301
 Sand, George, 168-171
 Sandys, F., portrait by, 416
 Sartoris, Mrs., 190, 194, 200
 Saunders & Otley, Messrs., 51, 65
 Scott, Rev. Dr. (Master of Balliol, 1867), 266
 Scotti, Mr., 126

- Scottish Art Review*, the, Mr. Mortimer's "Note on Browning" in, 283 *sqq.*
 Seravizza, 157
 Sharp, Mr. W., 37, 199, 366, 407 *sqq.*
 Shelley, 38 *sqq.*, 59, (Browning's Essay on) 177 *sqq.*, (his grave) 190
 Shrewsbury, Lord, 289
 Sidgwick, Mr. A., 329
 Siena, 218, 223, 229
 Silverthorne, James, 46
 Silverthorne, Mrs. 46, 51
 Simeon, Sir John, 258
 Smith, Miss (second wife of the poet's grandfather), 4
 Smith, Mr. George Murray, 249 *n.*, 268
 Southey, 98
 Spezzia, 157
 Spiritualism, 209 *sqq.*
 Splügen, 308
 Stanley, Dean, 346
 Stanley, Lady Augusta, 201, 346
 Stendhal, Henri, 127, 145
 Sterling, Mr. John, 101
 Stirling, Mrs. (actress), 115
 Story, Julian, portrait by, 416
 Story, Mr. and Mrs. William, 47, 160, 186, 189, 217 *sqq.*, 227, 242 *n.*, 244 *n.*, 275, 316, 416
 Sturtevant, Miss, 35
 Sue, Eugène, 144
- TABLETS, Memorial, 345, 403
Tait's Magazine, 56
 Talfourd, Field, portrait by, 415
 Talfourd, Serjeant, 77, 81, 106
 Taylor, Sir Henry, 65, 280
 Tenny-on, Alfred, (afterwards Lord Tennyson), 182, 195, 196, 262
 Tennyson, Frederick, 194
 Thackeray, Miss Annie, 286
 Thackeray, W. M., 180, 346
 Thaxter, Mrs. Celia (Boston, U.S.), 333
- Thax't, Mr. Levi, 333-335
 Thomson, Mr. James: his application of the term "Gothic" to Browning's work, 100 *n.*
 Tittle, Miss Margaret, 4, 6, 8
 Trelawny, Mr. E. J., 127
Trifler, *The* (amateur magazine), 62
True Sun, the (review of *Strafford*), 84
- UNIVERSO, Hotel dell' (Venice), 311
- VALLOMBROSA, 145
 Venice, 93, 163, 311, 314, 317, 340, 397
 Villers, 293
 Vigna, Dr. da (Venice), 401
- WAGNER, 317
 Wales, Prince of (now H. M. King Edward VII.), 218
 Warburton, Mr. Eliot, 78
 Watts, Dr., 28 *n.*
 Watts, G. F., portrait by, 416
 Westminster, Dean of (Bradley), 401, 404
 Widman, Counts, 8
 Wiedemann, Mr. William, 18
 Williams, Rev. J. D. W. (vicar of Bottisham, Cambs.), 355
 Wilson (Mrs. Browning's maid), 139, 145, 157, 159, 220 *n.*, 223
 Wilson, Mr. Effingham (publisher), 67
 Wiseman, Mrs. (mother of Cardinal Wiseman), 151
 Wolseley, Lady, 322
 Wolseley, Lord, 344
 Wood, H., medallion by, 415
 Woolner, Mr., 258; medallion by, 415
 Wordsworth, 78, 81, 82, 98, 123, 140, 336, 337
 Wordsworth Society, the, 336, 369

[illegible]

Demco 293-5

Hunt Library
Carnegie Institute of Technology
Pittsburgh, Pennsylvania

UNIVERSAL
LIBRARY



138 411

UNIVERSAL
LIBRARY